

CARA HUNTER

«Suspense puro.»
Daily Mail

«Absorbente.»
Ian Rankin

¿QUIÉN SE HA LLEVADO A DAISY MASON?

Alguien que quizá tú conoces...

**EL
THRILLER**
MÁS ABSORBENTE
QUE LEERÁS
ESTE AÑO



LOS

IMPERDIBLES

Quien se ha llevado a Daisy Mason

CARA HUNTER

Begoña Prat Rojo



Duomo ediciones

Barcelona, 2017

Índice

Quien se ha llevado a Daisy Mason

Prólogo

Epílogo

Agradecimientos

Próximamente en librerías la nueva entrega del inspector Adam Fawley

Prólogo

Notas

Créditos

Para Simon

Prólogo

Anochece y la niña tiene frío. El día había sido tan agradable... Las luces y los trajes y los fuegos artificiales que parecían una lluvia de estrellas... Había sido mágico, como un cuento, pero ahora todo se ha torcido, todo se ha estropeado. Alza la vista y mira a través de los árboles, y las ramas dan la sensación de cernerse sobre su cabeza. Pero no como en *Blancanieves* o en *La bella durmiente*. Aquí no hay príncipe azul a lomos de un caballo blanco, tan solo un cielo oscuro y monstruos entre las sombras. La niña oye ruidos en el sotobosque, los crujidos de pequeños animales y un ruido más intenso, un movimiento que se acerca sin detenerse, paso a paso. Se seca la mejilla cubierta todavía de lágrimas y desea con todas sus fuerzas ser como la princesa de *Brave*. En ese caso no le daría miedo estar sola en el bosque. Pero Daisy tiene miedo.

De hecho, Daisy tiene mucho miedo.

–¿Daisy? –dice una voz–. ¿Dónde estás?

Más pasos, esta vez más cerca, y la voz suena enfadada.

–No puedes esconderte de mí. Te encontraré. Lo sabes, ¿verdad, Daisy? *Te encontraré*.

Lo diré ya, antes de empezar. No les gustará, créanme. He hecho esto más veces de las que estoy dispuesto a castigarme recordando. En un caso como este –un niño–, nueve de cada diez veces el responsable es alguien del círculo más cercano. Un familiar, un amigo, un vecino, alguien de la comunidad. No lo olviden. Por afligidos que los vea, por poco probable que parezca, ellos saben quién ha sido. Tal vez no de manera consciente y tal vez no todavía. Pero lo saben.

Lo saben.

* * *

20 de julio de 2016, 2:05

Urbanización Canal Manor, Oxford

Dicen que un comprador toma su decisión respecto a una casa en los treinta primeros segundos después de entrar en ella. Bueno, háganme caso, cualquier agente de policía tarda menos de diez segundos. Solo que lo que juzga son personas, no una propiedad. Así que cuando nos detenemos frente al número 5 de Barge Close, me hago una idea bastante clara de qué podemos esperar. Es lo que antes se llamaba un «chalet». Quizás aún los llamen así, no lo sé. Esta gente tiene dinero pero no tanto como le gustaría, si no se habrían comprado una auténtica casa victoriana y no esta reproducción en un terreno nuevecito ubicado en el lado equivocado del canal. Sí, tiene los mismos ladrillos rojos, las mismas ventanas en voladizo, pero los jardines son pequeños y los garajes enormes; no es tanto una imitación como una clara falsificación.

El agente uniformado apostado en la puerta principal me indica que la familia ya ha realizado la búsqueda obligada por la casa y el jardín. Les sorprendería la cantidad de veces que encontramos a un niño debajo de la cama o metido en un armario. No se han perdido, tan solo se han escondido. Y la mayoría de estas historias tampoco tienen un final feliz. Pero por lo visto no es a eso a lo que nos enfrentamos. Como me ha dicho el inspector de guardia hace una hora, al despertarme:

–Sé que no es habitual que le llamemos tan pronto, pero a estas horas de la noche y con una niña tan pequeña... Da muy mala espina. Y la familia estaba celebrando una fiesta, así que todo el mundo ha empezado a buscarla mucho antes de llamarnos. He decidido que cabrearle era la menor de nuestras preocupaciones.

En realidad no lo estoy. Cabreado, quiero decir. Y para ser sincero, yo habría hecho lo mismo.

–En la parte de atrás parece que haya estallado una bomba, me temo –observa el agente de la puerta–. Deben de haberse pasado la noche yendo de un lado a otro. Hay restos de fuegos artificiales por todas partes. Y niños. No creo que el equipo forense pueda sacar mucho en claro, señor.

Genial, pienso. Una condenada maravilla.

Gislingham llama al timbre y nos quedamos esperando frente a la puerta. Está nervioso y pasa el peso de un pie a otro. No importa cuántas veces lo hagas, lo cierto es que nunca te acostumbras. Y si lo haces, es el momento de jubilarse. Le doy unas últimas caladas al cigarrillo y echo un vistazo a los alrededores. A pesar de que son las dos de la madrugada, casi todas las casas están iluminadas y hay gente en varias ventanas de los pisos superiores. También hay dos coches patrulla con las luces estroboscópicas encendidas aparcados enfrente de la casa, sobre la hierba

cubierta de maleza y con roderas de bicicleta, y dos agentes tratan de mantener a los curiosos a una distancia prudencial. Hay otra media docena de agentes en los escalones de entrada de algunas casas, hablando con los vecinos. En ese momento se abre la puerta principal y me doy la vuelta.

—¿Señora Mason?

Es más rolliza de lo que esperaba. Se le ve una papada incipiente y no puede tener más de... ¿qué? ¿treinta y pico? Lleva una rebeca sobre un vestido de noche con cuello *halter* y estampado de leopardo de un color anaranjado apagado que no le pega con el pelo. Mira hacia la calle y se ciñe la rebeca. Pero la verdad es que no hace frío. Hoy la temperatura máxima ha sido de veintiún grados.

—Soy el inspector Adam Fawley, señora Mason. ¿Podemos pasar?

—¿Podrían quitarse los zapatos? Acaban de limpiar la moqueta.

Nunca he entendido por qué la gente compra moqueta color crema, sobre todo si tienen hijos, pero no parece el momento apropiado para discutir. Así que nos agachamos como un par de escolares y nos desatamos los cordones. Gislingham me lanza una mirada: junto a la puerta hay una serie de colgadores, cada uno con una etiqueta con los nombres de la familia, y sus zapatos están alineados sobre un felpudo. Por tamaño. Y por color. Madre mía.

Es curioso, sin embargo, lo que te provoca mentalmente el hecho de ir descalzo. Andar con calcetines me hace sentir como un aficionado. No es un buen comienzo.

En el salón hay un arco que da paso a una cocina con barra americana. Allí hay varias mujeres que hablan en susurros y se afanan alrededor de una tetera; el maquillaje de fiesta resulta desolador bajo la luz inclemente del fluorescente. La familia está sentada en el borde de un sofá demasiado grande para la estancia. Barry Mason, Sharon y el chico, Leo. Este último mira hacia el suelo, Sharon me mira a mí y Barry pasea la mirada por todo el cuarto. Va vestido como el retrato robot de un padre hípster: pantalones cargo, el pelo un poco demasiado de punta y una camisa de flores un poco demasiado chillona por fuera del pantalón. Pero aunque por su aspecto parece anclado en los treinta y cinco, lleva el pelo oscuro teñido y sospecho que es unos diez años mayor que su mujer. Quien no cabe duda de que lleva los pantalones en esta casa.

Cuando desaparece un niño, uno experimenta todo tipo de emociones. Enfado, pánico, negación, culpa. Las he visto todas, aisladas y combinadas. Pero en el rostro de Barry Mason hay una expresión que no había visto nunca. Una expresión que no puedo definir. En cuanto a Sharon, aprieta los puños con tanta fuerza que tiene los nudillos blancos.

Me siento. Gislingham, no. Creo que le preocupa que los muebles no soporten su peso. Se tira del cuello de la camisa esperando que nadie se dé cuenta.

—Señora Mason, señor Mason —empiezo—, comprendo que es un momento difícil, pero es de vital importancia que recopilemos tanta información como sea posible. Estoy seguro de que ya lo saben: las primeras horas son verdaderamente cruciales; cuanto más sepamos, más posibilidades hay de que encontremos a Daisy sana y salva.

Sharon Mason tira de una hebra suelta de su rebeca.

—No sé muy bien qué más podemos decirles... Ya hemos hablado con el otro agente...

—Lo sé, pero tal vez puedan volver a contármelo todo desde el principio. Han dicho que Daisy ha ido a la escuela como cada día y que después ha estado aquí en casa hasta que ha comenzado la fiesta. ¿No ha salido a jugar?

—No. Estaba en su habitación, arriba.

–Y la fiesta... ¿Pueden decirme quién ha venido?

Sharon mira a su marido y luego a mí.

–Gente de nuestra calle. Los compañeros de clase de los niños. Sus padres.

Así pues, los amigos de sus hijos. No los de ella. O los de ellos.

–¿Cuántos serían? ¿Unos cuarenta?

Ella frunce el ceño.

–No tantos. Tengo una lista.

–Eso nos sería de gran ayuda; si pudiera dársela al agente Gislingham..

Este levanta la vista por un momento de su bloc de notas.

–¿Cuándo han visto a Daisy por última vez, exactamente?

Barry Mason aún no ha abierto la boca. Ni siquiera estoy seguro de que me haya oído. Me vuelvo hacia él. Tiene un perro de juguete en las manos y no para de darle vueltas. Está angustiado, lo sé, pero da la desconcertante sensación de estar retorciéndole el pescuezo.

–¿Señor Mason?

Este parpadea.

–No lo sé –contesta débilmente–. ¿Hacia las once, quizá? Había bastante confusión. Mucha gente, ya sabe.

–Pero era ya medianoche cuando se han dado cuenta de que no estaba.

–Hemos decidido que era hora de que los niños se acostaran. La gente comenzaba a marcharse. Sin embargo, no hemos conseguido encontrarla. Hemos mirado por todas partes. Hemos llamado a todos los que se nos han ocurrido. Mi pequeña... Mi preciosa pequeña...

Se echa a llorar. Es algo que aún me cuesta manejar, incluso a estas alturas. Que un hombre llore.

Me dirijo a Sharon.

–¿Señora Mason? ¿Qué me dice de usted? ¿Cuándo ha sido la última vez que ha visto a su hija? ¿Antes o después de los fuegos artificiales?

De pronto, Sharon se estremece.

–Antes, creo.

–¿Y cuándo han empezado los fuegos artificiales?

–A las diez, en cuanto se ha hecho de noche. No queríamos lanzarlos demasiado tarde. Puedes buscarte un problema; igual te denuncian al ayuntamiento.

–Así que la última vez que ha visto a Daisy ha sido antes de los fuegos. ¿Estaba en el jardín o en la casa?

Ella vacila, con el ceño fruncido.

–En el jardín. Se ha pasado toda la noche corriendo de aquí para allá. Como si fuera la reina del baile.

Me pregunto cuánto hace que no oigo a alguien usar esta expresión.

–Así pues, Daisy estaba de buen humor; ¿no había nada que la preocupara, que ustedes sepan?

–No, nada. Se lo estaba pasando de miedo. Reía, bailaba con la música. Lo que hacen las niñas.

Miro a su hermano, interesado en su reacción. Pero no hay ninguna. Permanece sentado extraordinariamente quieto. Teniendo en cuenta las circunstancias.

–¿Cuándo has visto a Daisy por última vez, Leo?

Se encoge de hombros. No lo sabe.

–Yo estaba mirando los fuegos artificiales.

Le sonrío.

–¿Te gustan?

Él asiente sin levantar la cabeza.

–¿Sabes qué? A mí también.

Alza la vista y por un momento parece que se establece un canal de comunicación entre nosotros, aunque enseguida vuelve a agachar la cabeza y se pone a deslizar un pie por la alfombra de pelo largo dibujando círculos. Sharon alarga la mano y le da un golpecito en la pierna, cosa que hace que él pare.

Me vuelvo de nuevo hacia Barry.

–Por lo visto, la puerta lateral del jardín estaba abierta.

De pronto, Barry Mason se reclina en actitud defensiva. Aspira aire aparatosamente y se pasa la mano por la nariz para secársela.

–Bueno, no se puede estar subiendo y bajando cada cinco minutos para abrir la puerta, ¿no cree? Era más fácil que la gente entrara por ahí. Menos desbarajuste en la casa. –Echa una mirada a su esposa.

Asiento.

–Claro. Veo que por detrás el jardín da al canal. ¿Hay una verja para el camino de sirga?

Barry Mason niega con la cabeza.

–Ni soñarlo. El ayuntamiento no lo permite. Pero es imposible que él entrara por ahí.

–¿Él?

Vuelve a apartar la mirada.

–Quiquiera que haya sido. El cabrón que se la ha llevado. El cabrón que se ha llevado a mi Daisy.

Apunto «mi» en el bloc de notas y añado un interrogante.

–Pero en realidad no ha visto usted a un hombre, ¿no?

Él inspira hondo y su respiración se convierte en un sollozo; aparta la mirada mientras sus ojos vuelven a llenarse de lágrimas.

–No, no he visto a nadie.

Rebusco entre mis papeles.

–Tengo la foto de Daisy que le han entregado al sargento Davies. ¿Pueden decirme qué llevaba puesto?

Se hace una pausa.

–Era una fiesta de disfraces –contesta Sharon al fin–. Para los niños. Pensamos que sería divertido. Daisy iba disfrazada de su nombre en inglés.

–Lo siento, no la sigo...

–De margarita. Iba vestida de margarita.

Percibo la reacción de Gislingham, aunque no me permito mirarlo.

–Ya veo. Entonces llevaba...

–Una falda verde, un panti y unos zapatos verdes. Y un tocado para la cabeza con pétalos blancos y el centro amarillo. Lo encontramos en esa tienda de Fontover Street. Nos costó una fortuna, aunque solo fuera de alquiler. Y tuvimos que dejar un depósito.

La voz se le rompe. Suelta un gemido y luego cierra la mano en un puño y se lo aprieta contra la

boca con los hombros temblorosos. Barry Mason extiende el brazo y rodea a su mujer. Ella gimotea y se balancea de atrás adelante, diciéndole que no es culpa suya, que ella no lo sabía, y él se pone a acariciarle el pelo.

Se hace otro silencio y entonces, de pronto, Leo se echa hacia delante y se levanta del borde del sofá. Toda su ropa parece un poco demasiado grande para él; apenas se le ven las manos por debajo de las mangas. Se acerca a mí y me tiende su móvil. En la pantalla se ve el fotograma de un vídeo. Un fotograma de Daisy con su falda verde. Es una niña preciosa, de eso no hay duda. Le doy al play y la veo bailar para la cámara durante unos quince segundos. Rebosa confianza y exuberancia; emanan de ella incluso a través de una pantalla de dos pulgadas. Al terminar el vídeo cotejo la fecha: es de hace tan solo tres días. Nuestro primer golpe de suerte. No siempre conseguimos algo tan actualizado.

–Gracias, Leo. –Miro a Sharon Mason, que se está sonando–. Señora Mason, si le doy mi número de teléfono, ¿podría mandarme esto?

Ella hace un gesto de impotencia con las manos.

–Oh, soy un desastre con estas cosas. Leo puede hacerlo.

Lo miro y él asiente. Lleva el flequillo demasiado largo, aunque no parece que le moleste en los ojos. Son oscuros, sus ojos. Como su pelo.

–Gracias, Leo. Se te deben de dar bien los móviles para tu edad. ¿Cuántos años tienes?

Se ruboriza, solo un poco.

–Diez.

Me vuelvo hacia Barry Mason.

–¿Daisy tenía un ordenador propio?

–Ni hablar. Con la de cosas que se oyen sobre los niños que se meten en internet hoy en día... A veces le dejaba usar el mío, siempre que yo estuviera en la habitación.

–Entonces, ¿no disponía de correo electrónico?

–No.

–¿Y de móvil?

Esta vez es Sharon quien contesta.

–Nos parecía que era demasiado pequeña. Le dije que podría tener uno en navidades. Para entonces tendrá nueve años.

Una posibilidad menos de rastrearla. Aunque no digo nada al respecto.

–¿Has visto a alguien con Daisy esta noche, Leo?

Él va a decir algo, pero al final niega con la cabeza.

–O igual antes. ¿Estaba con alguien? ¿Has visto a alguien al ir o al volver de la escuela?

–Los llevo yo en coche –interviene Sharon con brusquedad. Como si no hubiera nada más que decir.

Y entonces suena el timbre. Gislingham cierra el bloc de notas.

–Serán los analistas de la científica. O como se llamen ahora.

Sharon mira a su marido desconcertada.

–Se refiere a los forenses –le aclara él.

Ella se dirige de nuevo a mí:

–¿A qué vienen? Nosotros no hemos hecho nada.

–Lo sé, señora Mason. Por favor, no se alarme. Es el procedimiento habitual en un..., cuando

desaparece un niño.

Gislingham abre la puerta principal y los deja pasar. Enseguida reconozco a Alan Challow. Entró a trabajar pocos meses después que yo. No ha envejecido muy bien. Demasiado poco en lo alto de la cabeza, demasiado alrededor de la cintura. Sin embargo, es bueno.

Me saluda con un movimiento de la cabeza. No nos hacen falta cumplidos.

–Holroyd está cogiendo el equipo del coche –me informa en tono enérgico.

El traje de papel que lleva cruje al andar. Va a ser un infierno estar ahí metido cuando salga el sol.

–Primero iremos al piso de arriba –dice al tiempo que se pone los guantes–. Empezaremos fuera en cuanto haya luz. Por lo que veo, la prensa aún no ha llegado. Alabado sea el Señor por sus pequeños favores.

Sharon Mason se ha puesto en pie, aunque le cuesta mantener el equilibrio.

–No quiero que hurguen en su cuarto..., que toquen sus cosas..., nos tratan como si fuéramos criminales...

–No es un análisis forense completo, señora Mason; no lo dejaremos todo patas arriba. Ni siquiera nos hace falta entrar en su cuarto; tan solo necesitamos su cepillo de dientes.

Porque esa es la mejor fuente de ADN. Porque es posible que nos haga falta para identificar su cuerpo. Aunque una vez más no digo nada al respecto.

–En el jardín realizaremos una búsqueda más exhaustiva, por si el secuestrador ha dejado alguna prueba física que nos ayude a identificarlo. Confío en que nos den su autorización...

Barry Mason asiente y luego alza un poco la mano y toca a su mujer en el codo.

–Será mejor que les dejemos hacer su trabajo, ¿vale?

–Y lo organizaremos todo para que un oficial de enlace familiar acuda lo antes posible.

Sharon se vuelve hacia mí.

–¿Qué quiere decir con eso de que «acuda»?

–Se quedará aquí para asegurarnos de que los mantenga informados en cuanto tengamos alguna novedad, y para que esté a su disposición por si necesitan cualquier cosa.

Sharon frunce el ceño.

–¿Cómo?, ¿aquí? ¿En la *casa*?

–Sí, si les parece bien. Está plenamente capacitado, no tiene de qué preocuparse, no les molestará para nada...

Pero ella ya está negando con la cabeza.

–No. No quiero a nadie aquí. No quiero que vengan a espiarnos. ¿Ha quedado claro?

Miro de reojo a Gislingham, que se encoge de hombros de manera casi imperceptible.

Respiro hondo.

–Por supuesto, está en su derecho. Designaremos a un miembro de nuestro equipo para que sea su interlocutor, y si cambian de opinión...

–No –se apresura a decir ella–. No cambiaremos de opinión.

* * *

Manor; todavía no disponemos de más detalles...

- Julie Hill @JulieHillinOxford 2:49
@OxfordNewsOnline Yo vivo en Canal Manor. Esta noche ha habido una fiesta y ahora la policía está aquí haciendo preguntas a los vecinos
- Julie Hill @JulieHillinOxford 2:49
@OxfordNewsOnline Parece que nadie sabe lo que pasa. Hay unos 15 coches de policía
- Angela Betterton @AngelaGBetterton 2:52
@JulieHillinOxford @OxfordNewsOnline Yo he estado en la fiesta. Es la hija; por lo visto ha desaparecido. Va a clase con mi hijo
- Julie Hill @JulieHillinOxford 2:53
@AngelaGBetterton Vaya, qué horror. Creía que sería por un tema de drogas o algo así
@OxfordNewsOnline
- Oxford's News @OxfordNewsOnline 2:54
@AngelaGBetterton ¿Cómo se llama la niña y cuántos años tiene?
- Angela Betterton @AngelaGBetterton 2:55
@OxfordNewsOnline Daisy Mason. Debe de tener 8 o 9 años
- Oxford's News @OxfordNewsOnline 2:58
ÚLTIMA HORA Nos llegan noticias del posible #secuestro de una niña en la urbanización de Canal Manor. Las fuentes afirman que una niña de 8 años ha desaparecido de su casa
- Oxford's News @OxfordNewsOnline 3:01
Si se enteran de alguna cosa acerca del #secuestro en Oxford mándenos un tuit a esta cuenta. Les mantendremos informados sobre las noticias locales de Oxford a lo largo de la noche

* * *

Justo después de las tres, el equipo de prensa me llama para decirme que la noticia está en la calle y que ya puestos podríamos aprovecharlo. Al cabo de veinte minutos llega la primera unidad móvil. Yo estoy en la cocina; la familia sigue en el salón. Barry Mason está apoyado en un reposabrazos con los ojos cerrados, aunque no duerme. Al oír el sonido de un vehículo que se acerca no se mueve, mientras que Sharon Mason se levanta del sofá y mira por la ventana. Ve salir al reportero y tras él a un hombre con chaqueta de cuero que lleva un micro y una cámara. Se los queda mirando un momento y luego se contempla en el espejo y se lleva una mano a la cabeza para atusarse el pelo.

—¿Inspector Fawley?

Es uno de los miembros del equipo de Challow, que está a mitad de la escalera. Una chica, aunque debe de ser nueva porque no reconozco su voz. Con la capucha y la máscara tampoco puedo verle la cara. Al contrario de lo que nos hacen creer en la tele, la indumentaria de los forenses hace que se parezcan más a un pollo envasado que a los personajes de *CSI*. Es algo que me pone de los nervios, esas puñeteras series: lo último que haría un forense de verdad sería

contaminar un escenario del crimen meneando sus malditas extensiones de pelo. La chica me llama por señas y yo la sigo hasta el descansillo. En la puerta que queda frente a nosotros hay una pulcra placa que anuncia:

⊗ ⊗ ⊗ Cuarto de Daisy ⊗ ⊗ ⊗

Encima hay un trozo de papel pegado con Blu-Tack que dice en letras mayúsculas mal escritas:

¡¡PROHIBIDO ENTRAR!!

–Tenemos lo que necesitamos –me informa–. Pero he pensado que le gustaría ver la habitación. Aunque no entremos.

En cuanto abre la puerta entiendo a qué se refiere. Ninguna habitación infantil tiene este aspecto, salvo las que salen en las series de comedia. No hay nada en el suelo ni sobre las superficies, nada embutido debajo de la cama. El peine está colocado exactamente en paralelo al cepillo. Hay unos peluches sentados en fila que nos miran con sus ojitos brillantes. El efecto resulta más que desconcertante. Sobre todo porque la niña bulliciosa y llena de vida que he visto en el vídeo no encaja con una habitación ordenada de una manera tan antinatural como esta. Hay habitaciones vacías en las que resuena el eco de las personas que un día las ocuparon. Pero aquí hay un vacío de ausencia, no de presencia. La única señal de que Daisy ha estado alguna vez en este cuarto es un póster de Disney en la pared más alejada. La princesa de *Brave*, sola en el bosque con su desafiante cabellera rojo brillante, y en la parte de abajo una leyenda en grandes letras naranjas: CAMBIA TU DESTINO. A Jake también le encantó esa película; lo llevamos dos veces a verla. Transmitía un buen mensaje para los niños: que está bien ser uno mismo; tan solo hace falta valor para ser quien realmente eres.

–Da grima, ¿verdad? –dice la chica a mi lado, colándose en mis pensamientos.

Al menos muestra el tacto suficiente para hablar en voz baja.

–¿Tú crees?

Se ha quitado la máscara y veo cómo arruga la nariz.

–Exagerado es poco. Es que..., mire, ¿absolutamente *todo* a juego? A nadie le gusta tanto su nombre, créame.

Y ahora que lo comenta, me doy cuenta. Está todo lleno de margaritas. Hasta en el último puñetero rincón. El papel de pared, la colcha, las cortinas, los cojines. Son distintas, pero todas son margaritas. Las hay de plástico en un tarro verde, y una diadema de margaritas amarillo intenso cuelga del espejo del tocador. Brillantes pasadores de pelo de margaritas, una pantalla de lámpara de margaritas y un móvil de margaritas que cuelga del techo. Más que una habitación parece un parque temático.

–A lo mejor a ella le gustaba así, ¿no? –Aunque nada más decirlo me doy cuenta de que no me lo trago.

La chica se encoge de hombros.

–Quizá. ¡Qué voy a saber yo! No tengo hijos. ¿Usted sí?

No lo sabe. Nadie se lo ha contado.

–No –contesto.

Ya no.

* * *

BBC Midlands Today

Miércoles 20 de julio de 2016 / Actualizado por última vez a las

6:41

Llamamiento policial para colaborar en la búsqueda de una niña de ocho años desaparecida en Oxford

Una niña de ocho años ha desaparecido de su hogar en Oxford. Daisy Mason fue vista por última vez la medianoche del martes en el jardín de su casa familiar, donde sus padres Barry y Sharon Mason daban una fiesta.

Según la descripción, Daisy es rubia y tiene los ojos verdes, y llevaba un disfraz de flor con el pelo recogido en moñitos. Los vecinos afirman que es una niña extrovertida pero prudente, y que es poco probable que se haya marchado con un desconocido por propia voluntad.

La policía ha pedido que cualquiera que vea a Daisy o disponga de información sobre ella se ponga en contacto con el centro de coordinación de la división de investigación criminal de Thames Valley en el número 01865 0966552.

* * *

A la siete y media el equipo forense casi ha terminado en el jardín y los agentes uniformados han puesto en marcha otra búsqueda en la calle de la urbanización y los alrededores; ahora, cada uno de sus movimientos es seguido por una bandada de cámaras de televisión hambrientas. También está el canal, pero ni siquiera voy a pensar en ello. Todavía no. Hasta que yo lo diga, la niña sigue con vida.

Estoy en la pequeña terraza que da al jardín trasero. Los parterres están llenos de restos de los cartuchos de fuegos artificiales y el césped reseco del verano se ve tan pisoteado que parece maleza. El agente uniformado tenía razón: las posibilidades de encontrar una huella decente o cualquier cosa que sea remotamente útil son casi nulas. Veo a Challow inclinado junto a la valla trasera, abriéndose paso entre los matorrales. Encima de su cabeza hay un globo atrapado entre las zarzas del camino de sirga y su cordel plateado ondea suavemente con la brisa matutina. En cuanto a mí, me muerdo por un pitillo.

A esta altura el canal se curva levemente, lo cual implica que el jardín de los Mason es un poco más largo que los del resto de la calle, aunque mucha gente seguiría considerándolo minúsculo. No puedo decir si es por el columpio del rincón o por los plumeros cutres, o si es solo la falta de sueño, pero se parece desconcertantemente al jardín que teníamos cuando yo era pequeño. Encajonado con el resto de casas grises en una urbanización deprimente que se extendía junto a una carretera y que debía su existencia únicamente al metro: una parada en el último tramo, colocada al azar en lo que en su momento había sido un prado pero que hacía ya mucho que estaba cubierto por asfalto cuando nos instalamos allí. Mis padres la eligieron porque era segura y

porque era lo único que se podían permitir, e incluso ahora no puedo discutirles ninguno de los dos aspectos. Pero de todos modos era horrible. No era una población en sí misma, tan solo algo que quedaba al sur de lo único que se parecía a un pueblo de verdad en kilómetros a la redonda. El mismo pueblo al que yo fui: a la escuela, a casa de mis compañeros y, más adelante, a pubs y a conocer chicas. Nunca llevé a uno solo de mis amigos a mi casa; nunca les dejé que vieran dónde vivía en realidad. Tal vez no debería mostrarme tan duro con la gente de Canal Manor: sé lo que significa sentir que estás en el lado equivocado del cristal.

Al fondo del jardín de los Mason la barbacoa todavía humea y el metal emite leves chasquidos al enfriarse. Las cadenas del columpio están unidas con firmeza con cinta americana para que no pueda utilizarse. Hay un montón de sillas de jardín apiladas, una carpa (doblada) y una mesa de caballetes con un mantel de tela de guinga (también doblado). Debajo hay varias neveras portátiles verdes con etiquetas: «Cerveza», «Vino», «Refrescos». En la terraza, a mi espalda, hay dos contenedores con ruedas, el de reciclaje lleno hasta arriba de latas y botellas, y el otro, de bolsas negras apiladas. De repente caigo en la cuenta –cosa que debería haber hecho de inmediato– de que Sharon Mason ha hecho todo esto. Recoger, doblar. Se ha paseado por el jardín esforzándose por dejarlo presentable. Y lo ha hecho después de saber que su hija había desaparecido.

Gislingham sale de la cocina y se reúne conmigo.

–La agente Everett dice que hasta ahora no han obtenido nada del puerta a puerta. Ninguna de las personas que estaban en la fiesta y con las que hemos hablado recuerda haber visto algo sospechoso. Aun así, estamos recopilando las fotos de sus móviles; podrían ser de ayuda para establecer la cronología. En la urbanización no hay cámaras de seguridad, pero miraremos a ver qué podemos encontrar en la zona circundante. Y estamos comprobando el paradero de los agresores sexuales registrados en un radio de quince kilómetros.

–Buen trabajo –asiento.

Challow se incorpora y nos hace señas con las manos para que nos acerquemos. Detrás del columpio hay un panel de la valla que está suelto. Desde la distancia se ve firme, pero si se empuja con la fuerza suficiente, hasta un adulto podría colarse por el hueco.

Gislingham me lee el pensamiento.

–Pero ¿de verdad alguien podría haber entrado, haber cogido a la niña y haber salido sin que nadie se diera cuenta? ¿En un jardín tan pequeño y con tanta gente? ¿Y seguramente con la niña resistiéndose?

Miro a mi alrededor.

–Tenemos que averiguar dónde se encontraba la carpa y de qué tamaño es. Si la pusieron al fondo del jardín es posible que nadie pudiera ver ese agujero en la valla ni a cualquiera que lo atravesara. Si a eso le añadimos los fuegos artificiales...

Gislingham asiente.

–Todo el mundo mirando hacia arriba, un montón de explosiones, los niños gritando...

–... Además de que la mayoría de la gente que había aquí eran padres de la escuela. Te apuesto lo que quieras a que era la primera vez que los Mason veían a algunos de ellos. Sobre todo a los hombres. Haría falta tenerlos cuadrados, pero sería posible entrar y fingir ser uno de ellos y salirte con la tuya. Y de hecho la gente esperaba que hablara con los niños.

Subimos por el terreno hacia la casa.

–Esas fotos que estás recopilando, Chris..., lo que podemos conseguir no es solo una cronología. Ponte a marcar los nombres de todo el mundo. Lo que nos hace falta no solo es saber dónde estaba la gente, sino también quiénes son.

* * *

A las 7:05, en la calle residencial, la agente Everett llama a otra puerta. Espera a que le abran para plantarse con su sonrisa profesional y preguntar si puede pasar y hablar con ellos un momento. Es la decimoquinta vez que lo hace y no para de repetirse que no debe sentirse irritada por el hecho de que a ella le hayan endosado las entrevistas puerta a puerta, mientras que Gislingham puede estar dentro de la única casa que importa en ese momento. En el meollo de la acción. Al fin y al cabo, se pueden contar con los dedos de una mano las veces que un rapto infantil se ha solucionado por lo-quevieron-los-vecinos. Aunque para ser justos, algunas de estas personas se hallaban en el jardín de los Mason en el momento de la desaparición de su hija. Pese a la cantidad de testigos potenciales que había en el reducido espacio, hasta ahora Everett no ha conseguido mucho que sea de utilidad. Fue una «fiesta agradable», «una velada muy grata». Y aun así en algún momento de la celebración una niña desapareció y nadie se dio cuenta.

Vuelve a llamar (por tercera vez) y da un paso atrás para mirar el piso de arriba. Las cortinas están descorridas pero no hay señales de vida. Verifica el nombre en su lista. Kenneth y Carolina Bradshaw, una pareja de sesenta y tantos años. No sería raro que se hubieran marchado de vacaciones antes de que acaben las clases. Hace una anotación junto a su nombre y baja por el camino de acceso hasta la acera. Una agente uniformada se acerca a ella respirando con dificultad. Everett la ha visto por la comisaría, pero la chica acaba de terminar su instrucción en Sulhamstead y en realidad nunca han hablado. Everett trata de recordar su nombre. ¿Simpson? Algo así. No, Somer. Eso es. Erica Somer. Es mayor que la mayoría de los recién incorporados, así que antes debía de dedicarse a otra cosa. Como Everett, que atesora un inicio frustrado como enfermera. No obstante, lo mantiene en secreto, pues sabe que lo único que conseguiría es dar a sus colegas varones una excusa más para que sea ella la que dé las malas noticias. O llame a las malditas puertas.

–Hay algo en uno de los contenedores; creo que deberías echarle un vistazo –dice Somer señalando el lugar de donde viene.

Va directa al grano, sin rodeos. A Everett le cae bien de inmediato.

El contenedor en cuestión se halla donde la calle sin salida hace esquina con la calle lateral. Un agente forense está ya allí tomando fotos. Al ver a Everett asiente con la cabeza y las dos mujeres lo miran meter la mano en el contenedor y sacar lo que hay encima de todo. Se desenrolla como una piel de serpiente. Flácido, vacío, verde. Muy verde.

Es un panti, con un desgarrón en una de las rodillas. Y lo bastante pequeño para pertenecer a una niña.

* * *

Entrevista con Fiona Webster, realizada en Barge Close, 11, Oxford

20 de julio de 2016, 7:45
A cargo de la agente V. Everett

VE: ¿Puede decirnos de qué conoce a los Mason, señora Webster?

FW: Mi hija Megan va a la clase de Daisy en la Kit, y Alice va un curso por delante.

VE: ¿La Kit?

FW: Lo siento, la escuela de primaria Bishop Christopher. Aquí todos la llamamos Kit. Y también somos vecinos, claro. Les dejamos la carpa para la fiesta.

VE: Entonces, ¿son amigos?

FW: Yo no diría tanto. Sharon es muy reservada. Hablamos a la puerta de la escuela, como con cualquiera, y a veces salgo a correr con ella. Pero ella es mucho más disciplinada que yo. Corre cada mañana, incluso en invierno, después de dejar a los niños en la escuela. Le preocupa su peso... Bueno, no es que me lo haya dicho, pero estoy segura de que es así. Una vez comimos juntas en el pueblo, más por casualidad que otra cosa; nos cruzamos delante de la pizzería esa de High Street y lo cierto es que no pudo negarse. Pero comió menos que poco; tan solo picoteó una ensalada.

VE: Entonces, no trabaja, ¿no? Si sale a correr cada mañana...

FW: No. Creo que antes trabajaba, aunque no sé de qué. Yo me volvería loca metida en casa todo el día, pero a ella se la ve totalmente volcada en los niños.

VE: Así pues, ¿es una buena madre?

FW: Recuerdo que ese día que comimos juntas de lo único que habló fue de las buenas notas que había sacado Daisy en tal y cual examen, y de que de mayor quería ser veterinaria, y que si yo sabía cuál era la mejor universidad para sacarse esa carrera.

VE: Una madre un poco exigente, ¿no?

FW: Entre usted y yo, Owen, mi marido, no la soporta. ¿Sabe eso que dicen de abrirse paso a codazos? Según él, ella no tiene codos sino guadañas. Pero personalmente yo no creo que se pueda culpar a nadie por querer lo mejor para sus hijos. A Sharon tan solo se le nota más que a la mayoría. De hecho, creo que los Mason se mudaron aquí por las escuelas. No creo que puedan permitirse una privada.

VE: Estas casas no son baratas que digamos.

FW: No, pero me da la sensación de que van un poco justos.

VE: ¿Sabe dónde vivían antes?

FW: En alguna parte del sur de Londres, creo. Sharon nunca habla mucho del pasado. O de su familia. Si le soy sincera, no entiendo muy bien para qué quiere saber todo esto. ¿No se supone que deberían estar buscando a Daisy?

VE: Tenemos equipos de agentes peinando la zona y comprobando las cámaras de seguridad. Pero cuanto más sepamos sobre Daisy y su familia, mejor. Nunca se sabe lo que puede acabar siendo relevante. Pero hablemos un poco más de anoche. ¿A qué hora llegaron ustedes?

FW: Poco después de las siete. Fuimos de los primeros. En la invitación decía entre las 18:30 y las 19:00, y creo que en realidad Sharon esperaba que la gente fuera a las seis y media. Cuando llegamos estaba de los nervios. Creo que igual le preocupaba que no se presentara nadie. Se había esforzado un montón con los preparativos; yo le dije que todos habrían estado encantados de echar una mano y traer algo, pero ella quería encargarse de todo. Había dispuesto la comida en las mesas del jardín, protegida con papel transparente; ese papel es horrible, ¿no cree?, me refiero a que...

VE: ¿Ha dicho que estaba de los nervios?

FW: Bueno, sí, pero solo por la fiesta. Más tarde la vi bien, a medida que fue llegando todo el mundo.

VE: ¿Y Barry?

FW: Oh, Baz era el alma de la fiesta, como siempre. Es un tipo de lo más sociable, siempre se le ocurre algo que decir. Estoy segura de que la fiesta fue idea suya. Y bebe los vientos por Daisy, lo típico que les pasa a los padres con las hijas. Siempre la coge y se la sienta en los hombros. Ella estaba adorable con ese disfraz de flor. Es triste cuando se hacen mayores y superan la fase de disfrazarse; yo quería que Alice se disfrazara anoche y se negó de plano. Aunque solo tiene un año más que Daisy, lo único que quiere ponerse son tops cortos y deportivas.

VE: Debe de conocer usted muy bien a Barry Mason.

FW: ¿Disculpe?

VE: Acaba de llamarlo Baz.

FW: [risas] Oh, madre mía, ¿he dicho eso? Sé que suena fatal, pero así es como los llamamos; bueno, al menos algunos. Baz y Shaz. La abreviatura de Barry y Sharon, ya sabe. Pero por el amor de Dios, no le diga a Sharon que la he llamado así; lo detesta. Una vez a alguien se le escapó por error y se puso hecha una fiera.

VE: ¿Y a Barry no le importa?

FW: Por lo visto, no. Pero él es muy relajado. Mucho más que ella. Aunque eso tampoco es muy difícil.

VE: Así pues, ¿cuándo fue la última vez que la vio? A Daisy, quiero decir.

FW: No he parado de darle vueltas. Creo que fue justo antes de los fuegos artificiales. Montones de niñas estuvieron correteando por allí toda la noche. Se lo estaban pasando de miedo.

VE: ¿Y no vio a alguien hablando con ella, o a alguien a quien no reconociera?

FW: No había mucha gente a la que no conociera. Creo que todos eran de la urbanización. Al menos yo no recuerdo a nadie del otro lado.

VE: ¿El otro lado?

FW: Ya sabe, el otro lado del canal. Los pijos. No vienen muy a menudo de visita a los barrios bajos. En cualquier caso, que yo recuerde Daisy pasó todo el rato con sus amigas. Los adultos resultan bastante aburridos a esa edad.

VE: Y su marido, ¿Owen? ¿Estaba allí?

FW: ¿Por qué quiere saberlo?

VE: Tenemos que saber dónde estaba exactamente todo el mundo...

FW: ¿Está insinuando que Owen tuvo algo que ver con esto? Porque puedo decirle ya mismo que...

VE: Como le he dicho, solo tenemos que saber dónde estaba todo el mundo en la fiesta. [pausa] Es posible que hayamos encontrado el panti que llevaba Daisy. ¿Recuerda si lo llevaba puesto la última vez que la vio?

FW: Lo siento, la verdad es que no me acuerdo.

VE: ¿Y no se cayó ni se hizo daño en la fiesta, que usted viera?

FW: No, estoy segura de que eso lo recordaría. Pero ¿por qué lo pregunta? ¿Qué más da eso?

VE: Había sangre en el panti, señora Webster. Estamos intentando averiguar cómo llegó allí.

* * *

A las 8:30 estoy en el coche, aparcado a la vuelta de la esquina en Waterview Crescent, que claramente está un escalón por encima en la jerarquía en cuanto a las propiedades: casas adosadas de tres pisos e incluso, por increíble que parezca, con un par de leones de piedra sobre peanas en la entrada. Me estoy comiendo una empanadilla que alguien ha traído de la gasolinera de la carretera principal. No me hace falta más que mirarla para notar cómo se me obstruyen las arterias. Pero hay una rueda de prensa programada a las diez y si no como alguna cosa me voy a marear. Y ya puestos, el coche es un Ford. Por si se lo estaban preguntando. Y no, no hago puñeteros crucigramas.

Alguien da un golpecito en la ventanilla del conductor y yo la bajo. Es la agente Everett. Su nombre de pila es Verity —«verdad» en inglés—; una vez le dije que con ese nombre estaba predestinada a este trabajo. Y tampoco es de las que deja de buscarla; la verdad, quiero decir. No se dejen engañar por su apariencia imposible: es una de las agentes más implacables que he tenido nunca.

—¿Qué hay? ¿Qué nos ha contado Fiona Webster?

—Muchas cosas, pero no quería hablarle de eso. La viejecita del número treinta y seis dice que vio algo. Un par de minutos después de las once. Está segura porque estaba a punto de llamar al ayuntamiento para quejarse del ruido.

Recuerdo lo que nos ha contado Sharon Mason de que la gente puede denunciarte. Tal vez la haya juzgado mal: no eres tan paranoico si realmente tus vecinos son unos tocapelotas.

–Entonces, esa tal señora...

–Bampton.

–Eso. ¿Qué ha dicho?

–Dice que vio a un hombre alejarse de casa de los Mason con una niña en brazos. Y la niña estaba llorando. De hecho más bien gritaba, según la anciana. Fue por eso por lo que se acercó a la ventana.

Meneo la cabeza.

–Era una fiesta. ¿Cómo sabemos que no era algo perfectamente inocente, que no era uno de los padres que se iba a casa?

Si no le doy pábulo no es porque dude de lo que dice, sino porque en realidad no quiero que sea cierto. Pero Everett tiene las mejillas encendidas; hay algo más.

–La señora Bampton dice que a esa distancia no pudo ver el rostro del hombre, así que no puede darnos una descripción.

–Entonces, ¿cómo sabe que lo que llevaba en brazos era una niña?

–Porque iba disfrazada. Iba disfrazada de flor.

* * *

Thames Valley Police @ThamesValleyPolice 9:00
¿Puede ayudarnos a encontrar a Daisy Mason, de 8 años? Vista por última vez en la urbanización de Canal Manor en #Oxford el martes a media noche. Si tiene cualquier información llame al 01865 0966552
829 Retuits

BBC Midlands @BBCMidlandsBreaking 9:09
Esta mañana a las 10 se celebrará una rueda de prensa en relación con la desaparición de la niña de 8 años
Daisy Mason
1566 Retuits

ITV News @ITVLiveandBreaking 9:11
ÚLTIMA HORA La policía de Oxford dará detalles de la búsqueda de la niña de 8 años #DaisyMason a las 10 de la mañana. Alguien ha visto a un posible sospechoso
5889 Retuits

* * *

Durante los primeros quince minutos, la rueda de prensa se ha desarrollado sin incidentes. Las preguntas habituales, las no respuestas habituales. «La investigación todavía está en su etapa inicial», «Hacemos todo lo posible», «Cualquiera que tenga información». Ya saben cómo van estas cosas. Los asistentes estaban tensos; sabían que podía tratarse de algo gordo, pero les faltaba una teoría adecuada y daban vueltas sobre lo mismo. El posible avistamiento de un sospechoso ha provocado una agitación momentánea, pero sin una foto ni una descripción no sirve de mucho. Una de las sospechosas habituales ha tratado de acaparar la atención con un burdo intento de llevar el tema al terreno personal («Inspector Fawley, ¿está seguro de ser la persona

adecuada para encargarse de la investigación del secuestro de un niño?»), pero el resto no le ha seguido la corriente. Yo estaba mirando el reloj –el cuarto de hora que les concedemos estaba a punto de terminar– cuando alguien al fondo de la sala se ha levantado. Parecía tener unos diecisiete años. Pelo rubio, piel pálida que se ha puesto muy roja en cuanto todo el mundo se ha vuelto para mirarlo. No era alguien de los medios nacionales, eso lo sabía. Probablemente, un becario del periodicucho local, que apenas publica algo aparte de anuncios. Pero lo he subestimado, y no debería haberlo hecho.

–Inspector Fawley, ¿puede confirmar que han encontrado una prenda de ropa cerca del escenario del crimen que podría pertenecer a Daisy? ¿Es eso cierto?

Ha sido como si el aire se cargara de electricidad. De repente, dos docenas de personas vibraban con toda su atención fijada en mí.

He vacilado. Lo cual, por supuesto, es siempre un error fatal.

Ahora había manos levantadas por toda la sala y el sonido frenético de la gente tecleando en las pantallas de las tabletas. Seis o siete personas han tratado de intervenir, pero Rostro Pálido se ha mantenido firme. Y de pie.

En el microsegundo que he tardado en responder me he dado cuenta de que el chico había evitado a propósito dar detalles concretos sobre lo que hemos encontrado. Pero no es porque los desconozca. Es porque quiere guardarse esa parte de la exclusiva para él solo.

He respirado hondo.

–Sí, es cierto.

–Y esta... *prenda*, ¿estaba manchada de sangre?

He abierto la boca para responder, para ponerlo en su sitio, pero era demasiado tarde. La sala parecía un gallinero.

* * *

A las 10:15, el agente Andrew Baxter coloca un papelógrafo en la parte delantera de la sala parroquial de Banbury Road que se ha destinado a los equipos de búsqueda y coloca encima un mapa a gran escala del norte de Oxford. El área más cercana ya está cubierta, y con la cantidad de vecinos que se presentan o llaman para ofrecer su ayuda, es necesario organizarse bien para la siguiente fase.

–Bien –dice alzando la voz sobre el bullicio. Se oye el helicóptero policial por encima de sus cabezas–. Escuchad. Tenemos que establecer con claridad quién hace qué para no acabar pisándonos los talones o mordiéndonos la cola. Podéis elegir otra frase hecha si estas no os acaban de gustar.

Coge un rotulador rojo.

–Hemos dividido las próximas zonas de búsqueda en tres áreas. Cada equipo lo integrará por lo menos media docena de agentes y un asesor de búsquedas cualificado, cuya responsabilidad será cotejar las pruebas y asegurarse de que el típico vecino demasiado entusiasta no haga más mal que bien.

Con el rotulador dibuja un círculo en una sección del mapa.

–El equipo uno, dirigido por el sargento Ed Mead, se encargará de la escuela Griffin, cada una de las veinte condenadas hectáreas de terreno. Por suerte, la mayor parte es campo abierto, pero

aun así hay un buen número de sotos y zonas arboladas, además de los matorrales que recorren el lado oriental del canal. La escuela ha convocado a un grupo de estudiantes de bachillerato de los más fornidos para que echen una mano; el profesor de educación física es un exmilitar, así que estoy seguro de que conoce el percal. Ahí va otra frase hecha. El equipo dos, al mando del sargento Philip Mann, se ocupará del camino de sirga que discurre a lo largo de Canal Manor y la reserva natural que hay al oeste del canal. Los voluntarios de la asociación local de defensa de la naturaleza se reunirán allí con vosotros; por lo visto hay pájaros que aún están construyendo sus nidos, así que os echarán una mano para asegurarse de que no provoquemos daños innecesarios. En ese tramo también hay barcazas donde vive gente y tenemos que tomar declaración a los propietarios.

Dibuja más círculos sobre el mapa.

—Al tercer equipo, a cargo del sargento Ben Roberts, le corresponde el parque infantil, el aparcamiento que hay junto al paso a nivel y los campos de deporte universitarios de Woodstock Road. Allí también hay un montón de vecinos encantados de prestar su ayuda.

El agente vuelve a tapar el rotulador.

—¿Alguna pregunta? Perfecto. Manteneos en contacto a través del teléfono y convocaremos otra reunión si hay que ampliar la búsqueda o si el helicóptero descubre algo. Aunque esperemos que no haga falta.

* * *

Estoy alejándome de la sala de prensa cuando me suena el teléfono. Es Alex. Lo miro mientras me pregunto si contestar es una buena idea. En la pantalla aparece una de esas imágenes insulsas que vienen de serie. Árboles y hierba y cielo. No la elegí yo; la verdad es que no me importaba lo que se viera, tan solo quería deshacerme de la que tenía antes. Esa foto de Jake a hombros de Alex que saqué el verano pasado, con el sol a su espalda arrancando destellos rojizos de su cabello oscuro. Yo acababa de decirle a Jake que se estaba haciendo demasiado mayor para llevarlo a hombros y él me sonreía y lo hacía de todos modos. La foto me hacía pensar siempre en un poema que leímos una vez en la escuela, «Sorprendido por la dicha». Así era como se veía a Jake en la imagen: sorprendido por la dicha. Como si su propia felicidad lo hubiera cogido desprevenido.

Contesto la llamada.

—Hola, ¿Adam? ¿Dónde estás?

—Estoy en la comisaría; tenemos una rueda de prensa. Ha sucedido algo... No quería despertarte...

—Lo sé, me he enterado. Ha salido en las noticias. Dicen que ha desaparecido un niño.

Respiro hondo. Sabía que antes o después nos enfrentaríamos a algo así; era tan solo cuestión de tiempo. Pero saber que algo pasará no siempre hace que resulte más fácil cuando por fin ocurre.

—Es una niña —digo—. Se llama Daisy.

Casi puedo oír cómo le late el corazón.

—Pobres padres. ¿Cómo lo llevan?

Aunque es una pregunta directa, yo no tengo una respuesta clara. Y eso, más que cualquier otra cosa hasta el momento, hace que me dé cuenta de lo desconcertantes que son los Mason.

–Es difícil decirlo –contesto, optando por la sinceridad–. Creo que más que nada están en shock. Pero no ha pasado mucho tiempo. No hay pruebas de que la niña haya sufrido ningún daño. Nada que indique que no vayamos a encontrarla sana y salva.

Por un momento, ella no dice nada.

–A veces me pregunto si eso no es peor –señala al cabo.

Me pongo de espaldas y bajo la voz.

–¿Peor? ¿A qué te refieres?

–La esperanza. Si no es peor. Peor que saber la verdad. Al menos, nosotros...

Su voz se rompe.

Nunca había hablado así. Nunca habíamos hablado así. Querían que lo hiciéramos, nos dijeron que teníamos que hacerlo. Pero lo fuimos posponiendo. Una y otra y otra vez hasta que al final ya no pudimos hablar de ello. Hasta ahora. Precisamente ahora. Alex está llorando, en silencio porque no quiere que la oiga. No estoy seguro de si es una cuestión de orgullo o si no quiere que me preocupe. Alzo la vista y veo a uno de los agentes que se acerca a mí.

–Lo siento, Alex, tengo que colgar.

–Lo sé, lo siento.

–No, soy yo el que lo siento. Luego te llamo. Te lo prometo.

* * *

19 de julio de 2016, 15:30

El día de la desaparición

Escuela de primaria Bishop Christopher, Oxford

Suena el timbre que anuncia el fin de las clases y los niños salen de las aulas en tropel en medio de un gran bullicio, hacia el sol y los coches sobrecalentados de sus padres, que esperan en la puerta. Algunos corren, otros van dando brincos, uno o dos se rezagan y algunos de los mayores se reúnen en grupos y hablan y comparten cosas con sus iPhones. Dos profesoras están en la escalera de entrada vigilando.

–Gracias a Dios que el trimestre casi se ha acabado –dice la mayor de las dos mientras recoge una sudadera caída y se la devuelve a su dueño–. No sé si aguantaré; este me ha resultado más agotador de lo habitual.

A su lado, la otra mujer esboza una sonrisa triste.

–Y que lo digas.

Algunos de sus alumnos pasan a su lado en ese momento y una de las niñas se detiene para despedirse. Está un poco llorosa porque su familia se va de vacaciones al día siguiente y su profesora no volverá el curso que viene. Le gusta su profesora.

–Pásatelo bien en Sudáfrica, Millie –le desea la mujer cariñosamente, y le toca levemente el hombro–. Espero que podáis ver los cachorros de león.

Los compañeros de clase de Millie la alcanzan y la siguen al exterior. Un par de niños, una niña alta con trenzas y otra con rasgos chinos. Y por último, en una carrera alocada, una niña rubia con una rebeca rosa pálido atada sobre los hombros que lleva una cartera de las princesas Disney.

–Más despacio, Daisy –le grita la profesora mientras la niña se lanza por la escalera–. O te

caerás y te harás daño.

–Hoy está de buen humor –observa la mujer mayor mientras contemplan a la niña, que corre para unirse a otras dos que están más adelante.

–Esta noche su familia celebra una barbacoa. Espero que solo esté un poco más excitada de lo normal.

La mujer mayor hace una mueca.

–Ya me gustaría a mí ser lo bastante joven como para emocionarme con unas lechugas empapadas y unas hamburguesas demasiado hechas.

Su compañera se echa a reír.

–También habrá fuegos artificiales. Para eso nunca somos demasiado viejos.

–Vale, ahí me has pillado. Sigo sin poder resistirme a la pirotecnia. Incluso a mi edad.

Las dos mujeres intercambian una sonrisa y luego la más joven regresa al interior de la escuela mientras la otra se queda unos minutos allí contemplando el patio. A lo largo de las semanas siguientes, ese momento acabará por atormentarla: la niña rubia de pie bajo el sol en la puerta de la escuela, hablando alegremente con una de sus amigas.

* * *

–Bien, ¿quién coño ha hablado con la prensa?

Son las 10:35. En el centro de coordinación hace calor. Las ventanas están abiertas y alguien ha cogido un viejo ventilador eléctrico de algún trastero. El ventilador emite un zumbido mientras se desplaza lentamente de derecha a izquierda, de izquierda a derecha. Algunos están sentados al borde de los escritorios y otros se apoyan en ellos. La mayoría no tiene problemas en mirarme directamente a los ojos. A uno o dos se les ve incómodos. Pero eso es todo. Si diez años realizando interrogatorios me han enseñado alguna cosa, es que cuando te encuentras frente a un muro hay que dejar de presionar.

–Di instrucciones estrictas de no hacer pública ninguna referencia al panti o a lo que encontramos en él. Y ahora la familia ha tenido que enterarse por las malditas noticias. ¿Cómo creéis que se van a sentir? La información ha salido de alguien de esta sala y tengo intención de averiguar quién ha sido. Pero no voy a perder un tiempo precioso haciéndolo ahora. No mientras Daisy Mason siga desaparecida.

Me vuelvo hacia la pizarra blanca. En ella hay un mapa con chinchetas de colores clavadas y un manajo de fotos borrosas, claramente extraídas de móviles, colgadas a lo largo de una cronología rudimentaria. La mayoría de las imágenes van acompañadas de un nombre y en una o dos hay un interrogante. Y al lado de ellas está la propia Daisy. Al mirar la foto me llama la atención por primera vez lo mucho que se parece a su madre. Lo mucho que se parece y al mismo tiempo lo distinta que es. Y entonces me pregunto por qué estoy tan convencido de ello, si ni siquiera la conozco.

–¿Qué sabemos del supuesto avistamiento?

Alguien a mi espalda carraspea.

–Tenemos las grabaciones de todas las cámaras de seguridad en tres kilómetros a la redonda.

La voz pertenece a Gareth Quinn. Seguro que se imaginan su pinta. Traje elegante y barba de dos días. Es el subinspector en funciones mientras Jill Murphy está de baja maternal y está

decidido a aprovechar cada minuto en el cargo. A mí me resulta irritante, pero no es tonto, y su aspecto es bastante útil cuando necesitamos a alguien que no parezca poli. Seguro que no les sorprenderá saber que los bromistas de la comisaría lo llaman GQ, un apelativo que él aparenta – de forma un poco teatral– menospreciar. Lo oigo levantarse a mi espalda.

–El canal se encuentra hacia el este de la urbanización, aquí –indica–, así que hay que cruzar uno de estos dos puentes para salir y en ninguno de los dos hay cámaras. Pero sí hay una cámara en Woodstock Road, hacia el norte, aquí –señala una chincheta roja–, y otra aquí, en la rotonda de la carretera de circunvalación. Si quería escapar con rapidez, tuvo que tomar ese camino en lugar del que va hacia el sur, que atraviesa la ciudad.

Miro en el mapa la extensión de terreno abierto que se alarga hacia el oeste: ciento veinte hectáreas que nadie ha cultivado en trepecientos años y que, incluso con este tiempo, se encuentran medio sumergidas. Queda a menos de cinco minutos de la urbanización de Canal Manor, pero hay que cruzar las vías del tren para llegar allí.

–¿Qué hay de Port Meadow? ¿Hay alguna cámara en el paso a nivel? No recuerdo haber visto ninguna.

Quinn niega con la cabeza.

–No, y en cualquier caso el paso lleva dos meses cerrado por la construcción de un nuevo paso elevado y la nueva disposición de parte de la línea. El trabajo se realiza fuera del horario laboral y anoche había allí un equipo entero. El antiguo puente peatonal se cerró antes de la demolición, así que nadie pudo llegar a Port Meadow a través de él.

–Entonces, si eso es inviable, ¿qué otras opciones hay?

Quinn señala una chincheta verde.

–Puesto que encontramos el panti aquí, la ruta más probable del sospechoso sería por Birch Drive y luego hacia arriba hasta la carretera de circunvalación, como he dicho. También encaja con el lugar donde esa anciana asegura haber visto a Daisy.

Da un paso atrás y se coloca el boli detrás de la oreja. Es un tic que tiene y veo cómo dos de los chicos del fondo de la sala lo imitan; se están burlando, aunque sin malicia. Pese a que Quinn es uno de ellos, ahora también es subinspector, al menos por el momento, y eso lo convierte en un blanco fácil.

–Hemos revisado las grabaciones de las cámaras de esa ruta –continúa–, pero no hemos encontrado una mierda. No había mucho tráfico a esa hora de la noche y los conductores con los que hemos hablado hasta ahora están todos descartados. Hay uno o dos a los que aún no hemos podido encontrar, pero ninguno es un hombre que fuera solo en el coche. Y definitivamente no hay nadie que vaya a pie con un niño o que lleve cualquier cosa que se parezca remotamente a un niño. Así que una de dos: o esa vieja águila ratonera de la calle residencial no vio lo que creyó ver...

–... O Daisy sigue en la urbanización de Canal Manor.

Es imposible que yo sea el único que piense en ese momento en Shannon Matthews, escondida por su madre para generar lástima y para que la gente soltara la pasta mientras la policía removía cielo y tierra para encontrar a una niña que jamás desapareció. ¿Y no había dicho una de las vecinas que los Mason iban justos de dinero? Pero el pensamiento dura solo un instante. No porque los Mason no puedan ser tan estúpidos, sino porque, aunque lo sean, las horas no cuadran.

Respiro hondo.

–De acuerdo, intensifiquemos la búsqueda en el camino de sirga y en cualquier otra parte de la

urbanización donde pudiera haberse ocultado un cuerpo. Pero con discreción, por favor. Por lo que se refiere a la prensa, este sigue siendo un caso de una persona desaparecida, no un asesinato. Muy bien, eso es todo por ahora. Volveremos a reunirnos a las seis si no hay ninguna novedad antes.

* * *

–Creo que hemos encontrado al responsable, señor.

Son las 15:00; estoy en mi despacho, a punto de partir hacia la urbanización, y recién salido –si se puede decir así– de una bronca del comisario sobre lo ocurrido en la conferencia de prensa. La persona que está en la puerta es Anna Phillips, a la que han trasladado de la *startup* de software del parque empresarial para ayudarnos a organizar la colaboración de la comunidad local, introduciendo a unos catetos como nosotros en el siglo XXI. Ella no parece muy cateta con sus zapatos de tacón alto. Y también lleva una falda muy corta. Ha tenido un gran éxito en la comisaría, lo cual no resulta en absoluto sorprendente. Alex llevaba el pelo rapado como ella cuando la conocí, y eso la hacía parecer traviesa. Pícara. Es todo lo que ha perdido en estos últimos meses. Desde que llegó, he tenido que mirar a Anna dos veces en un par de ocasiones, pero luego la veo sonreír y sé que me equivoco. No recuerdo la última vez que vi sonreír a mi mujer.

–Lo siento, no te sigo. ¿El responsable de qué?

Si me muestran un poco cortante es porque palabras como «incompetencia» y «consecuencias» siguen resonando en mis oídos. Y porque no encuentro las llaves del coche. Pero a ella no parece afectarle.

–La filtración. Gareth... El subinspector Quinn me pidió que intentara averiguar de dónde procedía.

Levanto la mirada de la mesa. Así que Gareth, ¿eh? Se ha puesto un poco roja y me pregunto si él le ha contado que tiene novia. No sería la primera vez que sufriera una conveniente pérdida de memoria al respecto.

–¿Y?

Rodea el escritorio hasta donde estoy yo y entra en internet. Luego teclea una dirección y da un paso atrás para que pueda ver la pantalla. Es una página de Facebook. La publicación más reciente es el fotograma del vídeo de Daisy que facilitamos a la prensa. Eso no me preocupa: cuanto más gente lo comparta, mejor. Pero el resto de lo que veo sí me preocupa. Fotos de agentes uniformadas en la puerta de las casas. Varios miembros del equipo de Challow entrando en casa de los Mason. Una imagen mía fumando un cigarrillo a escondidas, que tampoco le va a sentar muy bien al comisario. A juzgar por los ángulos, todas las fotos se han tomado desde el interior de una de las casas de la calle. Anna baja por la página y veo una publicación colgada hace siete horas en la que se dice que la policía ha encontrado un panti verde manchado de sangre y que creen que es el que llevaba Daisy cuando desapareció.

–La página es de Toby Webster –dice Anna antes de que le pregunte.

–¿Quién?

–El hijo de Fiona Webster. La vecina a la que ha entrevistado la agente Everett esta mañana.

Creo que le ha preguntado por el panti. Supongo que es de ahí de donde lo ha sacado él. Tiene quince años.

Como si eso lo explicara todo. Aunque en cierto sentido, supongo que así es.

–A ese reporterucho no debe de haberle costado mucho encontrar esto –continúa ella–. De hecho, me sorprende que no lo hayan hecho otros.

Lo cual es como un mensaje cifrado que viene a decir: «Creo que le debe una disculpa a su equipo». Y está claro que es así.

–Y hay algo más.

El teléfono vuelve a sonar y lo cojo. Es Challow.

–Quería que analizáramos ese panti, ¿verdad?

–Sí, ¿y?

–No es el suyo. La sangre. El ADN no coincide con el del cepillo de dientes.

–¿Estás seguro? ¿No cabe ninguna posibilidad de que sea el de Daisy Mason?

–El ADN no miente. Pero eso ya lo sabe.

–Mierda.

Pero él ya ha colgado. Anna me está mirando con una expresión extraña. Si ese es su nivel de tolerancia a las palabrotas, no va a durar mucho aquí.

–He revisado las fotos –comienza–. Las de la fiesta.

–Lo siento, tengo que irme. Ya llego tarde.

–No, espere. Será solo un momento.

Vuelve a inclinarse sobre el ordenador y abre la carpeta del servidor compartido que contiene las imágenes. Selecciona tres de ellas y luego abre un fotograma del vídeo de Daisy y lo coloca meticulosamente junto a las otras.

–He tardado un rato en darme cuenta, pero en cuanto lo haces resulta de lo más obvio.

Tal vez para ella, aunque no para mí. Me mira con expresión expectante y yo me limito a encogerme de hombros.

Coge un boli y señala la pantalla.

–Estas tres fotos de la derecha son las únicas que tenemos de la fiesta en las que aparece Daisy. Al menos hasta ahora. Pero en ninguna se la ve con claridad: o bien está de espaldas o bien hay alguien que la oculta parcialmente. Pero sin duda hay algo que sí se ve.

–Que es...

Señala el fotograma del vídeo de hace tres días.

–Mire hasta dónde le llega la falda: sin duda, un buen trozo por encima de la rodilla. Y ahora mire las otras tres fotos.

Y entonces lo veo. Lo veo muy claro. La niña que lleva el vestido en la fiesta es por lo menos siete u ocho centímetros más baja que Daisy Mason. Así que no es ella.

Es *otra niña*.

* * *

Elsbeth Morgan @ElsbethMorgan959 15:22
Pobre familia. No quiero ni imaginarme lo que estarán pasando #EncontremosADaisy

BBC Midlands @BBCMidlandsBreaking 15:45
Hoy a las seis #MidlandsToday les ofrecerá las últimas noticias sobre la desaparición de #DaisyMason. @ThamesValleyPolice ha facilitado una foto de la niña

William Kidd @ThatBillytheKidd 15:46
Si alguien sabe dónde está Daisy Mason por favor que llame a la policía #EncontremosADaisy #DaisyMason

Anne Merrivale @Annie_Merrivale_ 15:56
¿Soy la única que piensa que hay algo raro en todo este asunto de @DaisyMason? ¿Cómo puede desaparecer una niña de su propio jardín y que nadie vea nada?

Caroline Tollis @ForWhomtheTollis 16:05
@Annie_Merrivale_ Estoy de acuerdo. Se lo dije a mi pareja en cuanto me enteré. Aquí hay gato encerrado #DaisyMason

Danny Chadwick @ChadwickDanielPJ 16:07
¿Qué padres dejan que sus hijos se queden despiertos hasta las dos? Está claro que no la vigilaban como debían. La culpa es toda suya #DaisyMason

Angus Cordery @AngusNCorderyEsq 16:09
@Annie_Merrivale_ @ForWhomtheTollis @ChadwickDanielPJ Acordaos de lo que os digo: será uno de los padres. Siempre pasa igual #DaisyMason

Anne Merrivale @Annie_Merrivale_ 16:10
@AngusNCorderyEsq Es muy raro que todavía no hayan aparecido en público @ForWhomTheTollis @ChadwickDanielPJ #DaisyMason

Elsie Barton @ElsieBarton_1993 16:13
@AngusNCorderyEsq @Annie_Merrivale_ @ForWhomTheTollis @ChadwickDanielPJ Madre mía, estáis enfermos de la cabeza #EncontremosADaisy

Anne Merrivale @Annie_Merrivale_ 16:26
@ElsieBarton_1993 Tienes que reconocer que todo parece muy raro #DaisyMason

Elsie Barton @ElsieBarton_1993 16:29
@Annie_Merrivale_ Yo solo sé que una niña ha desaparecido. Ahora hay que concentrarse en encontrarla y no perder tiempo acusando a los padres #FindDaisy

Angela Betterton @AngelaGBetterton 16:31
@AngusNCorderyEsq @ChadwickDanielPJ @Annie_Merrivale_ @ForWhomTheTollis No tenéis ni idea. Ni siquiera conocéis a la familia #EncontremosADaisy

Danny Chadwick @ChadwickDanielPJ 16:33
@AngelaGBetterton Aquí va una idea: si fuera mi hijo yo lo habría vigilado mejor, joder. Y, además, eres una experta o qué? #DaisyMason

Angela Betterton @AngelaGBetterton 16:35
@AngusNCorderyEsq Yo fui a la fiesta. Los dos padres estuvieron allí toda la noche, es imposible que estén involucrados #EncontremosADaisy

Caroline Tollis @ForWhomtheTollis 16:36
@AngelaGBetterton ¿Hay alguna novedad sobre el panti con sangre? ¿La policía lo ha confirmado? #DaisyMason

Anne Merrivale @Annie_Merrivale_ 16:37
@ForWhomtheTollis En las noticias no ha salido nada. Pero eso demuestra que alguien le hizo daño esa noche, ¿no? #DaisyMason

Caroline Tollis @ForWhomtheTollis 16:39
@Annie_Merrivale_ Pobre niña, yo creo que ya está muerta #DaisyMason

Anne Merrivale @Annie_Merrivale_ 16:42
@ForWhomtheTollis Ya. Creo que el único misterio ahora es quién la mató #DaisyMason

* * *

Al abrir la puerta de la sala de coordinación percibo la energía en el ambiente. Todo el mundo se vuelve a mirarme mientras me acerco a la pizarra blanca y señalo con el dedo una de las fotos de la fiesta.

–Supongo que ya os habréis enterado de que es poco probable que la niña de la imagen sea Daisy Mason.

El ruido ambiental comienza a subir de volumen, así que alzo la voz.

–Lo que aún no sabéis es que el laboratorio acaba de confirmarme que la sangre del panti no es, repito, *no* es de Daisy Mason. Lo cual quiere decir que lo más probable es que pertenezca a la niña de esta foto. Y si de verdad la vieja señora Bampton vio a un hombre llevándose a una niña, es casi seguro que se trata de esta otra y no de Daisy Mason.

Y entonces me viene a la cabeza, como ocurre a veces. Es imposible prepararse para ello o evitarlo –nunca sabes qué asociación aleatoria de ideas o palabras lo desencadenará–, pero de pronto tu cerebro, que has mantenido cuidadosamente sellado, se ve asaltado por un recuerdo no deseado. Soy yo con Jake en brazos; está dormido y tiene la cabeza acurrucada contra mi pecho. Huelo el olor de su champú y el del jardín en verano en su piel. El calor, su peso...

De pronto me doy cuenta, horrorizado, de que la sala se ha sumido en el silencio. Todos me miran. Bueno, al menos algunos. Los que me conocen desde hace más tiempo miran a cualquier lado menos a mí.

–Lo siento. Como decía, no creo que nos enfrentemos a la desaparición de dos niñas. Sospecho que se trata simplemente de un caso de identificación errónea. Por el aspecto de los desgarrones del panti, lo más probable es que la sangre no responda a nada más siniestro que un rasguño en las rodillas. Aun así, tenemos que encontrar a esa otra niña y asegurarnos de que está bien. Y tenemos que averiguar cómo se hizo con el disfraz de flor; es posible que las dos niñas se intercambiaran la ropa, así que podría contarnos qué era lo que en realidad llevaba Daisy en la fiesta. Mientras

tanto, Everett, ¿puedes revisar todas las fotos de la fiesta con Anna Phillips para ver si encontráis a otras niñas rubias que pudieran ser Daisy?

Gareth Quinn se pone en pie; tiene la tableta en las manos y desliza el dedo por la pantalla frenéticamente.

—Creo que igual sé quién es la niña, jefe. Estoy seguro de que uno de los coches de las cámaras de seguridad era un todoterreno de una de las familias de la calle. Sí, aquí está: David y Julia Connor. Tienen una hija llamada Millie que va al mismo curso que Daisy en la Kit, y estaban en la lista de la fiesta, pero por lo visto se marcharon pronto porque tenían un vuelo en Gatwick esa mañana a primera hora. En el vídeo se ve a la familia dirigiéndose a la carretera de circunvalación a las 23:39. Por eso no hemos podido hablar todavía con ellos, y para ser sincero hasta ahora no era algo prioritario. Pero le he dejado un mensaje en el móvil a David Connor para que me llame.

Se acerca al mapa y luego se vuelve hacia mí mientras lo señala con una mirada de excitación.

—La casa de los Connor está aquí; es el número cuarenta y cuatro. Tuvieron que pasar justo por delante de casa de la señora Bampton al volver de casa de los Mason. Creo que a quien vio la anciana fue a David Connor llevándose a su hija a casa.

En la sala se instala una sensación extraña; la he percibido otras veces. Es una sensación de avance que en realidad no es tal, porque lo único que permite es descartar una posibilidad en lugar de acercarte a la verdad. Una sensación de que las piezas empiezan a encajar lentamente, aunque sigues sin ver el dibujo completo. Pero en todo esto hay una pieza que de repente resulta muy sombría.

Es Gislingham quien la pone de manifiesto; constatar lo evidente es una de sus especialidades. Pero, eh, en todo equipo debería haber alguien así. Sobre todo en este trabajo.

—Entonces, ¿lo que estamos diciendo —observa— es que los Mason vieron a esta otra niña correteando por ahí con el disfraz toda la noche y no se dieron cuenta de que en realidad no era su hija?

—El tocado de la cabeza cubre casi toda la cara —señala Everett—. Vaya, que nosotros no hemos caído en que no era ella y mira que nos hemos pasado rato mirando las fotos.

—Pero nosotros no somos sus padres —digo en voz baja—. Créeme, yo reconocería a mi hijo aunque llevara una máscara de esquiar y un saco de plástico. Es algo innato. Sabes cómo se mueven, cómo caminan...

Cómo se movía Jake, cómo caminaba. El tiempo se detiene. Tan solo durante una fracción de segundo, sorteando el abismo, y luego se pone en marcha de nuevo.

—Y también cómo hablan, sin duda —dice Gislingham—. Si los Mason hubieran hablado con esa niña habrían sabido enseguida que...

—Así pues, una de dos —lo interrumpe Quinn—. O bien no hablaron con su propia hija en toda la noche, cosa que es poco creíble, o aquí pasa algo mucho más preocupante.

—No son solo ellos —digo en voz baja—. También está Leo. Tuvo que darse cuenta de que la de la fiesta no era Daisy. Los padres pueden aducir que estaban demasiado liados, pero Leo es un niño observador. Él lo sabía. Así pues, ¿por qué no se lo ha contado a sus padres? ¿Por qué no nos lo ha contado a nosotros? O esconde alguna cosa o está asustado por algo. Y en este momento no estoy seguro de cuál de las dos opciones es peor.

—¿Y qué hacemos ahora, jefe? ¿Les decimos a los Mason lo de Millie Connor? ¿Los traemos

para interrogarlos?

–No –contesto lentamente–. Vamos a pedirles que hagan un llamamiento televisivo. Quiero ver cómo reaccionan. Los tres; aseguros de que el niño también esté. De todas formas un llamamiento no hará ningún daño; al fin y al cabo, Daisy podría estar aún en alguna parte, y tal vez todo esto no tenga nada que ver con la familia.

La gente empieza a moverse y a coger sus móviles, pero aún no he acabado.

–Y sé que no tendría que decirlo, pero no quiero que la menor insinuación de que la niña de la fiesta no era Daisy salga de esta habitación. Aseguros de decírselo también a los Connor. Porque es posible que la cronología con la que hemos trabajado no coincida en absoluto con la real. Es posible que Daisy Mason no estuviera en ningún momento en esa fiesta.

* * *

Entrevista telefónica con David Connor

20 de julio de 2016, 16:45

En la llamada, interroga el subinspector en funciones G. Quinn y (a la escucha) el agente C. Gislingham

GQ: Gracias por llamar, señor Connor, y discúlpenos por molestarlo en vacaciones.

DC: No se preocupe. Lamento no haber podido devolverle antes la llamada. Al enterarnos de lo sucedido, nos hemos quedado estupefactos. Mi mujer lo vio en BBC World News en la habitación del hotel.

GQ: ¿Sabía usted que el disfraz de flor que llevaba su hija en la fiesta era el que debía llevar Daisy Mason?

DC: No lo sabía, aunque por lo visto mi mujer sí. Algunas amigas de Millie vinieron a casa al salir de la escuela la tarde antes de...

GQ: ¿El lunes por la tarde, entonces?

DC: Hum... ¿Era lunes? Lo siento, tengo un poco de desfase horario. Tiene razón, debió de ser el lunes. En fin, Julia dice que todas trajeron su disfraz y se lo probaron. Y luego se probaron los de las demás, ya sabe cómo son las niñas de esa edad. Por lo visto en algún momento en medio del caos Daisy decidió que prefería el de Millie y ella le dijo que se lo podían cambiar.

GQ: ¿Sabe si la madre de Daisy estaba al tanto de que las niñas se habían cambiado el disfraz?

DC: No tengo ni idea. Deje que le pregunte a Julia... [sonidos ahogados] Julia dice que Daisy le aseguró que a su madre no le importaría. Pero lógicamente no sabe si al final Daisy se lo contó.

GQ: Encontramos el panti en un contenedor de la calle, pero la sangre no coincide con la de Daisy.

DC: Ah, sí, lo lamento. Millie se cayó y como se estaba haciendo tarde y ella estaba un poco mustia decidimos que era hora de marcharnos. El panti quedó hecho un desastre, así que lo tiramos sin más. Lo siento si eso les ha causado problemas.

GQ: ¿Qué disfraz iba a llevar su hija en un principio, señor Connor?

DC: Mi mujer dice que uno de sirena. Yo no llegué a verlo, pero por lo visto era una especie de top color carne y una cola con escamas brillantes azules y verdes.

GQ: ¿Incluía un tocado o una máscara?

DC: Espere un momento.

[más sonidos ahogados]

No, no iba con nada en la cabeza.

GQ: Así que si Daisy hubiese llevado ese disfraz en la fiesta habría quedado claro que era ella.

DC: Me imagino que sí. ¿Insinúa usted que...?

GQ: Me limito a establecer los hechos, señor Connor. ¿Vio usted a Daisy anoche?

DC: Ahora que lo dice, creo que no. Bueno, en las noticias han dicho que estaba allí, que desapareció después, así que supuse que... Madre mía, eso cambia un poco las cosas, ¿no?

GQ: ¿Cree que Millie podría contarnos alguna cosa? ¿Algo que viera u oyera en la fiesta?

DC: Si le soy sincero, en este momento no conseguimos sacar mucho en claro. Está llorando todo el rato y se niega a hablar de ello. La verdad es que no quiero presionarla. Pero cuando se tranquilice le diré a Julia que le pregunte. Les llamaré si nos cuenta alguna cosa que pueda ser de ayuda.

GQ: Gracias, señor Connor. Y debo recordarle que no puede compartir con nadie el contenido de esta conversación. Es muy importante. Sobre todo con la prensa.

DC: Por supuesto. Y por favor, si puedo hacer algo más, díganmelo. Tenemos que aunar esfuerzos para encontrar al cabrón que ha hecho esto, ¿no?

* * *

18 de julio de 2016, 16:29

El día antes de la desaparición

Casa de los Connor; Barge Close, 54

Julia Connor sirve media docena de vasos de zumo y lleva la bandeja al cuarto de su hija. Mientras sube la escalera oye el ruido que hacen las niñas; probablemente, la mitad de los vecinos de la calle también lo oigan. Dentro de la habitación, la moqueta está enterrada bajo un montón de ropa y disfraces.

–Espero que sepáis de quién es cada disfraz –dice Julia al tiempo que deja la bandeja–. No quiero tener problemas con vuestras madres.

Tres de las niñas están frente a un espejo de cuerpo entero y se admiran con coquetería. Una princesa rosa, una flor y una mariposa.

–¿Quién es la más bella de todas? –le pregunta la princesa a su reflejo mientras la corona dorada de cartón le resbala sobre un ojo–. ¿No os parece que estoy absolutamente preciosa?

Julia sonríe para sus adentros; ojalá ella hubiera tenido la mitad de confianza en sí misma a la edad de ellas. Luego cierra la puerta y baja de nuevo a la cocina, donde enciende la radio y empieza a cortar verduras para la cena. Suena un viejo tema de Annie Lennox, así que sube el volumen y canta por lo bajo: *Sisters are doin it for themselves*. De hecho, el volumen está tan alto que no percibe el repentino jaleo que se arma en el piso de arriba. De modo que no oye los gritos lastimeros de «¡Te odio! ¡Ojalá te murieras!»; no ve a la niña con el disfraz de flor sujeta contra la pared, ni a la otra niña que la ataca con furia, golpeando el pequeño rostro pálido con su tocado de pétalos.

* * *

A las seis, el equipo de búsqueda se está quedando sin fuerzas. Han colocado cinta policial a lo largo de un kilómetro del camino de sirga hacia el norte, desde la urbanización, y lo han recorrido centímetro a centímetro, utilizando varas para separar los matorrales y recogiendo en bolsas de plástico cualquier cosa que pueda considerarse ni que sea remotamente una prueba. Envoltorios de caramelos, latas de cerveza, un zapato de niño. ¿Por qué siempre hay solo un zapato?, se pregunta Erica Somer al tiempo que se incorpora con la espalda dolorida y mira la hora en el reloj. ¿Es que los que lo pierden se van a casa a la pata coja? Y, en cualquier caso, ¿cómo pierde uno el zapato exactamente? Resulta muy difícil no darse cuenta de que lo has perdido. Entonces

menea la cabeza ante la inutilidad de pensar siquiera en ello, y lo atribuye a que tiene bajo el azúcar en sangre.

Varios kilómetros más adelante, seis o siete voluntarios ecologistas calzados con botas de goma se abren paso por las acequias medio llenas de hojas podridas y la basura que han lanzado los ocupantes de los barcos de ese día. Después de tantos días de calor, el nivel del agua está bajo y huele bastante mal. Ya han rastreado la reserva natural, que se halla unos cien metros atrás. Erica ni siquiera sabía que estaba ahí a pesar de haberse criado a menos de ocho kilómetros. Pero su escuela no era de las que organizan excursiones al campo o días de estudio de la naturaleza; los profesores ya tenían bastante con mantener el caos a raya. No tenía ni idea de que hubiera un lugar tan agreste tan cerca del centro de la ciudad. Tan agreste, tan descuidado, medio inundado y sin caminos. Ha visto tres ratas de agua y una familia de pollas de agua, y de repente, sin aviso, ha oído un aleteo sibilante de alas blancas y ha visto a un cisne macho alzarse para defender a sus crías, que estaban escondidas.

Pero, después de un montón de horas, ¿en qué se han visto recompensados sus esfuerzos? Aparte del dolor de espalda y de la basura seleccionada con esmero, en nada. Nadie vio nada, ni los que viven en el agua ni aquellos cuyas casas dan al canal, algunos de los cuales celebraron una barbacoa en su jardín trasero al mismo tiempo que los Mason daban su fiesta. Dos o tres incluso recordaban los fuegos artificiales, pero ninguno vio a una niña pequeña. Es como si Daisy se hubiera esfumado.

A las 19:25, Erica recibe una llamada de Baxter.

–Podéis dejarlo ya. Los buzos se sumergirán en el canal mañana por la mañana.

Erica frunce el ceño.

–¿De verdad? Si el presupuesto dependiera de mí no me molestaría en hacerlo. El agua no es tan profunda, no como en un río, y el tráfico de barcos no hace más que removerla todo el rato. Si estuviera aquí ya la habríamos encontrado.

–Mira, la verdad es que estoy de acuerdo; entre tú y yo, sospecho que se trata más de un tema de relaciones públicas que de otra cosa. El comisario jefe de policía quiere demostrarle al mundo que estamos removiendo cielo y tierra para encontrarla. De ahí el maldito helicóptero.

–La prensa debe de estar encantada.

–Sí –dice Baxter–. Diría que esa es la idea.

* * *

Tomo asiento para la segunda conferencia de prensa justo veinticuatro horas después de hacerlo para la primera. En un día pueden cambiar muchas cosas. El rostro de Daisy está por todas partes en internet y me han dicho que #EncontremosADaisy es *trending topic* en Twitter. Oficialmente se ha convertido en algo gordo, lo que significa que el comisario está tomando medidas, y por eso nos encontramos en la sala para los medios de Kidlington, aunque incluso aquí los reporteros de segunda se han quedado sin asiento. Sky News retransmite en directo y hay al menos media docena de cámaras más, y entre ellas, discretamente, están colocados Gareth Quinn y Anna Phillips con una pequeña cámara digital. Quiero asegurarme de grabarlo todo, hasta el último fotograma.

Exactamente a las 10:01 hacemos pasar a la familia Mason al estrado en medio del ruido de los flashes. Bajo la luz deslumbrante, a Leo Mason se le ve la cara verde y por un terrible instante

pienso que podría estar a punto de vomitar, ahí delante de las cámaras. Su padre, por su parte, enseguida echa la silla tan hacia atrás como es posible, lo cual constituye la declaración de intenciones más fehaciente que he visto jamás. Espero por su bien que nunca decida dedicarse al póquer. Anoche pasé por su casa para contarles lo del llamamiento y no paró de preguntarme si era realmente necesario, qué iban a lograr con ello, si esa clase de cosas ha servido alguna vez para que alguien vuelva a casa. No hace falta que diga que jamás me había encontrado a un padre que tratara de disuadirme de publicitar la desaparición de su hijo. Y en este caso estamos hablando de su princesita, su adorada hija. Y la verdad es que no creo que estuviera fingiendo. Al menos no esa parte. Lo cual solo hace que resulte más inquietante. En cuanto a Sharon, apenas dijo nada durante todo el rato que estuve en su casa. Yo seguí hablando, pero sabía que ella no estaba del todo ahí. Y al mirarla ahora caigo en la cuenta de qué era lo que de repente le preocupaba tanto: estaba pensando en *qué ponerse*. Ropa, maquillaje, joyas: todo a conjunto, de punta en blanco. Parece que se haya vestido para una entrevista de trabajo, no para implorar que su hija vuelva a casa.

A las 10:01, el comisario carraspea y lee la hoja que tiene enfrente. Hemos tenido que ser mucho más cuidadosos de lo habitual con lo que decimos, dado lo que sabemos ahora. No podemos permitirnos mentir abiertamente, pero tampoco podemos contar toda la verdad.

—Gracias por venir, señoras y señores. El señor y la señora Mason van a hacer una breve declaración sobre la desaparición de su hija, Daisy. Eso es todo lo que diremos en la conferencia de prensa de hoy. Nuestra prioridad es encontrar a Daisy sana y salva, y llevarla de vuelta con su familia. En este momento no tenemos más información que podamos compartir con ustedes, y ni la familia ni el inspector Fawley contestarán preguntas. Les agradezco su comprensión a este respecto y les pido que respeten la intimidad de la familia en estos momentos tan difíciles.

Flashes, gente que se echa hacia delante en su silla. No están interesados en lo que diga la familia —todo el mundo dice lo mismo cuando desaparece un niño—, pero sí que tienen muchas ganas de escuchar cómo lo dicen. Quieren hacerse una idea de qué clase de personas son los Mason. ¿Resistirán el examen? ¿Sonarán convincentes? ¿Nos caerán bien? Todo gira en torno al carácter y la credibilidad. Y ni que decir tiene, a la gran obsesión de los ingleses: la clase social.

El comisario se vuelve hacia la derecha, donde está Barry Mason. Este abre la boca para decir algo, pero luego hunde la cabeza entre las manos y se echa a llorar. A duras penas le oímos murmurar algo acerca de su «princesita». Una palabra que empieza a sacarme de quicio. Hago un esfuerzo consciente para mantenerme impasible, aunque no estoy seguro de conseguirlo. Leo, por su parte, tiene los ojos abiertos de par en par y le lanza una mirada angustiada a su madre, pero ella está mirando a las cámaras, no a él. Por debajo de la mesa, fuera del alcance de la vista de todo el mundo menos yo, el niño desliza lentamente su mano sobre la rodilla de ella, pero Sharon no se mueve ni reacciona.

El comisario tose.

—¿Podría leer usted la declaración, señora Mason?

Sharon empieza y enseguida se lleva una mano al pelo. Igual que hizo cuando vio llegar a los equipos de la televisión a su casa. Y entonces se vuelve directamente hacia la cámara.

—Si alguien sabe alguna cosa sobre el paradero de nuestra pequeña —dice—, por favor, por favor, pónganse en contacto con nosotros. Y Daisy, si estás viendo esto, no pienses que te has metido en

un lío, cariño; solo queremos que vuelvas a casa. Papá y yo te echamos de menos. Y Leo, por supuesto.

Y entonces le pasa el brazo por los hombros a su hijo y lo acerca. Al círculo.

* * *

Reviso la grabación con Bryan Gow, el asesor al que recurrimos para esta clase de cosas. Probablemente, sea lo que se llama un analista de perfiles, pero hoy en día se muestran muy recelosos con cualquier cosa que huelva a procedimientos que salen por la tele en horario de máxima audiencia. El propio Brian, irónicamente, parece sacado de un reparto: apasionado de los trenes, pilar de su equipo de concursos de cultura general en el pub local y matemático aficionado (no me pregunten cómo cuadra todo esto; a mí siempre me ha parecido el paradigma de la contradicción).

Pasamos el vídeo entero y él pide verlo de nuevo.

–Bueno, ¿qué piensas? –le pregunto al cabo.

Él se quita las gafas y las frota contra los pantalones.

–Para ser sincero, no sé por dónde empezar. Decididamente, el padre no quiere estar ahí y no me trago todo ese lloriqueo teatral.

–Yo tampoco. De hecho, sospecho que es tan solo una excusa para cubrirse la cara con las manos.

–Estoy de acuerdo; oculta algo. Pero no tiene por qué estar relacionado con la niña. Yo investigaría su pasado. Es posible que tenga una aventura o que esté involucrado en algún otro asunto y por eso no quiera que su cara salga por la tele.

–Dirige una empresa de construcción –digo en tono irónico–. Me imagino que hay un montón de personas a las que querría evitar. ¿Y el niño?

–Es difícil interpretarlo. Algo le preocupa, pero podría ser tan solo el trauma por la desaparición de su hermana. En este caso, yo también indagaría en su comportamiento reciente. A ver si ha ocurrido alguna otra cosa antes de la desaparición. Cómo ha estado en la escuela.

–¿Y Sharon?

Gow hace una mueca.

–«Cada vez más y más curioso», dijo Alicia.» ¿Vino directa de la peluquería o siempre tiene ese aspecto?

–Le pedí a Everett que se lo preguntase. De pasada, para que no sospechara. Por lo visto le dijo: «No quiero que se lleven una mala impresión».

–¿Lleven?

–Ya me había dado cuenta con anterioridad. Está claramente paranoica por lo que piensen de ella, aunque nunca acaba de definir quiénes son «ellos».

Gow frunce el ceño.

–Ya veo. Rebobina hasta el momento en que habla de su hija.

El rostro de Sharon Mason aparece en primer plano y la imagen se congela con su boca levemente abierta.

–¿Has oído hablar de alguien llamado Paul Ekman?

Niego con la cabeza.

–Pero ¿has visto la serie *Lie to Me*?

–No, pero sé cuál es. ¿Esa en la que él averigua quién dice la verdad tan solo a través del lenguaje corporal?

–Esa. El personaje principal está inspirado en Ekman. Según su teoría, hay ciertas emociones que no pueden fingirse porque es imposible controlar de manera consciente los músculos faciales que las expresan. La pena, por ejemplo, se muestra en el espacio que queda entre las cejas. Si de verdad estás abatido, y no solo simulas estarlo, las cejas se te juntan. Resulta sorprendentemente difícil imitar esa expresión de manera convincente durante más de uno o dos minutos; lo sé porque lo he intentado. Si en los llamamientos que se hacen por televisión miras a la persona que al final resulta que cometió el crimen, lo puedes ver. Son las cejas las que los delatan; la parte superior de la cara no cuadra con la inferior. Busca en Google a Tracie Andrews la próxima vez que entres en internet. Es un ejemplo clásico. Y ahora mira a Sharon Mason.

Y ahí está. Aunque tiene los ojos anegados en lágrimas y le tiembla el labio, su frente está tersa. Ni una arruga, ni una preocupación.

Me levanto para marcharme, pero Gow me llama.

–Yo contaría con que las cosas se pusieran desagradables en la red –dice al tiempo que se pone de nuevo las gafas–. En estos casos, la gente a menudo juzga basándose en la clase de claves visuales de las que hemos hablado, aunque la mayoría no sepa que lo hace. Sospecho que a los Mason los van a someter a juicio en Twitter. Lo merezcan o no.

Mientras salgo, llamo a la sala de coordinación de Saint Aldate. Everett me cuenta que en ninguna de las fotos de la fiesta aparece una niña con un disfraz de sirena, lo cual significa que vamos a tener que reenfoque toda la investigación. Hay que establecer cuándo fue vista Daisy por última vez, por quién y dónde. Hay que confirmar qué llevaba puesto exactamente. Hay que interrogar a los Mason. Y cuando eso se sepa, se va a armar una gorda.

* * *

ITVNews @ITVLiveandBreaking 10:02
En directo: Desaparición de Daisy Mason; la familia realiza un llamamiento #EncontremosADaisy
6935 Retuits

Scott Sullivan @SnapHappyWarrior 10:09
#DaisyMason He visto el llamamiento policial. El padre tiene una cara de culpable que no se aguanta, y ¿qué le pasa a la madre? Es fría como el hielo

Indajit Singh @MrSingh700700700 10:10
Los padres de Daisy Mason no me han parecido nada convincentes. ¿Y por qué la policía no ha dejado que los periodistas hicieran preguntas? Sospechoso

Scott Sullivan @SnapHappyWarrior 10:11
A los padres de #DaisyMason los van a detener hoy mismo, ya veréis. La historia se repite

Lisa Jenks @WorldsBiggestManUFan 10:12
@SnapHappyWarrior Qué eres, ¿juez? Si todavía no han encontrado a la niña. ¿Lo dices en serio?
#EncontremosADaisy

Scott Sullivan @SnapHappyWarrior 10:12
 @WorldsBiggestManUFan ¿Lo dices en serio? Cualquiera puede ver que hay algo que falla. Mira al otro niño, ¡está muerto de miedo!

Danny Chadwick @ChadwickDanielPJ 10:14
 Nunca he visto que el padre lllore más que la madre en una cosa de estas. Sabía que aquí había más de lo que se ve a simple vista #DaisyMason

Rob Chiltern @RockingRobin1975 10:15
 #DaisyMason Espero que la policía de los cojones haya registrado la casa. Huele a cagada gorda. No sería la primera vez

Lilian Chamberlain @LilianChamberlain 10:16
 @RockingRobin1975 Los padres no saben dónde está su hija. Normal que se les vea traumatizados. La gente reacciona de formas distintas al estrés...

Lilian Chamberlain @LilianChamberlain 10:16
 @RockingRobin1975... No son sospechosos, solo padres. Todo mi afecto para ellos #EncontremosADaisy

Caroline Tollis @ForWhomtheTollis 10:17
 ¿A la policía se le ha ocurrido interrogar al hermano? #Yosolodigo #DaisyMason

Garry G @SwordsandSandals 10:19
 ¿Sabéis qué pienso yo? Que el padre la ha asesinado. Seguro que la clavo #DaisyMason

* * *

Les hemos pedido a los Mason que se queden en Kidlington después del llamamiento. Les hemos soltado un rollo sobre procedimientos y papeleo y les hemos dejado con Maureen Jones, a la que le ha tocado la china de ser la agente de enlace familiar, aunque la verdadera razón era evitar llevármolos para interrogarlos delante de todo el mundo. Sobre todo de ese cabroncete chismoso con la hiperactiva página de Facebook.

Me llevo a Quinn conmigo y de camino paso a ver al comisario, tal como me ha pedido. Y aunque me lo curro para que parezca que tengo mucha prisa, me pregunta si podemos hablar en privado y me pide que cierre la puerta, así que ya sé lo que me espera. Pero antes, las malas noticias.

–No voy a pedir una orden para hacer un registro forense de la casa de los Mason. Todavía no. La Fiscalía de la Corona querrá algo más que pruebas circunstanciales y preguntas sin responder antes de ir al juez.

–Oh, por el amor de Dios...

–Ya sé por dónde vas, pero todo este caso ya se ha convertido en un circo mediático, y no voy a alimentarlo con imágenes de tíos con trajes blancos llevándose osos de peluche. Por lo que me han informado, ni siquiera sabemos con certeza dónde fue vista la niña de los Mason por última vez. Es muy posible que la secuestraran al volver de la escuela.

–Pero Sharon Mason nos dijo que siempre recoge a los niños con el coche. Lo cual limita las probabilidades de que alguien se llevara a Daisy a alguna parte.

–Está bien, pero hasta que no lo hayáis establecido sin ninguna duda no voy a pedir una orden de registro. Quién sabe, es posible que ni siquiera nos haga falta. ¿Les habéis pedido permiso a los padres?

–No me los imagino dándonos permiso, señor. Ni siquiera permiten que el agente de enlace se quede en la casa, lo cual...

–... no se acerca ni remotamente a un motivo razonable de sospecha. Pídeles, con educación, si podemos realizar un registro. Y luego hablaremos, ¿de acuerdo?

Suelto un suspiro.

–De acuerdo.

Me doy la vuelta para marcharme, pero él señala con un gesto la silla y a continuación se reclina en la suya y junta las yemas de los dedos, adoptando una expresión que en recursos humanos sin duda definirían como de «empatía apropiada».

–¿Estás seguro de que puedes encargarte de este caso, Adam? No me malinterpretes, sé que tienes más experiencia que la mayoría de los inspectores, pero no va a ser fácil, sobre todo después de...

–Estoy bien, señor.

–Pero perder a un hijo de esa manera... Quiero decir, en esas circunstancias. Le afectaría a cualquiera. Cómo no va a afectarte a ti.

Abro la boca y vuelvo a cerrarla. De repente me siento profunda y furibundamente enfadado. Me miro las manos y me obligo a no decir algo de lo que pueda arrepentirme. Como por ejemplo cómo coño se atreve a sentarse ahí tan tranquilo y abrir la esclusa del dolor que llevo tantos meses aplacando. Ahora en mis manos hay claras marcas de las uñas que me he clavado en la carne. Medias lunas de un rojo intenso. No puedo mirarlas sin que me entren náuseas.

Al alzar la vista me doy cuenta de que él sigue mirándome.

–¿Qué tal está Alex? –me pregunta, hurgando en la herida–. ¿Cómo lo lleva?

–Bien. Alex está bien. Por favor, tan solo quiero seguir trabajando.

Frunce el ceño, un ceño que viene con una leyenda al pie: «Preocupación adecuada». Empiezo a preguntarme si lo han enviado a una especie de cursillo de formación.

–Lo sé –dice–, y nadie ha sugerido ni por un instante que tu trabajo no sea de primera. Pero desde que ocurrió solo han pasado..., ¿qué?, ¿seis meses? No es mucho tiempo, no para algo así. Y esta es la primera vez que tienes que enfrentarte al secuestro de un...

Me pongo en pie.

–Aprecio su interés, señor, pero no es necesario, de verdad. Preferiría concentrarme en encontrar a Daisy Mason. El tiempo corre en nuestra contra. Conoce tan bien como yo las estadísticas, y ya han pasado casi treinta y seis horas.

Él vacila y luego asiente.

–Muy bien, si estás seguro... Pero es posible que los medios lo saquen a colación y que vuelvan a escarbar en todo el asunto. ¿Estás preparado para eso?

Adopto una expresión que espero que responda a la etiqueta «Completo desdén».

–No tardarán en encontrar algo mejor que hacer. Y, en cualquier caso, no hay nada que encontrar.

–No –se apresura a decir–. Por supuesto que no.

Quinn me lanza una mirada inquisitiva cuando salgo. –Rollos administrativos –le digo, y él es lo bastante listo como para no preguntar más. Empiezo a avanzar por el pasillo–. ¿Qué sabemos de la escuela?

–Everett y Gislingham están allí ahora. He pensado que a Chris le iría bien un refuerzo femenino.

–¿Los equipos de búsqueda aún no han dicho nada?

–Nada. Hemos ampliado el perímetro, pero como no tenemos inteligencia para saber dónde hay que rastrear, es como buscar una aguja en un pajar.

Decir inteligencia en lugar de información, por cierto, es otra de las cosas que me sacan de quicio.

Al llegar a la sala donde está la familia, me paro delante de la puerta cerrada.

–¿Juntos o por separado? –pregunta Quinn.

–Por separado. Pero quiero estar presente en los dos.

–Entonces, ¿él primero?

–Vale –contesto–, él primero. –Y llamo a la puerta.

Maureen Jones abre y se aparta para dejarnos pasar.

Sé que se supone que hoy en día la policía debe hacer un mayor esfuerzo, pero la estancia no se acerca ni de lejos a mi idea de un entorno tranquilizador. Está un escalón por encima de la sala de interrogatorios de Saint Aldate, eso tengo que admitirlo, pero con los muebles baratos retirados contra las paredes resultan deprimente como la sala de espera de un médico, lo cual no hace más que reforzar la aplastante sensación de que lo único que pueden darte aquí son malas noticias. Barry Mason está sentado en el sofá con la espalda reclinada, los ojos cerrados y las piernas separadas. Está sudando. Su piel tiene un aspecto grasiento, como si estuviera cubierta de una fina película de aceite. Aunque hoy es un día fresco para ser julio. Sharon está en una de las sillas de respaldo duro, con los pies juntos y perfectamente alineados, y el bolso sobre el regazo. Es una imitación de uno de diseño.

De esos marrones con un estampado color crema. La silla es tan incómoda que lo más normal sería que estuviera removiéndose, pero está quieta como una estatua. Ni siquiera alza la vista al entrar nosotros. Leo sí lo hace. Y al cabo de un instante se levanta del suelo, donde estaba sentado jugando con un tren, y retrocede poco a poco hacia su madre sin apartar la mirada de la mía.

Carraspeo.

–Señor Mason, señora Mason, gracias por esperar.

Dispongo de cierta información que en este momento ya puedo compartir con ustedes. Queríamos estar completamente seguros antes de decirles nada.

Hago una pausa. Una pausa cruel y deliberada. Sé lo que deben de estar pensando, pero necesito ver cómo reaccionan.

Sharon se lleva lentamente la mano a la cara y Barry suelta un grito ahogado mientras las lágrimas empiezan a rodarle por la cara.

–No, mi princesita no –gime–. Mi Daisy...

Leo se agarra a la manga de su madre con los ojos desorbitados de puro terror.

–¿De qué hablan, mamá? ¿Es Daisy?

–Ahora no, Leo –dice ella sin mirarlo.

No puedo alargar más la pausa. Sería una indecencia. Ellos esperan que me sienta, pero no lo

hago.

–Lo que hemos podido determinar –empiezo sin prisa– es que Daisy no estaba en la fiesta el martes.

Barry traga saliva.

–¿Qué quiere decir con que no estaba allí? Yo la vi...

Todos la vimos...

Sharon se vuelve hacia su marido y lo coge del brazo.

–¿Qué está diciendo? ¿Qué significa eso de que no estaba en la fiesta?

Miro de reojo a Leo, que ha agachado la cabeza y observa sus zapatos con rozaduras. Tiene las mejillas rojas. Yo tenía razón: él lo sabía.

–Hemos hablado con los padres de Millie Connory nos han confirmado que era ella la que llevaba el disfraz de margarita el día de la fiesta, no Daisy. Por lo que sabemos hasta ahora, su hija nunca estuvo allí.

–¡Claro que estaba allí! –grita Sharon–. Ya se lo dije: yo la vi. Y no intente decirme que no conozco a mi propia hija. Nunca había oído semejante..., semejante disparate.

–Me temo que no cabe ninguna duda al respecto, señora Mason. Y seguro que se dan cuenta de que esto cambia toda la investigación. Tendremos que volver a revisar los acontecimientos de ese día y establecer de manera definitiva quién, cuándo y dónde vio a Daisy por última vez. También tendremos que ampliar las pesquisas más allá de los invitados a la fiesta e incluir a los compañeros de clase de Daisy, sus profesores y cualquiera que pudiera estar en contacto con ella en los días previos a su desaparición. Y como parte de ese proceso, tendremos que interrogarlos de nuevo a ustedes, para establecer con exactitud dónde se encontraban el martes en cada momento del día. ¿Lo comprenden?

Barry entorna los ojos. Es como si se hubiera apagado un interruptor. O tal vez sería mejor compararlo con un grifo que se ha cerrado. Porque ahora ya no hay lágrimas.

–¿Estamos detenidos?

Lo miro sin pestañear.

–No, señor Mason, no están detenidos, los vamos a interrogar en calidad de lo que denominamos «testigos significativos». Tenemos una sala especial aquí para esta clase de interrogatorios y deben saber que vamos a grabar en vídeo la conversación. Es importante que no se pierda nada de lo que nos digan. Así que si quiere acompañarme ahora, señor Mason, luego hablaremos con la señora Mason.

Sharon se niega a mirarme. Cambia de posición en la silla y eleva la barbilla con un movimiento brusco y desafiante.

–También nos gustaría que nos dieran permiso para realizar un registro forense en su casa.

Barry Mason me dedica una mirada abiertamente hostil.

–Veo la tele y sé lo que significa eso. Creen que hemos sido nosotros, pero no disponen de pruebas suficientes para conseguir una orden. ¿A que no?

Me niego a picar el anzuelo.

–Un registro de este tipo podría proporcionar inestimables...

Pero él ya está negando con la cabeza.

–Ni hablar. Pero es que ni hablar, maldita sea. No voy a dejar que me tiendan una trampa y me carguen el muerto por algo que no he hecho.

–Nosotros no tendemos trampas, señor Mason.

Resopla.

–Sí, claro.

Nos sostenemos la mirada. Punto muerto.

–Lo he dispuesto todo para que venga un asistente social –digo al final–. Debería estar aquí en los próximos diez minutos.

–Oh, váyase a la mierda –me espeta Barry–. Si necesitara que alguien me cogiera de la mano llamaría a mi puñetero abogado.

–No es para usted –digo sin alterarme–. Es para su hijo. También tenemos que tomarle declaración a Leo y es necesario que haya alguien presente para proteger sus intereses. Y me temo que no puede ser ninguno de ustedes dos.

Le indico a Barry que salga por la puerta; cuando alargo la mano para cerrarla, oigo el sonido de unas arcadas y al volverme veo a Leo echando las tripas contra la pared. Maureen se pone en pie de inmediato, coge la caja de pañuelos de papel, le pasa el brazo por los hombros y le dice que todo va a ir bien. Lo último que veo antes de cerrar la puerta es a Sharon Mason meter la mano en su bolso, sacar una toallita húmeda e inclinarse para limpiar una ínfima salpicadura de sus zapatos.

* * *

BBC Midlands

Today Jueves 21 de julio de 2016 / Actualizado por última vez a las

10:09

Daisy Mason: La policía amplía la búsqueda a Port Meadow

La policía de Oxford está utilizando un helicóptero de apoyo para la búsqueda de la niña de 8 años Daisy Mason, que fue vista por última vez el martes por la noche. Los antiquísimos prados de Port Meadow, situados al oeste de la ciudad, se extienden a lo largo de 120 hectáreas y nunca se ha cultivado en ellos. En declaraciones del inspector Adam Fawley a la BBC: «Es un enorme espacio abierto, con zonas densamente arboladas en los márgenes. El helicóptero de apoyo a nuestros equipos contribuirá a realizar la búsqueda de manera mucho más rápida y eficiente». El inspector Fawley ha declinado confirmar si el helicóptero dispone de una cámara de infrarrojos, pero ha subrayado que para la policía seguimos ante un caso de una persona desaparecida.

También se ha pedido a los dueños de las parcelas contiguas a Port Meadow que comprueben sus cobertizos y otros edificios exteriores.

Si tiene información sobre Daisy póngase en contacto con el centro de coordinación de la división de investigación criminal de Thames Valley en el número 01865 0966552.

* * *

Amy Carey @JustAGirlWhoCant

Yo vivo al norte de Port Meadow y veo el helicóptero que participa en la búsqueda. Cruzo los dedos

10:41

para que la encuentren pronto #EncontremosADaisy

Danny Chadwick @ChadwickDanielPJ 10:43
Esto cada vez se pone más raro. ¿Qué insinúa la policía, que una niña de 8 años podría haber cruzado las vías de tren en medio de la oscuridad? #DaisyMason

Amy Carey @JustAGirlWhoCant 10:44
@ChadwickDanielPJ A mí también me parece extraño. Desde aquí ni siquiera se puede acceder ya a Port Meadow. Hay que dar un rodeo por Walton Well

Samantha Weston @MissusScatterbox 10:46
Me da que esto no va a acabar bien. DEP, pobre angelito #DaisyMason

Amy Carey @JustAGirlWhoCant 10:47
Hay literalmente cientos de personas ayudando en la búsqueda #EncontremosADaisy

Scott Sullivan @SnapHappyWarrior 10:52
#DaisyMason Como ya dije serán los padres. Apuesto a que el padre abusaba de ella. Tiene toda la pinta

Jenny T @56565656Jennifer 10:53
@SnapHappyWarrior Qué comentario más desagradable. Los troles como tú me ponen enferma #EncontremosADaisy

Scott Sullivan @SnapHappyWarrior 10:54
@56565656Jennifer ¿Cuántas veces tiene que pasar lo mismo para que idiotas como tú vean lo que tienen delante de las narices? #DaisyMason

Jenny T @56565656Jennifer 10:54
@SnapHappyWarrior Mira la foto de Daisy de tres días antes de que desapareciera. No es la foto de una niña que sufre abusos #Feliz

Kathy Baines @FulloftheWarmSouth 10:55
#DaisyMason No entiendo nada de nada. Lo único que sé es que es desgarrador. Da mucha mucha pena

Jimmie Chews @RedsUnderTheShed 10:56
He oído que las posibilidades de encontrar a un niño muerto son del 80% al cabo de las primeras 24 horas. Estaba claro que todo esto de #DaisyMason iba a acabar en tragedia

J the Kid @Johnnycomelately 10:56
Que todo el mundo sospeche de los padres es un triste reflejo de nuestro mundo moderno dominado por los medios. Como si no hubiera suficiente con que tu hija haya desaparecido

Kathy Baines @FulloftheWarmSouth 10:59
@Johnnycomelately Estoy de acuerdo. Ojalá la gente no hiciera sensacionalismo con todo. El asunto ya es lo bastante terrible #DaisyMason

JJ @JampotJamboree88 10:59
No creo que esto sirva de nada a los desconfiados

Kevin Brown @OxfordBornandBred 11:00
 #EncontremosADaisy #DaisyMason #Oxford #Daisy dondeestas #Desaparecida

Eddie Thorncliffe @EagleflyoverDover 11:01
 Acabo de ver el llamamiento televisivo ese por #Daisy Mason. Ni de coña esos padres pueden ser inocentes. Un lenguaje corporal terrible

Lilian Chamberlain @LilianChamberlain 11:02
 A veces Twitter puede ser repugnante. Dejad en paz a esos pobres padres. Ya tienen bastante con lo suyo. Callaos y dejad que la policía haga su trabajo #EncontremosADaisy

Scott Sullivan @SnapHappyWarrior 11:03
 @LilianChamberlain Joder, no me puedo creer que alguien sea tan ingenuo. Tú espera y verás como tengo razón #DaisyMason

* * *

La sala para los interrogatorios es levemente más acogedora que la sala para familiares, aunque solo levemente. La principal diferencia consiste en un par de reproducciones enmarcadas de sendos golden retriever. Me pregunto, no por primera vez, si se trata de una especie de mensaje subliminal. Barry Mason entra decidido, con esa manera de andar suya típica de macho alfa: con los hombros echados hacia atrás y las caderas abiertas. Alex lo llama «andares de gallo». Barry Mason mira hacia la cámara que hay en lo alto de la pared, asegurándose de que yo me doy cuenta de que lo hace, y luego arrastra una de las sillas de cuero de imitación con reposabrazos tan lejos de la mesa como le es posible, se sienta y apoya un pie en el muslo de la otra pierna.

—Lo que quiero saber —empieza sin esperar a que Quinn y yo nos sentemos— es por qué pierden el tiempo conmigo cuando deberían estar ahí fuera buscando a mi hija.

Tomo asiento y Quinn hace lo propio.

—Estamos «ahí fuera», señor Mason, por usar sus palabras. Tenemos un centenar de agentes buscando a Daisy. No hemos escatimado ningún esfuerzo para...

—Si eso es cierto, ¿cómo es que no la han encontrado? No puedo creerme que nadie viera nada, no en una maldita ratonera como esa urbanización. Todo el mundo se pasa la vida metiendo la nariz en los asuntos ajenos. Seguro que no están preguntando a las personas adecuadas; seguro que no buscan en los sitios adecuados.

Una parte de mí no puede evitar estar de acuerdo con él, por mucho que me desagrade este hombre. Nunca me he enfrentado a un caso de secuestro como este. No hay avistamientos ni pistas, nada. Es como si alguien hubiera agitado una varita mágica y Daisy se hubiera esfumado. Lo que, por supuesto, es completamente ridículo. Pero en un caso como este las ridiculeces y los rumores se expandirán hasta llenar cualquier vacío, y en este momento no tenemos ni un solo hecho fiable que podamos colocar en su lugar.

—Como le he dicho, señor Mason, hay un equipo numeroso dedicado a este caso. Mayor que cualquier otro que pueda recordar en los diez años que llevo trabajando aquí. Pero hasta que no sepamos con exactitud *cuándo* desapareció Daisy, corremos el peligro de que tenga usted razón, de que estemos buscando en los sitios equivocados. Y usted es el único que puede ayudarnos con eso. Usted y su mujer.

Ahí le he pillado, y lo sabe. Me mira y luego se encoge de hombros y aparta la vista.

Cojo mi bloc de notas.

—Así pues, acaba de decirnos que ignoraba usted que la niña de la fiesta no era su hija. Debo decirle que me resulta muy difícil de creer.

—Crea lo que le dé la puñetera gana. Es la verdad.

—¿No habló con ella esa noche? ¿No se la subió a hombros? Una vecina suya nos contó que lo hace a menudo.

Él hace una mueca ante mi estupidez.

—Hace meses que no lo hago. Daisy dice que la hace parecer un bebé delante de sus amigas. Y además ya pesa demasiado para cargar con ella. Sobre todo desde que me hice daño en la espalda el febrero pasado. Me duele desde entonces.

Lo que supone tres respuestas complejas a una pregunta sencilla. Los mentirosos siempre se exceden, al menos en mi experiencia.

—¿Y no habló con ella en la fiesta? ¿No la llamó por su nombre? ¿En toda la noche?

—Yo me encargaba de la barbacoa. ¿No lo ha hecho nunca? Si apartas la mirada, ni que sea por un condenado momento, o bien se apaga, o bien la carne se quema. Recuerdo que la vi corretear por ahí, pero ahora que lo dice creo que no hablé con ella. No de cerca. En un momento dado sí que la llamé para preguntarle si quería unas salchichas, pero ella soltó una risita y se alejó corriendo.

Y aun así no te percataste de que no era la risa de tu hija. Yo puedo oírla incluso ahora y solo la he escuchado una vez en un teléfono móvil barato.

—¿Bebió mucho en la fiesta?

Él se muestra ofendido. Sabe que no es extraño que se lo pregunte.

—Me tomé un par de copas. Era una puñetera barbacoa, por el amor de Dios. No iba a conducir después.

Anoto un par de cosas. Tan solo para alargar la pausa.

—Entonces, ¿cuándo recuerda haber visto a Daisy antes de eso?

—Debió de ser sobre las cinco y media. Cuando llegué a casa. Se suponía que me iba a coger la tarde libre, pero hubo una emergencia en una de mis obras en Watlington. Un reventón en una tubería. Media tonelada de tejas hundidas bajo el agua. Al cliente le dio un ataque. Y al volver el tráfico estaba fatal.

Tres respuestas. Otra vez.

—Pero ¿no hay duda de que Daisy estaba en casa cuando llegó usted?

—No. Se oía música en el piso de arriba. Algo de Taylor Swift; la pone todo el rato.

Al menos eso parece verdad. Es la música que bailaba en el vídeo. Echo una mirada a Quinn, que se echa hacia delante en su silla.

—¿Subió usted, señor?

—¿A su cuarto? No. Sharon me estaba atosigando para que encendiera la barbacoa. Estaba molesta conmigo por haber llegado tarde. Me limité a gritarle un hola a Daisy y salí al jardín. Ni siquiera me dio tiempo a cambiarme.

Da la sensación de no tener ni idea de las implicaciones de lo que está diciendo.

—Así pues, ¿en realidad no vio a su hija ni oyó su voz?

Se ruboriza.

–Bueno, no. Al menos eso creo. Diría que ella gritó algo, aunque no estoy seguro.

–Eso quiere decir que la última vez que la vio fue esa mañana en el desayuno, ¿no? ¿No se comunicó con ella después de eso?

Está claro que no. En ese momento, por fin, se le ve intranquilo.

–Nada de esto tiene ningún sentido –dice al final–. ¿Dónde está?

–Eso es lo que tratamos de averiguar, señor Mason.

De vuelta en el pasillo, le pido a Quinn que compruebe la historia de Watlington.

–No debería ser muy difícil verificar que estaba de verdad donde ha dicho. Admito que tengo algunos prejuicios con los capullos de los contratistas, pero no me creo ni una puñetera palabra de lo que ha dicho ese tío.

Quinn hace una mueca y la verdad es que no puedo reprochárselo; probablemente, está hasta las narices de mis historias con los contratistas. El grifo de la maldita reforma todavía gotea.

–Claro, jefe. ¿Quiere que vaya a buscar a la señora Mason?

–Puede esperar unos minutos más. Voy a fumarme un cigarrillo.

* * *

5 de julio de 2016, 16:36

Dos semanas antes de la desaparición

Casa de los Connor; Barge Close, 54; descansillo del primer piso

Millie Connor y Daisy Mason están jugando con los peluches de Millie. Daisy tiene la expresión de un niño al que le han contado el secreto de Papá Noel pero le han prohibido que se lo diga a los más pequeños para no aguarles la fiesta. Millie, en cambio, está sumergida en una historia inventada sumamente compleja cuyos protagonistas son Angelina la Bailarina, Peppa Pig y un osito con un solo ojo. De vez en cuando, Daisy hace una aportación y luego se recuesta y observa qué hace Millie. Sonríe para sí misma cada vez que sucede esto, aunque Millie no incorpore sus ideas a la historia, como si en realidad no importara. Al cabo de un momento se oye una llave en la puerta y, tras un par de intentos fallidos, Julia Connor abre por fin la puerta principal y deja caer tres grandes bolsas de la compra en el suelo. Tiene la cara roja y el pelo mojado. Lleva ropa de gimnasio.

–¡Millie! –llama a su hija–. ¿Estás en casa? ¿Quieres un zumo?

Millie asoma la cabeza por entre los barrotes de la escalera.

–No, gracias. Estoy jugando aquí sola.

–Entonces, ¿tu hermano aún no ha vuelto?

Millie se encoge de hombros.

–Ha dicho que tenía un partido de fútbol después del cole.

Julia Connor sonrío.

–Ahora me acuerdo. Es contra ese equipo del instituto Wycombe, ¿verdad? Ojalá gane, si no estará más malhumorado de lo habitual, porque llueve a cántaros.

Recoge las bolsas del suelo y las lleva a la cocina, donde enciende la radio y se pone a guardar la compra.

Al cabo de una media hora suena el timbre de la puerta principal. Las dos niñas se sobresaltan e intercambian una mirada, y luego Daisy se echa hacia atrás para que no la vean y Millie se arrastra hacia delante para otear el piso de abajo. Hay una figura recortada contra el cristal esmerilado. Julia Connor sale de la cocina secándose las manos con un trapo.

–Ah, eres tú –dice al abrir la puerta–. Ha pasado una eternidad desde la última vez que...

–Siento molestarla, señora Connor...

–Por favor, llámame Julia. Haces que parezca mi suegra.

–Esto es muy violento, pero ¿por casualidad has visto a Daisy? Tenía que estar en casa a las cuatro en punto y aún no ha vuelto, y enseguida se hará de noche. Su padre se preocupará mucho.

Julia es la viva imagen de la desazón.

–Querida, qué horror. Pero estoy segura de que no hay de qué preocuparse. Lo más probable es que se haya quedado en casa de una amiga al volver del colegio camino a casa y haya perdido la noción del tiempo. ¿Has intentado llamar a alguien?

Sharon Mason agita las manos; se la ve desesperada.

–Es como si últimamente ya no supiera quiénes son sus amigas, así que no tengo ningún número. No me acuerdo de la última vez que trajo a alguien a casa. Solo se me ha ocurrido venir a verte a ti.

Julia extiende el brazo y le toca la mano.

–Déjame preguntarle a Millie; igual ella sabe algo.

Millie levanta la vista al oír su nombre, pero Daisy le agarra de inmediato el brazo y se lleva un dedo a los labios. Luego niega lentamente con la cabeza sin apartar los ojos de la cara de Millie.

–¿Sigues ahí arriba, Millie? –la llama su madre–. ¿Has visto hoy a Daisy después del cole?

Millie se pone de pie y se dirige a la escalera, donde las dos mujeres pueden verla.

–No, mamá. No sé dónde está.

Julia se vuelve hacia Sharon con una expresión de disculpa.

–Lo siento mucho, la verdad es que no se me ocurre qué decirte. Quizá podrías darme tu número y te llamo si me entero de algo, ¿te parece? Y qué pena que esto te arruine tu salida.

Sharon frunce el ceño.

–¿Qué salida?

Julia se pone roja.

–Bueno, he visto el bolso... y los zapatos... Me ha dado la sensación de que ibas a salir. Lo siento, no quería insinuar nada.

–Por supuesto que no voy a salir. Mi niña ha *desaparecido*.

Julia abre la boca, pero no encuentra nada que decir. Aun así, anota diligentemente el número de teléfono de Sharon y luego la mira alejarse con cuidado por el camino irregular de gravilla hacia la calle. A continuación cierra la puerta y regresa a la cocina. Arriba, en el rellano, Millie se vuelve hacia Daisy.

–Te vas a meter en un lío de los gordos.

–No pasa nada. Bajaré dentro de un momento, cuando tu madre no mire, y saldré de la casa. – Sonríe de oreja a oreja–. No te preocupes. No se dará ni cuenta.

* * *

Amy Cathcart está sentada en la cafetería Hill of Beans, en el centro de Newbury, mirando el televisor que hay en la pared de detrás de la barra mientras espera a que llegue su amiga. Tiene veintisiete años, es rubia y menuda, con sentido del humor, le gustan los niños y los animales, y dar largos paseos por el campo. Al menos, eso es lo que pone en su perfil. En realidad es más bien de estatura mediana, caminar le resulta aburrido y su sentido del humor se está agotando. En este momento la culpable es Marcia, que llega un cuarto de hora tarde, pero su trabajo, el mundo y ella misma la agobian igual. Son una decepción constante. Esa misma mañana la han invitado a una nueva boda en un nuevo hotel de lujo. Tiene el armario lleno de conjuntos que no puede volver a ponerse con la misma gente, y ya se está cansando de ser esa persona del extremo izquierdo de la fotografía de grupo cuyo nombre nadie recordará al cabo de diez años.

Marcia entra por la puerta con los ojos fijos en su móvil. Se coloca un mechón de su perfecto pelo cobrizo detrás de la oreja mientras contempla la pantalla, la pulsa un par de veces y por fin levanta la mirada.

—¡Amy! Siento mucho llegar tarde. Llevo toda la mañana al teléfono. Malditos redactores; nunca escriben lo que se les pide. Están todos demasiado ocupados creyéndose el próximo Dan Brown como para centrarse en las puñeteras instrucciones que les damos.

Se dan un beso y Marcia se sube al taburete.

—¿Qué tomas?

—Un americano. Pero me toca a mí invitar.

Marcia hace un gesto con las manos para rechazar el ofrecimiento.

—Es lo mínimo que puedo hacer. Bueno, cuéntame, ¿qué tal va todo? ¿Has conocido a alguien interesante?

Han pasado seis meses desde que Amy se registró en la página de citas y ha habido, siendo generosa, un poco de todo. Empieza a pensar que quizá tiene una edad difícil; por lo visto, hay una línea muy fina entre la divorciada levemente desesperada y la mujer que nunca se ha casado y está claro por qué. Las navidades pasadas su madre le regaló un imán para la nevera en el que ponía: «Los hombres son como una caja de bombones: si los dejas demasiado tiempo dentro, lo único que queda son los frutos secos». Que es justo la clase de comentario malicioso e irritantemente acertado que Amy esperaba de su madre. Aunque esta vez quizá todo sea distinto.

—Bueno —empieza—, hay un tipo con el que me he estado escribiendo por correo electrónico. Aún no hemos quedado, pero parece más prometedor que la mayoría. Aunque eso tampoco es muy difícil.

—¿Nombre, edad, ingresos, mochila? —Ese es el catecismo de Marcia.

—Se llama Aidan. Tiene treinta y nueve años y trabaja en la City. Divorciado pero sin hijos, gracias a Dios.

Llegan los cafés y Marcia remueve la espuma de su capuchino y lame la cuchara.

—Bueno, ¿y cuándo os vais a ver?

—Seguramente el próximo fin de semana. Está trabajando en una adquisición, así que no ha tenido mucho tiempo libre. Aunque me manda un montón de mensajes. A veces, incluso mientras está en una reunión. Me dice lo aburridas que son y me explica cómo todos los banqueros se ponen en plan «mi padre es más importante que el tuyo». Sin embargo no quiero albergar demasiadas esperanzas, al menos hasta que lo vea en persona. Ya sabes, ¿te acuerdas de don Lametazos?

Marcia abre los ojos de par en par.

–Madre mía. No hay nada peor. Bueno, quiero saber más; venga, enseñame uno de esos mensajes.

Amy empieza a negarse: es demasiado pronto, son privados, pero Marcia no acepta un no por respuesta.

–Bueno, no son mensajes sexuales, ¿no?

–No, claro que no.

–Entonces, ¿qué hay de malo? Venga, enseñámelos. Va.

Amy le tiende el móvil y se echa hacia atrás mientras su amiga baja por la pantalla para ver los mensajes. Se ha mostrado reacia, aunque en realidad le gusta poder jactarse delante de Marcia por una vez. A Marcia nunca le ha costado encontrar hombres y tiene un envidiable historial como dejadora, no como dejada. Sin duda, por fin es el turno de Amy. Pese a que sería demasiado esperar que encontrara a don Perfecto, por lo menos estaría bien tener una relación que se eleve del suelo antes de estrellarse y arder.

Pero eso es exactamente lo que ocurre. Justo allí, exactamente a las 10:06, mientras se lleva la taza de café a los labios y dirige la mirada a la pantalla del televisor.

* * *

Interrogatorio a Sharon Mason

21 de julio de 2016, 11:49

A cargo del inspector A. Fawley, acompañado del subinspector G. Quinn

AF: Disculpenos por hacerla esperar, señora Mason. ¿Le apetece una taza de té?

SM: No, gracias. Ya me he tomado uno. Estaba asqueroso. Sabía como si lo hubieran preparado con leche evaporada.

AF: Como les hemos explicado antes, estamos intentando precisar cuándo y dónde fue vista Daisy por última vez. Nos ha dicho usted que no estaba al tanto de que la que llevaba el disfraz de margarita esa noche era Millie Connor, ¿es así?

SM: Estuve muy ocupada. Organizando la comida, preparando las bebidas... En estas ocasiones, la gente siempre pide algo que no tienes. Y estaba oscuro; había niños correteando por todas partes. Di por hecho que era ella. Usted habría hecho lo mismo.

AF: De hecho, señora Mason, yo no estoy tan seguro. Pero no estamos aquí para hablar de mí. ¿Sabe qué ha sido del disfraz de sirena que Daisy intercambió con Millie? ¿Lo ha visto en la casa?

SM: No, no lo he visto por ninguna parte. Sin duda no está en su habitación.

AF: ¿Y Daisy fue con el uniforme habitual a la escuela ese día? ¿Ha comprobado si está en la casa? [pausa]

SM: No, no lo he mirado.

AF: Estaría bien que lo hiciera, señora Mason. Puesto que no nos permiten hacer un registro en condiciones. [pausa]

GQ: ¿A qué hora recogió a los niños de la escuela? [pausa]

SM: En realidad no fui a buscarlos.

AF: ¿Disculpe? ¿Me está diciendo que después de todo no los fue a buscar? Nos dijo específicamente que los había recogido...

SM: No dije eso. Lo que dije es que los llevo a la escuela. Y así es. Los llevo y los recojo. Pero el martes no lo hice.

AF: ¿Es consciente de la gravedad de lo que dice? ¿De cuánto tiempo hemos perdido? Si nos hubiera dicho que Daisy volvió sola a casa...

SM: No estaba sola. Iba con Leo. Esa mañana les dije a los dos que por una vez tendrían que regresar andando.

AF: ¿Y por qué no nos lo había contado antes?

[pausa]

SM: Sabía que se harían una idea equivocada. Que empezarían a culparme a mí. Y no es culpa mía. No puedo estar en dos sitios al mismo tiempo, ¿no? ¿Sabe cuánto trabajo implica una fiesta como esa? Se suponía que Barry iba a ayudarme; dijo que se cogería la tarde libre, pero luego llamó y dijo que llegaría tarde. Como siempre.

GQ: ¿A qué hora fue eso? ¿A qué hora llamó?

SM: No estoy segura. Sobre las cuatro, quizá.

GQ: Será fácil comprobarlo a través de la compañía telefónica.

AF: Y esa mañana, ¿le dijo a Leo que tenía que volver a pie a casa con su hermana?

SM: Sí, se lo dije a los dos en el desayuno. Le pedí a Daisy que se asegurara de encontrar a su hermano en la escuela y que no se marchara sola.

GQ: ¿Era algo que hacía habitualmente?

SM: No en el sentido en que usted lo dice. Siempre ha sido muy prudente. Pero es una niña muy curiosa. Le gustan los animales, los insectos... A veces se distrae, eso es todo.

AF: Me he enterado de que de mayor quiere ser veterinaria, ¿es así? Es una carrera muy larga.

SM: Daisy sabe lo importante que es esforzarse en la escuela y conseguir luego un buen trabajo. Es una niña extremadamente brillante. El trimestre pasado sacó un 9,7 en un examen de matemáticas. En el siguiente sacó tan solo un 7,2.

AF: Volvamos al martes por la tarde. ¿A qué hora llegaron los niños de la escuela?

SM: Daisy llegó sobre las cuatro y cuarto. Yo estaba en la cocina. Oí el portazo y luego ella subió a su cuarto.

AF: ¿La vio usted?

SM: No. Como le he dicho, estaba atareada. Hizo mucho ruido al subir la escalera, así que me imaginé que habrían discutido de camino a casa.

AF: ¿Los niños se pelean a menudo?

SM: A veces. Diría que no más que los hijos de otras personas. [pausa] Tal vez últimamente un poco más.

AF: ¿Y eso por qué?

SM: ¿Quién sabe? Son niños. Me volvería loca si tratara de entender por qué hacen esto o lo otro.

AF: ¿Uno de los dos se portaba peor que el otro?

SM: Sí, Leo. Sin duda. Los adolescentes tienen muy mal humor.

GQ: Leo tiene diez años.

[pausa]

SM: Barry cree que a lo mejor estaba preocupado por los exámenes de aptitud escolar.

AF: Pero aún queda un año entero para eso. Todavía está en quinto, ¿no?

SM: No es tan inteligente como Daisy.

[pausa]

AF: Entiendo. Bueno, volviendo al martes por la tarde, Daisy llega a las cuatro y cuarto. ¿Cuándo la vio después de eso?

SM: La llamé y le pregunté si quería algo, pero no me contestó. Supuse que estaría enfurruñada.

AF: Así que en realidad no la vio, ¿no? Ni en ese momento ni antes, cuando llegó a casa. [pausa]

SM: No.

GQ: ¿Qué hora era cuando la llamó?

SM: No lo recuerdo.

AF: Bueno, ¿y cuándo bajó para la fiesta?

SM: Para entonces la gente ya había empezado a llegar. Todo era bastante caótico. Recuerdo que la vi corretear por ahí con sus amigas. Como ya les he dicho. [pausa]

AF: Entiendo. ¿Y qué me dice de Leo? ¿Estaba con Daisy cuando ella volvió de la escuela?

SM: No, lo vi más tarde.

AF: ¿Mucho rato después?

SM: No lo sé. Más o menos un cuarto de hora, diría.

AF: Bien, alrededor de las cuatro y media. ¿Qué había pasado, señora Mason? ¿Por qué no volvieron juntos? [pausa]

SM: Leo dijo que habían discutido y que Daisy había echado a correr.

GQ: ¿Por qué discutieron en esta ocasión?

SM: Como he dicho, seguro que por todo y por nada. No conseguí sacarle nada a Leo.

AF: Entonces, ¿no subió para hablar con Daisy sobre ello?

SM: Por supuesto que no. Ya se lo he dicho: estaba claro que ella se encontraba bien, ¿no? Lo último que necesitaba era que hiciera una montaña de eso. Daisy siempre decía que lo detestaba. Y, en cualquier caso, ¿qué más da? [pausa] ¿Qué? ¿Por qué me mira así? No es culpa mía. No sé lo que..., lo que pasó, pero tuvo que ser después de esto, ¿no? Alguien se la llevó durante la fiesta.

AF: Ya hemos determinado que Daisy nunca estuvo en la fiesta, señora Mason. [pausa] Según tengo entendido, los primeros invitados llegaron alrededor de las siete, ¿es así?

SM: Sí, más o menos. Aunque en la invitación los convocaba más pronto. La gente puede ser muy grosera a veces.

AF: Así pues, ¿lo que afirma usted es que en algún momento entre las cuatro y cuarto, cuando Daisy llegó a casa, y las siete, cuando llegaron los primeros invitados, su hija desapareció de su propio cuarto delante de sus narices?

SM: Ni se le ocurra adoptar ese tono conmigo. ¿Qué quiere decir con que yo lo afirmo? No se trata de lo que yo afirme, es lo que sucedió. Daisy estaba en su cuarto. Había música puesta; seguía puesta cuando volví. Pregunten a Barry; él también la oyó... cuando por fin se dignó a presentarse.

AF: Un momento, ¿qué significa «cuando volví»?

[pausa]

SM: Bueno, si quieren saberlo, estuve fuera unos veinte minutos. Tenía que comprar mayonesa. Ya la había comprado el día antes, pero alguien debió de romper el bote. Y como nadie se molestó en decírmelo, tuve que volver a ir.

AF: ¿Por qué demonios no nos lo ha contado antes?

SM: A Barry no le gusta que deje a los niños solos en casa.

AF: Así que no quería usted que él se enterara de que eso fue justo lo que hizo. [silencio] ¿Hay algo más que no nos haya contado, señora Mason? [silencio] ¿Exactamente a qué hora se fue usted, digamos, de compras?

SM: No miré el reloj.

AF: Pero fue antes de que su marido volviera a casa.

SM: Llegó un cuarto de hora después.

AF: ¿Y la puerta principal estaba cerrada con llave?

SM: Por supuesto que lo estaba.

AF: ¿Y qué me dice de la puerta lateral?

[pausa]

SM: No estoy segura.

GQ: Según ustedes, estuvo abierta durante toda la fiesta. Y me imagino que también lo estaba la noche antes, cuando el señor Webster les trajo la carpa. ¿La cerró con llave después de que él se marchara el lunes?

SM: No lo recuerdo.

GQ: ¿Y su marido? ¿Ayudó al señor Webster con la carpa?

SM: No estaba en casa. Llegó tarde. Una vez más.

GQ: Y la puerta de la terraza, ¿estaba abierta cuando fue a la tienda a por mayonesa? [pausa]

SM: Sí, creo que sí. Solo me iba a ausentar un momento.

AF: De modo que dejó la casa abierta y, posiblemente, la puerta lateral sin cerrar con llave. Con dos niños solos dentro.

SM: No puede censurarme por eso. Yo no tengo la culpa.

AF: ¿Quién la tiene entonces, señora Mason?

[pausa]

¿Dónde compró la mayonesa?

SM: Al final no encontré. Probé en esa tiendecita tan mona que hay en Glasshouse Street y se les había acabado, así que fui al Marks and Spencer de la carretera de circunvalación, pero allí tampoco tenían.

GQ: Si es así, debió de tardar más de veinte minutos. Aparcar, entrar, conducir, aparcar otra vez, conducir de vuelta a casa. Diría que media hora como mínimo, tal vez cuarenta minutos. Sobre todo a esa hora.

AF: Tiempo de sobra para que alguien entrara en la casa y se llevara a su hija.

SM: Ya se lo he dicho. La música seguía puesta cuando volví.

AF: Pero no tiene ni idea de si Daisy estaba allí para escucharla, ¿no es así, señora Mason?

* * *

Everett y Gislingham llegan a la Bishop Christopher justo después de que haya sonado el timbre para ir a comer, y dos centenares de niños salen en tropel por las puertas.

–¿De dónde rayos sacan tanta energía? –grita Gislingham por encima del bullicio.

–Hidratos de carbono. –Everett sonrío–. Ya sabes, eso que Janet ya no te deja comer.

–No me lo recuerdes –refunfuña él al tiempo que dirige una mirada triste a su barriga–. Un hombre no puede vivir solo de queso bajo en grasas, Ev. Al menos yo no puedo.

Se detiene un momento y mira a los niños, que sueltan chillidos y alaridos.

–No se los ve muy afectados por su compañera, ¿no crees? Supongo que sería distinto si esto fuera un instituto. Allí tienen terapeutas, psicopedagogos, toda esa mandanga. Supongo que estos niños son demasiado pequeños para entender lo que ha pasado.

Everett mira también a su alrededor.

–La mayoría sí. Pero esas niñas de allí... saben que ha pasado algo. Me apuesto lo que quieras a que van a su clase.

Hay tres niñas sentadas en un mismo banco con las cabezas muy juntas. Dos llevan el pelo recogido en largas trenzas y otra tiene rasgos chinos. Mientras las miran, una de ellas se echa a llorar, y Everett ve cómo la profesora que está vigilando se acerca a ellas y se sienta junto a la niña que llora.

Dentro de la escuela el silencio resuena en los pasillos. Gislingham se detiene un momento y respira hondo.

–¿Cómo es que todas las escuelas huelen igual?

–Una deliciosa mezcla de calcetines sudados, pedos y olor a fritanga, sazonada con matices de vómito y desinfectante. Oh, sí, es inconfundible.

Everett mira por el corredor y descubre un mapa de las instalaciones en la pared de enfrente.

–Bueno, ¿cómo se llegará al despacho de la directora?

Gislingham hace una mueca.

–Caray, qué recuerdos me trae eso. Me pasaba más tiempo allí que en clase. Podría haber encontrado el camino con los ojos cerrados.

–Nunca deja de sorprenderme que acabaras siendo poli, Gislingham.

Él se encoge de hombros.

–Creo que pensaron que sería mejor tenerme dentro del cuerpo meando hacia fuera que al revés.

El despacho de la directora se encuentra en la parte de atrás del edificio, sobre una pequeña zona de terreno con la hierba seca y cubierta de maleza, una alambrada metálica casi oculta por madreSelva y una hilera de estilizados chopos.

Alison Stevens se levanta para saludarlos. Es una elegante mujer negra, vestida con la combinación de prendas perfecta para aunar autoridad y cercanía: una falda azul marino que le llega justo por debajo de las rodillas, una suave rebeca azul celeste y unos aretes pequeños en las orejas.

–Agente Everett, agente Gislingham, por favor, siéntense. Esta es la tutora de Daisy.

La mujer se inclina hacia delante para estrecharles la mano. No debe de tener más de veinticinco años y lleva la rizada melena pelirroja suelta y un ligero vestido de flores sobre las piernas bronceadas. Everett nota cómo Gislingham yergue un poco los hombros. «Hombres – piensa–, son todos iguales, joder.»

–Kate Madigan –se presenta la chica con un dulce acento irlandés y una mirada de preocupación–. No quiero ni imaginarme cómo tienen que estar pasándolo los Mason. Debe de ser la peor pesadilla de cualquier padre.

Alison Stevens carraspea.

–Le he pedido al conserje que descargue las grabaciones de la cámara de la verja de entrada. Aquí las tienen.

Teclea en el ordenador y luego le da la vuelta para que vean la pantalla. La hora que aparece son las 15:38. Daisy está en la puerta hablando con la niña china a la que acaban de ver en el patio y hay otra niña de pie a unos metros de ellas. Daisy lleva la cartera en una mano.

Gislingham mira a Everett.

–Mierda. ¿A alguien se le ha ocurrido comprobar si esa mochila está en la casa?

–Creo que no. Y por ahora no van a dejarnos entrar a buscarla. Al menos eso es lo que he oído.

»¿Quiénes son las otras niñas? –continúa Everett, mirando a Kate Madigan.

–La del pelo rubio es Portia Dawson. Sus padres son especialistas en el hospital universitario. La otra es Nanxi Chen. Es estadounidense. Su padre es profesor; de política, creo. Solo llevan aquí desde navidades.

–Por lo que dice, parece que Daisy se junta con compañías de altos vuelos –observa Gislingham.

Alison le dedica una mirada cautelosa, incapaz de decidir si la está cuestionando o es solo una deducción.

–Es lo que pasa en esta zona, agente. Muchos de los padres de nuestros alumnos son académicos. Uno de ellos ha ganado el Premio Nobel.

–Creo que acabamos de ver a Nanxi fuera –comenta Everett–. ¿Podríamos hablar con ella antes de irnos?

–Llamaré a su madre para ver si le parece bien.

–¿Y Portia Dawson?

–Sus padres la han hecho quedarse en casa desde el miércoles. Por lo visto está muy afectada. Y como el trimestre está a punto de acabar tampoco es que se vaya a perder mucho, así que no puse ninguna objeción. Los llamaré también.

En la pantalla, Daisy habla con Nanxi hasta que la madre de esta viene a buscarla a las 15:49. Leo aparece a las 15:52. Lleva la cabeza gacha y las manos metidas en los bolsillos. No habla con Daisy, por lo que pueden ver. Ella lo mira mientras pasa a su lado y espera a que se haya alejado un poco por la calle antes de colgarse la mochila del hombro y seguirle fuera del plano. Es la última vez que se la ve. Y esa es la única cámara que hay entre la escuela y la urbanización de Canal Manor.

–Señora Stevens –dice Everett–. ¿Puede decirnos alguna cosa más sobre Daisy? ¿Cómo estaba últimamente? ¿Se la veía preocupada por algo, que usted sepa?

–Creo que Kate podría disponer de más información que yo en ese sentido.

Gislingham se vuelve hacia la profesora.

–Cualquier cosa que nos diga sería de gran ayuda para nosotros, señorita Madigan.

Everett gruñe para sus adentros; madre mía, si hasta se ha fijado en que no lleva anillo de casada.

A Kate se la ve desamparada.

–No saben lo desolados que estamos todos. Esta mañana, varias niñas se han echado a llorar. Daisy es una niña tan buena...; es inteligente y siempre se porta bien. Es muy popular. Da gusto ser su profesora.

–¿Pero?

–¿Qué quiere decir?

–Disculpe, pensaba que iba a decir «pero» y a añadir algo, nada más.

Kate Madigan mira a la directora, que asiente con la cabeza.

–Bueno –continúa–, últimamente sus notas han bajado un poco. Nada preocupante; sigue estando entre los tres mejores de la clase. Pero se la veía más callada de lo normal. Un poco ensimismada, como si dijéramos.

–¿Habló con ella al respecto?

–Lo intenté. Sin darle importancia, ya saben, para no ponerla nerviosa. Pero me dijo que todo iba bien.

–¿Y usted la creyó?

Kate parece inquieta.

–Tenía mis dudas, supongo. Por un par de cosas que había dicho con anterioridad, sospecho que en su casa las cosas no iban muy bien. Nada... grave –añade enseguida–. Nada que indicara que pudiera estar en peligro, en ningún caso. –Se ruboriza–. Yo hablaba mucho con ella de libros. No creo que los Mason estén muy interesados en esa clase de cosas. Pero sé que tenía muchas ganas de que llegara la fiesta.

–La última vez que hablé con ella se la veía de muy buen humor –interviene la directora–. Me contó que estaba muy emocionada por lo que iba a hacer en vacaciones.

–Ojalá pudiera ser de más ayuda –dice Kate–, pero para ser sincera tan solo hace unos meses que estoy con esa clase y no conozco muy bien a los niños.

–Kate es la profesora suplente que nos mandaron cuando Kieran Jennings se rompió la pierna esquiando en Semana Santa –explica la directora–. Nos alegramos mucho de que esté con nosotros y sentiremos mucho su marcha.

–¿Su marcha? –pregunta Gislingham.

Kate Madigan sonríe.

–Me vuelvo a Irlanda. Tengo un trabajo en Galway. Más cerca de mi familia.

–Así pues –dice Everett con cierta brusquedad–, estaba preocupada por Daisy.

Kate Madigan vuelve a mirar a la directora.

–No, yo no diría tanto. Había notado un ligero cambio, eso es todo. Un cambio *muy leve*. Hablé con Alison al respecto y ella iba a informar a Kieran cuando volviera, para que estuviera atento. No se trataba en absoluto de algo concreto. Si fuera así, habríamos indagado más.

Por tercera vez en otros tantos minutos, ambas mujeres intercambian una mirada.

Everett no necesita más pistas.

–Hay algo más, ¿verdad? Algo que no nos han contado.

Alison Stevens respira hondo.

–Si le soy sincera, agente, no era Daisy quien nos preocupaba.

* * *

El asistente social es un hombre. No sé por qué me sorprende, pero así es; por alguna razón, siempre doy por hecho que será una mujer. Pero al verlo con Leo a través de la cámara, me doy cuenta de que es mucho mejor que sea un hombre. En cinco minutos ya están hablando de fútbol, y en diez ya han decidido que el Chelsea va a ganar de nuevo la liga la próxima temporada, que Wayne Rooney está sobrevalorado y que el peinado de Louis van Gaal es muy curioso. Cuando abro la puerta y entro, Leo se parece más a un niño normal de lo que he visto hasta el momento.

–Bueno, Leo, solo tengo que hacerte un par de preguntas rápidas sobre el martes por la tarde, ¿te parece bien?

Él se pone tenso y yo maldigo para mis adentros.

–No tienes que preocuparte por nada. Quieres que tu hermana vuelva a casa, ¿verdad?

Leo asiente, aunque no enseguida, y tampoco me mira. Extiende el brazo, coge la lata de Coca-Cola que le ha dado Gareth Quinn y empieza a jugar con ella. No hace falta ser psicólogo infantil para darse cuenta de que se trata de una especie de sublimación. O bien que la verdad, sea cual sea, lo intranquiliza. Y pese a todo aquí estoy yo, entrando como un elefante en una cacharrería.

–Ese día volviste andando de la escuela con Daisy, ¿es así?

Él asiente.

–Mamá estaba demasiado ocupada.

Sigue con la cabeza gacha. Apenas puedo verlo por debajo del flequillo oscuro.

–¿Fuisteis juntos todo el camino?

Asiente de nuevo.

–¿Estás seguro? Porque creemos que igual discutisteis por algo.

Ahora sí me mira.

–¿Quién le ha dicho eso?

–Tu madre. Nos ha contado que Daisy y tú llegasteis a casa por separado. Se imaginó que habíais discutido.

Vuelve a concentrarse en la lata de Coca-Cola.

–Daisy vio una estúpida mariposa y quería que yo le sacara una foto, pero no lo hice.

–¿Por qué no? No era pedir mucho, ¿no? Porque ella no tenía móvil, ¿verdad?

–No, mamá no la dejaba.

–Entonces, ¿por qué no sacaste la foto?

Se encoge de hombros.

–No sé.

–¿Y qué pasó luego?

–La dejé ahí mirándola. Le dije que teníamos que ir a casa por lo de la fiesta y que mamá se enfadaría, pero no me hizo caso. Así que la dejé allí.

–Entiendo.

Hago una pausa y luego le pregunto:

–Así pues, ¿eres del Chelsea?

Me lanza una mirada rápida y luego asiente. Tiene unos hermosos ojos color azul violeta y unas pestañas increíblemente largas. En su cara hay algo que me recuerda a un elfo, aunque no sé determinar qué es.

–Uno de mis agentes también es del Chelsea. Un seguidor acérrimo. ¿Quién es tu jugador favorito?

–Eden Hazard.

–Es el belga, ¿verdad? ¿En qué posición juega?

–Es centrocampista.

–¿Tú también lo eres?

–Papá dice que me iría mejor si me quedara en la defensa. Dice que no soy lo bastante rápido para el centro del campo.

–¿Tu padre te lleva a ver los partidos?

–No. Dice que es demasiado caro y que se tarda demasiado en llegar.

–Londres no está tan lejos, ¿no?

Se encoge de hombros.

–Una vez fui con Ben y su padre. Ganamos al Stoke por tres a cero. Me lo pasé muy bien. Me compró una bufanda.

–¿Ben es tu mejor amigo?

–Lo era, pero luego nos mudamos.

–¿Y quién es tu mejor amigo ahora?

Silencio.

Empiezo a darme cuenta de lo solitario que es este niño. Una parte de mí quiere abrazarlo y hacer que todo se arregle. Pero no puede ser. Porque la otra parte de mí está a punto de empeorar las cosas. A veces odio este condenado trabajo.

–Leo, tengo un problemilla y necesito que me ayudes.

Él mira fijamente la lata vacía y empieza a agitar arriba y abajo la pierna derecha. Intercambio una mirada con el asistente social.

–Verás, mi problema es que tu madre dice que Daisy llegó a casa un poco antes que tú el martes. Lo que no cuadra demasiado si me dices que la dejaste en la calle mirando la mariposa. ¿Entiendes a qué me refiero?

Una pausa y asiente con la cabeza, aunque apenas resulta perceptible. Las mejillas se le han puesto rojas.

–Solo tienes que contarme lo que pasó, nada más. No te has metido en ningún lío.

El asistente social se inclina hacia delante y coloca suavemente su mano sobre el brazo de Leo.

–No pasa nada, Leo. Puedes contárselo al policía. Siempre es mejor decir la verdad, ¿no crees? Y así es como se descubre todo.

* * *

Gislingham abre la puerta del aula de cuarto. El sol vespertino entra a raudales por las ventanas y cae oblicuamente sobre un póster de un abecedario con animales y un cartel que dice: QUÉ VAMOS A HACER EN LAS VACACIONES. Debajo, los niños han escrito cosas y han pegado fotos recortadas de

revistas. Dos o tres van a ir a Disneyland y otro, a Nueva Zelanda. Por lo visto, Daisy está de lo más emocionada porque va a coger un ferry por primera vez y Nanxi Chen visitará a sus primos en Nueva York. Aunque en este preciso momento está sentada con Kate Madigan y Verity Everett en la esquina más alejada de la clase.

Gislingham le hace señas a Everett, que se pone de pie y se acerca a él. El agente le dice en voz baja:

–Le he dejado un mensaje al jefe. Están interrogando al niño justo ahora. –Mira la hora en su reloj–. Maldita sea, tengo que recoger a Janet en veinte minutos. Hoy es la ecografía de las ocho semanas.

Aunque él no lo dice, Everett sabe que es su primer hijo y, con cuarenta y dos años y después de tres abortos naturales, seguro que Janet quiere que él esté a su lado.

–No te preocupes –le dice–. Vete, ya me encargo yo. Alison Stevens dice que a los Dawson les va bien quedar a las dos, así que me pasaré por su casa cuando acabe aquí y nos encontramos más tarde.

–¿Podrás llegar a la casa sin problemas?

Ella sonríe.

–Son veinte minutos andando. Creo que me las apañaré.

Si a Everett le preocupaba conseguir que Nanxi Chen se abriera, enseguida le queda claro que el problema al que se enfrenta es justo el contrario. Nanxi tiene la seguridad de una niña del doble de su edad y una franqueza estadounidense en toda regla para acompañarla. En su opinión, Daisy Mason es «superlista» y «muy lanzada». Hace la vertical mejor que nadie en la clase (Kate Madigan esboza una sonrisa triste al oírlo) y cuenta unas historias increíbles, aunque Portia dibuja mejor y Daisy baila fatal, pese a que ella cree que se le da bien. La que mejor baila es Millie Connor, pero por lo demás es un poco estúpida (la profesora se ruboriza y la reprende un poco).

–¿Y a ti qué se te da bien, Nanxi? –pregunta Everett.

–Ah, las mates. Mi padre quiere que vaya al MIT, como hizo él.

Everett no tiene ni idea de qué es el MIT, pero se hace una idea.

–Bueno, ¿cómo estaba últimamente Daisy en la escuela? ¿Había algo que la preocupara?

Nanxi reflexiona un momento.

–Bueno, supongo que había una cosa. Pero era un secreto. Solo nos lo contó porque somos sus mejores amigas.

Everett se esfuerza por no parecer demasiado ansiosa.

–¿Qué secreto, Nanxi?

De pronto la niña vacila, como si se hubiera dado cuenta de que ya ha contado demasiado, pero Kate Madigan la anima.

–No pasa nada, Nanxi. Estoy segura de que la agente Everett no se lo dirá a nadie.

–Daisy no me explicó lo que era. Un día nos contó que iba a encontrarse con alguien y que era un secreto. Al principio se la veía muy emocionada, pero luego dijo que no era nada y que no iba a volver a verlo.

–¿Y no os contó con quién había quedado? ¿Era un adulto? ¿Otro niño?

Nanxi niega enérgicamente con la cabeza.

–Y después de ver a esa persona, ¿estaba disgustada?

Nanxi se lo piensa.

–No, disgustada no. No se echó a llorar ni nada así. Creo que solo estaba enfadada.

Everett se recuerda que esa palabra tiene otro significado en inglés americano.¹

–¿Daisy era feliz en casa, Nanxi?

Nanxi hace una mueca.

–¿En serio? ¿Ha visto usted esa casa?

Kate se apresura a intervenir.

–Nanxi, eso que has dicho no está bien. No debemos juzgar a la gente por el dinero que tienen, ¿de acuerdo?

Da la sensación de que para Nanxi el dinero es el único criterio fiable que existe, pero no dice nada.

–A lo que me refería es a si Daisy era feliz con su familia.

–Bueno, Leo es un poco rarito. Un niño blandengue. Y su madre está muy encima de ella por las notas.

–¿Y qué me dices de su padre? Según comenta todo el mundo están muy unidos.

–Supongo, pero...

–¿Pero...?

–Antes era como su príncipe azul o algo así, pero ya no habla de esa manera de él. Ni siquiera lo llama papá.

–¿Cómo lo llama, Nanxi?

La niña le dirige a Everett una mirada repentinamente cómplice.

–Lo llama El Muy Cerdo.

* * *

Al cabo de unos minutos, Everett se levanta para marcharse y ve frente a ella un corcho con dibujos bajo el título: NUESTROS CUENTOS DE HADAS. No sabe si es por la referencia que ha hecho Nanxi al príncipe azul, pero el caso es que algo la lleva a mirarlo más de cerca. La mayoría de los dibujos son una mezcla predecible de los cuentos de «Érase una vez» y Harry Potter: niños magos y dragones verdes y princesas de pelo largo en torres que no son mucho más altas que ellas. Se da cuenta de que Nanxi estaba en lo cierto y que sin duda Portia es la artista con más talento de la clase, pero el dibujo que de verdad le llama la atención es el de Daisy. Llama a Kate Madigan para que se acerque.

–¿Estos dibujos iban con un cuento?

Kate sonríe.

–Qué perspicaz. Sí, primero escribimos los cuentos y luego les pedí que hicieran un dibujo de su relato.

–¿Tiene esos cuentos?

–Sí, creo que aún están en algún montón.

Se acerca al escritorio, que está cubierto de pequeños presentes envueltos todavía en papel de regalo.

–Está claro que les cae usted bien a los niños –dice Everett al tiempo que lee un par de mensajes: «Para la mejor profesora del mundo». «La echaremos mucho de menos.»

–¿Qué? Ah, eso. Sí, es muy bonito que te traigan cosas. Aún no los he abierto. No me parece

que sea el momento adecuado, ya sabe.

Ha encontrado las redacciones apiladas y empieza a revisarlas; un mechón de pelo rojo le cae por encima del hombro. Llega al final, frunce el ceño y alza la vista un poco nerviosa.

–Qué raro. El de Daisy no está.

Ahora le toca a Everett fruncir el ceño.

–¿De verdad? ¿Dónde puede estar?

Kate Madigan parece desconcertada.

–Me imagino que igual está en mi piso; me los llevé para corregirlos. Pero no entiendo cómo el de Daisy podría haberse separado del resto.

–¿Es posible que alguien se lo llevara? De aquí, quiero decir. ¿Es posible que alguien entrara en la clase?

–Bueno, supongo que sí. Durante el día el aula no está cerrada con llave. Pero ¿por qué demonios iba a quererlo alguien? –Ahora se la ve muy afligida–. No lo entiendo; tan solo es un cuento.

Everett tampoco lo entiende. Y le da muy mala espina.

* * *

Página de Facebook Encontremos a Daisy

Mason

Hemos decidido abrir esta página para poder compartir información sobre Daisy y tal vez contribuir a encontrarla. Muestra tu apoyo añadiendo una margarita a tu foto de perfil, tanto aquí como en Twitter. Vamos a hacer una cadena de margaritas lo bastante potente como para traer de vuelta casa a nuestro angelito.

A Lorraine Nicholas, Tom Brody, Alice Shelley y 33 más les gusta esto

COMENTARIOS DESTACADOS

John Stoker Vamos a construir esa cadena de margaritas. Quién sabe, igual alguien la ve y recuerda algo. Sería estupendo que por una vez las redes sociales sirvieran de algo. Es horrible todo el troleo que hay en Twitter con este tema 🌻 21 de julio a las 14:32

Jan Potts Es una idea genial. Y estoy de acuerdo, los troles de Twitter me ponen enferma 🌻 21 de julio a las

14:39

Encontremos a Daisy Mason Y recordad todos: llamad a la división de investigación criminal de Thames Valley si tenéis cualquier información. Aunque no parezca relevante. 01865 0966552 21 de julio a las

14:56

* * *

La familia Dawson vive a solo un kilómetro y medio de Barge Close, pero esta calle parece estar en una ciudad completamente distinta. Verity Everett se detiene un momento en la acera de enfrente para observar bien la casa antes de llamar a la puerta. Cuatro plantas, incluido un sótano, y desde donde se encuentra puede ver que dos de las habitaciones del primer piso tienen las paredes cubiertas de libros. La fachada es de ladrillo rojo envejecido y piedra, y hay una larga barandilla negra sobre una pared baja y un camino de acceso impecablemente pavimentado. A lo largo de toda la calle hay árboles que debieron de plantar al construir las casas, hace más de cien años.

Una guapa mujer con delantal abre la puerta y le explica que ella se encarga de la limpieza, y que la señora Dawson está en el jardín. Everett baja por un tramo de escalera y entra en una enorme cocina que da a la calle y a la parte de atrás, a un jardín salpicado de manzanos. La madre de Portia la ve acercarse y sube por el terreno para reunirse con ella, con un cesto de mimbre colgado de un brazo. Es alta y esbelta, con una espesa melena castaña con un elegante corte asimétrico. Una larga túnica color crema le cubre unos pantalones pirata color caqui. Es la clase de mujer que puede hacerte sentir desaliñada, aunque ella esté arrancando los geranios secos. Everett no tiene ningún conjunto tan caro, ni siquiera su mejor ropa de fiesta.

–Tiene una casa muy hermosa, doctora Dawson.

–Oh, llámeme Eleanor, por favor. En el hospital todo el mundo me llama doctora y es más que suficiente.

Está claro que no es la primera vez que utiliza esa frase, aunque la sonrisa que la acompaña parece auténtica.

–El jardín es bonito, ¿verdad? –continúa–. Aunque tendría que haberlo visto cuando nos mudamos. Era como un lugar en obras. Bueno, sin el como. Tuvimos que reformar toda la casa. Es posible que los edificios victorianos se construyeran para durar, pero estos sitios son como neveras en invierno, así que tuvimos que derribarlo todo hasta llegar al ladrillo y empezar de cero con el aislamiento adecuado. Me pasé meses barriendo el polvo del yeso.

«Yo diría que fue su mujer de la limpieza la que lo hizo», piensa Everett, aunque no lo dice en voz alta.

–Bueno, ahora resulta encantador.

–Es usted muy amable. Bajemos a la glorieta. Portia está allí leyendo. Estamos todos muy afligidos por lo de Daisy. Es una niña adorable, y muy lista; recuerdo que una vez me preguntó quién era Leonardo. Y no, no hablaba de las tortugas ninja. –Sonríe–. Míreme, si es que no callo. Debería haberle preguntado: ¿le apetece un té?

Everett está a punto de soltar la negativa habitual, pero de repente se dice: qué demonios.

–Sí, sería estupendo.

–Déjeme que le pida a Amélie que ponga la tetera a hervir y estoy con usted en un momento.

Su acento francés es perfecto. Y cuando llega el té, va acompañado de un plato con rodajas de limón y una jarrita de leche. Nada de tetrabriks para los Dawson, eso está claro.

Portia está sentada en un columpio de jardín con un ejemplar de *Belleza negra* en la silla que hay al lado y un gran gato atigrado en el regazo. No parece que haya estado leyendo mucho. En las imágenes de la cámara de seguridad se la veía llena de vida, pero ya no tiene ese aspecto. Bajo sus ojos, la piel muestra unas profundas ojeras y Everett adivina que estos días no ha comido demasiado.

–Esta es la agente Everett, cariño –dice Eleanor Dawson al tiempo que deja la bandeja sobre la mesa–. ¿Te acuerdas? Quiere hacerte algunas preguntas sobre Daisy.

–¿Te parece bien, Portia? No será mucho rato.

–No hay problema –contesta la niña acariciando al gato, que cierra por un instante sus ojos color ámbar antes de recolocarse con un suspiro.

–Hemos revisado las imágenes de la cámara de seguridad que hay en la puerta de la escuela y, por lo que hemos visto, es probable que Nanxi y tú fuerais las últimas personas que vieron a Daisy ese día antes de que se fuera a casa. ¿Es así?

–Eso creo.

–¿Teníais muchas ganas de ir la fiesta?

–Yo no estaba invitada.

–¿De verdad? ¿Por qué no? Creía que había invitado a toda su clase. Y tú eres una de sus mejores amigas.

Portia se ruboriza.

–Daisy se olvidó de decirnos qué día era, y cuando se acordó mamá ya había hecho otro plan para ese día. Nanxi tampoco pudo ir.

«Si ninguna de sus dos mejores amigas estaba allí –piensa Everett–, eso explicaría por qué ninguno de los niños de la fiesta se dio cuenta de que Daisy tampoco estaba.»

–¿Fuiste a casa de los Connor el día antes, Portia? ¿Con todas las niñas, para probaros los disfraces?

Portia lanza una mirada a su madre.

–Sí, fui un rato. No me quedé mucho.

–¿Y a casa de Daisy? ¿Vas a menudo? ¿Conoces a su familia?

Portia aparta la mirada.

–Siempre veníamos aquí. Ella decía que era porque quedaba más cerca de la escuela, aunque yo creo que mi casa le gustaba más que la suya.

–Entiendo. He hablado con Nanxi y me ha dicho que Daisy quedó con alguien hace poco, pero que se suponía que era un secreto. ¿Sabes de quién se trataba?

Portia niega con la cabeza.

–Nos habló de ello. Al principio estaba muy contenta, pero luego dijo que no quería hablar más del tema. Que si de verdad éramos sus mejores amigas no debíamos preguntarle nada. Lo siento. No sé nada más.

La niña empieza a ponerse nerviosa y, al ver la mirada de preocupación de su madre, Everett decide cambiar de táctica.

–¿Qué es lo mejor de ser amiga de Daisy?

Portia se anima un poco.

–Es muy lista y me ayuda con los deberes. Y hace muy buenas..., ¿cómo se dice?..., eso de hablar como otra persona...

–Imitaciones.

–Eso. Se le dan muy bien. Sabe imitar a su madre. Y a los famosos que salen en la tele.

–En la televisión –interviene Eleanor Dawson en voz baja–. En casa decimos «televisión».

–¿Te hacen reír esas imitaciones?

Portia aparta la mirada.

–A veces.

–¿Y qué es lo peor?

Portia abre la boca, pero se calla.

–Que escucha –dice al final con la cara muy roja.

–¿Quieres decir que escucha las conversaciones de los demás?

–A veces se esconde y no sabes que está ahí y entonces escucha lo que dices.

–Entiendo –dice Everett en el momento en que su teléfono empieza a sonar.

Se levanta con un gesto de disculpa y se dirige apresuradamente a la sombra de un manzano que

probablemente sea más viejo que su propio piso. Es Gislingham.

–El jefe nos quiere a todos en la comisaría dentro de una hora.

–Vale, ya casi he acabado. ¿Cómo ha ido la ecografía?

Casi le parece ver su sonrisa de satisfacción.

–Todo perfecto. Y es un niño.

–Es genial, Chris. Me alegro mucho por ti.

–Aquí casi hemos acabado, así que pasaré a recogerte en cuanto deje a Janet en casa.

–Dale muchos recuerdos. Y dile que no se deje intimidar para ponerle al niño un nombre que no os perdona en la vida. Como Stamford Bridge.

–Y eso me lo dice alguien que se llama Verity Mabel...

Pero ella sabe que él está sonriendo.

* * *

A las 15:30 abro la puerta de la sala de coordinación de Saint Aldate. El ruido se oía desde la mitad del pasillo, pero en cuanto me ven se hace el silencio en la habitación. Un silencio cargado de expectación. La excitación se palpa en el ambiente.

–Bien, aunque estoy seguro de que muchos de vosotros os habéis enterado de lo que ha pasado hoy, hay que informar a todo el mundo, así que tened un poco de paciencia. Primero, el llamamiento. Hasta ahora hemos recibido unas mil llamadas, con la habitual cosecha de avistamientos por medio país, pero no hay nada que resulte especialmente esperanzador. Todavía. Lo que está claro es que nadie ha visto a la verdadera Daisy después de que esta saliera por la puerta de la escuela a las 15:32 esa tarde y, en contra de lo que nos hicieron creer los Mason en un principio, la señora Mason no fue a buscar a los niños a la escuela, así que Daisy y Leo volvieron andando. Otra cosa: Sharon Mason acaba de llamarme para confirmar que el uniforme escolar de su hija ha desaparecido. Todo esto quiere decir que no podemos descartar por completo la posibilidad de que secuestraran a Daisy de camino a casa. Por otra parte, aún no hemos localizado el disfraz de sirena y, puesto que Daisy no podía llevar ambos a la vez, está claro que algo no cuadra. Asimismo, los padres insisten en que cuando Daisy llegó a casa esa tarde subió al piso de arriba y puso música. Los dos afirman haberla oído, aunque en realidad ninguno de los dos la vio. Así que eso tampoco cuadra. Y me temo que hay otro aspecto que también debemos tener en cuenta. –Respiro hondo–. Sharon Mason dice ahora que esa tarde estuvo fuera de casa cuarenta minutos y dejó a los niños solos.

–Maldita sea, y nos lo cuenta ahora...

–Escuchad, estoy tan frustrado como vosotros, pero así son las cosas. Por lo visto, no quería que su marido se enterara y por eso no nos lo ha dicho hasta que hemos hablado con ella a solas. Cree que eran las cuatro y media cuando se marchó, porque Leo llegó a casa a esa hora. Según ella, primero fue a una de las tiendas de Glasshouse Street y luego al Marks and Spencer de la carretera de circunvalación, pero las cámaras de seguridad del establecimiento no funcionan y nadie recuerda haberla visto. Lo importante para nosotros es que los niños estaban solos y es probable que tanto la puerta lateral como la de la terraza estuviesen abiertas. Así que en teoría Daisy podría haber salido por su cuenta, aunque si fuera así lo más probable sería que la hubiéramos encontrado ya, con la cantidad de personas que hay buscándola. La otra opción es que

alguien se la llevara. O bien cuando ella estaba fuera de la casa o bien, es una posibilidad, mientras estaba dentro.

–Venga ya –dice una voz desde el fondo de la sala. Es Andrew Baxter, creo–. ¿Qué probabilidad hay de que un pedófilo pasara por allí justo durante esos cuarenta minutos?

–Lo sé, y estoy de acuerdo contigo. Es muy poco probable. De hecho, solo hay una alternativa que tenga sentido, y es que alguien estuviera vigilando a la familia y viera su oportunidad al salir Sharon. Puede que fuera una persona a quien Daisy conociera y que por eso la dejara entrar en la casa. Y no es tan descabellado como parece. Everett, ¿puedes compartir con el resto lo que has averiguado de las amigas de Daisy?

Verity Everett se pone en pie.

–Acabo de volver de hablar con Nanxi Chen y Portia Dawson. Ambas han confirmado que Daisy quedó con alguien hace poco y que era un gran secreto. Ninguna ha podido decirme de quién se trataba, pero, según las dos, después del encuentro Daisy estaba enfadada y no quiso contarles nada al respecto.

–¿Y estás segura –pregunta Baxter– de que querían decir «enfadada» y no «disgustada»?

Everett se mantiene firme.

–Enfadada, sin duda. Y hay algo más. Este trimestre, los niños de la clase de Daisy escribieron cada uno un cuento y el de Daisy ha desaparecido. La profesora va a buscar mejor, a ver si lo encuentra. Y sí, podría ser una coincidencia, pero tenemos que comprobar que no haya entrado alguien en esa aula que no debiera estar allí. Porque cabe la posibilidad de que en la redacción hubiera algo que permitiera identificar a la persona con la que había quedado. Algo que esa persona no quiere que se sepa.

–Bien –digo mirando hacia la sala–, tenemos que averiguar sin dilación quién es esa persona. Y puesto que da la sensación de que a Daisy Mason la tenían bastante controlada, creo que el único sitio en el que podría haber quedado con alguien sin que se enteraran sus padres es en la escuela. Así pues, necesito que alguien revise las grabaciones de la cámara de seguridad de la Bishop Christopher de los últimos seis meses. Cada recreo, cada hora de la comida. Si alguien se ofrece voluntario se ganará unos puntos extra; si no, tendré que elegir a una víctima.

Escudriño sus caras.

–Bueno, si no hay voluntarios te ha tocado a ti la china, Baxter.

–No le importará –bromea Gislingham–. Es seguidor del Aston Villa, así que está acostumbrado a pasarse horas mirando una pantalla sin que pase nada.

–¿Qué hay del niño? –pregunta otra persona desde el fondo, entre las risas de los compañeros–. Leo, ¿qué ha dicho él? Si alguien hubiera entrado en la casa, seguro que habría oído algo.

Espero a que el alboroto se calme.

–Buena pregunta. Una pregunta rematadamente buena, de hecho. La primera vez que le preguntamos dijo que Daisy se distrajo con una mariposa en el camino de vuelta a casa y que él siguió adelante sin ella. Lo cual no encajaba con lo que nos había contado Sharon: que Daisy llegó a casa antes que él. Así que lo presionamos un poco y al final nos contó una historia completamente distinta. Lo que dice *ahora* es que varios chicos mayores le han estado acosando en la escuela y que la tarde del martes los alcanzaron a Daisy y a él mientras volvían a casa y empezaron a meterse con él. Empujones, bromas con su nombre. Lo llaman Nuka Echa Potas, por

lo visto. Nuka es un personaje de *El rey león*, para los que no la hayáis visto. El león ese que está hecho polvo.

–Madre mía –dice Baxter–. Qué sofisticado, joder. Cuando yo iba al cole decíamos cosas como Caragrano o Gordinflas.

Más risas. Baxter, para que conste, es más bien rechoncho, aunque al menos hace tiempo que no tiene granos.

–No me sorprende –dice Everett con sequedad–. Con la clase de niños que van a esa escuela, no me extraña que se inventen motes de sabelotodo.

–El caso –digo alzando la voz– es que, según Leo, Daisy echó a correr en cuanto aparecieron los abusones y por eso llegó antes a casa. Por cierto, Sharon Mason asegura que no sabía nada de todo esto. Según esta última versión, Leo se fue directo a su cuarto al llegar y cerró la puerta, así que *en teoría* es posible que no oyera si alguien entró en la casa. Dice que estaba molesto con Daisy por haberse largado y haberlo dejado solo, y durante la fiesta la evitó por esa misma razón. Por eso no se dio cuenta de que la niña con el disfraz de margarita no era ella. No estoy seguro de si tragármelo o no, pero no hemos podido sacarlo de ahí por más que lo hemos presionado. Lo que sí parece cierto es que Daisy y Leo tuvieron algún tipo de disputa de camino a casa.

–¿Cabe la posibilidad de que haya sido él? –pregunta Baxter–. Si se pelearon de camino a casa igual la atacó, ¿no? A esa edad los niños pueden ser bastante volubles; igual ella se cayó y se dio un golpe en la cabeza...

–En teoría sí, aunque en ese caso, ¿dónde está el cuerpo? Es imposible que un niño de diez años pudiera esconder un cuerpo tan bien como para que no lo encontremos. Aunque dispusiera de todo el tiempo del mundo, que no es el caso.

–Vale –dice Baxter, aunque está claro que no está convencido del todo–. Pero pese a que lo descartemos como sospechoso, ¿qué parte de esta nueva historia que nos ha contado podemos creernos? Los niños de esa edad a veces ni siquiera reconocen la diferencia entre la verdad y la mentira.

Los niños de esa edad, pienso. De la edad de Jake.

–No creo que mienta. –Es la voz de Gislingham, que suena alta y clara en medio del silencio–. Al menos no respecto a los chicos que lo acosan. La tutora de Leo, Melanie Harris, piensa que es algo que viene sucediendo casi desde comienzos del trimestre. Apareció con la ropa desgarrada un par de veces y tenía rasguños en las manos, pero no pudieron atrapar a los responsables y Leo insistió en que se había caído o algo así. Sin una denuncia formal no podían hacer mucho más. De lo que no cabe duda es de que se ha estado portando mal.

Quinn se queda un momento pensando.

–¿No dijo Sharon que estaba siempre de mal humor?

Gislingham niega con la cabeza. Llevan semanas con este pique de baja intensidad; desde que ascendieron a Quinn a subinspector.

–Creo que es algo más que mal humor. Ha tenido pataletas, ha montado pollos en clase. Hace un par de semanas se abalanzó contra el ojo de otro niño con un lápiz; la directora sospecha que era uno de los que lo acosaban. Leo no le hizo daño y supongo que por eso se fue de rositas. Le pidieron a Sharon Mason que acudiera a la escuela para hablar sobre ello, pero ella se negó a tomárselo en serio. Por lo visto, no dejaba de repetir que son cosas de niños y que hoy en día los chavales están sobreprotegidos; cosas así.

Cuanto más sé de Sharon Mason, menos la entiendo. Para ser alguien tan superficial, resulta extrañamente opaca. Hay en ella algo más de lo que parece a simple vista, pero maldita sea si sé lo que es.

—¿Habéis revisado las cámaras de seguridad del rato posterior a que Leo y Daisy se marcharan, para ver si alguien los siguió?

—Comprobé fotograma a fotograma la media hora siguiente y no vi nada que me llamara la atención. Salieron varios niños que iban en la misma dirección, pero eso no demuestra nada. Los niños de hoy en día no son tontos. Saben dónde están las cámaras. Sobre todo si piensan hacer alguna trastada.

—De todos modos, ¿puedes seguir la pista del abuso, Chris? A ver si podemos obtener algunos nombres. La profesora debe de tener alguna idea de quién podría ser.

—De acuerdo, jefe.

—¿Quién es el siguiente? ¿Quinn?

Quinn se levanta y se acerca a la parte delantera de la sala.

—Barry Mason afirma que ese día llegó tarde a casa debido a una emergencia en una de sus obras. En Watlington. Bien, lo he comprobado y solo tiene una obra allí, y los trabajos llevan tres semanas parados. La propietaria me contó que pagó a Mason diez de los grandes hace un mes y que no lo ha visto desde entonces. El tío siempre le dice que irá y luego no se presenta. Conoce por lo menos a tres personas más que se encuentran en la misma situación. Contratistas... Menudos gilipollas.

—No me hagas hablar —murmuro en tono sombrío—. Bien, si Mason no estaba en Watlington como dice, ¿dónde coño estaba? Quinn, ¿puedes mirar a ver qué encuentras?

—No resultará fácil sin acceso a sus tarjetas de crédito y los registros telefónicos. Pero miraré si el programa de reconocimiento de matrículas lo ha pillado en alguna parte.

—Muy bien. Escuchadme todos, una última cosa. Por ahora no tenemos motivos fundados para detener a ninguno de los Mason, así que la familia se marchará a casa. A plena vista de los medios de comunicación. Los próximos días les van a resultar bastante duros, pero no podemos dejar que lo que digan sobre ellos la prensa o los trolés de Twitter nos afecte. Aún puede haber otras explicaciones para la desaparición de Daisy que no impliquen en absoluto a la familia. Lo cual será lo primero que me diga el abogado que los Mason no tardarán en contratar.

Gislingham hace una mueca.

—Lo que daría por ser una mosca en la pared de esa casa esta noche. O un bicho en la licuadora. Veo que Anna Phillips sonrío ante el comentario.

—¿Te refieres a un insecto o al aparato?²

Gislingham esboza una sonrisa burlona. Tiene una buena sonrisa.

—A cualquiera de los dos.

—Bien —digo para terminar—. ¿Alguna cosa más? ¿Nadie? En ese caso, nos volveremos a reunir mañana a primera hora. Gracias a todos.

Mientras me dirijo a la puerta, Everett me sigue. Ya me había dado cuenta de que algo más le rondaba por la cabeza, y estaba claro que no quería compartirlo en público. Es algo que hace muy a menudo; ojalá tuviera el valor de confiar en su instinto, porque casi nunca se equivoca. Y a Quinn le iría bien que alguien lo cuestionara de vez en cuando. Alguien que no fuera Gislingham.

—¿Qué pasa, Ev?

–En la clase de Daisy hay un corcho con los dibujos que hicieron los niños de sus cuentos.

Espero. Ev no es de las que te hacen perder el tiempo. Seguro que me lo cuenta por alguna razón.

–Antes de darnos cuenta de que el cuento de Daisy había desaparecido, eché un vistazo a su dibujo. –Saca el móvil y me muestra una foto–. ¿Lo ve?

No resulta tan sencillo de desentrañar, pero creo que hay una niña al pie del dibujo con una tiara y un tutú rosa, y por encima de ella se ve una figura femenina mucho más alta con un palo de escoba y un bolso descomunal. Alrededor de su cabeza crece una extraña criatura con follaje, como si fuera hiedra, y un fardo sujeto bajo el brazo, y a la derecha una figura joven masculina con el pelo amarillo ahuyenta a un monstruo con un hocico enorme y una cola rizada.

–¿Crees que...?

–¿Que la niña es Daisy? Sin duda. Todas las niñas desean ser princesas. O bailarinas.

Sonrío.

–O ambas cosas, diría, a juzgar por el dibujo.

–Y el padre de Daisy siempre la llamaba «princesa».

Ahora me toca a mí hacer una mueca.

–Dame una bolsa para vomitar.

–Lo sé, jefe, pero cuando tienes ocho años...

Meneo la cabeza.

–No es que no esté de acuerdo. Es que me dan arcadas.

Pero Ev no ha terminado.

–Lo que realmente me llamó la atención es la mujer que hay detrás de la niña. ¿Ha visto sus zapatos? ¿Con las tiras en el peine? Por no hablar de los tacones de vértigo.

Y entonces caigo en lo que me está diciendo.

–Son como los que llevaba Sharon Mason esta mañana. Los que todavía lleva, que sepamos.

Ev asiente y señala el monstruo.

–Nanxi Chen me ha contado que Daisy se había inventado un mote nuevo para su padre. Había empezado a llamarlo El Muy Cerdo.

Le lanzo una mirada rápida y ella asiente.

–Lo siento, me estoy esforzando mucho por no sacar una conclusión precipitada, aunque sea obvia. El problema es que hoy en día vemos abusos a menores en cualquier parte. Tal vez no tenga nada que ver con eso; es posible que tan solo tuviera una bronca con su padre y quisiera desahogarse. Algo totalmente inocente. Como que no le hubiera comprado la última muñeca Repollo.

Sonrío. No es difícil adivinar que Everett no tiene hijos.

–Diría que esas ya no están muy de moda, agente.

Ella esboza una sonrisita.

–No puedo ocultar la edad que tengo. Pero usted ya me entiende. Todos sabemos que a veces los niños reaccionan de forma exagerada. A esa edad todo parece más grande de lo que es.

En ese momento se ruboriza y yo finjo no darme cuenta.

–¿Cuándo empezó a usar el mote ese del cerdo?

–No lo sé con exactitud, ¿hace unas semanas? Más o menos cuando escribieron esos cuentos.

–Así pues, ¿crees que deberíamos revisar la cámara de seguridad para ver si Barry ha estado en

el aula en el último par de semanas?

Ella asiente.

–Le pregunté a la directora y, por lo que ella sabe, Barry lleva meses sin pisar ninguno de los edificios de la escuela. La semana pasada hubo una reunión de padres y Sharon fue sola. Me voy a pasar por su casa de camino a la mía para preguntarles si saben dónde está la redacción. Eso podría responder también la otra gran pregunta.

Frunzo el ceño.

–Que es...

–Si la mochila de Daisy está en su casa.

La miro a los ojos. ¿Cómo coño se me había pasado por alto? Menudo inspector de mierda estoy hecho.

–La tenía cuando se marchó de la escuela; lo vimos en las imágenes –continúa Everett, que en apariencia no ha percibido mi repentino ataque de inseguridad–. Así que si está en la casa eso significaría que después de todo sí estuvo allí, como dicen los padres. Pero si no está...

–... es mucho más probable que Daisy desapareciera en algún punto entre la escuela y la urbanización. Y eso permitiría descartar a los Mason.

–Usted vio la habitación esa noche, ¿verdad, jefe? ¿Recuerda que la mochila estuviera ahí? Era una de esas con una princesa Disney. Rosa.

Intento recordar. Aunque no puedo decir que tenga memoria fotográfica, no se me pasan muchas cosas por alto. Y sin duda la mochila me habría llamado la atención; habría sido la única cosa en medio de esa saturación floral que no tuviera una margarita en alguna parte.

–No –digo al fin–. Creo que no estaba allí. Pero eso no tiene por qué demostrar nada. Podría haberla guardado en el armario o en otra parte. Ella o Sharon. El cuarto parecía el de una puñetera casa piloto.

–Bueno, no hay nada de malo en que me pase a preguntar.

Está a punto de irse cuando la llamo.

–Es posible que Barry Mason te ponga problemas; dudo que ahora mismo nos contemos entre sus personas favoritas.

–Lo sé, pero creo que vale la pena intentarlo. Si veo que se pone difícil, me marcharé.

Y puede que tampoco sea mala idea que la panda de periodistas vea a un agente de policía en la puerta.

Respiro hondo.

–De acuerdo, adelante. Ve con el uniforme, ¿vale? Así los gacetilleros sabrán quién eres.

Ella hace una mueca, aunque sabe qué es lo que insinúo.

–Y primero mantén una charla discreta con esa vecina...

Ella frunce el ceño.

–¿Fiona Webster?

–Esa. Me da que es bastante avispada. Nunca se sabe qué se puede descubrir si planteas algunas preguntas bien orientadas. Y habla también con el médico de cabecera; entérate de si alberga sospechas de que hubiera algún tipo de abuso.

–Está de vacaciones, lo he comprobado. Pero le escribiré un correo electrónico.

–¿La profesora ha dicho algo de cómo estaba Daisy últimamente?

–Más apagada de lo normal, aunque se ha esforzado mucho en dejar claro que apenas se notaba.

Que tal vez no signifique nada. Para ser sincera, estaban más preocupadas por Leo.

–Pues eran las únicas.

–Lo sé. Pobre crío.

Everett echa otro vistazo a la foto de su móvil.

–Aunque no fuera rubio, de lo que estoy segura es de que el príncipe del dibujo sin duda no es Leo Mason. No me lo imagino ni asustando a un ganso, así que mucho menos peleando con un monstruo.

–Ni tú ni yo. Pero si no es Leo, ¿quién coño es?

* * *

22 de junio de 2016, 15:29

27 días antes de la desaparición

Barge Close, 5; habitación del primer piso

–No tendrías que estar aquí.

Es Leo quien lo dice, desde el umbral del dormitorio de sus padres. Las puertas de los dos armarios están abiertas y Daisy está sentada ante el tocador de su madre poniéndose rímel en las pestañas. Lo hace con una destreza sorprendente. Sonríe ante el espejo. Lleva un pintalabios de un rosa intenso y sombra azul en los párpados.

–No tendrías que estar aquí –repite Leo, frunciendo el ceño–. Mamá está abajo. Se enterará.

–No –responde Daisy en tono despreocupado, sin mirarlo–. Nunca se entera.

Se baja del taburete y se dirige hacia el alto espejo de pie. Lleva un biquini azul y un par de zapatos en miniatura con brillos y tacón alto. Se coloca en posición y a continuación se acerca al espejo, se detiene, deja caer una cadera y adopta una postura de modelo de pasarela. Luego da media vuelta y vuelve la cabeza, y le lanza un beso a su reflejo.

Leo se acerca a uno de los armarios, se sienta en el suelo y empieza a sacar cosas al azar mirándolas sin mucho interés. Un par de zapatillas de deporte, una toalla que huele a humedad, una sudadera con capucha. En el bolsillo de esta última hay algo rectangular y sólido que cae sobre la moqueta. Daisy le lanza una mirada a su hermano.

–No tendrías que saber nada de esto.

Leo lo coge y lo mira.

–¿De quién es este móvil?

–Ya te lo he dicho. Es un secreto.

* * *

Las operadoras telefónicas reciben la llamada a las 17:30. A continuación se comprueba, vuelve a comprobarse y se recogen más detalles, antes de que me la pasen alrededor de las 18:15. Estoy en mi despacho en Saint Aldate y Quinn me está contando que no hemos encontrado ni rastro de Barry Mason el martes por la tarde y ni siquiera podemos confirmar a qué hora volvió a Canal Manor.

–El problema es que a menudo iba a casa durante el día –dice Quinn–. Me imagino que se pasaba por allí de camino de una obra a otra. Así que la gente se ha acostumbrado a ver su

camioneta a cualquier hora. A nadie le habría llamado la atención. Y, en cualquier caso, el coche que estaba casi siempre en el camino de entrada era el de Sharon, no el suyo.

Me dirijo a la ventana y miro hacia la calle. Delante del Tesco de enfrente un niño juega con un pequeño perro gris, lanzándole una y otra vez una pelota de tenis atada a una cuerda. Lanzo un suspiro; el perro no es el único que da vueltas en círculos.

–Escuche –dice Quinn al cabo de un rato–, espero que no le importe que se lo diga, pero ¿cree que cabe la posibilidad de que nos hayamos equivocado con todo el asunto?

Espero y luego pregunto:

–¿En qué sentido exactamente?

–Usted mismo lo ha dicho antes: Daisy podría haber salido de casa mientras Sharon no estaba y lo más probable es que Leo ni se hubiera percatado. ¿Es posible que la pobre corderita se escapara? Nadie podría culparla con una familia como esa.

Lanzo otro suspiro.

–Yo también me lo he planteado. Pero ya han pasado dos días. Con la cantidad de gente que hemos puesto a buscarla y con su cara en todos los medios de comunicación, la habríamos encontrado. De una u otra manera.

–Toc, toc. –Gislingham está en la puerta con un fajo de papeles bajo el brazo–. Acabamos de recibir una llamada de una mujer que reconoció a Barry Mason en el llamamiento televisivo.

–Vale, ¿y? –dice Quinn con sarcasmo–. Debe de haber cientos de personas que podrían reconocerlo. A la mayoría de las cuales ha estafado. Sinceramente, me sorprende que no sea él quien haya desaparecido; seguro que hay un montón de gente que fantasea con cargárselo.

El comentario es de un gusto cuestionable, aunque entiendo su punto de vista.

Gislingham hace una mueca a la nuca de Quinn.

–Si me dejas acabar... La mujer en cuestión, Amy Cathcart, dice que no se llama Barry Mason sino Aidan Miles.

Quinn y yo intercambiamos una mirada.

–¿Y quién diantres es Aidan Miles?

Gislingham abre su bloc de notas.

–Divorciado, treinta y tantos años, un piso en Canary Wharf, trabaja en un banco de inversiones. Sin hijos, pero abierto a la posibilidad de tenerlos. Le gusta mantenerse en forma, viajar, el teatro, la cocina francesa y todas las cosas buenas de la vida.

–¿Qué coño...?

–Es su perfil. En ConsigueUnaCita.com.

Debemos de habernos quedado con la boca abierta porque en su cara se dibuja una sonrisita.

–No, de verdad, no me lo estoy inventando.

Deja unos papeles sobre mi escritorio.

–Esta mujer, Amy Cathcart, lleva semanas intercambiando mensajes y correos electrónicos con él. Me lo ha enviado todo; aquí está.

Mira por el rabillo del ojo a Quinn. Agente uno, subinspector cero.

Quinn, por su parte, pasa rápidamente las hojas impresas.

–No me extraña que Mason no quisiera que su cara saliera en las noticias. ¿La mujer ha quedado alguna vez con él?

–Todavía no. Pero mira la foto del perfil: no cabe duda de que es él. Aunque si entras ahora en

la página no lo encontrarás. Borró cualquier rastro la mañana siguiente a que Daisy desapareciera.
Me echo hacia atrás en la silla.

–Vaya, no es difícil adivinar qué estaba haciendo en realidad en el momento en que él afirma que se encontraba en la inundación de Watlington.

–¿Bastará para conseguir una orden?

–Posiblemente no para registrar la casa. Pero tal vez nos dé acceso a su teléfono y sus tarjetas de crédito. Me pongo ahora mismo.

* * *

Entrevista con Fiona Webster, realizada en Barge Close, 11, Oxford
21 de julio de 2016, 17:45
A cargo de la agente V. Everett

VE: Gracias por recibirme de nuevo, señora Webster. Sé que son momentos difíciles para todos.

FW: ¿Sabe cuánto tiempo va a estar aquí la prensa? Están dejando esto como una pocilga. Hay envases por todos lados, latas de cerveza, y el aparcamiento...

VE: Creo recordar que me dijo que su hija Megan va a la misma clase que Daisy.

FW: Sí, así es. Aunque nunca podré entender cómo nadie se dio cuenta en la fiesta de que no era ella. Por lo visto todos los niños sabían que se habían cambiado el disfraz, pero no se les ocurrió compartir la información con los lelos de sus padres.

VE: Según tengo entendido, uno de los trabajos de este trimestre era escribir un cuento, ¿verdad?

FW: Ah, sí, se lo pasaron bomba. Y no solo las niñas.

VE: ¿De qué iba el de Megan?

FW: Pues lo típico: princesas y enanos y madrastras malvadas. Una mezcla de *Rapunzel* y *Cenicienta* con un toque de *Frozen*.

VE: Es curioso, las madrastras siempre son las malas del cuento. La verdad es que me lo pensaría dos veces antes de casarme con un hombre con hijos pequeños; seguro que saldría perdiendo hiciera lo que hiciera.

FW: Ah, no deje que eso la desanime. En mi experiencia, *todas* las madres salen siempre perdiendo cuando los niños llegan a esta edad. Nada de lo que haces les parece bien. De hecho, no me sorprendería en absoluto que la bruja malvada de la historia de Megan esté inspirada en mí.

VE: Es curioso que diga eso. En el dibujo de Daisy hay una mujer que lleva unos zapatos iguales que los de su madre.

FW: ¿Los zapatos de tacón de Shaz? Qué bueno. ¿También tenían las suelas rojas? Según Sharon, son unos Louboutin auténticos, aunque personalmente creo que es esmalte de uñas. Me temo que se han convertido en su seña de identidad; los lleva a todas partes haga el tiempo que haga. En cualquier ocasión. Una vez la vi medio hundida en el barro de la banda en un partido de fútbol de Leo. Se pasó toda la tarde lamentándose. Creo que no ha vuelto a ir a otro partido desde entonces.

VE: ¿Y Barry Mason va? A los partidos de fútbol, quiero decir.

FW: A veces. No muy a menudo. Leo y él no es que estén muy unidos.

VE: Recuerdo que me dijo que Barry sí que estaba muy unido a Daisy; el clásico rollo padre-hija. ¿Verdad que la llevaba a hombros todo el tiempo?

FW: Bueno, sí. Aunque últimamente no he visto que lo haga tanto.

VE: Pero ¿están unidos?

[pausa]

FW: ¿Qué quiere insinuar? ¿Me está preguntando si Barry podría haber abusado de su propia hija?

VE: Bueno, ¿es posible?

[pausa]

FW: Si le soy sincera, no es la primera vez que me lo he planteado desde que Daisy desapareció, aunque no puedo poner la mano en el fuego en un sentido ni en otro. Hace más o menos un año, cuando se mudaron aquí, él estaba siempre pendiente de ella, pero las últimas veces que los he visto juntos era muy evidente que ella mantenía las distancias. Aunque, francamente, lo mismo podría decirse de mi marido y Alice. Entre los seis y los ocho años cambian muchas cosas. Las niñas empiezan a volverse tímidas, incluso con su propio padre.

VE: ¿Y hay alguna cosa más? ¿Algo que quizá no le llamara la atención en su momento pero que ahora...? [pausa]

FW: De hecho, sí. Me había olvidado por completo, pero hace unas tres semanas Barry fue a recoger a Daisy a la escuela. No lo hace muy a menudo; creo que Leo tenía hora con el médico o alguna cosa así, de modo que Barry fue a buscar a Daisy. Yo no estaba lo bastante cerca como para oír lo que pasó... El caso es que de repente ella se puso a gritar y a llorar, lo cual no es nada propio de ella. Por lo general es muy tranquila, muy serena. En fin, Barry utilizó la carta del padre que no se entera de lo que pasa; la típica mirada de estar perdido y no entender

nada, y de qué hago yo ahora... Ya sabe lo que quiero decir. En ese momento, me lo tomé como otra táctica para llamar la atención de las madres de buen ver. Pero fue un poco raro, ahora que lo pienso.

VE: ¿Y cómo es él en general? Con usted, por ejemplo.

FW: ¿Quiere decir si alguna vez se me ha insinuado? Pues sí, es un poco pulpo, la verdad. Ya sabe, esos hombres que siempre te tocan el brazo o la cintura. Mejor no subirse a un taxi con él, como diría mi exjefe. Se esfuerza mucho por que parezca que todo es trivial, pero yo sé lo que pasaría si le diera las señales adecuadas. Es de esos tíos que siempre están al acecho; supongo que sigue la premisa de que, si uno lo intenta suficientes veces, lo más probable es que al final obtenga su premio.

VE: ¿Y qué piensa Sharon Mason sobre ello?

FW: Por Dios, ¡nunca lo hace cuando ella está presente! Sharon es muy celosa. Se puede poner como un monstruo de ojos verdes. Una vez la vi fulminar con la mirada a Julia Connor, solo porque Barry comentó que se la veía más delgada. Ese es siempre un tema muy sensible en lo que respecta a Sharon Mason.

VE: En el cuento de Daisy también sale un monstruo. Con morro y una cola rizada como la de un cerdo.

FW: Bueno, eso supone un cambio respecto a los típicos dragones, me imagino.

VE: ¿No habrá oído alguna otra cosa sobre cerdos, por casualidad?

FW: ¿Cerdos?

VE: El tema salió cuando hablamos con Nanxi Chen.

FW: No, lo siento. No me dice nada.

VE: Entiendo. Gracias. Una última cosa, señora Webster. Los coqueteos de Barry... ¿Cree usted que Daisy es consciente de ello?

FW: Una pregunta interesante. Es una niña muy lista. Muy observadora. No me sorprendería que se hubiera dado cuenta. En absoluto.

* * *

Enviado:21/07/2016,

17:58

De: Richard.Donnelly@poplaravenuemedicalcentre.nhs.net

A: VerityEverett@ThamesValley.police.uk

CC: AdamFawley@ThamesValley.police.uk

Asunto: Daisy Mason

Gracias por su correo electrónico. Supongo que entenderá que respecto a algunos de los aspectos que me comenta debo preservar la confidencialidad entre médico y paciente, pero me doy cuenta de la gravedad y la urgencia de la situación. Mi principal obligación es defender los intereses de la niña y, en ese sentido, no veo problema alguno en confirmarle que nada de lo que he visto en Daisy Mason sugiere que haya sufrido abusos. Por supuesto, yo habría tomado las medidas necesarias si hubiera tenido la más leve sospecha. La última vez que la vi (hace unas tres semanas) estaba bastante inquieta, pero no de una forma que implicara una situación de abusos. En ese momento lo atribuí a la sobreexcitación.

No me ha preguntado sobre Leo Mason. Hace un par de semanas, justo antes de que yo me fuera de vacaciones, vino para una revisión y me fijé en que tenía varios arañazos y cortes graves, que según la señora Mason se debían a juegos un poco «rudos» en el patio. Mantuve una breve conversación con la enfermera de la escuela de Leo sobre el tema justo antes de marcharme, y la semana que viene volveremos a hablar de ello. Así pues, considero que puedo compartir también esta información con usted.

Si puedo ayudarla en algo más, hágamelo saber, pero, por favor, sea consciente de que no podré proporcionarle más detalles sobre ninguno de los dos niños, ni sobre el señor y la señora Mason, sin la debida autorización.

* * *

A las 18:35, Verity Everett llama al timbre del número 5 de Barge Close. Mientras espera, se alisa el uniforme. Este seguía en el cubo de la ropa sucia de la habitación de invitados y, después de tantos meses, huele bastante a humedad. Se baja un poco el cinturón y luego se lo vuelve a subir; haga lo que haga, le parece que nunca le queda bien. Se pregunta cómo se las arregla Erica Somer para llevar el suyo con tanto desparpajo. No le queda exactamente sexi, pero al menos no parece un saco de patatas. Oye el rumor de las conversaciones de los de la prensa, que están agrupados al final del camino de entrada, y se cala un poco más la gorra encima de los ojos. Aun así, su cara va a salir en todos los noticiarios de la noche. Al menos, su padre se pondrá contento; tiene que acordarse de llamarlo para avisarlo. Aunque es poco probable que se lo pierda: desde que murió su madre tiene la tele puesta todo el día. *El show de Jeremy Kyle, Loose Women*, la teletienda..., cualquier cosa para evitar el silencio.

En ese momento se abre la puerta. Es Leo, lo que por un momento pone a Everett en una situación violenta.

–Hola, Leo, soy la agente Everett. Verity Everett. ¿Están tu madre o tu padre en casa?

Ella sabe que están dentro; por supuesto que lo sabe. Se hallan bajo vigilancia. Pero ¿qué otra cosa puede decir?

Leo se da la vuelta.

–¡Mamá! Es la policía otra vez.

Y luego desaparece y la deja ahí plantada en el escalón de la entrada, plenamente consciente de los flashes de las cámaras que se disparan a su espalda cuando los fotógrafos tratan de obtener una imagen del interior. La instantánea definitiva. En ese momento aparece Sharon Mason, que se ciñe la rebeca que lleva.

–¿Qué quiere? –pregunta en tono irritado–. No voy a dejarla pasar.

–Será solo un momento, señora Mason. Por lo que tengo entendido, hace poco Daisy escribió un cuento en la escuela.

Sharon parpadea y luego mira a las cámaras que hay a la espalda de Everett. Si lo que hace es calcular si será mejor para su imagen pública que la vean hablando con la policía o cerrándole la puerta en las narices, por lo que parece se decide por lo primero.

–¿Y?

–Nos preguntábamos si lo tenían ustedes. Su profesora no consigue encontrarlo.

Sharon hace una mueca; está claro que no es muy fan de Kate Madigan.

–No entiendo para qué quieren esa bobería.

–Daisy hizo un dibujo de la historia. Salen una princesa y un príncipe y un monstruo que parece un cerdo...

–Mire, no me hable de cerdos. Hace semanas que no dibuja otra cosa. Cerdos que van de compras, cerdos conduciendo un coche, cerdos que se casan...

–Qué raro. ¿Le comentó por qué lo hacía?

Sharon se encoge de hombros.

–Quién sabe. Los niños nunca hacen las cosas por una razón lógica. Solo hay que ver las monsergas que se traen con las amigas. Un día Millie Connor es lo más y de repente la deja de lado y no se separa de Portia y de la niña Chen. La mayor parte del tiempo trato de ignorarlo.

–Entonces, ¿ha visto usted el cuento?

–Lo vi hace un par de semanas. Daisy lo estaba acabando. Lo revisé para asegurarme de que no había faltas.

–¿No recuerda sobre qué iba?

–Oh, las típicas tonterías. Había un montón de disparates.

–Entiendo. ¿Podría hacerme el favor de buscarlo? Tal vez esté en su mochila.

–No creo que Barry...

–No está aquí.

Es la voz de Leo. Se encuentra al pie de la escalera, balanceándose en la barandilla.

–La mochila. No está aquí.

Sharon frunce el ceño.

–¿Estás seguro? Porque yo aseguraría que la vi en su cuarto.

Sharon se da la vuelta y pasa apresuradamente junto a él antes de subir la escalera. Leo sigue balanceándose en la barandilla. Los dos oyen a Sharon removiendo cosas en el piso de arriba.

–Portia no lo era.

Verity parpadea.

–¿Disculpa? ¿Portia no era qué?

–La mejor amiga de Daisy. A Portia no le caía bien.

Verity abre la boca para decir algo, pero justo entonces se oyen unos tacones en la escalera y Sharon aparece de nuevo.

–Por una vez tiene razón. La mochila no está, pero...

En ese momento, Everett oye a su espalda el ruido de un coche que se detiene y un clamor de cámaras y preguntas. Se da la vuelta y ve a Adam Fawley y Gareth Quinn, que se acercan resueltamente a ella por el camino.

–¿Dónde está su marido, señora Mason?

Ella entorna los ojos.

–¿Por qué? ¿Qué quieren de él?

–Podemos hacer esto aquí –dice Fawley–, delante de las cámaras, o dentro. Usted decide.

Sharon vuelve levemente la cabeza, aunque sin apartar la mirada de la cara de Fawley.

–¡Barry!

Este aparece al cabo de un momento con una lata de cerveza en una mano y un periódico sensacionalista en la otra.

–Espero que sea importante, joder.

–Esta tarde nos ha llegado una llamada al centro de coordinación, señor Mason –explica Fawley–. De una tal señorita Amy Cathcart. Por lo que parece, usted y ella se han estado intercambiando correos electrónicos durante las últimas tres semanas.

Sharon lo agarra del brazo.

–¿De qué están hablando? ¿Quién demonios es esa mujer?

–Nadie –contesta Barry, y se sacude su mano de encima. Pero tiene la cara blanca–. Jamás he

visto a nadie llamado Amy Cathcart.

–Eso es cierto, señora Mason. En un sentido estricto, su marido nunca la ha visto, pero está claro que eso es lo que pensaba hacer. ¿Por qué otra razón se iba a apuntar a una página de citas?

–¿Una página de citas? –Sharon está encolerizada–. ¿Te has apuntado a una puñetera página de citas?

–Me temo que sí, señora Mason. Con un nombre falso y un móvil de prepago del que sospecho que usted no sabe nada. ¿Me equivoco?

Quinn interviene a tiempo en el momento en que Sharon se lanza contra la cara de su marido. «Madre mía –piensa Everett al percibir los flashes a su espalda–, los de la prensa deben de estar encantados.»

–Se me ocurre, señor Mason –dice Fawley mientras Quinn se lleva a Sharon al interior de la casa–, que tal vez prefiera usted continuar esta conversación en la comisaría.

Barry le dirige a Fawley una mirada de puro odio. Tiene un arañazo debajo del ojo izquierdo. Luego yergue los hombros y deja la lata y el periódico en las manos de Everett antes de volverse hacia Fawley.

–Acabemos con esto.

* * *

7 de junio de 2016, 10:53

42 días antes de la desaparición

Museo Etnográfico Pitt Rivers, Oxford

Es un luminoso día de verano y tres profesoras de la Bishop Christopher intentan agrupar a un revoltoso montón de alumnos en algo que se parezca a una cola. Una de ellas es Kate Madigan, otra Melanie Harris y la tercera Grania Townsend, que lleva un conjunto bastante ecléctico que incluye un par de Doc Martens y una rebeca de flores con un cuello de encaje. Se ve que los niños más mayores ya están aburridos; no tienen ni idea de lo que significa «etnográfico» y está claro que se muestran bastante escépticos ante cualquier cosa que se denomine «museo».

–Un poco de paciencia, ¿vale? –dice Grania–. Este museo no se parece a ningún otro al que hayáis ido, os lo prometo. Hay un sapo con alfileres clavados, muñecas de vudú, una bruja metida en una botella y un tótem. Un tótem grande, como Dios manda. ¿Os acordáis de los que vimos en ese libro sobre los nativos americanos? Pues así.

Eso despierta muestras de interés. Uno de los niños más pequeños la mira con los ojos entornados.

–¿De verdad hay una *bruja* en una botella? ¿Cómo la metieron dentro?

Grania sonrío.

–Creo que nadie lo sabe. La botella la donó al museo hace unos cien años una mujer muy anciana que les advirtió que si la abrían, les causaría un montón de problemas.

–¿Y nunca la han abierto?

–No, Jack, nunca la han abierto. Mejor ir a lo seguro, ¿no?

El principio de la cola comienza a moverse y Kate Madigan se dispone a guiar a los más pequeños por la galería principal, donde se agrupan y se quedan mirando una sala ambientada

como una cueva oscura. Hay máscaras africanas y pieles de esquimales bajo el techo y la superficie que se extiende ante ellos es un laberinto de vitrinas de cristal, atestadas de todo tipo de artefactos humanos imaginables: «Instrumentos musicales», «Máscaras», «Objetos hechos con plumas y cuentas», «Barcos funerarios», «Armas y escudos», «Cerámica», «Cestas de yute». Hasta ahí todo se ve muy organizado, pero dentro de cada vitrina hay un caos mayúsculo de fechas y lugares de origen, en el que Samurái está hecho un revoltijo con Surinam, y Melanesia con Mesopotamia. Algunos de los objetos conservan sus etiquetas originales, escritas con diminuta caligrafía victoriana sobre papel amarilleado unido con una cuerda. Es como si el tiempo se hubiera detenido en 1895. Y en cierto sentido así es. Al menos aquí.

Kate Madigan se acerca a Grania.

–Mel ha tenido que llevarse a Jonah Ashby al baño de mujeres. Se ha puesto a sangrar por la nariz, pobrecito; creo que tanta excitación lo ha superado. Aunque lo entiendo. Este sitio es increíble.

Grania sonrío. Ahora hay niños por todas partes; señalan, sueltan gritos ahogados y se apresuran de una vitrina a la otra.

–Lo sé. Me encanta traerlos aquí. Cuanto más raras son las cosas, más parecen gustarles a los niños.

–Entonces no es ninguna sorpresa.

Grania señala con la cabeza una vitrina alrededor de la cual se ha arremolinado al menos media docena de niños.

–Ahí están los *tzantzas*. Siempre puedes contar con ellos para atraer a una multitud.

–¿*Tzantzas*?

–Cabezas reducidas.

Kate hace una mueca.

–Será mejor que vayas tú.

Grania esboza una sonrisa.

–Reconozco que han acabado por gustarme.

Se dirige a la vitrina donde Nanxi Chen está leyendo el rótulo con evidente placer, mientras un grupo de niños mira el interior. Dentro hay media docena de cabezas, la mayoría del tamaño de un puño, aunque algunas son mucho más pequeñas. Las hay que tienen aros en la nariz y conservan el pelo original, de una longitud desproporcionada para las minúsculas caras alargadas tiznadas de negro.

–«Las cabezas reducidas se conseguían levantando la piel y sacando el cráneo y el cerebro» – lee Nanxi–. «Los ojos y la boca se cosían para evitar que el espíritu del muerto regresara para acechar a su asesino. Luego la piel se metía en agua hirviendo y así se encogía.» Vaya, qué desagradable.

Grania sonrío.

–Son muy antiguas y vienen de Sudamérica. En esa época las tribus creían que si le cortabas la cabeza al enemigo capturabas su alma y te hacías con su poder. Llevaban las cabezas colgadas del cuello en las ceremonias rituales.

Uno de los niños se la queda mirando.

–¿De verdad? Es alucinante.

Al otro lado de la vitrina, bajo el letrero «Trato a los enemigos», Leo está mirando una

colección de calaveras decoradas. Algunas tienen conchas incrustadas, otras, cuernos de animales ensartados en la frente. La que acapara la atención de Leo es tan pequeña que debe de pertenecer a un niño. Hay unos pinchos metálicos que atraviesan las cuencas de los ojos y el hueso está atado con firmeza con correas de cuero. Uno de los conservadores del museo se acerca a él.

–Dan un poco de miedo, ¿verdad? –dice amablemente.

Leo las observa.

–¿Por qué tiene esas cosas afiladas atravesadas en los ojos?

–Muy buena pregunta. Podría ser un acto de venganza. O es posible que el hechicero de la tribu lo hiciera para destruir a un espíritu maligno.

Uno de los niños asoma la cabeza por el borde de la vitrina y levanta las manos delante de Leo como si fuera un fantasma.

–¡Buuuuu!

Leo se sobresalta y se echa hacia atrás, agarrándose a la chaqueta del conservador. El hombre le pone una mano sobre el hombro.

–¿Estás bien? ¿Quieres que vaya a buscar a tu profesora?

Leo niega con la cabeza, aunque sin soltarle la manga.

–¿Qué me dices entonces si vamos a la caza de un tesoro? Hay catorce ratones de madera escondidos entre las vitrinas. Algunos de tus compañeros de clase los están buscando y tu profesora ha dicho que quien los encuentre todos tendrá un premio. ¿Te apetece?

Leo vuelve a negar con la cabeza.

–Me gustan las calaveras –dice al final.

En el extremo más alejado de la planta baja, Kate Madigan está con un grupo de niñas mirando los «Amuletos, fetiches y hechizos». Portia Dawson copia diligentemente los nombres de los distintos tipos de talismán en una libretita, mientras que Daisy Mason está hipnotizada con una colección de adornos de filigrana de plata dispuestos sobre terciopelo negro.

–Son como dijes de una pulsera –dice al tiempo que mira a su profesora.

Kate sonríe.

–Sí, ¿verdad? Yo ya los había visto en Italia. La gente los colgaba encima de la cuna de los bebés para protegerlos del mal y mantener alejados a los malos espíritus mientras dormían.

–¿Como el hada mala de *La bella durmiente*? –pregunta Portia.

–Sí, más o menos. –Kate se acerca y señala a través del cristal–. Se supone que son como ramas colgadas del revés. Igual que el muérdago en Navidad.

Portia alza la vista y mira el cartel a través del cristal, y luego escribe con meticulosidad CIMARUTA en letras mayúsculas y hace un dibujo de uno de los amuletos.

–Cada uno tiene un símbolo de la suerte distinto –continúa Kate–. ¿Lo ves, Daisy? Hay una luna, una llave, una flor y un delfín.

Daisy se queda callada por un instante.

–¿De verdad son mágicos, señorita Madigan? –pregunta al cabo–. ¿De verdad pueden mantener alejadas las cosas malas por la noche?

La expresión de Kate es seria.

–Algunas personas así lo creen. De donde yo vengo, muchas personas mayores aún creen en estas cosas.

Daisy sigue mirando los abalorios de plata.

–Ojalá fuera real –dice pensativamente–. Me gustaría conseguir un amuleto como esos.

Mira a Kate Madigan y luego desvía la vista hacia su hermano. Un grupo de niños mayores señala una talla muy astillada de un león que hay en una de las vitrinas y se vuelven a Leo mientras se ríen y se meten los dedos en la boca.

–¡Nuka Echa Potas! ¡Nuka Echa Potas!

Daisy baja la voz a un susurro.

–Y conseguiré otro para Leo.

* * *

Cuando trasladaron a Everett a Oxford tuvo que elegir entre una típica casita victoriana en Botley Road que requería mucho trabajo para adecuarla o un piso reformado encima de una tintorería en Summertown. Se decidió por el piso, pero solo después de asegurarse de que tenía salida de incendios con acceso a la calle. No por ella, sino por el gato. Aunque no es que su gran gato atigrado la utilice mucho. Esta noche, al cerrar la puerta tras de sí a las 21:15, *Hector* está en su reposabrazos habitual y parpadea ante la repentina luz. Ella lanza la gorra del uniforme sobre el sofá, se sienta y acaricia distraídamente a *Hector* detrás de las orejas. Se parece mucho al gato de Portia Dawson. Y eso a su vez le recuerda lo que le ha estado rondando por la cabeza desde que se ha ido de casa de los Mason.

Portia.

En la escuela se ha preguntado por un momento por qué, de entre todas las amigas de Daisy, solo Portia estaba tan afectada como para que sus padres prefirieran que se quedase en casa, y ahora esa vaga curiosidad se ha convertido en un brusco alivio. Todo el mundo ha comentado que eran muy amigas: los profesores, Sharon, la misma Portia. Pero Leo, no. Leo, no. Y ¿cómo lo describió Fawley? Un niño muy observador. ¿Es posible que viera algo que nadie más vio? ¿Y si han pasado algo por alto todo este tiempo? Piensa en esas últimas imágenes de Daisy en la cámara de seguridad y las reproduce en su memoria. Daisy y Nanxi estaban hablando, pero Portia se mantenía alejada y, por lo que recuerda, seguía allí de pie, mirando, cuando Daisy siguió a Leo en dirección a Canal Manor. Si fuera una de sus mejores amigas, no le daría importancia. Pero ¿y si no lo eran? ¿Y si en realidad a Portia le caía mal Daisy? ¿Cómo lo interpretaría entonces? Everett coge su móvil y llama a Gislingham.

–Lo siento, ya sé que es tarde. Solo quiero hacerte una pregunta rápida sobre la grabación de la escuela.

Oye la televisión de fondo y a Janet preguntando quién es.

–Lo siento, Ev. Están dando *Corrie* y no oigo nada. Vale, ya estoy en la cocina. La grabación, ¿qué pasa con ella?

–Cuando revisaste las imágenes de la cámara de seguridad para ver si alguno de los niños había seguido a Leo, ¿recuerdas si salía Portia? ¿Te acuerdas de lo que hizo después de que Daisy y Leo desaparecieran del plano?

–Uf, y me lo preguntas ahora. Diría que se marchó en la misma dirección al cabo de unos minutos, pero no estoy seguro al cien por cien. ¿Por qué?, ¿es importante?

Everett respira hondo.

–Creo que podría serlo. Tengo que llamar a Baxter y pedirle que lo revise. Porque, si estás en lo cierto, si Portia siguió a Daisy ese día, no estaba yendo a su casa. La casa de los Dawson se encuentra en sentido opuesto.

* * *

–Bien, señor Mason, tenemos que dejar de vernos en esta clase de reuniones.

Es una broma barata, lo sé, pero no puedo resistirme.

Está en la sala de interrogatorios número 1. Aquí no hay sillas cómodas y pueden ahorrarse los chistes sobre la Inquisición española porque me los sé todos. Las paredes están pintadas de un color con el que no pintarías ni un baño y las ventanas están tan altas que no se puede ver el exterior. Y en el centro, cuatro sillas de plástico y una de esas mesas negras con el borde de madera que puedo jurar que solo hacen para las comisarías. Arquitectura de la intimidación, la llamó Anna Phillips. Personalmente, no me atrevería a atribuir al sistema de justicia criminal nada parecido a un diseño preconcebido, pero, aunque sea casual, no puedo negar que funciona. Es tan solo un elemento más de la estrategia de desgaste. Mostrar hospitalidad, incomodar, desestabilizar. Aunque Barry Mason parece decidido a no dejar que ese entorno deprimente le afecte. Probablemente se deba al tiempo que pasa en todas esas obras a medio hacer. No he tenido muy buenas experiencias con los contratistas; es probable que ya se hayan dado cuenta.

Quinn cierra la puerta a nuestra espalda. El aire huele a rancio debido al sudor de las mentiras. Barry huele a cerveza y a *aftershave* barato. No sé cuál de las dos cosas es peor.

–En fin, señor Mason –empiezo–, ahora que todos sabemos lo que hay, tal vez quiera contarnos dónde estaba en realidad el martes por la tarde. Porque sin duda no era en Watlington, ¿verdad?

–De acuerdo, no estaba allí. Pero tampoco estaba en Oxford matando a mi hija.

Arqueo las cejas, fingiendo sorpresa.

–¿Quién ha dicho nada de matar a su hija? ¿Ha sido usted, subinspector Quinn?

–En absoluto, jefe.

–Ya sé lo que piensan, no soy estúpido –dice Mason dándose la vuelta.

–Pues díganos dónde estaba en realidad. A partir de las 15:30, digamos.

Me lanza una mirada y comienza a morderse un padraastro del pulgar.

–En Witney. En un bar. Esperando a una zorra que no se presentó.

Sonríe de una forma que espero que resulte especialmente irritante.

–Debía de tener una oferta mejor, ¿eh? No puedo decir que me sorprenda. No es usted un gran partido que digamos. Una hipoteca sustanciosa, dos hijos. Ah, pero lo olvidaba, usted les dice que en realidad no tiene hijos, ¿verdad?

Esta vez se niega a morder el anzuelo.

–¿Pagó usted con tarjeta de crédito, señor Mason?

–¿Se cree que soy imbécil? –le espeta–. Mi condenada mujer me registra hasta los bolsillos.

–Entonces, ¿no puede demostrar que estuvo allí?

–Lo siento, no sabía que iba a necesitar una puñetera coartada.

–Y después, ¿qué?

–¿Después de qué?

–Bien, me cuesta creer que se quedara ahí sentado toda la tarde como un triste adolescente al

que han dado plantón. ¿Cuánto tiempo esperó hasta darse por vencido?

Se remueve en la silla.

–No sé. Media hora, tal vez.

–Y luego se marchó.

Él vacila y luego asiente.

–¿A qué hora fue eso? –pregunta Quinn.

–Alrededor de las cuatro. A las cuatro y cuarto, quizá.

–¿Y por qué no fue a su casa en ese momento?

Me lanza una mirada furibunda.

–Porque ya había llamado a Sharon para decirle que iba a llegar tarde y no quería que me pillara con todas sus quejas sobre la puta fiesta. ¿De acuerdo? ¿Está satisfecho? Eso demuestra que soy un cretino perezoso, no un asesino. No hay ninguna ley que lo prohíba.

Espero.

–Bien, ¿y qué hizo? ¿Adónde fue?

Se encoge de hombros.

–Di una vuelta con el coche.

Otra pausa. Entonces nos ponemos en pie y él nos mira alternativamente.

–¿Qué significa esto? ¿Ya está, me puedo ir a casa?

–Sí, puede irse a casa. Aunque me sorprende que tenga ganas, dado el recibimiento que probablemente le espere.

Él hace una mueca.

–Era una forma de hablar. Hay un montón de hoteles en esta condenada ciudad, por si no se había percatado.

–Hablando de eso, no vaya a ninguna parte sin informarnos antes. Aún tenemos que comprobar dónde estuvo esa tarde.

–Ya se lo he dicho, no puedo demostrarlo.

–Las cámaras de seguridad no mienten, señor Mason. Igual que el ADN.

¿Me lo imagino o algo le ha cruzado por la cara al oír esto?

–Quiero un abogado –dice en tono hosco–. Tengo derecho a ver a un abogado.

–Puede ver a quien quiera. Asegúrese de decirle que no está detenido.

Al llegar a la puerta me paro y me vuelvo hacia él.

–¿Cómo lo llamaba Daisy?

Él parpadea.

–¿Disculpe?

–Es una pregunta bastante sencilla. ¿Cómo lo llamaba Daisy?

Hablo en pasado de manera intencionada, intrigado por ver si me corrige. Pero no parece haberse dado cuenta.

–¿Papá? –contesta en tono sarcástico–. Papi, tal vez, en alguna ocasión. Lo siento, pero de donde yo vengo no usamos lo de padre. ¿Qué coño importa eso?

Le sonrío.

–Tal vez nada. Solo sentía curiosidad.

* * *

A la mañana siguiente, a las 10:35, Everett vuelve a llamar a la puerta de los Dawson. Ve al gato tendido en el respaldo de una silla en la sala de delante, mirándola con recelo a través de los geranios de la jardinera de la ventana. La puerta la abre un hombre con aspecto cansado aunque distinguido y el pelo canoso.

–¿Sí? –dice frunciendo el ceño. Tiene un marcado acento del Ulster–. No compramos a vendedores ambulantes.

Everett arquea una ceja y le muestra su placa.

–Yo tampoco. Soy la agente de policía Everett, de la división de investigación criminal de Thames Valley. ¿Puedo pasar?

El hombre tiene el decoro de sonrojarse y luego se hace a un lado y le indica con un gesto que entre. Ella baja por el pasillo hasta la gran cocina blanca y gris del semisótano, donde Eleanor Dawson está sirviendo café.

–¡Ah, agente Everett! –dice en tono alegre–. No sabía que iba a volver.

–Yo tampoco, doctora Dawson. He venido a ver a Portia. ¿Está aquí?

Patrick Dawson le lanza una mirada a su mujer.

–Está arriba. ¿De qué va esto? Creía que ya le había contado todo lo que sabe.

–Tengo solo unas cuantas preguntas más. ¿Podrían pedirle que baje?

Por un momento se hace un silencio incómodo mientras los tres esperan a que aparezca Portia. Cosa que al final hace. Con expresión desconfiada.

–¿Qué quiere, mamá? –pregunta con los ojos muy abiertos. Parece muy pequeña; es muy pequeña.

Eleanor Dawson se acerca a su hija y le pasa el brazo por los hombros.

–No tienes de qué preocuparte, cariño. Estoy segura de que es algo rutinario.

Everett da un paso hacia ella.

–Solo quería volver a preguntarte sobre el día que desapareció Daisy. Verás, un compañero mío ha revisado la grabación de la cámara de la puerta de la escuela y, por lo visto, seguiste a Daisy. Aunque por ahí no se va a tu casa. ¿Es así?

Portia mira a su madre.

–Yo no hice nada, mamá –dice con un hilillo de voz.

–Ya lo sé, cielo. Tan solo explícale a la agente Everett lo que pasó y todo saldrá bien.

–Entonces, ¿seguiste a Daisy, Portia? –pregunta Everett.

Hay una pausa y luego la niña asiente.

–Solo un rato. Luego tuve que volver para que mamá me llevara a clase de mates.

–Eso es absolutamente cierto, agente –interviene Eleanor Dawson–. La clase empieza a las cuatro y media, o sea que Portia tenía que estar aquí a las cuatro y cuarto o no habríamos llegado a tiempo. Puede confirmarlo con ellos si quiere. Es el centro de estudios Kumon en Banbury Road.

Everett no ha apartado la mirada de Portia.

–Sigo sintiendo curiosidad; ¿por qué seguiste a Daisy ese día?

–Solo quería hablar con ella.

–Porque era una de tus mejores amigas; eso fue lo que nos dijiste, ¿verdad?

Portia parece haberse dado cuenta de adónde quiere ir a parar la agente Everett porque se limita a mirarla. Las lágrimas asoman a sus ojos.

–Verás, Portia –dice Everett con suavidad, acercándose a ella–, nos han contado que Daisy y tú

os habíais distanciado. Y al revisar las grabaciones de la cámara de seguridad de la semana anterior a la fiesta, el agente Baxter os vio mantener una gran discusión; le pegaste y le estiraste del pelo y le gritaste. Aunque no hay sonido, es fácil deducir lo que dijiste. Dijiste que odiabas a Daisy y que ojalá se muriera.

Portia agacha la cabeza y las lágrimas le ruedan por la cara.

–Fue mala conmigo. Me dijo que mi padre no creía que yo fuera lo bastante lista para ser doctora como él y que dibujar bien no me serviría de nada...

–¡Oh, cariño! –dice Eleanor Dawson, y seca las lágrimas de la mejilla de su hija–. No debes creer todo lo que te dijo Daisy. Siempre se estaba inventando cosas.

Portia niega con la cabeza.

–Pero sé que era verdad porque sonaba igual que papá; imitó su voz y todo...

Eleanor Dawson le lanza una mirada de enfado a su marido y luego se agacha y susurra:

–No pasa nada, Portia. Nadie piensa que le hicieras daño a Daisy.

Portia sigue negando con la cabeza.

–Tú no lo entiendes... Hice una de esas muñecas de vudú como las que habíamos visto en el museo y le clavé alfileres y deseé que se muriera, y ahora se ha muerto y todo es culpa mía...

Patrick Dawson se interpone con firmeza entre Everett y su familia.

–Creo que ya es suficiente, agente. Como puede ver, ha disgustado usted a mi hija. Y es imposible que sospeche de verdad que ella tuviera algo que ver con la muerte de esa niña. Tan solo tiene ocho años, por el amor de Dios.

Everett mira a la niña sollozante y luego a su padre.

–Aún no sabemos si Daisy Mason está muerta, señor. Y puede que usted considere que todo esto no es más que una banal riña de patio de escuela, pero a esa edad los niños se toman este tipo de cosas muy en serio. Como está claro que hizo su hija. Y le sorprendería saber de qué son capaces los niños si los presionan. Aunque solo tengan ocho años.

* * *

De camino a la comisaría me encuentro con unas obras en la carretera, así que tengo que tomar otra dirección y me doy cuenta de que estoy a tan solo cinco minutos de Port Meadow. Aunque no tengo muy claro por qué lo hago, bajo por la carretera secundaria y aparco cerca de Walton Well, y luego salgo y paseo un rato. Más adelante se puede ver el viejo pueblo de Binsey entre los árboles; a mi espalda, las torres de la ciudad; al norte, mucho más lejos, un borrón marrón que señala la ubicación de Wolvercote. Y a la derecha, mucho más cerca que el resto, los tejados de Canal Manor, con una o dos ventanas donde se refleja el sol. En el prado, la niebla aún se aferra a los huecos y el ganado se desplaza con lentitud a través de las matas de hierba mientras agita las orejas para espantar mosquitos que yo no puedo ver. Y por encima de todo, un cielo enorme punteado de nubes rosáceas. De niño me encantaban las nubes; me sabía todos los nombres: cielos aborregados, cirros, cumulonimbos. Vivíamos en un suburbio de mierda tan pequeño que construí mi paisaje con lo que tenía sobre mi cabeza: montañas y castillos con murallas y ejércitos en guerra. Creo que los niños ya no hacen esas cosas. En lugar de ello luchan en la Xbox o en *Clash of Clans*. Ahí no hace falta imaginación. Siempre albergué la esperanza de compartir mis nubes

con Jake, pero él también quería una Xbox. Como sus compañeros. Tal vez fuera demasiado pequeño.

Y más adelante, después de perderlo, solía venir aquí a caminar y aporreaba mi dolor contra la tierra. Una hora de ida y otra de vuelta. El mismo ritmo monótono e intenso, día tras día, mes tras mes. Con lluvia, con nieve, con hielo, con niebla. De pronto me acuerdo de que Sharon Mason también solía venir a correr aquí. Igual me crucé con ella. Igual incluso me sonrió. Igual todo esto se estaba formando ya entonces.

Al llegar a la comisaría me percaté de lo que me ha costado mi desvío. No he conseguido hacerme con un café en condiciones y he tenido que recurrir a la máquina del pasillo. Estoy delante de ella intentando decidirme entre el menor de sus diversos males cuando Gislingham cruza las puertas batientes y se acerca a mí. Enseguida me doy cuenta de que ha pasado algo.

–Es Sharon –dice casi sin aliento–. Quiere verte. La he llevado a la sala de interrogatorios dos.

–¿Sabes de qué va?

Se encoge de hombros.

–Ni idea. Dice que solo hablará contigo.

–¿Y dónde está Leo? Me imagino que no lo habrá dejado solo en la casa con esa bandada de buitres fuera.

–No te preocupes, está con Mo Jones en la sala para familiares.

–Vale, bien, ya es algo. ¿Puedes ir y sentarte con él hasta que yo acabe con Sharon?

–¿Yo? ¿No tenemos a Mo para encargarse de esas cosas?

–Créeme, será lo más entretenido que hayas hecho en todo el día; de hecho, es probable que sea la primera vez que tengas un público que disfrute de verdad escuchándote dar la chapa con el fútbol. Y, por favor, encuentra a Quinn y dile que se reúna conmigo.

* * *

BBC Midlands Today

Viernes 22 de julio de 2016 / Actualizado por última vez a las 11:56

Daisy Mason: La policía interroga a los padres

La BBC ha averiguado que la policía de Thames Valley está interrogando en este momento a Barry y Sharon Mason, después de su emotivo llamamiento para el regreso de su hija. Se cree que Daisy Mason, de ocho años, fue vista por última vez en la fiesta celebrada en el jardín de su familia el martes por la noche.

Según la BBC, los agentes de policía también han tomado declaración a las amigas y las profesoras de Daisy en la escuela de primaria Bishop Christopher, de la que su hermano y ella son alumnos. También se han llevado las grabaciones de las cámaras de seguridad que hay en la puerta exterior de la escuela.

Si alguien tiene información sobre Daisy o la ha visto en algún momento del martes, por favor, póngase enseguida en contacto con el centro de coordinación de la división de investigación criminal en el número 01865 0966552.

* * *

La sala de interrogatorios 2 es más cutre si cabe que la número 1. Al mirar la cara de Sharon Mason, «encono» podría ser el término que mejor la describe en este momento. Apenas puede contener su cólera. Una mujer despechada ni siquiera se le acerca.

Retiro la silla para sentarme. Ella mira a Quinn y luego a mí.

–He dicho que quería hablar con usted. No con él.

–El subinspector Quinn tan solo está aquí para cumplir con el protocolo, señora Mason. Es por su propio bien, tanto como por el nuestro.

Ella hace un leve gesto de ofensa y le indico a Quinn con un gesto que espere en la puerta.

–Bueno, señora Mason, ¿en qué puedo ayudarla?

–Ha dicho usted que mi marido ha estado en una página de citas, pero que de hecho no había quedado con esa mujer, como se llame.

–Amy Cathcart. No, no se han visto.

–Sin embargo, ella no era la única.

–Aún estamos esperando los registros completos de ConsigueUnaCita –ella se estremece cuando hurgo en la herida, pero no me importa–, aunque por lo que parece lleva meses utilizando la página. Intentó borrar su perfil el miércoles por la mañana. El día después de que Daisy desapareciera.

Quiero ver cómo reacciona ante la noticia, pero ella tiene otras cosas en la cabeza.

–Así pues, ha estado todo este tiempo viéndose con otras mujeres... Viéndose con ellas... y... ¿acostándose también?

Me encojo de hombros.

–No tengo pruebas de eso, señora Mason. Pero me imagino que deberíamos darlo por hecho. Es posible que haya otras y que acudan a nosotros. Entonces sabremos más.

Tiene la cara tan roja que casi noto el calor que desprende.

–¿Y qué aspecto tiene esa tal Amy Cathcart?

Tengo que confesar que sus palabras me desconciertan, pero en cuanto lo dice, sé por qué lo ha hecho. Me vuelvo hacia Quinn.

–No he visto una foto suya, ¿y usted, subinspector?

Quinn pill a enseguida lo que estoy haciendo.

–Solo las de su perfil, jefe. Pelo rubio. Es más bien esbelta, pero con unas curvas muy bien puestas, ya me entiende. En realidad es muy guapa.

Sharon lucha con todas sus fuerzas para contenerse. Le tiemblan los hombros por el esfuerzo.

–Le he traído algo –dice al final–. Dos cosas.

Se agacha y deja una bolsa de plástico de la tienda de ropa Morrison sobre la mesa. Lo que hay dentro brilla con indolencia bajo la tenue luz. Es azul y verde. Alternados, como las escamas de la cola de un pez...

Me da un vuelco el corazón.

–¿Dónde ha encontrado esto, señora Mason?

–En el armario de Barry. Mientras recogía su mierda para que se largue de una condenada vez. Estaba escondido debajo de su ropa de gimnasio sucia.

Oigo que Quinn inspira hondo y luego el sonido de la puerta al abrirse, y al cabo de un

momento vuelve a la habitación con los guantes de goma puestos. Coge la bolsa y lo mete todo cuidadosamente en una bolsa de pruebas.

–Supongo que sabe –continúo– que ahora tendremos que tomarle a usted una muestra de ADN, señora Mason.

–¿Por qué? –se ofende–. ¿Qué he hecho yo? No es a mí a quien deberían investigar...

–Es tan solo para descartarla –le contesto en tono apaciguador–. Me imagino que no llevaba guantes cuando encontró este disfraz en el armario.

Ella vacila y luego niega con la cabeza.

–No.

–Entonces su ADN se encontrará inevitablemente en la prenda. Y tenemos que descartarlo para la investigación.

No estoy seguro de que no lo supiera ya, pero ahora es demasiado tarde.

–¿Había algo más?

Ella no dice nada y yo vuelvo a intentarlo.

–¿Señora Mason? Ha dicho que tenía dos cosas.

–Ah, sí. Es esto. También estaba en el armario.

Abre su bolso –el de imitación– y saca un trozo de papel. Es una hoja DIN A4 doblada en dos, como una tarjeta de cumpleaños. Hay arrugas; alguien hizo una bola con ella y luego la alisó. La empuja hacia mí y veo que de hecho es una tarjeta de felicitación. Hecha a mano, de Daisy para su padre. Ha escrito las palabras en la parte delantera para que dibujen la forma de un pastel con una vela. Hacer algo tan meticuloso le debe de haber llevado mucho tiempo a una niña de ocho años. De pronto me la imagino: la niña real, la niña viva y risueña, más vívidamente que nunca. Y estoy más convencido que nunca de que está muerta.

F
eliz
Cumple
años
pa
pá

Eres el mejor padre del mundo. Siempre me cuidas y me das besos para curarme cuando me caigo. Nos divertimos cuando me mezo en tu regazo y también cuando vamos a la piscina. Cuando sea mayor y rica te compraré todas tus cosas favoritas.

Siento unas leves náuseas. El regazo, el mecerse...: todo ello podría tener una explicación completamente inocente. Pero si fuera así Sharon no estaría ahora aquí sentada. La miro y ella me devuelve la mirada, y no me gusta lo que veo. Han sido injustos con ella, lo sé, pero madre mía, es difícil compadecer a esta mujer.

–Pase la página –me indica.

Y yo lo hago.

El interior está cubierto de fotos. La mayoría en color, una o dos sacadas de un periódico. Todas las cosas favoritas de su padre. Pescado rebozado con patatas y puré de guisantes. Una lata de cerveza. Un culturista con pesas. Un coche deportivo. Pero todo ello queda minimizado por la imagen del centro, y no solo por su tamaño. Son un par de pechos con unos enormes pezones rojos.

Están recortados de modo que quedan en primer plano y parecen desencarnados, casi anatómicos. Pero el impacto que provoca esta foto no tiene nada de científico.

–Debió de sacarla de una de las revistas guarras de Barry –dice Sharon.

Lo primero que hago es preguntarme, si eso es cierto, qué más debe de haber visto Daisy. Me viene a la mente una imagen terrible de una niña inteligente y decidida escrutando meticulosamente cada sórdida página, buscando lo que le gusta a su papá.

–¿Cuándo es el cumpleaños de su marido?

Tengo la garganta seca.

Esta vez se toma un momento.

–El dos de abril.

–¿No vio la tarjeta en ese momento, cuando ella se la dio?

Sharon entorna los ojos.

–No, por supuesto que no. ¿Por quién me toma? Era su *secretito*. ¿No lo entiende?

–Oh, lo entiendo, créame, señora Mason. –Echo la silla hacia atrás–. Gracias por traérmelo. ¿Puedo pedirle que se quede un rato más, por si nos surgen más preguntas? El subinspector Quinn le traerá un té.

–No quiero su té, ya se lo dije. No me gusta.

–¿Un refresco frío? –le ofrece Quinn–. ¿Una CocaCola light?

Ella le lanza una mirada viperina.

–Tomaré un agua con gas.

Fuera, en el pasillo, me dejo caer sobre la pared.

–¿Está bien, jefe?

–Sabía que ese tío era un gilipollas, pero maldita sea...

–Mire la parte buena: esto podría hacer que consigamos la orden; acceso a su ordenador. Aunque no sea suficiente para detenerlo.

Pero yo no soy tan optimista.

–Sospecho que para eso nos hará falta algo más que la tarjeta. Aunque no perdemos nada por pedirla. Esperemos que nos toque un magistrado que tenga una hija de ocho años.

–Vale, me pongo con ello.

Está a punto de irse cuando lo llamo.

–Dime, si Mason hubiera ido directo a casa desde Witney en lugar de «dar una vuelta en coche» como afirma, ¿cuánto crees que hubiera tardado en llegar?

Quinn piensa un momento.

–A esa hora del día..., media hora, cuarenta minutos como máximo.

–Entonces es posible que llegara a casa justo cuando Sharon Mason no se encontraba allí.

Quinn frunce el ceño.

–Me imagino que sí. Aunque eso no le deja mucho tiempo. Para matar a la niña, deshacerse del cuerpo y marcharse antes de que vuelva su mujer.

–Pero ¿y si no fue eso lo que pasó? ¿Y si Sharon regresó y los encontró juntos? ¿Y si se lo encontró a él haciéndole algo a Daisy? Hay una gran bronca y en algún momento, en pleno acaloramiento, Daisy muere. Por accidente o debido a un ataque de ira, el resultado es el mismo.

–Entonces, ¿cualquiera de los dos podría haberla matado?

–Si en realidad eso es lo que pasó, sí.

–¿Pero es Barry quien se deshace del cuerpo?

Asiento.

–Sospecho que sí. No me imagino a Sharon haciéndolo, ¿y tú? No con esos puñeteros zapatos que lleva, por lo menos.

–Así pues, todo esto ocurrió entre las cinco y media, cuando Mason llegó a casa, y... ¿qué? ¿Más o menos las seis?

–Las seis y media como muy tarde, puesto que esperaban a los invitados a esa hora. La cuestión es hasta dónde pudo llegar con el coche y volver a tiempo para la barbacoa. Un lugar donde poder enterrar el cuerpo o esconderlo lo bastante bien como para que nadie lo haya encontrado aún. Aunque, recuerda, es constructor; dispone de sus propias obras y conoce otras; trabajos por los que haya presentado una oferta. Terrenos con edificios vacíos y grandes agujeros en el suelo esperando a que los llenen.

Quinn aún está procesando toda la información.

–Pero si lo que dice es cierto, ¿por qué no se limitaron a declarar que alguien había secuestrado a la niña en el camino de vuelta a casa desde la escuela? ¿Por qué representar toda la pantomima de la fiesta?

–Porque no podían estar seguros de que nadie hubiera visto a Daisy en la urbanización esa tarde. Ahora sabemos que eso no sucedió, pero ninguno de los Mason lo sabía; Daisy podría haber hablado con un vecino o haberse parado a acariciar a un perro...

–Pero fue mucha suerte que nadie notara que había desaparecido horas antes, justo al comienzo de la fiesta. Era todo muy arriesgado.

–Eso es lo que pasa siempre con un asesinato –contesto en tono abatido–. Sobre todo cuando no está planeado. Además, ¿qué otra opción tenían?

–Pero en ese caso, ¿por qué ella lo suelta ahora? Habría resultado mucho más difícil doblegarlos si ambos se hubieran ceñido a la misma historia. Hasta Sharon Mason debe de ser consciente de ello.

–Creo que eso se lo debemos a Amy Cathcart. Ella ha sido la gota que ha colmado el vaso. Piénsalo desde el punto de vista de Sharon: ha contado una mentira tras otra para encubrir a Barry y ahora descubre que él lleva meses engañándola. En este momento lo único que le importa es la venganza. No creo que se dé cuenta de hasta qué punto se ha puesto en peligro a ella misma.

–Entonces, ¿qué? ¿La detenemos?

–No, todavía no podemos hacerlo. Lo único que tenemos son conjeturas. Dejemos que cave su propia tumba; que crea que ha conseguido que toda la culpa recaiga sobre Barry. Apuesto lo que quieras a que comete más errores.

–Me pondré en contacto con el equipo de búsqueda para ver si hay algo que hayamos podido pasar por alto en el perímetro que queda a una hora de la casa. Aunque con un coche y tanto tiempo, será un área bastante grande.

–Lo sé, pero es lo que hay. Cuando hayas acabado con eso, reúne a todo el mundo en el centro de coordinación en una hora.

–¿Dónde estará usted?

–Hablando con Leo. Si alguien sabe lo que pasó ese día, es él.

* * *

En la sala para familiares, Gislingham está tan contento como un cerdo en un lodazal. Aunque para ser justos, Leo también parece pasárselo bien. Al abrir la puerta me los encuentro mirando los goles del Chelsea de la temporada 2015, cuando ganó la liga, en el iPhone del agente.

—¿Has visto ese pase? —dice Gislingham excitado mientras desde el móvil se oyen vítores—. Fàbregas estuvo brillante en ese partido.

Alza la mirada y me ve.

—Ay, lo siento, no me había dado cuenta de que estaba aquí, jefe.

—¿Cómo te encuentras, Leo? —le pregunto al tiempo que cojo una silla y me siento—. ¿Te lo estás pasando bien con Gislingham?

Leo se ruboriza y agacha la cabeza. Luego asiente.

—¿Quieres enseñarme ese gol que estabais mirando?

Leo se acerca y se queda de pie a mi lado. Tarda un momento en reiniciar el vídeo y luego volvemos a ver el gol. El pase, el taconazo, el chute.

—¿Te acuerdas del último día que estuviste aquí? —le pregunto como de pasada—. Me contaste lo que sucedió el día que desapareció Daisy.

Él asiente mientras sus pulgares se deslizan con rapidez sobre la pantalla táctil. Está claro que se le dan bien estas cosas. Yo tardé meses en aprender a utilizar el mío. Fue Jake quien me lo configuró al final. Con una sonrisita y una mirada de «cómo podéis ser tan inútiles los padres». A mí no me importaba ser un inútil con los móviles, pero ojalá no lo hubiera sido tanto en los aspectos que eran realmente importantes.

Inspiro hondo.

—Dijiste que llegaste a casa y subiste a tu cuarto. ¿Viste a tu padre esa tarde?

Me mira por el rabillo del ojo.

—No. Llegó más tarde.

—Y si hubiera llegado antes, ¿te habrías enterado? Sin duda habrías oído alguna cosa si alguien hubiera entrado en casa.

Se encoge de hombros.

—¿Oíste marcharse a tu madre?

Niega con la cabeza.

—Tenía los cascos puestos.

—Pero ¿estás seguro de que Daisy se encontraba en su habitación?

Hace calor en la sala y Leo se sube las mangas casi sin pensar.

—La música estaba puesta.

—Veamos, para estar seguro de que lo he entendido bien, ¿estuviste todo el rato hasta la fiesta en tu cuarto con los cascos puestos? ¿Y no oíste salir a tu madre o a alguien que entrara, o cualquier otro ruido?

—Estaba enfadado con Daisy. Se había marchado.

—Sí, me acuerdo. Muy bien, Leo, te voy a dejar un rato más aquí con el subinspector Gislingham. Tu madre nos está ayudando con unas cosas, así que igual tarda un poco en venir a buscarte. ¿Te parece bien quedarte aquí un rato más?

Pero ni siquiera estoy seguro de que me oiga. Está enfrascado en el siguiente gol.

Gislingham me sigue fuera y tira de la puerta para cerrarla.

–Jefe –dice en voz baja–, llevo media hora observándolo y tengo que decirle que no estoy seguro de que esté bien de la cabeza. Creo que podría ser..., ya sabe, autista o algo así.

–No creo que sea eso –le contesto lentamente–. Aunque estoy de acuerdo contigo. Por lo que acabo de ver, hay algo que va muy mal.

* * *

En los pasillos de la Bishop Christopher reina el silencio propio del fin de curso. Un par de profesores siguen aquí, ordenando cosas y retirando los pósteres para dejarlo todo listo para comenzar de nuevo en septiembre, pero por lo demás el edificio está inquietantemente vacío. En el despacho del conserje en la parte de atrás, Andrew Baxter ha colocado un ventilador destartado y está sentado frente a la pantalla del ordenador revisando aún las grabaciones de la verja de la escuela. La camisa se le ha pegado al respaldo de la silla y ya ha recibido dos mensajes de su mujer preguntándole cuándo llegará a casa. Pero sigue diciéndose a sí mismo: un archivo más, un archivo más. Y en ocasiones, la perseverancia tiene premio. De pronto se echa hacia delante. Vuelve a reproducir el vídeo. Lo reproduce otra vez. Luego coge el móvil y efectúa una llamada.

–¿Jefe? Estoy en la escuela. Creo que debería ver esto. Diría que tenemos un cambio de escenario. Uno más.

* * *

Scott Sullivan @SnapHappyWarrior	14:06
Acabo de mirar las noticias y quería deciros a todos los pringados que estabais equivocados. ¡Hasta los cenutrios de los polis sospechan ahora de los padres! #DaisyMason	
Annabel White @TherealAnnabelWyte	14:08
Pon una margarita 🌻 en tu avatar para mostrar tu apoyo. ¡Todos contra los troles! #CadenaDaisy #Encontremos ADaisy	
Amanda May @BuskinforBritain	14:09
No me lo puedo creer. Alguien acaba de decir que el padre de #DaisyMason ligaba con jovencitas en una página web. ¿Es verdad? #indignada	
MtN @Nuckleduster1989	14:10
Los cabrones de los #Mason se merecen pudrirse en la cárcel. Creo que los dos eran compinches. Él abusaba de la niña y la madre lo encubría #vomitivo	
MickyF @TheGameBlader666	14:11
@Nuckleduster1989 Ojalá pillen un cáncer. Ojalá tengan una muerte terrible y dolorosa #Mason	
Anon Anon @Rottweiller_1982	14:11
@Nuckleduster1989 @TheGameBlader666 La cárcel es demasiado poco. Deberían arder en el infierno por lo que han hecho #DaisyMason #culpables	
MickyF @TheGameBlader666	14:14
@Rottweiller_1982 @Nuckleduster1989 Quizá alguien tendría que ayudarlos a llegar. La policía es tan cateta que no conseguirán demostrar nada	

¿por qué pregunta ahora la policía por el periodo anterior a la fiesta? #DaisyMason

Linda Neal @Losingmyreligion 14:24
¿Es verdad el tuit que acabo de ver? ¿La policía cree que estaba muerta antes incluso de que empezara la fiesta? #DaisyMason #horrorizada

Janey Doe @VictoriaSandwich 14:26
Yo creo que lo hicieron juntos, el padre la mató y la madre lo encubrió. Esto demuestra que uno nunca sabe lo que pasa en una casa de puertas adentro #Daisy Mason

Bethany Grier @BonnieGirlie9009 14:29
Una amiga mía dice que ha visto la foto del padre en ConsigueUnaCita.com Menudo cabronazo #Daisy Mason

Holly Harrison @HollieLolliepops 14:32
Madre mía, acabo de descubrir que me he estado escribiendo por correo electrónico con el padre de la pobre #DaisyMason, estaba en una página de citas con otro nombre...

Holly Harrison @HollieLolliepoops 14:35
... ha borrado su perfil, pero lo tengo descargado. Podéis verlo aquí #cuernos #mentiroso #DaisyMason

Linda Neal @Losingmyreligion 14:37
Bueno, si el padre es capaz de ponerle los #cuernos tal vez también sea capaz de matar. Está claro que tenía un montón de secretos repugnantes #DaisyMason

ITV News @ITVLiveandBreaking 14:55
ÚLTIMA HORA Nos informan de que el padre de #Daisy Mason llevaba una doble vida con un nombre falso y frecuentaba varias páginas de citas

ITV News @ITVLiveandBreaking 14:56
Seguiremos informando sobre el tema en cuanto tengamos más noticias. #DaisyMason

* * *

Aparco delante de la Bishop Christopher y llamo a la comisaría. Por lo visto, el juez no se muestra muy colaborador. Quiere hablar antes con el comisario, y como hoy está fuera tendremos que esperar a mañana por la mañana. Me cago en todo. Primero en Quinn, y, después de colgar, en todo el universo en general. Me quedo sentado un momento antes de apagar el motor. A unos metros, dos chicas hablan junto a uno de esos Nissan Figaro de dos plazas. Una lleva la melena cobriza recogida en una coleta y un bolso de arpillera con flores de rafia en el borde superior, y la otra está de pie y sujeta su bicicleta. Tiene el pelo decolorado con las puntas rosas, un pendiente en la nariz y lleva unos pantalones de camuflaje. De pronto caigo en la cuenta de que es el primer ser humano real que veo desde que comenzó esta investigación. Toda esta gente con sus vidas postizas. Sin un mechón de pelo ni una brizna de hierba fuera de sitio. Salgo y cierro el coche, y mientras me dirijo a la puerta noto que las dos chicas hablan de mí.

Cuando encuentro el despacho del conserje me encuentro a una mujer allí con Baxter. Se levanta

enseguida y se me acerca con la mano tendida. Está nerviosa, inquieta.

–Alison Stevens; soy la directora. El agente Baxter me ha pedido que me pase para mirar las grabaciones que ha encontrado, aunque no estoy segura de poder ser de mucha ayuda.

Cojo una silla y me siento junto a Baxter.

–¿Qué es lo que tienes?

–La calidad no es muy buena –dice–. No hay sonido y la imagen es en blanco y negro, pero es mejor que nada. La primera grabación es de comienzos de abril. Después de Semana Santa. Es el recreo de la comida del día 12.

En la imagen se ven las puertas exteriores de la escuela, que están cerradas, y la valla metálica a ambos lados. Hay niños correteando por el patio que entran y salen de plano. Pelotas que botan en el suelo, dos niñas que juegan a un juego de palmas sumamente complejo. Tres que saltan a la comba. Y entonces la veo. A Daisy. Está sola, aunque no parece importarle la falta de compañía. Se agacha a mirar algo que hay en una hoja y luego contempla cómo echa a volar y desaparece. Una mariposa, tal vez. Resulta extraño estar aquí observándola; esta niña en la que he pensado cada minuto de cada hora desde que desapareció y de la que sin embargo sé tan poco. Es imposible que ella supiera que alguien miraría esta grabación. Quizá ni siquiera supiera que había una cámara allí. Me produce una sensación curiosamente invasiva y de repente me doy cuenta de que esto es lo que hacen los pedófilos. No es un pensamiento agradable.

Y justo en ese momento aparece una figura en la acera de enfrente. Debe de tener catorce o quince años. Alto, rubio. Se acerca a la entrada de la escuela y llama a Daisy. A ella se la ve claramente intrigada aunque recelosa, y se queda a medio metro de la verja. Hablan un rato –o mejor dicho, él habla y ella escucha– y luego debe de sonar el timbre porque los niños empiezan a dirigirse desordenadamente hacia la puerta de la escuela y el chico desaparece del plano mientras Daisy se queda mirándolo.

–La siguiente grabación es de un par de días después –señala Baxter–. Se ve más o menos lo mismo, aunque esta vez Daisy parece tener más ganas de hablar. Y luego está el 19 de abril. A las 12:05 llega una furgoneta de reparto que bloquea la vista durante unos cinco minutos; luego se aparta y esto es lo que se ve.

Daisy está sola en la acera. Mira a su alrededor, probablemente para comprobar si alguno de los profesores que vigilan el patio se ha percatado de que está fuera de la verja. Al cabo de unos momentos llega el chico. Daisy parece alegrarse mucho de verlo. Hablan un poco, y en un par de ocasiones el chico mira por encima de su hombro, como si hubiera alguien que quedara fuera de nuestra vista. A continuación ambos se dirigen juntos hacia este acompañante que no se ve.

Me vuelvo hacia Alison Stevens.

–Quiero dejar claro –se apresura a decir– que lo que acabamos de ver está absolutamente en contra de nuestras normas. Los monitores del patio tienen la obligación de controlar cualquier vehículo que se acerque al recinto escolar y asegurarse de que todos los niños permanecen dentro...

–En este momento no me interesa lo que debería o no debería haber ocurrido. Lo único que quiero saber es si tiene alguna idea de quién es ese chico.

Ella traga saliva.

–Ojalá fuera así. Yo no llegué a la Kit hasta el año pasado, así que si él es uno de nuestros alumnos, ya no iba a nuestra escuela por entonces. Acabo de mandar una imagen del vídeo a los

directores de las escuelas de secundaria locales, pero nadie me ha contestado todavía. Me temo que es posible que algunos estén ya de vacaciones.

–Baxter, ¿a qué hora muestra la cámara que volvió Daisy a la escuela ese día?

–¿El 19? Vuelve a aparecer en la grabación más o menos a la una menos cinco. El timbre está sonando, así que se mezcla con el resto de niños que entran en la escuela. Parece que ninguno de los monitores se dio cuenta de nada. Y aún hay una grabación más. Me pidió que revisara los recreos de la mañana y la hora de la comida, pero pensé que valía la pena comprobar también la hora de la salida, por si acaso.

Pincha en otro archivo y vuelve a aparecer la misma esquina de la calle. Es la misma aunque es distinta, porque resulta evidente que se acerca el verano. Hay flores en la madreselva y la hierba está exuberante. Me recuerda a un viejo episodio de *Colombo* en el que este resolvía un caso al percatarse de que una grabación de una cámara de seguridad mostraba un seto podado y otra, supuestamente del mismo día, sin podar. Ojalá las cosas fueran siempre tan sencillas.

En la pantalla aparecen la hora y la fecha: las 15:39 del 9 de mayo. Daisy entra en el ángulo de visión de la cámara hablando con Nanxi Chen. Luego aparece la madre de Nanxi y se produce algún tipo de discusión entre ellas.

–Me parece que la señora Chen tenía que recoger a ambas niñas después de la escuela, pero Daisy la convenció de lo contrario –observa Baxter mientras la madre de Nanxi se lleva a su hija y mira a Daisy por encima del hombro antes de dirigirse con Nanxi hacia su coche.

–Tendremos que confirmarlo con la señora Chen.

–Eso será fácil.

El vídeo continúa y al cabo de tres minutos Daisy se pone de pronto en alerta. Está viendo a alguien –o algo que queda fuera del plano.

–Si se trata del chico, parece que esta vez se queda apartado deliberadamente –comenta Baxter –. O bien se ha dado cuenta de que hay una cámara allí...

–... O bien ahora tiene una razón para ser más cauteloso.

Percibo la inquietud que de repente se refleja en el rostro de Alison Stevens.

–No, no, seguro que no... ¡Si apenas tendrá quince años!

En la pantalla, Daisy mira a ambos lados y luego se apresura a cruzar la calle. Baxter congela la imagen justo antes de que desaparezca del plano. Tiene una amplia sonrisa en la cara.

–Eso es todo lo que he encontrado hasta ahora –dice al tiempo que se echa hacia atrás y me mira–. Pero ¿no dijo Everett que Daisy estaba muy disgustada después de su encuentro secreto?

–Disgustada no. Enfadada.

–Aquí no se la ve muy enfadada.

–No –convengo lentamente–, no mucho, ¿verdad? Rebobina y vuélvelo a pasar a cámara lenta.

Los tres miramos con atención. Madres e hijos, madres e hijas. Incluso algún que otro padre con aspecto de estar incómodo y fuera de lugar. Un padre se aleja balanceándose en una bicicleta con dos niños en un remolque de lona y otro que lo sigue en un triciclo hasta desaparecer de la vista.

–¿Realizan pruebas de aptitud para ir en bicicleta? –pregunto con recelo.

Alison Stevens parpadea, desconcertada.

–Los niños son demasiado pequeños...

–No me refiero a los niños. Para los padres, quiero decir.

Pasan un par de coches. Grandes todoterrenos, un monovolumen, hasta un Porsche. Y luego un

viejo Ford Escort. Tiene el parachoques abollado y una de las luces traseras rota, y del maletero cuelga un trapo sucio que, apostada o no, oculta la mayor parte de la matrícula. Resulta imposible ver quién lo conduce, pero claramente hay alguien en el asiento trasero.

–Aquí; congela la imagen.

Incluso a esa distancia, no cabe ninguna duda.

Es Daisy.

* * *

25 de mayo de 2016, 11:16

55 días antes de la desaparición

Escuela de primaria Bishop Christopher, Oxford

–Un poco de silencio, por favor. Sentaos y prestad atención. Tabitha, Matty, ¿podéis ir a vuestros pupitres? Excelente.

Kate Madigan sonríe a su clase y, una vez que está segura de que le prestan atención, se vuelve hacia la pizarra blanca y escribe una palabra en grandes letras mayúsculas.

AMIGOS.

Tapa el rotulador y se vuelve hacia los niños.

–Vamos a dedicar un rato a hablar de la *amistad*. Quién es un buen amigo, cómo ser un buen amigo y otras cosas como qué hacer si discutimos con un amigo y queremos hacer las paces. Bueno, ¿quién quiere empezar? ¿Quién creéis que es un buen amigo?

Alguien levanta la mano. Es un niño de la primera fila, con el pelo castaño rizado y unas gafas gruesas.

–Sí, Johnny, ¿quién sería un buen amigo?

–Alguien que te deja jugar con sus juguetes –contesta él en voz baja.

Kate asiente de modo alentador.

–Sí, ese es un muy buen comienzo. Alguien que comparte sus juguetes. Porque compartir es muy importante, ¿verdad? Ya hemos hablado de eso antes. Y compartir es una de las principales maneras de hacer amigos. ¿Alguien más tiene una idea?

Una niña con el pelo oscuro y una diadema levanta la mano.

–Sí, Megan, ¿qué opinas tú?

–Un amigo es bueno contigo cuando estás triste.

–Muy bien, Megan. Eso también es importante, ¿verdad? Si alguien es tu amigo intentas animarlo cuando es desdichado.

La niña asiente con timidez y se pone un dedo en la boca.

–¿Alguien más?

Daisy se pone de pie.

Uno de los niños del fondo de la clase hace una mueca y murmura:

–Ahí va la pelota.

–Yo creo –dice Daisy– que un amigo es alguien que te ayuda si te pasa algo malo y a quien puedes contarle tus secretos.

Kate sonríe.

–Eso está muy bien, Daisy. ¿Tú tienes un amigo así?

Daisy asiente enérgicamente con los ojos brillantes y se sienta.

Más tarde, en el patio, Portia y Nanxi están sentadas en el banco mientras Daisy juega a la rayuela. Millie Connor se pasea por allí cerca, muerta de ganas de que la inviten a unirse a ellas, pero las otras fingen no verla. Junto a la valla varios niños mayores le dan patadas a una pelota de fútbol y un niño menudo pelirrojo le tira de la manga a la profesora al tiempo que dice:

–¡Mira, mira! ¡Se me ha caído un diente!

En el banco, Nanxi escribe un mensaje en su móvil, pero Portia está mirando a Daisy.

–Lo que le has dicho a la señorita Madigan sobre tu amigo –comenta–, ¿quién es?

Daisy llega al final de la rayuela, se da la vuelta y se lleva un dedo a los labios.

–Es un secreto –dice.

Nanxi alza la vista, nada impresionada.

–Siempre dices lo mismo.

–Bueno, es que es verdad.

–Entonces, ¿no te referías a Nanxi o a mí? –insiste Portia.

–Igual sí –contesta Daisy evitando mirarla–. No os lo voy a decir.

–Ni siquiera sé por qué tenemos que hablar en clase de esas tonterías –dice Portia, ahora en tono irritado.

–Se llama Educación Emocional y Sexual –explica Nanxi sin levantar la vista–. Me lo ha dicho mi madre. Tuvo que firmar un papel para dar su aprobación.

–¿Qué es el sexo? –pregunta Millie acercándose.

Las otras la miran y Nanxi pone los ojos en blanco.

–Ya sabes –contesta Daisy como si hablara con una idiota–, cuando un niño te mete su cosa ahí y sale algo.

Millie abre la boca, horrorizada.

–¿Dónde, en tus bragas? Puaj, ¡qué asco!

Daisy se encoge de hombros.

–Es lo que hacen los mayores. Se supone que es agradable.

Nanxi deja de escribir por un momento y alza la vista.

–Yo opino como Millie. Me parece asqueroso. Además, ¿cómo sabes tanto del tema?

Daisy lanza la piedra hacia los cuadrados de la rayuela y observa cómo se desliza hasta detenerse antes de empezar a saltar de nuevo.

–Lo sé y ya está.

* * *

A la 1:30 renuncio a intentar dormir y me levanto de la cama. Al notar cómo mi peso se alza del colchón, Alex murmura algo y luego se da la vuelta. En esta época del año, el cielo nunca parece oscurecerse del todo. Salgo al pasillo y entro en el cuarto de Jake, con el silencio azul oscuro zumbándome en los oídos. La ventana está entreabierta y el banderín de la pared ondea con la corriente de aire. Me acerco a cerrarla y veo al gato del vecino merodeando por el jardín. A Jake le encantaba ese gato. No paraba de darnos la lata para que le compráramos un gatito, pero yo siempre decía que no. Esa es una de las muchas cosas que ahora me arrepiento de no haber hecho.

En su habitación no hemos cambiado nada, no hemos movido nada. En algún momento tendremos que hacerlo, pero ninguno de los dos es capaz de enfrentarse a ello todavía. Aunque tenemos una chica que viene a limpiar la casa una vez a la semana, es Alex la que se encarga de limpiar esta habitación. Lo hace cuando yo estoy fuera. No quiere que vea con qué cuidado deja cada cosa exactamente donde estaba. Me siento en la cama y pienso en Leo y en que vamos a tener que hablar con su médico de cabecera. Porque si yo me doy cuenta de que algo no va bien, es evidente que su médico también. Me tiendo en la cama y me doy la vuelta lentamente para hundir la cara en la almohada de Jake. Aún sigue oliendo a él, pero el olor se está desvaneciendo y por un momento me entra el pánico al darme cuenta de que dentro de poco también perderé eso.

Cierro los ojos y aspiro su aroma.

—¡Adam! ¡Adam!

Me incorporo de golpe con el corazón desbocado. Alex está en el cuarto. No tengo ni idea de cuánto rato llevo dormido, aunque aún no se ve luz fuera.

—Te llaman—dice en un tono inexpresivo, y me tiende el móvil—. Y puesto que son las dos de la mañana, dudo de que sean buenas noticias, ¿no?

Deslizo las piernas por el borde de la cama. En la pantalla aparece el nombre de Gislingham.

—¿Qué pasa?

En la línea, el ruido es increíble. Oigo al menos dos sirenas.

—Estoy en la casa—grita por encima del estruendo.

—¿Hemos conseguido la orden?

—Escuche, creo que será mejor que venga.

* * *

Es como una maldita versión de *Rebeca*. Puedo distinguir el refulgente brillo por encima de la urbanización desde la carretera de circunvalación y el humo me alcanza antes de entrar en la calle residencial. Hay tres coches patrulla, una ambulancia y dos camiones de bomberos. Dos bomberos se han subido a la escalera telescópica y lanzan agua con sus mangueras a las llamas de las ventanas del primer piso. Un inquietante hollín negro se expande sobre los ladrillos rojos. Al acercarme, Gislingham se aparta del grupo y viene hacia mí.

—¿Qué coño ha pasado?

—Parece que ha sido provocado. Apesta a gasolina. Por lo visto, un grupo de alborotadores ha venido aquí antes; han proferido amenazas y armado mucha bulla, pero los agentes han venido y se han encargado de ellos. Un gamberro ha lanzado un ladrillo, aunque estaba demasiado lejos para causar daños. El oficial de bomberos con el que he hablado cree que quien ha hecho esto probablemente se ha acercado por el camino de sirga y ha lanzado algo por encima de la valla. Una especie de cóctel molotov casero.

—¿Dónde están Sharon y el niño? ¿Se encuentran bien?

Eso es lo primero que tendría que haber preguntado, lo sé.

Gislingham asiente.

—Everett está con ellos en el coche. Están un poco alterados, sobre todo el niño. Ha tragado mucho humo.

Echo una mirada al coche patrulla. La puerta del acompañante está abierta y veo a Sharon con una manta sobre los hombros. A Leo no lo veo.

–Hemos tenido una suerte de narices de que no haya otras víctimas. Los vecinos de un lado no están y los del otro salieron en cuanto Sharon fue a su casa y empezó a golpear la puerta. Los medios están encantados, por supuesto. Los de Sky se habían quedado a pasar la noche en su furgoneta. No se pueden creer la suerte que han tenido; han podido filmar todo el condenado jaleo.

–Por favor, dime que eso ha sido *después* de llamar a Emergencias.

–Según ellos, Sharon ya lo había hecho.

–Vale, quiero esas imágenes. *Antes* de que las emitan. Y encuentra al jefe de bomberos de la unidad. Quiero verlo por la mañana, en cuanto el incendio esté extinguido.

Miro hacia los reporteros, que se mantienen alejados detrás de un cordón pero tiran de este como perros de presa. A estas alturas, hay media docena de furgonetas de unidades móviles reunidas como tiburones que huelen la sangre.

–El comisario me va a cortar la cabeza por esto. Y no me sorprendería que la Comisión Independiente de Quejas Policiales también metiera las narices en el asunto.

–No podía saber que iba a pasar esto, jefe.

–No, pero podría haber trasladado a la familia en cuanto se hizo público que los estábamos interrogando. Sin duda, esa es la línea que adoptará el comisario jefe. Bueno, ahora tendremos que hacerlo. ¿Tienes algún sitio preparado?

–Está ese hostel que ya hemos utilizado antes, cerca de Cowley Road. He pensado que será mejor sacarlos de la zona. Por si hay alguien que aún tiene ganas de guerra. Estamos esperando a que los paramédicos examinen al niño y luego Everett los llevará allí. Sharon no se encuentra en condiciones y, en cualquier caso, su coche ha quedado destrozado; estaba en el garaje.

–Buen trabajo.

Gislingham no parece muy satisfecho.

–Lo digo en serio. Lo has hecho muy bien.

–No es eso, jefe. Iba a esperar a mañana, pero ya que está aquí...

Respiro hondo.

–¿Más malas noticias? No sé cómo podría empeorar esto, pero suéltalo de una vez.

–Es el móvil de prepago que Mason usaba para mensajearse con sus ligues. Lo introduje en el sistema informático de la policía nacional y hay una coincidencia. Aparece en la base de datos del Comando de Explotación Infantil y Protección en Línea que incluye los números de teléfono desde los que se ha descargado material de una página porno con el servidor en Azerbaián. Son vídeos muy duros, jefe. Niños. Incluso algunos bebés.

Traga saliva y entonces lo recuerdo. Gislingham está a punto de tener su primer hijo.

Extiendo la mano y le toco levemente el brazo.

–Creo que Barry Mason hará bien en agenciarse un abogado. Le va a hacer puñetera falta.

* * *

Mientras me dirijo al coche patrulla, Everett se acerca a mí.

–Lo he comprobado y hay dos habitaciones libres en el hostel. Si le parece bien, haré que un

agente uniformado los lleve y luego cogeré algunas cosas de casa y me instalaré allí. Al menos durante un par de días.

–Buena idea. No creo que nadie les siga el rastro, pero nunca se sabe. Y, en cualquier caso, tenemos que vigilar a Sharon. Sin que resulte demasiado obvio que lo hacemos.

–Perfecto, jefe.

Se da la vuelta para marcharse, pero la agarro por el brazo y saco el móvil.

–Cuando le hayan echado un vistazo los médicos, ¿puedes enseñarle esto a Leo? A ver si lo reconoce.

Ella me lanza una mirada interrogativa.

–¿Es quien creo que es?

–Justo. El misterioso príncipe azul de Daisy. Solo espero que la historia real no acabe siendo la de la Bella y la Bestia.

Le explico lo que hemos visto en las imágenes de la cámara de seguridad. Everett frunce el ceño.

–Pero si la última vez que lo vio fue el 9 de mayo no entiendo cómo...

–La última vez que nosotros sepamos. No podemos estar totalmente seguros de que no quedara con él la tarde que desapareció; incluso es posible que él fuera a la casa mientras Sharon Mason estaba embarcada en su búsqueda de la mayonesa, y Daisy podría haberlo dejado entrar. De hecho, él es la única persona que sepamos con la que Daisy podría haberse ido voluntariamente.

Everett asiente.

–Vale. Pero creo que deberíamos esperar a mañana. En este momento Leo está bastante alterado. Solo faltaría que alguien dijera que lo hemos interrogado cuando no estaba en condiciones. Duda razonable y esas mandangas.

–Me parece bien. Te mandaré la foto por correo electrónico. Llámame mañana.

La miro mientras se dirige hacia el coche. En el asiento delantero, Sharon ha sacado el bolso y está observándose la cara en un pequeño espejo.

* * *

Cuando Everett aparca frente al hostel a las 15:00, no hay señales de vida. A diferencia de Cowley Road, que se halla a unos cien metros y donde lo que las autoridades denominan eufemísticamente «economía nocturna» sigue a todo gas. Dejando a un lado su estado más bien destartado, el hostel no es muy distinto de la casa en la que viven los Dawson, aunque el parecido se limita a la arquitectura. Esta parte de la ciudad siempre ha ido por libre y los promotores inmobiliarios victorianos que trataron de convertirla en un lucrativo modelo en miniatura de su distinguido vecindario del norte enseguida se dieron cuenta de que no lo conseguirían, y el experimento quedó en agua de borrajas. Aunque algunas de las casas siguen allí, en su mayoría son pisos de estudiantes, oficinas u hostales. Como este. En el dintel de la puerta está grabado el nombre, Ponsonby Villa, aunque apenas resulta legible; el actual propietario –tal vez intencionadamente– lo ha cambiado por el de hostel Comfy.³

Everett baja del vehículo y cierra con llave meticulosamente (sabe mejor que la mayoría de la gente cuáles son los niveles de delincuencia de la zona), luego abre la puerta de atrás y saca una bolsa de viaje de lona. Ha metido dentro algunas prendas de ropa que puede prestarle a Sharon,

así como un par de cepillos de dientes y varios artículos básicos. Debería bastar hasta que las tiendas abran por la mañana. Toma nota mentalmente de que debe llamar a su vecino para que le dé de comer a *Hector* y después carga con la pesada bolsa por el camino de entrada hasta la puerta principal. El propietario tarda sus buenos cinco minutos en abrir, con una camiseta interior bastante mugriente y unos pantalones de pijama llenos de manchones que Everett no se atreve a inspeccionar demasiado de cerca. Arriba, en su habitación, Sharon está sentada en la cama envuelta todavía en la manta que le ha dado el equipo de la ambulancia. Debajo tan solo lleva un camisón. Leo está acurrucado en su regazo y tose de vez en cuando, con la cara tiznada. Everett empieza a deshacer su bolsa. Una sudadera, varios tejanos y un par de camisetas. Sharon lo mira todo con desagrado.

–No me gusta ponerme la ropa de otras personas.

Everett le lanza una mirada.

–Bueno, me temo que no tiene muchas opciones, ¿no? Y todo está más que limpio. Recién salido de la lavadora.

Sharon se estremece.

–Todo esto es por lo menos tres tallas más grande que la mía. No me lo pondría ni muerta.

A Everett le dan ganas de decirle que tiene suerte de no estar muerta, punto, pero reprime su enfado diciéndose que es probable que la mujer siga todavía conmocionada.

–Bueno, como le he dicho –insiste sin alterarse–, no está en disposición de elegir. Mañana a primera hora puede salir y comprar algo. Después de todo, se las ha arreglado para conservar su bolso, ¿no? La mayoría de la gente en su situación ni siquiera dispone de tarjetas de crédito.

Sharon apenas le dedica una mirada y luego coge la toalla rosa que está doblada sobre la cama.

–Voy a darme una ducha –anuncia.

* * *

BBC Midlands Today

Sábado 23 de julio de 2016 / Actualizado por última vez a las

7:56

Daisy Mason: Incendio en casa de la familia

Una brigada de bomberos acudió a casa de Barry y Sharon Mason ayer por la noche, tras desatarse lo que se cree que ha sido un incendio provocado. Las llamas se propagaron con rapidez causando importantes daños y hubo que evacuar las casas colindantes.

Desde la desaparición de su hija, los Mason se han convertido en objeto de una amplia campaña de odio en Twitter, que alcanzó su punto álgido tras la revelación de que Barry Mason era usuario de páginas de citas con un nombre falso. Al parecer, algunos de los tuits más recientes contienen amenazas explícitas contra los Mason.

La división de investigación criminal de la policía de Thames Valley ha emitido un comunicado en el que el inspector Adam Fawley confirma que la policía perseguirá a cualquiera que utilice las redes sociales para incitar a la violencia o a delitos de daños, y hará caer sobre él todo el peso de la ley. «Este comportamiento es una manifestación de terrorismo moderno. Se rastreará a los responsables y se presentarán cargos contra ellos.»

Twitter ha emitido un comunicado oficial en el que condena la violencia y ofrece a la policía

su total colaboración para identificar a los responsables.

Si alguien dispone de información sobre Daisy, póngase en contacto con el centro de coordinación de la división de investigación criminal de Thames Valley en el número 01865 0966552.

* * *

–Vaya con cuidado con dónde pisa. La capa superior se está enfriando, pero por debajo hay sitios donde todavía quedan brasas.

Son las 8:05 del sábado por la mañana, y ya me he tomado demasiados cafés, para lo cual no ayuda en absoluto la leve sensación de alucinación que provocan los restos de lo que antes era la sala de los Mason. El jefe de bomberos se acerca lentamente a mí por la barata moqueta acrílica. La mayor parte de esta se ha fundido hasta conformar un fango maloliente, y hay lugares en los que se ve el cemento de debajo. Aún están utilizando las mangueras en el exterior y por los muros de la casa cae el agua ennegrecida, pero la mayoría de las paredes interiores se han derrumbado. Casi todas eran de pladur, así que no tenían ninguna posibilidad de resistir el fuego.

–Da la casualidad –digo señalando mis botas– de que ya he hecho esto antes.

–Bien, ¿y en qué puedo ayudarle, inspector?

–Supongo que no hay duda de que el incendio fue intencionado, ¿no?

–Ninguna. En el piso de arriba aún se percibe el olor del combustible. En este momento estamos recogiendo los restos de cristal; con un poco de suerte, encontraremos fragmentos de la botella que lo contenía.

–¿Tiene alguna idea de cómo comenzó exactamente?

Él se da la vuelta y señala hacia arriba, a través del hueco que antes era la escalera.

–Nuestra hipótesis de trabajo es que alguien la lanzó por la ventana trasera del piso de arriba.

–¿La de la habitación de la hija?

–Usted lo sabrá mejor que yo; sinceramente, en el estado en que se encuentra es imposible deducir de quién era.

–¿Cree de verdad que alguien pudo lanzar una botella así desde el camino de sirga? Está a unos nueve o diez metros, ¿no?

El hombre pondera su respuesta.

–Sin duda es posible, aunque habría que lanzarla con fuerza, así que tuvo que ser o bien un adulto o bien un chaval bastante fornido. Tal vez eso explique por qué solo uno de los lanzamientos alcanzó su objetivo; hay dos o tres cráteres ennegrecidos en el jardín de atrás, donde debieron de caer las otras botellas. Estamos recogiendo los fragmentos de cristal del interior de la casa y hemos tomado muestras en el sendero, pero a menos que tengamos suerte y obtengamos huellas dactilares, es poco probable que logremos identificar a los culpables. Por ese camino de atrás pasan cientos de personas, así que las huellas de los pies son totalmente inútiles.

Aunque ya me lo esperara, eso supone un golpe.

–¿Cómo es que el fuego se propagó con tanta rapidez? En fin, mire cómo está esto. No ha quedado nada.

–Yo también he estado pensando en ello; aunque tardamos tan solo ocho minutos en llegar aquí, para entonces el lugar ya estaba engullido por las llamas casi por completo. Estas casas modernas

son muy bonitas, pero les falta enjundia. Una de esas grandes viviendas victorianas del otro lado del canal..., esas sí que habría costado más que ardieran.

–Pero eso solo lo explica en parte...

–Bueno, seguro que el combustible ayudó. Y todos los tejidos sintéticos que hay aquí... arderían como si fuera el Cuatro de Julio. Aun así, me sorprende que prendiera en tan poco tiempo.

–De acuerdo –digo pensativamente–. Gracias. Si descubren algo más, hágamelo saber.

–Cuenta con ello.

En el jardín trasero, Challow está agachado con su maletín abierto y una pila de bolsas de pruebas amontonadas frente a él. Algunas prendas de ropa, en su mayor parte abrigos y chaquetas por lo que puedo distinguir, varios zapatos y lo que parece una bolsa de lona. Muchas cosas están negras y chamuscadas. Algunas apenas resultan reconocibles.

–¿Hay algo, cualquier cosa?

Él se levanta y el traje de papel cruje.

–No mucho, la verdad, y solo de la planta baja. Tal vez saque algo de los zapatos, pero hay pocas posibilidades teniendo en cuenta los daños que han sufrido. El piso de arriba está completamente destrozado. Si esperaba encontrar alguna cosa en el cuarto de la niña, olvídense. Podría haberse desangrado ahí arriba y dudo que encontráramos nada. Y los dos sabemos que esa habitación estaba más limpia que una patena. Tampoco habríamos hallado nada.

–Debería haber presionado más para conseguir esa maldita orden de registro.

–No se sienta culpable, hizo todo lo pudo; si alguien se quema con eso será el comisario. – Hace una pausa–. Lo siento. La elección de palabras no ha sido muy acertada.

Se hace un silencio. Challow meneaba la cabeza y luego se inclina para sacar una botella de agua de su maletín. Le da un trago y hace una mueca.

–Está caliente.

–¿Alguna cosa más?

–El equipo de bomberos rescató el ordenador del padre del piso de arriba, pero sospecho que el disco duro ha desaparecido.

–Llévalo a comisaría de todos modos. Tengo la esperanza de encontrar pruebas en el teléfono, pero es posible que haya más en el ordenador.

–Y luego está esto, que es bastante triste.

Sostiene en alto una bolsa de pruebas. Sea lo que sea lo que hay dentro, en algún momento tuvo piel.

–Madre mía, Alan, ¿qué demonios es eso? ¿El conejo de la familia?

Él sonríe irónicamente.

–Diría que los Mason no son muy de tener mascotas. Sin duda son demasiado sucias para la hiperescrupulosa señora M. No, definitivamente esta piel es de imitación. –Me la tiende–. Un disfraz de león, lleno de desgarrones. Sospecho que el joven Leo no estaba muy entusiasmado con la idea de disfrazarse.

Vuelvo a ver al niño. Contándome que los demás se meten con él por su nombre. Cómo lo usan para burlarse. Es más que comprensible que el pobre no quisiera vestirse como el rey de la puñetera jungla.

–¿Y la mochila de la escuela?

–Ni rastro.

–Mierda.

–Eso no significa que no estuviera aquí; es muy posible que el fuego la consumiera, ya que casi seguro era de plástico. O igual se deshicieron de ella. Al fin y al cabo dispusieron de casi una semana.

–Se deshicieron de la mochila igual que se deshicieron de la niña.

Challow da otro trago al agua.

–Parece que le iría bien que le levanten el ánimo. Hay un elemento de su teoría que ha sobrevivido a las llamas. La camioneta *pick up* de Mason. Está al doblar la esquina, en Waterview Crescent. He llamado a una grúa.

–A plena vista de la prensa. Qué maravilla, joder.

–Me temo que no puedo hacer mucho al respecto. La verdad es que las grúas no son muy discretas.

–Pero sabes lo que pasará, ¿verdad? Solo echará más leña al fuego.

–Igual han aprendido la lección. –Hace un gesto abarcando lo que nos rodea–. Esta carnicería... podría haber matado a alguien. Gracias al puñetero Twitter.

–¿Aprender la lección? No cuento con ello.

* * *

MtN @Nuckleduster1989	9:09
Me parto el pecho. Alguien con las pelotas bien puestas fue a por esos putos #Mason ayer por la noche. Espero que estén todos muertos	
MickyF @TheGameBlader666	9:10
@Nuckleduster1989 Acabo de oírlo en las noticias. No me lo puedo creer. Bravo por el valiente #Mason	
PeedoHunter @Peedofiletracker	9:11
@Nuckleduster1989 @TheGameBlader666 Ja ja ja, tendrías que haber visto cómo prendió. ¡Una puta pasada!	
PeedoHunter @Peedofiletracker	9:12
@Nuckleduster1989 @TheGameBlader666 Creía que no lo había alcanzado y de repente ¡BUUUUM! Eso les enseñará a esos jodidos pedófilos	
MickyF @TheGameBlader666	9:17
@Peedofiletracker Ojalá viviera por ahí... ¡Me habría apuntado! Espero que los maderos no te pillen @Nuckleduster1989	
PeedoHunter @Peedofiletracker	9:19
@TheGameBlader666 Pan comido. Los maderos de por aquí confunden el culo con las témporas #gilipollas	
Zoe Henley @ZenyatterRegatta	9:20
Por lo que yo sé, el padre no estaba en la casa cuando empezó el incendio. Solo la madre y el hermano #Daisy Mason	
J Riddell @1234JimmyRiddell	9:21

Si hay algún culpable en el caso de #DaisyMason es la madre. Menuda bruja, no me extraña que el maridito tuviera que largarse

J Johnstone @JaneJohnstone4555 9:21
@1234JimmyR1ddell Tu opinión es bastante sexista, si me permites el comentario

J Riddell @1234JimmyR1ddell 9:21
Igual no es una opinión muy popular, pero todo el mundo con el que he hablado cree que ella es la culpable #Mason

UK Social Media News @UKSocialMediaNews 9:22
Nuestra encuesta sigue abierta. Por ahora el 67% cree que Sharon Mason es culpable, el 33% Barry. 23.778 votos hasta ahora #DaisyMason

Lilian Chamberlain @LilianChamberlain 9:23
¿Alguien sabe cómo está Leo Mason? Pobre crío, me rompe el corazón. Verse metido en todo esto...

Lilian Chamberlain @LilianChamberlain 9:23
Y ahora para colmo ha perdido su casa y todas sus cosas #DaisyMason 🙄🙄

Angela Betterton @AngelaGBetterton 9:29
@LilianChamberlain Yo también lo pienso. Pero ahora han trasladado a la familia, ayer por la noche vi cómo se marchaban en un coche de la policía

* * *

Lilian Chamberlain @LilianChamberlain 9:29
@AngelaGBetterton No veas cómo me alegro. Él es el único inocente en todo este lío #DaisyMason 🙄🙄

Kathryn Forney @StarSignCapricorn 9:32
@LilianChamberlain Es curioso que digas eso, hace poco leí un caso en Estados Unidos en el que condenaron a una madre por asesinar a su hija, que era solo un bebé... @AngelaGBetterton

Kathryn Forney @StarSignCapricorn 9:33
... y años después el ADN demostró que no había sido ella. Había estado encubriendo a su otro hijo todo el tiempo... @LilianChamberlain @AngelaGBetterton

Kathryn Forney @StarSignCapricorn 9:34
.. El que lo había hecho era el hermano de diez años. El asesino era el hermano. @LilianChamberlain @AngelaGBetterton #DaisyMason

* * *

En la habitación del primer piso del hostel Comfy que da a la parte delantera, Leo está de pie mirando por la ventana. Sharon ha salido a comprar y Everett –después de maldecirse por haberse olvidado de traer un libro ha optado por jugar al solitario de araña en su móvil. Alguien le dijo una

vez que las probabilidades de acabarlo son de trescientos a uno. Hasta ahora ha jugado 176 veces. No lo ha conseguido ni una sola.

A ratos levanta la cabeza para echar un vistazo a Leo, pero el niño lleva media hora sin moverse. Dos palomas se pasean por el alféizar exterior. De vez en cuando se enfrentan con gran estrépito y baten las alas.

–Los oí gritar –dice el niño deslizando un dedo por el cristal.

Everett se sobresalta y le dedica toda su atención.

–Perdona, Leo, ¿qué has dicho?

–Los oí gritar.

Everett deja el teléfono y se acerca a la ventana. Se obliga a quedarse allí de pie un momento y contemplar a las palomas antes de decir:

–¿Quién gritaba, Leo?

Él sigue mirando las aves.

–Era de noche.

–¿Cuándo pasó?

Él se encoge de hombros.

–No sé.

–¿Era Daisy?

Hay una larga pausa y luego él dice:

–Eran los pájaros.

–¿Los pájaros?

–En Port Meadow. Allí hay gaviotas. Una vez fui; está lleno. Hacen un ruido tremendo.

Everett vuelve a respirar con normalidad.

–Ya veo. ¿Y hacen ese ruido incluso en la oscuridad?

Leo asiente.

–Creo que no deben de ser muy felices.

Everett hace ademán de tocarlo, vacila, pero luego se agacha rápidamente y lo abraza.

Él hunde la cabeza en su hombro y murmura:

–Todo es culpa mía. Todo es culpa mía.

* * *

De vuelta en la comisaría, mi único consuelo es que Barry Mason debe de sentirse peor incluso que yo. Sin duda huele mucho peor y por un momento me pregunto dónde ha pasado la noche. Sea donde sea, está claro que no se preocupan mucho por los artículos de higiene. Su abogada, en cambio, está tan lozana como el césped recién cortado. De hecho, me recuerda a Anna Phillips. Alta, camisa blanca, falda gris claro, manolitas de cuero mate. Me pregunto si Mason ya la conocía de antes o si a ella le ha tocado la china. Y es una china de las buenas. No tiene ni idea de la mierda que está a punto de caerle encima.

Quinn toma asiento y deja su periódico. Por casualidad queda abierto por la página en la que sale la foto del momento en que meten a Barry en el coche patrulla. Quinn sostiene la puerta y tiene la mano sobre la cabeza de Barry. La clásica táctica humillante. Y probablemente la razón

por la que a Barry se le ve tan furioso, por no hablar de lo mucho que se aleja su imagen de la de un padre desconsolado. En cambio, Quinn tiene buen aspecto, muy afable; me imagino que es una de esas fotos para recortar y guardar. Veo cómo la abogada le mira y Quinn se percató de que lo hace.

—¿Por qué ha solicitado ver de nuevo a mi cliente, inspector? —pregunta ella mientras se sienta—. Esto roza peligrosamente el acoso. Por lo que tengo entendido, el señor Mason ha mostrado su más completa disposición a colaborar en todas sus indagaciones y no tiene usted ningún fundamento para sospechar que esté involucrado de manera alguna en la desaparición de su hija.

Barry Mason me mira.

—Si dedicara a buscar a mi hija la mitad del esfuerzo que pone en perseguirme a mí, es posible que a estas alturas ya la hubiera encontrado. Porque está en alguna parte. ¿Me oye? Está en alguna parte, sola y asustada, deseando reunirse con su madre y su padre, y lo único que hacen ustedes, cabrones de mierda, es intentar implicarme a mí. Soy su padre. La quiero.

Me dirijo a la abogada.

—En el momento en que tengamos que realizar una detención en relación con la desaparición de Daisy Mason, lo haremos. Por ahora, me gustaría interrogar a su cliente sobre otro asunto. —Alargo la mano hacia el aparato—. Para que conste, están presentes en este interrogatorio el inspector Adam Fawley, el subinspector en funciones Gareth Quinn, la señorita Emma Carwood y el señor Barry Mason.

Abro la carpeta de cartulina frente a mí y extraigo la tarjeta de felicitación. Está abierta dentro de una bolsa de pruebas. Les muestro la parte delantera, con las palabras, y luego le doy la vuelta y la dejo sobre la mesa. No aparto la mirada de Emma Carwood y veo un leve destello de repugnancia cuando, por un instante, le falla su inmaculada profesionalidad.

—¿Había visto esto antes, señor Mason?

—¿De dónde lo han sacado? —responde él con recelo.

—Para que conste, se trata de una tarjeta de felicitación que Daisy Mason le hizo a su padre. Consiste en diversas imágenes recortadas de revistas y pegadas en el papel. También hace referencia a actividades que realizan juntos. Entre ellas, nadar y lo que ella describe como «mecerse en su regazo»...

—Me está tomando el pelo, ¿verdad? Joder...

—¿Cuándo se la dio Daisy, señor Mason?

Él hace una mueca.

—Por mi cumpleaños, *genio*.

La señorita Carwood interviene.

—Adoptar ese tono no le ayudará en nada, señor Mason.

—¿Qué cumpleaños? ¿El de este año? ¿El del año pasado?

—El de este año.

—Entonces fue en abril. Hace tres meses.

Él no contesta.

—Esta imagen —digo señalando los pechos—. ¿De dónde la sacó? ¿De alguna revista para adultos? ¿Tiene la costumbre de dejar material de esta clase al alcance de una niña de ocho años?

Mason me mira y a continuación coge la tarjeta y la observa de cerca a través del plástico.

—Verá usted —dice al cabo de un momento— que esta foto es del *Sunday Sport*. Así que, vale, no

es una publicación muy políticamente correcta, pero tampoco puede decirse que sea para adultos. Tan solo es un puñetero top rojo. Nada que ver con la pornografía.

–¿De verdad? –digo, y dejo la tarjeta a un lado.

Saco otra hoja de papel y la coloco frente a él.

–¿Puede confirmarnos que este es el número del móvil que utilizaba para ponerse en contacto con las mujeres que conocía en la página de citas? ¿El teléfono cuya existencia su esposa desconocía?

Le lanza una mirada.

–Sí, diría que sí. ¿Y qué? No lo utilizo mucho.

–Sí lo utilizó, sin embargo, el 16 de abril de este año. Este número está registrado en la base de datos del Comando de Explotación Infantil y Protección en Línea por haber accedido a una página web de Azerbaiyán que alberga varios miles de imágenes de niños. Y en este caso, señor Mason, con toda seguridad estamos hablando de pornografía. Pornografía del tipo más depravado e ilegal que existe.

Mason me mira boquiabierto.

–Eso es mentira; nunca he hecho nada que se acerque ni de lejos a algo así. No me van los niños, joder. Eso es repugnante..., perverso...

–Barry Mason, le detengo bajo sospecha de posesión ilegal de imágenes obscenas de niños, en violación de la sección 160 de la Ley de justicia criminal de 1988. No tiene por qué decir nada, pero su defensa podría verse perjudicada si no responde al ser preguntado respecto a algo que más tarde utilice ante el tribunal. Cualquier cosa que diga podrá ser utilizada como prueba. Deberá usted entregar el teléfono en cuestión para que pueda ser examinado por los forenses...

–Bueno, le puedo decir ya mismo que no va a encontrar una puñetera mierda... Ni siquiera he usado la puta cámara...

–Ahora le llevarán al calabozo. El interrogatorio finaliza a las 11:17.

Quinn y yo nos levantamos y nos damos la vuelta para marcharnos.

–Ha sido Sharon, ¿verdad? –dice él. El pánico se ha instalado en su voz–. Ha sido ella la que les ha dado la maldita tarjeta de felicitación. Ha tenido que ser ella. El resto de la condenada casa ha quedado reducido a cenizas, gracias a ustedes. –Da un golpe en la mesa con el puño–. ¿No se supone que ustedes están para protegernos de esa clase de psicópatas? ¿No es ese su trabajo?

–Puede estar seguro de que la Comisión de Quejas Policiales determinará con exactitud lo que sucedió.

–¿No ven lo que está haciendo Sharon? Intenta incriminarme. Se enteró de lo de la página de citas y se le ha ido la puta olla.

–¿Sugiere usted que también fue ella la que descargó porno en su teléfono?

Barry abre la boca y vuelve a cerrarla.

–Lo interpretaré como un no.

Me doy la vuelta de nuevo, pero él no ha terminado.

–No lo digo en broma; esa mujer está chiflada, le falta un tornillo. No hablo solo de su temperamento: tiene celos hasta de su propia hija, ¿se lo pueden creer? Es antinatural, joder, eso es lo que es.

La verdad es que no me resulta difícil de creer. Noto que Quinn me mira y sé por qué lo hace.

El tipo nos está planteando nuestra propia hipótesis, solo que se ha eliminado a él mismo de la ecuación.

–¿Qué es lo que quiere decir con eso, señor Mason? –pregunto sin alterarme.

–Lo que quiero decir es que si alguien le hizo algo a Daisy fue *ella*, no yo. Al fin y al cabo, ya había pasado antes, ¿no?

Me mira a mí y luego a Quinn; nos hemos quedado en blanco, con cara de no entender nada.

–Saben lo que hizo, ¿no?

* * *

–Mi jefe me va a matar por darles esto.

Ha pasado una hora y, dentro de la atiborrada furgoneta de Sky News, Paul Beaton está sentado frente a un panel de pantallas. A su lado se encuentra el subinspector en funciones Gareth Quinn.

–Estoy seguro de que lleva suficiente tiempo en este negocio –dice Quinn– como para saber que colaborar con la policía es siempre la mejor política. Sobre todo en una investigación de asesinato.

Beaton le mira.

–¿Eso es lo que es este caso? Creía que aún no tenían cuerpo.

–No lo tenemos. Pero no nos hace falta; no forzosamente. No soy yo quien se lo ha dicho, pero es solo cuestión de tiempo.

–¿Hay alguna posibilidad de que nos avisen antes de anunciarlo? ¿Por ser tan serviciales y colaborativos?

Quinn sonríe.

–Primero veamos qué tienen.

Beaton teclea.

–Algo me dice que no le va a decepcionar.

La grabación aparece en la pantalla. Está claro que se ha realizado con una cámara portátil: la imagen da unos bandazos tremendos antes de enfocar la casa de los Mason en la oscuridad. La hora que aparece en la parte inferior es la 1:47.

–Me despertó una enorme explosión –explica Beaton–. Cogí la cámara antes que los pantalones. Eso es lo que te pasa después de dedicarte a esto durante diez años y de viajar tres veces a Oriente Medio.

–Dígame a mí –dice Quinn, que lo más lejos que ha estado de casa ha sido en Magaluf.

A la 1:49, la puerta de la casa se abre de golpe y Sharon Mason sale de la vivienda. Va vestida con un salto de cama de encaje blanco y lleva su bolso en una mano. Mira a su alrededor, parpadeando y tambaleándose, y luego cruza con paso vacilante el camino de grava en dirección a la casa de al lado, donde llama varias veces al timbre. No le abren hasta la 1:52.

–En este momento yo no tenía ni idea de lo que había pasado. Como puede ver, saca a los vecinos de su casa y a continuación se ve el fuego por primera vez.

El plano se desplaza hacia el cielo para mostrar las llamas que se alzan desde el tejado. Luego la cámara se pone en movimiento: el suelo, los pies del operador, la puerta de la furgoneta y un giro repentino para volver a enfocar la casa. Un hombre en pantalones de pijama desaparece por la puerta de entrada. Sharon Mason está sentada sobre el murete con la cabeza entre las rodillas.

Hay dos niñas con ella, y una mujer. El operador le dice algo a Sharon, pero el sonido es demasiado débil para entender lo que dicen.

—Ahí es cuando le pregunté si había llamado a Emergencias.

El plano vuelve a desplazarse hacia la puerta de entrada de casa de los Mason, que está abierta. Y luego hacia arriba, donde las ventanas del primer piso resplandecen con un intenso color naranja. Las cortinas ya están en llamas.

Quinn se inclina hacia delante en el asiento.

—¿Dónde está Leo? ¿Dónde coño está su hijo?

—Estaba esperando a ver cuándo lo preguntaba. Siga mirando.

La cámara vuelve a centrarse en la puerta principal, justo en el momento en que el vecino sale a la carrera empujando a Leo delante de él. Ambos tienen la piel tiznada y tan solo se han alejado unos metros de la casa cuando las ventanas del primer piso estallan en una lluvia de chispas y cristal que cae sobre el camino de acceso a la casa. El hombre y el niño salen despedidos y caen al suelo. La hora que marca la pantalla son las 2:05.

Quinn se pone en pie.

—Gracias, colega.

—¿Me llamará? ¿Para decirme si van a detener a alguien? Vaya, si emitiéramos esto sería pura dinamita, madre mía.

—No se preocupe. Será el primero en saberlo.

Una vez fuera, en la calle residencial, Quinn saca su teléfono.

—¿Gislingham? Soy Quinn. ¿Puedes hacer que alguien averigüe a qué hora se registró la llamada a Emergencias? Y ya puestos, que compruebe si hubo alguna llamada justo antes; cualquier intento que tal vez no se hubiera pasado. Gracias, colega.

* * *

En el otro extremo de la línea, Gislingham deja el teléfono y se vuelve hacia la pantalla de su ordenador. Janet le ha estado dando la murga por trabajar en fin de semana, y aunque hay una parte de él que sí preferiría estar en casa, la otra parte es poli antes que futuro padre, y este es uno de esos casos que no dan tregua. No solo porque se trate de una niña, sino también por lo enrevesado que es. No resulta adecuado llamarlo un rompecabezas —no cuando una niña sigue desaparecida—, pero no tiene otro nombre. Por eso Gislingham está ahí, por eso lleva sentado a su escritorio desde media mañana, en una habitación sin aire acondicionado, buscando posibles coincidencias para el número de matrícula del coche en cuyo interior se veía a Daisy delante de la escuela. Le ha dicho a Janet que solo tardaría diez minutos, media hora como mucho —después de todo, ¿cuántos puñeteros Escorts siguen aún en circulación?—, pero con solo dos letras de la matrícula y sin tener ni idea del color del vehículo, la lista parece interminable.

Lo parece, aunque de repente no lo es. Porque ahí está: un modelo de 2001, color rojo Toreador, registrado en una dirección de East Oxford. Gislingham levanta un puño al aire y luego se inclina hacia delante bruscamente. Abre con rapidez otra sección del sistema informático policial y teclea un nombre.

–Joder –dice–. Joder, joder, joder.

* * *

–¿Cómo demonios es posible que no lo supiéramos?

Estoy en mi despacho, mirando por encima del hombro de Anna Phillips la pantalla de su portátil. Ella alza la vista hacia mí.

–Para ser justos, he tenido que rebuscar un montón. El archivo periodístico está colgado en internet, pero son todo PDF. Nunca habría aparecido en una búsqueda corriente.

–Tenemos otras formas de averiguar cosas. Aparte del maldito Google.

La puerta se abre y Bryan Gow entra en el despacho, levemente acalorado y más que un poco irritado por verse arrastrado a la comisaría un fin de semana de verano.

–Bueno, ¿qué es tan importante para que me pierda a *Oliver Cromwell* en Didcot?

Arqueo una ceja.

–¿Ahora eres del Sealed Knot?⁴

Me fulmina con la mirada.

–Es una locomotora, ignorante. Una Britannia estándar de clase siete, para ser exactos. Una de las últimas locomotoras a vapor del Servicio de Ferrocarriles británico.

Me encojo de hombros.

–Nunca fui uno de esos niños que de mayores quieren ser maquinistas. –Señalo la pantalla–. En cualquier caso, esto es bastante más urgente.

The Croydon Evening Echo
3 de agosto de 1991

TRAGEDIA EN PLENAS VACACIONES FAMILIARES

Una familia de Croydon regresa mañana a casa desde Lanzarote, después de que una tragedia sacudiera las que iban a ser las mejores vacaciones de su vida.

Gerald Wiley, de 52 años, y su mujer Sadie, de 46, despegaron hacia la turística isla hace una semana con sus dos hijas: Sharon, de 14 años, y Jessica, de 2. Al señor Wiley lo habían despedido hace poco tras trabajar treinta años en el metro de Londres, y decidió utilizar el dinero de la indemnización para llevarse a su familia a unas vacaciones inolvidables.

La familia disfrutaba de una fiesta en la playa organizada por el hotel en el que se alojaban cuando sobrevino la catástrofe. Los testigos afirman que hacía buen tiempo y que el mar estaba en calma. Jessica y su hermana habían estado jugando en una pequeña barca hinchable y, poco después de las cuatro de la tarde, el personal del hotel se dio cuenta de que las niñas habían desaparecido. Fue el señor Wiley quien vio la barca bastante alejada de la orilla y dio la voz de alarma. El personal del hotel pidió ayuda enseguida y el señor Wiley trató de alcanzar a sus hijas a nado. Varios turistas también trataron de ofrecer su ayuda, pero para cuando alcanzaron a las niñas la barca se había volcado y ambas estaban en el agua.

Aunque los servicios de emergencias trataron de reanimarla, Jessica Wiley fue declarada muerta en el lugar de los hechos. El señor Wiley, que padece una angina de pecho, tuvo que recibir atención médica en el hospital local. Sharon Wiley, alumna de la escuela Colbourne, fue atendida por cortes y hematomas.

Pauline Pober, una mujer de 42 años residente en Wokingham, presenci6 todo el incidente. «Es desolador. Est6bamos todos disfrutando de la fiesta; los ni1os se lo estaban pasando en grande y reinaba un ambiente relajado y alegre. Jessica era una chiquilla preciosa y risue1a, la ni1a de los ojos de sus padres. Lo sucedido ha sido terrible. Me da mucha pena la pobre Sharon. Cuando la trajeron a la playa estaba desconsolada.»

Los habitantes del lugar han confirmado que en esa franja de la playa las mareas pueden ser muy traicioneras. Tres personas han muerto ahogadas en esa zona desde 1989.

«Mi mujer y yo estamos rotos de dolor –declar6 ayer el se1or Wiley–. Jessie era para nosotros un regalo de Dios. Sin ella, nuestras vidas estar6n vac6as; no lo superaremos nunca.»

–Bien –digo–, ¿qu6 te parece?

Bryan se quita las gafas y las limpia con un pa1uelo arrugado. Tiene sendas marcas rojas a ambos lados de la nariz.

–¿Te refieres a si de verdad creo que fue un accidente?

–Podemos empezar por ah6.

–En fin, no hay mucho con lo que trabajar...

–Lo s6. Pero, en teor6a, ¿qu6 podr6amos encontrarnos?

–Bien, si solo nos centramos en las posibilidades y no buscamos un verdadero an6lisis de los hechos...

–Perfecto. Por ahora es lo 6nico que necesitamos.

–Entonces dir6a que, aun cuando Sharon no tuviera nada que ver con la muerte de Jessica, no ser6a extra1o que una parte de ella, consciente o inconsciente, deseara que sucediese. Solo hay que sumar dos m6s dos, por as6 decirlo. Sharon tendr6a doce a1os cuando naci6 su hermana y, a juzgar por la edad de sus padres, dir6a que el embarazo fue una sorpresa para todos ellos. Es dif6cil determinar por d6nde empezar a describir el c6ctel de emociones destructivas que eso podr6a haber desatado. Sharon acaba de alcanzar la pubertad y de repente se enfrenta a la realidad de que sus padres tienen vida sexual. Menudo corte, como creo que dice la gente joven. A eso hay que a1adir el hecho de verse privada de repente de su estatus de hija 6nica, despu6s de pasarse doce a1os dando por hecho que as6 era el mundo. «Cuando le dijeron que era su 6nico hijo, 6l pens6 que era el 6nico.»

Me he perdido.

–¿6l?

Gow sonr6e ir6nicamente.

–Lo siento; es una canci6n de los setenta. Sali6 en el concurso del pub la semana pasada. Ya sabes, esa que va de un ni1o que de repente descubre que tiene una hermanita. Eso nunca es f6cil, por muy equilibrado que est6 el ni1o y por m6s sensibilidad que tengan los padres al manejar el tema. Aunque en el caso de Sharon, parece que todo el amor y la atenci6n de los padres se transfirieron por completo al nuevo beb6 y ella se encontr6, sin previo aviso, en la posici6n de segundona. –Menea la cabeza y se1ala la pantalla con las gafas–. Me imagino que nunca perdonaron a Sharon por haber sobrevivido en lugar de su hermana. Es posible que incluso le dijeran directamente que era culpa suya. Y si no lo era, si en realidad fue solo un accidente..., bueno, no se me ocurre una putada mayor.

–¿Ese es un término técnico?

–Sirve. Cuando se habla con personas no expertas.

Veo que Anna reprime una sonrisa.

–Vale –digo–. Ahora adelanta veinticinco años. ¿La historia se repite?

–Es muy probable, por lo que he visto de Sharon. Que una vez más no es mucho, aunque sí lo suficiente para darse cuenta de que es socialmente insegura, personalmente superficial y casi seguro extremadamente celosa en lo que respecta a ese marido descarriado que tiene. Y si todo esto es así, Daisy no es más que una repetición de Jessica. Solo que mucho, mucho peor. Porque esta vez Sharon no compite por la atención de sus padres, sino por la de su marido, alguien que debería ponerla a ella en primer lugar. O al menos así lo ve Sharon. Y lo que resulta aún más cruel es que la presencia de una intrusa más joven es culpa suya: es ella quien ha traído a esa niña al mundo, quien presumiblemente hizo todo tipo de sacrificios como madre, y así es como se lo pagan. Todo el resentimiento que en su día sintió hacia Jessica se traslada, íntegro, a Daisy, solo que multiplicado. Y sería mucho más tóxico porque casi con toda certeza Sharon reprimió sus sentimientos tras la muerte de Jessica.

–Entonces, ¿crees que sería capaz de matar a su propia hija?

Gow asiente.

–En teoría, sí. Si hubiera un detonante lo bastante potente. Si, por ejemplo, pillara a Daisy y a su marido juntos en una situación que hiciera pensar en cualquier cosa remotamente sexual; en un momento así, si se le subiera la sangre a la cabeza..., no creo que considerara que era al marido a quien había que echar la culpa. Ni siquiera creo que fuera capaz de ver a Daisy como su hija. Lo único que vería sería una rival.

Gow se sienta.

–También tenéis que recordar que si Sharon fue responsable en algún sentido de la muerte de su hermana, aunque solo sea por no haber podido hacer nada para salvarla, eso implica que desde entonces ha creado un relato en el que la culpa siempre recae en otro. Los padres, los testigos, incluso la propia Jessica. Y si de verdad le hizo algo a Daisy, ahora ocurrirá lo mismo. Será culpa del marido o incluso de la propia hija. Es una negación de libro, como una catedral. No conseguiréis que confiese que estuvo involucrada de algún modo sin derribar unas defensas psicológicas que ha tardado años en construir. No subestiméis la dificultad de la tarea. Apostaría cualquier cosa a que esta mujer nunca se disculpa por nada, por muy trivial que sea.

Me vuelvo hacia Anna.

–Esa mujer..., Pauline Pober, ¿hay alguna posibilidad de dar con ella?

–Podría intentarlo. No es un nombre muy corriente. Y Wokingham no es una población tan grande.

–Y los padres, ¿sabemos si aún viven?

–Lo he comprobado. Gerald Wiley murió en 2014. Un ataque al corazón. Sadie está en una residencia en Carshalton. Por lo visto tiene Alzheimer, bastante avanzado. Así que supongo que podríamos decir que Sharon es la única que queda.

–Eso explica muchas cosas de ella.

Anna me lanza una mirada.

–El qué, ¿esta historia?

–No solo eso. La foto.

Al pie de la imagen se lee: «La familia Wiley en una época más feliz», y en ella se ve a Gerald con Jessica sentada sobre su rodilla y Sadie a su lado, con la mano sobre el hombro de su marido. Jessica lleva un vestido blanco con una faja en la cintura y su largo pelo rizado recogido con cintas. El parecido con las fotos que he visto de Daisy Mason resulta turbador. En cuanto a Sharon, me habría costado reconocerla. Una niña rolliza y torpe, de pie en el borde de la imagen, como si la hubieran introducido con Photoshop en su propia vida. El pelo castaño claro y lacio le cae por los hombros sin brillo. Por lo visto, a ella no le tocaban cintas. Me pregunto cómo debió de ser vivir en esa casa tras la muerte de Jessica.

Es la primera vez que Sharon me da pena de verdad.

* * *

Al alzar la vista, ambos están allí. Quinn y Gislingham. Juntos.

Los miro alternativamente sin molestarme en disimular mi sorpresa.

—¿Qué es esto? ¿Habéis declarado una tregua? ¿Hemos llamado a la ONU?

Gislingham tiene la consideración de mostrarse avergonzado.

—No exactamente, jefe. Es el teléfono de Mason. Los analistas han confirmado que contiene imágenes obscenas. Vídeos, para ser más concretos, y es material duro de verdad. Se hallaban bien ocultas en la tarjeta de memoria, pero están ahí, sin duda.

Me recuesto en la silla.

—Entonces ha mentido.

—Y no es solo eso —dice Quinn—. También está el coche al que se subió Daisy. Sabemos quién es el propietario. —Hace una pausa—. Azeem Rahija.

Aunque hace calor, de repente siento un frío gélido.

—Me cago en todo, no...

Quinn asiente.

—El hermano pequeño de Yasir Rahija, y primo de Sunni Rahija.

No hace falta que diga más. Yasir y Sunni Rahija eran los capitostes de una red de agresores sexuales especialmente despiadados cuyas víctimas eran niñas blancas vulnerables en East Oxford. Y a nuestro cuerpo policial le llevó demasiado tiempo atraparlos. No fui yo quien llevó el caso, pero nos marcó a todos. Todos nos sentimos culpables.

—Azeem tan solo tiene diecisiete años —dice Quinn—, y nada parece indicar que estuviera implicado en el acoso a menores o las violaciones en grupo, pero en estas circunstancias...

Hundo la cabeza en las manos. Estaba más que seguro, segurísimo, de que a Daisy la había matado alguien cercano a su círculo familiar, pero ¿y si me equivoco? ¿Y si durante todo este tiempo ha estado encerrada en un sótano mugriento en Cowley Road, sometida a las más abyectas...?

—Y hay algo más.

En esta ocasión es Gislingham quien habla.

—Everett acaba de llamar. Dice que le ha enseñado a Leo la foto del chico que aparece en las grabaciones de la cámara de seguridad, como le pidió usted. El chico afirma que no sabe cómo se llama, y tampoco lo ha visto nunca con Daisy.

Lanzo un suspiro.

–Supongo que era esperar demasiado que lo hubiera visto antes.

–Pues es justo así: sí que lo había visto. Pero no con Daisy; con *Barry*.

Lo miro fijamente.

–No lo pillo. ¿Qué relación puede haber entre...?

Pero Gislingham ha tenido más tiempo que yo para pensar en ello.

–Podría tener sentido, jefe. Llevo ya días preguntándome qué pasa con el dinero de los Mason. Barry ha timado a gente a diestro y siniestro, aceptando miles de libras por trabajos que en realidad no lleva a cabo, y aun así todo el mundo dice que la familia pasa apuros económicos. Sin embargo, ese dinero tiene que ir a parar a algún lado. Y Barry debe de conseguir que le paguen en efectivo, además, porque por lo que he averiguado su cuenta bancaria está pelada, si tenemos en cuenta el calibre de las obras que realiza.

–¿Es posible que lo gaste en el juego? ¿En drogas?

Gislingham niega con la cabeza.

–No hemos encontrado pruebas que señalen en esa dirección. Lo que sí sabemos es que se hizo con porno infantil en esa página web. Un vicio como ese... se vuelve cada vez más caro. Y cuanto más ilegal sea, más cuesta.

–Entonces, ¿crees que hace algo más que mirar vídeos? ¿Que en realidad está pagando para mantener relaciones sexuales con niñas..., con menores de edad como a las que agredían los Rahija?

Gislingham se encoge de hombros.

–Como le he dicho, tiene sentido.

–¿Y ese chico de la grabación con el que lo vio Leo es el contacto de Mason con la red de pedófilos?

–Que la mayoría de ellos estén en la cárcel –interviene Quinn– no significa que hayamos conseguido acabar con ella. Igual Azeem se ha hecho cargo del negocio donde lo dejaron su hermano y su primo.

–En ese caso, ¿qué hace ese chico hablando con Daisy?

Quinn y Gislingham intercambian una mirada.

–Tal vez Mason les debía dinero –dice Gislingham al cabo–. Tal vez utilizaban a Daisy para presionarlo. La amenazaban para mostrarle de lo que eran capaces si no soltaba la pasta.

–Esperemos que sea eso. Porque no quiero ni pensar en otra posibilidad. No existe una explicación sana para que un chico de esa edad se interesara por Daisy. Sobre todo un chico cuyos amigos son unos pedófilos.

Sin embargo, en el momento mismo de decirlo me acuerdo de que las amigas de Daisy nos contaron que ella estaba enfadada después de reunirse con ese chico. No disgustada ni consternada. Enfadada. Pero eso es solo lo que ellas nos dijeron; no podemos estar seguros de que sea cierto. Y esa es una de las razones por las que la red de los Rahija se salió con la suya durante tanto tiempo: las personas como yo veíamos lo que queríamos ver y oíamos lo que queríamos oír. No puedo permitir que volvamos a cometer el mismo error.

–Muy bien, reunid a un grupo de agentes uniformados y avisad al grupo de proximidad y a la oficina de prensa, para que sepan qué decir cuando empiecen a sonar los teléfonos. Yo hablaré con el comisario para que dé el visto bueno. Estoy seguro de que se pondrá más contento que unas castañuelas.

Me pongo en pie. Teniendo en cuenta el estado en que se encuentran las relaciones con los vecinos en East Oxford, se trata de una operación que no puedo delegar en nadie.

* * *

12 de mayo de 2016, 7:47

68 días antes de la desaparición Barge Close, 5; cocina

Barry Mason está sentado a la mesa del desayuno y Sharon se encuentra junto a la ventana, metiendo trozos de fruta en la licuadora. Leo y Daisy llevan el uniforme de la escuela y Daisy tiene una rebeca rosa en el respaldo de su silla.

–Creo que deberíamos dar una fiesta –dice Sharon–. Para celebrar el final del trimestre.

Barry alza la vista de su cuenco de cereales.

–¿Una fiesta? ¿Por qué?

–Bueno, no llegamos a hacer una fiesta de inauguración y sé que a la gente le gustaría ver la casa.

Al otro lado de la mesa, el niño alza la vista y la niña la baja. Barry vuelve a coger la cuchara.

–¿No supondría mucho trabajo organizarlo todo?

Sharon se vuelve y lo mira.

–Podríamos hacer una barbacoa. Con ensaladas y sándwiches y patatas rellenas. Tú casi no tendrías que encargarte de nada.

Barry abre la boca para decir algo y la vuelve a cerrar. Los niños intercambian una mirada mientras su madre se pone a cortar más fruta, aplicando al cuchillo más fuerza de la que parece necesaria para la tarea.

–¿Y si llueve? –pregunta Barry al cabo–. Aquí dentro no cabe todo el mundo.

–Fiona Webster dice que nos puede prestar su carpa. Y estoy segura de que a Owen no le importaría ayudarte a montarla.

Barry se encoge de hombros.

–Vale, si estás segura... ¿Vosotros qué opináis, chicos?

–Para ellos sería estupendo –dice Sharon–. Tendrían la oportunidad de conocer a algunos de los niños de la calle, los que no van a la Bishop Christopher. –Se vuelve hacia la licuadora y la pone en marcha de nuevo. El contenido empieza a saltar y girar hasta convertirse en una mezcla mucosa que se pega al plástico y se desliza hacia abajo cuando apaga la máquina.

–¿A qué hora volverás a casa esta noche?

Barry vacila.

–Es posible que llegue tarde. Tengo una reunión en una obra en Guildford esta tarde y puede que se alargue. ¿Y tú qué, princesa? –pregunta dirigiéndose a su hija–. Hoy te dan la nota de ese examen de inglés, ¿verdad? Aunque seguro que sacas un sobresaliente, como siempre. Mi niña especial no podría bajar de ahí.

Por un momento, Daisy sonrío a su padre y vuelve a concentrarse en los cereales.

–A Leo lo han cogido para el equipo de fútbol.

Barry arquea las cejas.

–¿Ah, sí? ¿Por qué no nos has dicho nada, hijo?

Leo se encoge de hombros.

–Solo somos los suplentes.

A Barry se le amarga la expresión.

–Ah, bueno, entonces lo que tienes que hacer es esforzarte un poco más. Como te digo siempre.

Sharon sigue concentrada en los entresijos de la licuadora, que se muestra reacia a que la desmonte.

–Vale –dice–. Te dejaré algo frío para cuando vuelvas. No te olvides de que mi clase de aeróbic es a las ocho.

Barry le dedica una amplia sonrisa a Daisy.

–Y tú no te olvides de traer la nota del examen a casa para que pueda verla, ¿eh, Dais?

Sharon se vuelve a mirarlo.

–¿Por qué no puedes usar su nombre de verdad, Barry? No sé cómo vamos a evitar que sus amigas la llamen así si oyen cómo su propio padre lo hace.

Barry extiende la mano por encima de la mesa y le revuelve el pelo a su hija.

–¿A que a ti no te importa, Dais?

–Y acuérdate de darle el neceser de maquillaje a la señora Chen cuando la veas hoy en la escuela, Daisy. Dile que muchas gracias, pero que podemos permitirnos comprarnos nuestras propias cosas.

–Seguro que esa no era su intención –observa Barry–. Tan solo tenían dos iguales y pensaron que a Dais le gustaría quedarse uno.

–No me importa. El maquillaje no es apropiado para una niña de su edad. Resulta ordinario.

–Oh, vamos, es para que se diviertan un rato. Ya sabes cómo son las niñas; les gusta disfrazarse y esas cosas.

–Ya te he dicho que no es apropiado. Y en cualquier caso no necesitamos su caridad.

Barry trata de llamar la atención de su hija, pero ella está absorta en sus cereales. Así que él echa hacia atrás el taburete y se levanta.

–No te tomes muchas molestias para esta noche –le dice a Sharon–. Un sándwich ya me va bien. De atún o algo así. –Coge el maletín y las llaves, y luego la chaqueta reflectante del respaldo de una silla–. Pues me voy. Adiós, niños.

En cuanto se cierra la puerta de la cocina, Daisy deja la cuchara sobre la mesa y se alisa el pelo con ambas manos. Leo se baja del taburete y se acerca a su madre.

–¿A quién invitarás a la fiesta?

–Ah, ya sabes: a los vecinos y a vuestros compañeros de clase –contesta ella mientras vierte el batido en un vaso.

–¿Y al chico que conoce Daisy? –pregunta Leo.

–¿Qué chico? –dice Sharon, distraída.

Para cuando Sharon acaba de aclarar la licuadora y se vuelve hacia sus hijos, Leo ya no está allí.

* * *

La casa de los Rahija es idéntica a miles de otras en esa zona de East Oxford. Una vivienda semiadosada de los años treinta con los muros enguijarrados y una ventana saliente en la planta

baja y el primer piso. A un lado hay una puerta de garaje con la mayor parte de la pintura desconchada, salvo la del spray y con la que alguien ha escrito un insulto. Alguien que no sabe deletrear «pedófilo». Una de las ventanas del piso superior está cegada con listones de madera y hay seis contenedores con ruedas en el jardín delantero; dos de ellos están volcados y la basura y la comida podrida se han derramado sobre el hormigón.

He dispuesto un equipo en el callejón de la parte de atrás y delante somos una docena. Uno lleva un ariete. Le hago un gesto con la cabeza y él golpea la puerta.

—¡Policía! ¡Abran la puerta!

Al instante se oyen ruidos en el interior: mujeres que chillan y una voz masculina que grita en una lengua que no es inglés. Un bebé se echa a llorar.

—¡He dicho policía! ¡Abran la puerta o la echamos abajo!

Pasa un minuto, tal vez dos, y luego se oyen pasos sobre el entarimado y la puerta se abre unos cinco centímetros. Es una mujer con la cabeza cubierta con un pañuelo. No puede tener más de veinte años.

—¿Qué quieren? ¿Por qué no nos dejan en paz? No hemos hecho nada.

Doy un paso adelante.

—Soy el inspector Adam Fawley, de la división de investigación criminal de Thames Valley. Tenemos una orden para registrar el edificio. Por favor, abra la puerta. Será mucho mejor para todos si podemos llevar a cabo el registro de manera civilizada.

—¿Civilizada? Vienen aquí, aporrean la puerta, aterrorizan a mi madre y a mi hijo, ¿y dicen que son civilizados?

En la calle se están arremolinando varias personas, la mayoría jóvenes asiáticos, algunos con kufis. Veo que Quinn se lleva la mano a la porra. La cosa se está poniendo fea y yo no quiero que haya desórdenes.

—Escuche, podemos hacer esto por las buenas o por las malas. Déjenos pasar y le doy mi palabra de que haremos todo lo que esté en nuestras manos para realizar nuestro trabajo lo más rápido posible y con las mínimas molestias. Pero no le quepa duda: si tengo que echar abajo la puerta, lo haré, y eso significa que su nombre aparecerá en los periódicos y tendrán que enfrentarse de nuevo a los insultos que recibieron el año pasado. No creo que sea eso lo que quiere, y yo tampoco lo deseo. Así que tiene que decidirse, y tiene que hacerlo ya.

La mano que sostiene abierta la puerta se relaja un poco. Establezco contacto visual con la mujer —la obligo a mirarme—, y al final ella asiente. El corazón me late desbocado y apenas puedo respirar. Me doy la vuelta e indico con un gesto a mi equipo que se retire hasta la acera.

Luego me dirijo a Brenda, la agente de enlace con la comunidad.

—Asegúrate de que las mujeres y los niños no se asusten en exceso. Quinn, Gislingham y tú, venid conmigo.

Pese a que es verano, el salón huele a humedad. El papel desvaído cuelga de las paredes y hay una vieja estufa de gas en el centro que está claro que es una trampa mortal. Aun sin la presencia de nosotros cuatro, la estancia está abarrotada. Hay dos mujeres mayores vestidas de negro y sentadas en el sofá desvencijado que se balancean adelante y atrás, y tres madres más jóvenes que abrazan a sus hijos. Los niños nos miran con desconfianza y con los ojos abiertos de par en par. Le dedico una sonrisa a una niña y ella me la devuelve antes de hundir la cara en el pecho de su madre. No hay hombres.

A mi espalda oigo a Quinn indicarle a Gislingham que se encargue de la habitación de la parte de atrás y la cocina, y el propio Quinn sube los escalones de dos en dos. A continuación oigo sus pasos en el piso de arriba.

–¿Jefe? –me llama–. Suba un momento.

El humo de cigarrillo debería ponerme sobre aviso, y a un nivel subliminal lo hace. Llego al descansillo y giro en la esquina. Hay dos literas en una habitación en la que apenas cabe una cama individual, y Azeem Rahija está sentado con las piernas cruzadas en uno de los colchones inferiores. Sé que es él porque he visto a su hermano, aunque hay algo en este muchacho que le hace parecer menos curtido, algo que me da un rayo de esperanza; quizás aún no ha tomado el mismo camino que él. Pero entonces veo el rostro de la otra persona que hay en el cuarto. Sentado en el colchón de arriba, fumando, balanceando las piernas como si fuera un niño.

–Buenas tardes, agentes –dice con una voz levemente pastosa.

A su lado hay un pack de cuatro latas de sidra Strongbow. No es tan atractivo como parecía en las imágenes. La distancia hacía que su pelo se viera más rubio, más claro. Y tiene acné en la barbilla y las mejillas. Pero es su actitud lo que lo delata: los ojos taimados y entornados, la autocomplacencia. El tiro de los tejanos le llega casi hasta las rodillas y lleva uno de esos pendientes que hacen un agujero en la oreja del tamaño de un dedo. Siempre me producen unas leves náuseas.

Le da una calada al cigarrillo y echa el humo hacia mí.

–Creo que no nos han presentado –le digo adoptando su mismo tono–. Soy el inspector Adam Fawley. ¿Y usted es?

Me dedica una sonrisita desagradable y me señala con un dedo que no consigue mantener estable.

–Eso lo sé yo y usted tiene que averiguarlo.

–Subinspector Quinn, llévese a este chaval al coche. Y si sigue negándose a darnos su nombre, organícelo todo para que venga un asistente social. No puede ser que este niño tenga ni dieciséis años.

El chico se resiste, por asombroso que resulte, pero Quinn le saca una cabeza y varios kilos de peso. Mientras los sigo hasta el descansillo y llamo a Gislingham para que suba, el chaval ya está gritando algo acerca de «brutalidad».

–Empezad el registro por aquí. Hay por lo menos un portátil escondido entre las sábanas.

Al darme la vuelta y mirar de nuevo a Azeem, pienso que es bastante posible que se haya cagado encima.

* * *

*Interrogatorio a Barry Mason, realizado en la
comisaría de Saint Aldate, Oxford*

23 de julio de 2016, 12:42

Están presentes el inspector A. Fawley, el

subinspector en funciones G. Quinn y la señorita E. Carwood (abogada)

EC: ¿Tenemos que asumir que están preparados para presentar cargos?

AF: Aún tenemos que hacerle varias preguntas a su cliente, señorita Carwood.
EC: ¿En relación con las acusaciones de pornografía?
AF: Por el momento, sí.
EC: Muy bien. Pero debo recordarle que el tiempo corre.
AF: Señor Mason, ¿mantiene usted contacto con un individuo llamado Azeem Rahija?
BM: No tengo ni puñetera idea de quién me habla.
EC: ¿Estamos hablando de la misma familia que Yasir y Sunni Rahija?
BM: ¿Qué? ¿Esos pedófilos asiáticos que salieron en los periódicos? Joder, no los conozco ni de coña. Madre mía.
AF: Azeem Rahija es el hermano menor de Yasir Rahija. Tiene diecisiete años.
BM: ¿Y qué?
AF: Y ¿nunca ha tenido contacto con él o con alguien de su familia? ¿Nunca ha tenido acceso a pornografía a través de ellos?..
BM: Cuántas veces más se lo voy a tener que decir, joder. Yo no compro porno. Ni a ellos ni a nadie. Alguna vez he comprado una revista de tías, pero eso es todo. Punto final. Adelante, compruebe mi móvil, compruebe mi puta ordenador: no encontrará mierdas de esas.
AF: Por desgracia, el disco duro de su ordenador se destruyó en el incendio. No tenemos forma de saber qué contenía. O qué se había borrado de él. No obstante, tenemos que informarle de que hemos encontrado dos vídeos en su teléfono móvil. Vídeos con imágenes extremas y sexualmente explícitas de niñas...
BM: Ni de coña; me cago en todo, ni de coña. ¿Me oye? Nunca me he descargado algo así. Debe de ser un virus o algo; esas cosas pasan, ¿verdad? O si no, alguien me lo habrá hackeado...
EC: [interviene] ¿Qué pruebas tienen de que mi cliente conoce a los Rahija? ¿Disponen de registros telefónicos? ¿Archivos de correo electrónico?
BM: No tienen nada de eso porque en mi puta vida he hablado con ellos.
AF: Para que conste, le estoy mostrando al señor Mason una imagen sacada de una grabación de una cámara de seguridad. Señor Mason, creemos que se puso usted en contacto con los Rahija a través de este joven. Tenemos un testigo que los vio juntos.
BM: [mira la imagen y luego a los agentes] ¿De dónde coño han sacado esto?

* * *

11 de mayo de 2016, 19:09
69 días antes de la desaparición
Casa de los Chen; Lanchester Road, 11; Oxford

Jerry Chen entra en la cocina, donde su mujer está metiendo los platos en el lavavajillas. El sol se está poniendo y los rayos de luz dorada brillan a través de las hojas de dos abedules plateados, que cuelgan como cortinas a ambos lados del extenso y cuidado jardín.

Jerry deja su bolsa sobre la isla de la cocina y su mujer le sirve una copa de vino.

—¿Cómo ha ido la conferencia?

—El profesor Helston estaba allí. Me ha pedido que vuelva a darla en la London School of Economics en otoño.

—Es todo un halago, viniendo de él. ¿Habrás vuelto ya de Stanford?

Él da un sorbo al vino y mira la etiqueta de la botella.

—Está muy bueno. Y sí, no tendría que haber problema; lo de Stanford es en septiembre. La conferencia sería en noviembre, aunque aún no saben el día. ¿Dónde está Nanxi?

—En la sala. Le está enseñando a Daisy a jugar al ajedrez.

Jerry sonrío.

–Ya va siendo hora de que Nanxi tenga un rival decente de su misma edad. No puedo seguir dejándola ganar.

–No deberías hacerlo. Ella sabe cuándo se la cueles. No es tan tonta.

–Seguramente tienes razón. Casi siempre la tienes.

Joyce se vuelve hacia él y le sonrío.

–Por lo que me ha parecido, era la primera vez en su vida que Daisy veía un tablero.

–Vaya, no puedo decir que me sorprenda. Si no se pareciera tanto a su madre, juraría que a esa niña la cambiaron al nacer. No me atrevo ni a imaginar lo débil que debe de ser la reserva genética de los Mason.

Hace una mueca y su mujer se echa a reír mientras cierra la tapa del lavavajillas y se endereza.

–¿Qué fue lo que dijo Eric Hoffer? A pesar de que la mayor parte de la raza humana está compuesta por cerdos, de vez en cuando un cerdito se casa con una cerdita y nace un Leonardo. Algo así.

Se mira el reloj.

–Dios, ¿es tan tarde? Tengo que llevar a Daisy a su casa. ¿Puedes llamarla?

Jerry se dispone a subir la escalera hacia la sala, pero se encuentra a la niña ahí de pie.

–Ah, Daisy –dice él, levemente incómodo–. No te había visto. ¿Cuánto rato llevas aquí?

–Quería darles las gracias por el neceser de maquillaje. Me encanta.

Lo lleva en la mano y se pone a balancearlo sujetándolo por la pequeña correa. Es de rayas blancas y negras, con un salpicón rosa fosforito en el centro en el que se lee «Cosas de chicas» en grandes letras irregulares.

Joyce Chen alza la mirada.

–De nada, Daisy. ¿A que fastidia mucho que dos personas te envíen un regalo idéntico? Como no podíamos devolverlo, Nanxi pensó que te gustaría tener el mismo que ella. ¿Os lo habéis pasado bien esta tarde?

–Uy, sí –contesta Daisy con una sonrisa–. Ha sido un día maravilloso.

* * *

–No puedes fumar aquí.

–Sí, vale.

El chico está tendido cuan largo es en el sofá de la sala para las familias, con los pies apoyados en el respaldo. Hay un plato de cartón en el suelo con una docena de colillas en él. Maureen Jones está sentada tan lejos de él como permite el espacio y el asistente social está de pie en la puerta. Es Derek Ross, el mismo que vino para acompañar a Leo. Intercambiamos un saludo en silencio y le pregunto si tiene idea de cómo se llama el chaval.

–Mickey Mouse –dice el chico, que me lanza una mirada maliciosa–. George Clooney. El dalái lama. La jodida reina Victoria. Usted elige, madero.

–Eso no te va a ayudar mucho –dice Ross.

Se le ve agotado, y apenas lleva aquí una hora.

–De acuerdo –digo–. Como seguro que sabes, hace poco han condenado a varios miembros de la familia de tu amigo Azeem por agresiones sexuales a niñas. Ahora mismo estamos revisando el material que hemos requisado en la casa para verificar si se han cometido más delitos.

–No me das miedo, madero. No sé nada de esa mierda.

Empieza a toser y se sienta.

–Me largo. No podéis impedirlo.

–Si insistes en marcharte no tendré más remedio que detenerte.

–De verdad que sería mejor que colaboraras –le dice Derek al muchacho–. En serio.

El chico y yo nos miramos durante un largo momento, pero él es el primero en parpadear.

–Bueno, ¿y dónde está mi puto abogado?

–Como te he dicho, no estás detenido. Y el señor Ross está aquí para proteger tus intereses.

–Quiero presentar una queja; este tarado me ha golpeado. El muy gallito.

Tengo la tentación de preguntarle si en la refriega ha sido el cazo o la sartén.

–Si quieres presentar una queja, tendrás que decirnos cómo te llamas.

Me dedica una sonrisita ladina y se da un golpecito en un lado de la nariz.

–Tendrás que esforzarte más, madero. A mí no me la cueles.

Cojo una de las sillas de respaldo duro y la desplazo hasta que queda a su lado. Luego me siento y abro la carpeta portafolios, y le muestro una de las imágenes de la cámara de seguridad. La que los muestra a Daisy y a él el 19 de abril.

–¿Sabes quién es ella?

Él da una honda calada y me echa el humo a la cara.

–¿Y qué si es así?

–Esta niña es Daisy Mason. Su cara lleva casi una semana en todos los medios y en internet. Me cuesta creer que no te hayas enterado.

Él entorna los ojos, pero no dice nada.

–Ha desaparecido. Incluso puede que esté muerta. Y varias semanas antes de desaparecer, la vieron hablando contigo.

–Yo hablo con mucha gente. Soy un tío sociable.

–Estoy seguro de que eres el alma de todas las fiestas. Solo que no era la primera vez que hablabas con ella, ¿verdad?

Saco más imágenes.

–El 12 de abril, el 14 de abril, el 19 de abril. Y aquí, el 9 de mayo, está Daisy Mason en el asiento trasero de un coche registrado a nombre de Azeem Rahija. Y me imagino que tú ibas en el asiento de delante.

Más silencio. Más humo. Veo en sus ojos cómo giran los engranajes de su cerebro. No sabe cuánto sé yo.

–¿Por qué la acosabas?

–¿Acosarla? ¡Anda ya! Eso no es acosar.

–Entonces, ¿qué hace un chico de tu edad intentando ligar con una niña de ocho años, si no es acosarla? Te tenemos grabado con ella, en cuatro ocasiones distintas. En la última de ellas se ve a la niña en un coche contigo y con el hermano de un violador de niñas convicto, y unas semanas más tarde ella desaparece. ¿Crees que un jurado no sacará la conclusión evidente?

–No intentaba ligar con ella...

–Entonces, ¿qué hacías? ¿Por qué otra razón ibas a perder tu tiempo con una niña? ¿Acaso estabas conectando con tu lado femenino? ¿O de repente te entró un incontenible interés por Mi

Pequeño Poni? O quizá la Barbie sea tu muñeca preferida... Al fin y al cabo estamos en 2016; los niños pueden jugar con juguetes de niñas, ¿verdad?

Él baja las piernas y planta los pies en el suelo. No me mira, pero la mano que sujeta el cigarrillo está temblando.

–Te la estabas trabajando, ¿verdad? Haciendo que confiara en ti para poder abusar de ella...

–Yo no he abusado de ella...

–¿Se la entregaste a esos psicópatas con los que trataban los Rahija? Apuesto a que pagarían una fortuna por poder violar a una niña como esa. ¿O la querías para ti? ¿Es eso lo que pasó ese día? Vas a su casa en plan príncipe azul, todo sonrisas. Y su madre no está, así que ella sale a jugar contigo y durante un rato todo es diversión. Pero cuando le metes la mano dentro de las bragas...

–Inspector –me ruega Ross–, ¿es realmente necesario?

–... ella se da cuenta de lo que quieres en realidad y se pone a chillar y tienes que hacerla callar, pero ella se resiste y le tapas la boca con la mano...

–Das asco –grita el chico, poniéndose en pie de un salto–. No le puse la puta mano encima. Un puto enfermo, eso es lo que eres. Solo un perverso le haría eso a su propia *hermana*...

Respiro hondo y cuento hasta cinco.

–Tu hermana.

Él traga saliva.

–Sí. Barry Mason es mi padre. –Se deja caer en el sofá–. Ese cabrón de mierda.

* * *

De vuelta en mi despacho, llamo a Alex.

–¿Dónde demonios estás, Adam? Se suponía que íbamos a comer a casa de tus padres.

Mierda. Se me había olvidado.

–Lo siento. Las cosas se me han...

–Se te han ido de las manos. Lo sé. Soy yo, ¿recuerdas?

Lanzo un suspiro.

–¿De verdad soy tan predecible?

–¿Durante un caso importante? La respuesta es sí.

–Lo siento. Llamaré a mi madre, te lo prometo. Escucha, quería pedirte un favor. Sé que tu despacho no se dedica a la asistencia jurídica gratuita, pero tenemos aquí a un chico al que vieron hablando con Daisy delante de la escuela. Resulta que es hijo del primer matrimonio de Barry Mason.

–Joder. Parece que alguien la ha cagado.

–Lo sé, aunque para ser justos no teníamos razones para buscar en esa dirección. Al menos hasta ahora. El problema es que no podemos encontrar ni a su madre ni a su padrastro. Ninguno de los dos contesta el teléfono, y el vecino de al lado cree que podrían haberse ido a pasar fuera el fin de semana. El abogado de oficio está liado con otro caso y aún no hemos encontrado a nadie que pueda venir antes de la noche. Así que me preguntaba...

–... si yo podría encontrarte a alguien.

Me muerdo el labio.

–Lo siento. Parece que últimamente soy siempre yo el que te pide favores.

–Y yo la que te los hago. –Inspira hondo durante un largo momento y luego continúa–: Vale, ya me encargo. Creo que puedo convencer a uno de los abogados júnior que tiene más ambición que vida social. ¿Cómo se llama el chaval?

–Jamie Northam.

Noto su sorpresa.

–No tendrá algo que ver con Marcus Northam..

–No tengo ni idea. ¿Por qué? ¿Debería saber quién es?

–Digámoslo así: le vamos a cobrar la tarifa completa. Más gastos. Hago un par de llamadas y te digo algo.

–Gracias, Alex, de verdad que...

Pero la comunicación ya se ha cortado.

* * *

*Continuación del interrogatorio a Barry Mason,
realizado en la comisaría de Saint Aldate,
Oxford*

23 de julio de 2016, 15:09

Están presentes el inspector A. Fawley, el

subinspector en funciones G. Quinn y la señorita E. Carwood (abogada)

AF: Me gustaría hacerle unas preguntas sobre su hijo, Jamie Northam. ¿Cuándo fue la última vez que lo vio?

BM: Un día me lo encontré esperándome al salir del despacho. Sentado en un muro.

AF: ¿Sabe cómo lo encontró?

BM: Me dijo que había tardado cinco minutos en encontrar el nombre de mi empresa en internet. No tenía ni idea de que vivían tan cerca de aquí. Hace años que no veo a Moira.

AF: ¿Y esa ha sido la única vez que lo ha visto últimamente?

BM: No. Como esa tarde no tenía tiempo para hablar con él, quedamos en una cafetería de Banbury Road un par de días después. Un Starbucks. Dejé a Leo en el coche, así que solo disponía de diez minutos. Para ser sincero, tenía la esperanza de que no se presentara, de que se hubiera olvidado.

AF: Pero no fue así.

BM: No.

AF: ¿Y qué quería?

BM: Dijo que le gustaría verme; un par de veces a la semana, algo así. Por lo que me contó, me imaginé que en su casa las cosas no iban muy bien. Moira siempre ha sido una zorra sin sentimientos y está claro que ese padrastro suyo es un capullo estirado.

AF: ¿Así que él esperaba encontrar apoyo en usted, su padre biológico? ¿Alguien que le diera el cariño que nadie le daba en su casa?

BM: Lo está tergiversando. No era para nada así...

AF: Entonces, ¿cómo era?

BM: Lo que él quería... habría sido una pesadilla. Sharon no me ha permitido nunca hablarles a los niños de Jamie, y mucho menos verlos. Habría tenido que inventarme un montón de mentiras sobre adónde iba...

GQ: No sé, a mí me parece que eso es algo que se le da bastante bien.

BM: ... Y cuando ella se hubiera enterado se le habría ido la maldita pinza. Era todo demasiado difícil.

AF: ¿Y qué le dijo a su hijo? Cuando se lo quitó de encima.

EC: No hay ninguna necesidad de hablar en ese tono, inspector.

AF: ¿Y bien, señor Mason?

BM: Le dije que teníamos problemas familiares. Que me lo pensaría cuando las cosas se calmaran.

AF: ¿Qué clase de problemas?

BM: ¿Qué más da eso?

AF: ¿Qué clase de problemas, señor Mason?

BM: Bueno, ya que quiere saberlo, le dije que Daisy tenía problemas en la escuela.

AF: ¿Problemas de qué índole?

BM: Ya sabe, que se estaba quedando rezagada, que la escuela era muy competitiva y que teníamos que ayudarla porque le costaba seguir el ritmo.

AF: ¿Y era cierto?

BM: No, claro que no. Daisy es mucho más inteligente que cualquiera de esos críos engreídos de su clase.

AF: Así que le mintió. En lugar de asumir la responsabilidad de sus decisiones como un hombre, le echó la culpa a su hija de ocho años.

BM: Joder, fue solo una mentira piadosa...

AF: Creo que descubrirá que a los chavales no se les da muy bien distinguir la diferencia, señor Mason. Para ellos, una mentira no es más que una mentira.

BM: Lo que usted diga. Insisto, ¿qué más da eso?

AF: ¿Se paró a pensar en algún momento qué daño podría causar con ello? ¿Que Jamie podría estar resentido con su hija después de lo que usted le contó? ¿Que la consideraría la causa de que él no pudiera mantener una relación con usted, que era todo culpa de ella? El chico ya tenía un historial delictivo. Es un muchacho iracundo

e inestable, y ahora tiene un motivo de agravio. ¿Pensó en algún momento lo que podría pasar si ellos dos se encontraban?

BM: No iban a encontrarse...

AF: Sé que eso era lo que usted suponía, pero no es lo que ocurrió, ¿verdad? Él la encontró, igual que lo encontró a usted. Y este es el resultado. [se le muestra una imagen de la cámara de seguridad] Esa es su hija, señor Mason. En el asiento trasero de un coche propiedad del hermano de un conocido pedófilo.

BM: [mira la imagen]

¡Santo Dios! ¿Me está diciendo que Jamie le hizo algo a Daisy? ¿Que fue él quien se la llevó?

AF: No tengo ni idea, señor Mason. Porque, en este momento, ninguno de nosotros sabe dónde se encuentra Daisy. ¿Verdad?

Fuera, en el pasillo, Quinn se dirige a mí:

—¿Sabe? A pesar de todo, cada vez estoy más convencido de que él no lo hizo. El porno, sí; el abuso, tal vez. Pero el resto no; él no la mató. Acabo de ver la expresión de su cara justo ahora, cuando le ha contado que la niña se montó en el coche de Azeem. No creo que nadie pueda fingir eso.

—Así que, igual que el sesenta y siete por ciento de los tarados de Twitter, cree que fue Sharon quien lo hizo.

—Si tuviera que elegir entre ellos dos, sí. Aunque, en este momento, apuesto por Jamie Northam. Por si sirve de algo.

* * *

BBC Midlands Today

Sábado 23 de julio de 2016 / Actualizado por última vez a las

15:59

Daisy Mason: La policía interroga a un adolescente

La BBC ha revelado que un adolescente cuyo nombre se desconoce está colaborando con la policía en la investigación de la desaparición de la niña de ocho años Daisy Mason. A pesar de la exhaustiva búsqueda, en la que han participado cientos de personas, nadie ha visto a Daisy desde el pasado martes.

Tras el anuncio de que sus padres, Barry y Sharon Mason, estaban siendo interrogados por la división de investigación

criminal de Thames Valley, una campaña de odio generalizado se ha extendido por las redes sociales. Esta madrugada, el hogar de la familia ha sido objeto de un devastador incendio provocado que, según algunas fuentes, está relacionado con dicha campaña. Se cree que en este momento la familia permanece oculta.

Si alguien tiene cualquier información sobre Daisy pónganse en contacto con la sala de coordinación de la división de investigación criminal de Thames Valley en el número 01865 0966552.

* * *

Me quedo diez minutos de pie mirando a Jamie Northam en las imágenes de la cámara de la sala de interrogatorios número 2. Debe de saber que lo observamos, pero no parece preocuparle. De hecho, apostaría a que está montando un numerito para mi único deleite. Con un alivio palpable por su parte, a Derek lo ha sustituido un tipo del despacho de Alex. Parece recién salido de la universidad y se ha pasado todo el rato que yo llevo aquí de pie empollándose la Ley de enjuiciamiento criminal. Gislingham se me acerca por la espalda.

–¿Alguna cosa interesante?

–Hasta el momento lo he visto rascarse el culo, meterse el dedo en la nariz y sacarse porquería de las orejas. Solo falta que se reviente un grano y ya tendremos el repertorio completo. ¿Alguna novedad del registro en casa de los Rahija?

–No hay ni rastro de Daisy. No tiene sótano ni ningún otro sitio en el que hubieran podido mantenerla encerrada. El equipo de Challow está revisando el edificio en este momento para asegurarse, pero por lo que parece en la casa no hay nada.

–¿Y en el portátil de Azeem? Tenía pinta de estar cagado de miedo por algo.

–Bueno, ese algo no era porno. Por lo visto, ha montado un negocio muy rentable vendiendo ketamina y marihuana skunk. Probablemente a estudiantes; es un mercado en el que siempre hay demanda.

–¿Y ha sido lo bastante imbécil como para dejar pruebas en su portátil?

–Parece ser que estudia Empresariales en una escuela de formación continua. Estaba practicando la contabilidad de doble entrada. –Al ver mi expresión añade–: No, hablo en serio. No es coña.

Meneo la cabeza.

–Lo que me faltaba.

–En cualquier caso, vamos a presentar cargos contra él. Su madre está de camino.

–Vale. Eso nos deja tan solo a Jamie Northam, cuya madre seguro que no va a venir. Sigue sin contestar el teléfono.

–¿Quiere que entre con usted?

–No, mejor ponte con el papeleo. A ver si puedes encontrar a Quinn.

–De acuerdo, jefe.

* * *

Empujo la puerta y entro en la estancia. El abogado se pone en pie de un salto, como si estuviera en una cama elástica, y a continuación se sube las gafas sobre la nariz.

–Hola, esto..., sargento...

–Inspector. Para que quede claro.

La puerta se abre y Quinn entra y se reúne conmigo. Se ha dado una ducha; percibo el olor a su gel Molton Brown. Ojalá se me hubiera ocurrido a mí. Ahora ya es demasiado tarde.

–Bien, Jamie...

–Jimmy –me interrumpe en tono hosco–. Me llamo Jimmy.

–Como quieras. Bien, *Jimmy*, por el momento no estás detenido. El señor Gregory, aquí presente, ha venido para asegurarse de que todo se hace de acuerdo con las reglas, ¿está claro?

No hay respuesta.

–Vale, voy a empezar haciéndote varias preguntas sobre Barry Mason. Según dice, averiguaste dónde trabaja y fuiste a su oficina.

Él se encoge de hombros, pero no dice nada.

–¿Por qué querías hablar con él, Jimmy?

Otro encogimiento de hombros.

–Tan solo quería ver cómo era. Mamá siempre me dice que soy clavado a él.

Algo me hace pensar que Moira Northam solo le dice eso cuando él hace algo que la cabrea.

–¿Te llevas bien con tu padrastro?

Alza la vista para mirarme y luego vuelve a concentrarse en sus uñas mordidas.

–No le gusto mucho. Dice que soy un menos a la izquierda.

–Un cero a la izquierda.

–Lo que usted diga.

Se hace un silencio. Después de hablar con Alex he buscado información sobre Marcus Northam: su gran casa junto al río, su próspero negocio inmobiliario, sus vastos contactos y su hijo, que estudia en la facultad de Medicina. Es difícil imaginar que considere a este chaval como algo más que un enorme grano en el culo, y estoy seguro de que se esfuerza por dejar meridianamente clara su opinión al respecto. Y aunque Jamie sea a todas luces el delincuente que su padrastro cree que es, la cuestión es qué fue primero: el mal comportamiento o el desprecio. Sea lo que sea, no resulta sorprendente que Jamie pensara que podía tener más en común con Barry que con cualquiera de los dos padres con los que se ve obligado a vivir; no me extraña que creyera que su verdadero padre podría mostrarse más comprensivo con él.

–¿Y cómo fue la cosa, cuando conociste a Barry?

–Dijo que no podíamos vernos. Que no era una buena idea.

–¿Te explicó por qué no era una buena idea?

Él aparta la mirada.

–Era por Daisy, ¿verdad? Te contó que ella tenía problemas en la escuela. ¿Fue por eso por lo que la localizaste? ¿Por eso querías hablar con ella?, ¿para ver si era verdad?

Se hace otro silencio. De repente se lo ve derrotado. Pone los ojos en blanco.

–Cuando él la mencionó me acordé. Me había olvidado, pero entonces recordé que había una niña. Tenía el pelo rubio. Una vez nos la encontramos en el zoo, mi madre y yo. Me dio un trozo del chocolate que estaba comiendo.

–Fue amable contigo.

–Mi padre también estaba allí. Yo quería hablar con él, pero se marchó.

Vuelvo a sentarme.

–Así que reconociste a tu padre; lo recordabas. Aunque solo tenías cuatro años cuando se fue.

Él aparta la mirada.

–Recuerdo que boxeaba conmigo cuando yo era pequeño. En el jardín. A mamá no le gustaba.

–Eras muy pequeño, ¿no? Para boxear.

–Según mi padre, tenía que ser capaz de cuidar de mí mismo. Cuando fuera a la escuela. Para que nadie se metiera conmigo.

–«Te enseñó a pelear para que nadie se riera de ti.»

El abogado me lanza una mirada de extrañeza.

–Lo siento, es de una canción. Llevo todo el día sin poder sacármela de la cabeza.

Está claro que el abogado cree que me ha metido una especie de gol.

–No estoy muy seguro de adónde quiere ir a parar con todo esto, inspector.

–Ya estamos llegando. Así pues, Jimmy, te las apañaste para averiguar a qué escuela iba Daisy.

–Fue pan comido. Me senté frente a un par de escuelas a la hora de la salida hasta que la vi.

–Y volviste otro día y hablaste con ella. Debió de ser toda una conmoción para Daisy, enterarse de que tenía un hermanastro.

–Qué va. Ya lo sabía.

Ahora sí que me ha pillado con el paso cambiado.

–¿Estás totalmente seguro? Sus padres no querían que supiera de ti. ¿Cómo se enteró?

–A mí no me lo pregunte. Lo único que sé es que sabía mi nombre y todo lo demás. Creo que le moló conocerme. Diría que le gustaba tener un secreto que su madre no supiera.

–¿No se llevaba bien con su madre? ¿Sabes por qué?

Niega con la cabeza.

–¿Y qué pasó, Jimmy? Os conocéis y queda claro que ella se alegra de verte. Les dice a sus compañeras que tiene un nuevo amigo y os veis un par de veces más, y de repente les cuenta a sus amigas que no quiere hablar más del tema. Está enfadada y no revela por qué. ¿Qué demonios pasó?

Se encoge de hombros.

Me obligo a ser paciente. Nunca ha sido mi punto fuerte.

Pero merece la pena. Al final.

–Daisy quería ir al circo que hay en Wolvercote Common –dice al cabo–, así que le pedí a Azeem que nos llevara. Por eso estábamos en su coche. Pero era una mierda. Solo había cosas de niños.

Sé a qué circo se refiere. Fuimos una vez. Fue mágico, uno de los mejores días de mi vida. Recuerdo que Alex cogió en brazos a Jake para que él pudiera acariciarle la nariz a un poni blanco al que le habían puesto un cuerno dorado trenzado para que pareciera un unicornio. Jake no habló de otra cosa que no fueran unicornios durante días. Le compré un libro que hablaba de ellos. Sigue allí, en su cuarto.

La voz de Quinn disipa el recuerdo.

–¿No estaba también ahí ese fin de semana la feria de atracciones?

Jamie asiente.

–Pero su madre no la dejaba ir a esos sitios. Daisy no había visto nunca el algodón de azúcar. No sabía que había que comérselo.

De pronto me asalta la triste imagen de ellos dos como un par de críos. Disfrutando de una insignificante tarde de la infancia normal y corriente que podrían haber tenido.

–Parece que fue un buen día –digo–. Así pues, ¿qué pasó?

Él se sonroja.

–Azeem dijo que Daisy lo superaría.

–¿Qué superaría el qué, exactamente? ¿Qué fue lo que le hicisteis, Jimmy?

* * *

9 de mayo de 2016, 19:29

71 días antes de la desaparición
Circo Gray Family, Wolvercote Common

La gran carpa blanca tiene una pista de tierra en el centro, y banderas y banderines colgados en el borde. Daisy está sentada en la primera fila de una de las secciones de asientos. Está sola, pero a ambos lados el banco está tan atestado de padres y niños que nadie se da cuenta. En el ambiente hay un bullicio de emoción, y enseguida la banda musical compuesta por gitanos se pone a tocar y aparece el maestro de ceremonias. Un hombre corpulento y orondo, mitad payaso, mitad duende, con la cara pintada y un grave problema de flatulencias que hace que los niños chillen y se rían cada vez que aparece en escena. A medida que la historia se desarrolla, las hadas se balancean en un trapecio con plumas, los malabaristas lanzan chorros de fuego, y extrañas criaturas vestidas con mallas brillantes bailan a lomos de caballos pintos. Las palomas salen volando de cofres encantados, un ratón del tamaño de un hombre baila salsa sobre una pelota dorada y un ganso domesticado se pasea a ratos por la pista, al parecer impertérrito ante todo el revuelo. Hay música, hay máscaras y hay magia, y Daisy está embelesada, con la boca abierta en una enorme O de admiración.

Una vez que ha terminado el espectáculo y se han acallado los aplausos, Daisy se dirige al exterior, donde la espera Jamie Northam. Fumando. Un par de padres que pasan por su lado los miran con desconfianza mientras ellos se alejan.

—Madre mía —dice él, tirando el pitillo—. Ha durado bastante, ¿no? Azeem tiene que volver.

Se da la vuelta para irse y Daisy corre para alcanzarlo y da un saltito al llegar a su lado.

—Ha sido una pa-sa-da. Había una niña y una bruja que la había robado de bebé y la tenía prisionera en un jardín mágico. Pero los animales la ayudaban a escaparse y ella se iba en un largo viaje por las montañas hasta un precioso castillo en una colina, y resulta que al final era una princesa. Y ella y su verdadera madre vivían felices y comían perdices.

—A mí me parece una chorrada.

Daisy frunce el ceño.

—No lo es. ¡No digas eso!

—Solo es un estúpido cuento de hadas. En la vida, las cosas no son así.

—¡Sí que lo son! ¡A veces sí que lo son!

Él se para y se vuelve hacia ella.

—Mira, niña. A la gente no la roban de bebé y luego descubre que es de la puñetera realeza. Eso son cosas de niños. Cuentos de hadas. Sé que tus padres son una mierda, pero no te queda otra que aguantarlos. Lo siento, así es la vida.

Ella está a punto de echarse a llorar.

—No son mis padres. No me importa lo que me digas. *Lo sé.*

Jamie se enciende otro cigarrillo.

—¿Qué me estás contando?

Ella se ha puesto huraña.

—Los oí. Mi papá decía que casi no me consiguen, que había sido muy difícil pero que mi mamá lo había hecho. ¿Lo ves? Me robaron. Cuando era un bebé. Es un secreto. Se supone que no lo sé.

—¿De verdad dijo eso? ¿Que tu madre te robó?

Ella niega con la cabeza de mala gana.

–No exactamente. Pero es lo que quería decir. Sé que es lo que quería decir. Dijo que habían tenido que pagar un ladrón de hiedra.

–¿Que qué? ¿Qué coño es un ladrón de hiedra?

Daisy baja la vista hacia sus pies.

–No lo sé –dice en voz baja, con las mejillas rojas.

Jamie se echa a reír y le da una calada al cigarrillo.

–Lo entendiste mal, niña. No es un ladrón de hiedra, sino una fecundación *in vitro*.⁵ Es una cosa que hacen en los hospitales. Para la gente que quiere tener hijos. Lo siento, pero no puedes hacer nada: eres su hija, lo quieras o no.

Ella lo mira con la boca abierta, aunque esta vez por rabia, no por placer.

–¡Te odio! ¡Te odio! –grita a continuación tan fuerte como puede, y echa a correr hacia los árboles.

Él se la queda mirando, desconcertado.

–¿Qué demonios? Eh, oye, ¡vuelve aquí!

Pero ella no se da la vuelta, quizá ni siquiera lo oiga. Al cabo de un momento, él aplasta el cigarrillo entre los matorrales, encorva los hombros y se lanza tras ella.

–¿Daisy ¿Dónde estás? –la llama mientras se abre paso entre los árboles. Se está cabreando; primero, el estúpido circo de las narices, y ahora la niña se cree que es una puñetera princesa–. No puedes esconderte de mí. Te encontraré. Lo sabes, ¿verdad, Daisy? *Te encontraré*.

* * *

En la cafetería de enfrente, Quinn pide dos cafés y se acerca a la mesa en la que estoy sentado, junto a la ventana. Le doy un trago al mío. Está demasiado caliente. Pero es de largo mucho más bueno que el que hay en la comisaría.

–Bien, después de oírlo todo, ¿sigues pensando que lo hizo Jamie?

Quinn abre un sobrecito de edulcorante y lo echa en su taza.

–No creo que abusara de ella, si eso es lo que me pregunta. No sexualmente, en cualquier caso. Parece que la idea le repugna de verdad. Pero ¿matarla? Es posible. Aunque si lo hizo no creo que fuera algo planeado. No es tan metódico. Tendría que haber sido fruto de la ira, por alguna cosa que le hizo explotar. Y sospecho que eso es algo que le pasa muy a menudo porque, afrontémoslo, ese chico tiene mucha rabia dentro. Mucha rabia y ninguna coartada. O al menos ninguna que esté dispuesto a compartir con nosotros.

–Así que si lo hubiera hecho él, ¿a estas alturas ya la habríamos encontrado?

–Probablemente. No me lo imagino borrando sus huellas con mucha eficacia.

Asiento.

–¿Te has creído esa historia del circo?

Ahora se muestra más ambiguo.

–Si ocurrió tal como nos ha contado, me cuesta creer que Daisy reaccionara tan mal. Vale, igual no se llevaba bien con sus padres, e igual tiene la misma fantasía que tienen tantos niños de ser adoptados. Aun así, me parece una reacción un poco exagerada, ¿no? Aunque, claro, no soy la persona más indicada para opinar. No sé cómo piensan los niños de ocho años.

Pero yo sí.

–«A esa edad todo parece más grande de lo que es.»

–¿Cómo?

–Es algo que dijo Everett. Hace un par de días. Y tiene razón. Los niños pequeños hacen una montaña de un grano de arena. Sobre todo con las cosas malas. Son incapaces de ponerlas en perspectiva y no ven más allá de lo mal que se sienten en ese momento. Cuando alguien menor de doce años se suicida, esa suele ser la razón.

Meto la cuchara en el café y lo remuevo. Noto que Quinn me está mirando. Preguntándose cómo debe reaccionar. Es más de lo que le he contado nunca. Más de lo que le he contado a casi nadie.

La puerta de la cafetería se abre y veo a Gislingham, que se apresura hacia nosotros. Está claro que tiene algo entre ceja y ceja.

–Challow acaba de llamar –dice al llegar a la mesa–. Ha analizado el disfraz de sirena.

–¿Y?

–Tiene un desgarrón en el cuello, aunque dado que lo han usado niñas una semana sí y otra no, podría deberse tan solo al desgaste. No ha encontrado sangre, pero sí ADN. De cuatro personas distintas. Sharon Mason, que sabemos que lo tocó; Daisy Mason, igual; y otra persona desconocida de sexo femenino, probablemente Millie Connor.

–¿Y la cuarta?

–Un hombre. Es un pelo púbico, para ser precisos.

Siento un peso en el pecho.

–¿Barry Mason?

–Bingo.

Quinn hace una mueca.

–¿El mismo Barry Mason que asegura que no sabía que se habían cambiado los disfraces, que ni siquiera sabía que existía un disfraz de sirena?

–Bueno, ahí es donde la cosa se complica –dice Gislingham–. Según Sharon, lo encontró debajo de la ropa de deporte de él, así que si esto llega a juicio seguro que su defensa alega que así fue como llegó su ADN al disfraz.

–Pero si fue Barry quien lo escondió, eso sería una prueba suficiente en sí misma...

–No podemos demostrarlo –dice Gislingham sin dejar acabar a Quinn–. Podría haber sido Sharon en un intento por incriminarlo. Es lo que va a decir él, sin duda, aunque sea una gilipollez. Y hay algo más. –Se vuelve hacia Quinn–: Hemos comprobado la hora de la llamada al servicio de emergencias de los bomberos, como me pediste.

Quinn se reclina en la silla.

–¿Y?

–Tenías razón. La llamada se produjo a las 2:10. Eso son casi veinte minutos *después* de que Sharon saliera de su casa en llamas dejando dentro a su hijo.

–Vale –intervengo–, llama a Ev y dile que le pregunte a Sharon qué coño se cree que hacía. No con esas palabras, por supuesto.

Quinn recoge las tazas vacías y al ponernos en pie diviso al sargento de guardia de la comisaría, que nos hace señas desde la puerta del local. Debe de ser algo importante para que haya levantado su gordo culo de la silla. Y entonces la veo: hay una mujer joven con él. De estatura media y con el pelo largo y cobrizo. Lleva un bolso de arpillera colgado de un hombro y en ese instante me doy

cuenta de que la he visto antes: en la escuela. En este momento, la mitad de los hombres que hay en el establecimiento la está mirando. Noto que Quinn yergue los hombros, pero no es a él a quien ha venido a ver. O eso parece. Pasea una mirada nerviosa por la cafetería y al distinguir a Gislingham se acerca rápidamente a él. Veo que este mira a Quinn por el rabillo del ojo, y debo admitir que la expresión de la cara de Quinn no tiene precio. Agente dos, subinspector cero.

–Agente Gislingham –dice la mujer jadeando levemente–. Cuánto me alegro de haberlo encontrado. He preguntado por su compañera..., la mujer..., se me ha olvidado el nombre...

–La agente Everett.

–... pero me han dicho que no estaba, así que he pensado que debía hablar con usted.

Gislingham se vuelve hacia mí.

–Es la profesora de Daisy, jefe. La señorita Madigan.

Le presenta también a Quinn, aunque me doy cuenta de que ella está demasiado distraída para tomar nota de quiénes somos, cosa que a Quinn le resulta particularmente demoledora.

–Es por el cuento de hadas –dice ella dirigiéndose de nuevo hacia Gislingham–. El cuento de Daisy. Estaba recogiendo mis cosas en casa y lo he encontrado detrás del escritorio. Debió de resbalarse mientras los corregía. Lo siento mucho; es culpa mía.

Gislingham sonríe.

–No se preocupe, señorita Madigan. Gracias por traerlo.

–No, no lo entiende –dice ella–. Por eso estoy tan preocupada. Sobre todo ahora que he vuelto a leerlo. –Se interrumpe y se lleva una mano a la frente–. No me estoy explicando muy bien, ¿verdad? Lo que quiero decir es que leer la historia ahora, al cabo de tantas semanas, después de... –Respira hondo–. Creo que hay algo en ella que en su momento pasé por alto. Algo espantoso.

Mete la mano en el bolso y saca la hoja de papel. Al tendérsela a Gislingham me doy cuenta de que le tiemblan las manos. Él la lee con expresión seria y luego me la pasa a mí. A la mujer se le han sonrojado las mejillas y se está mordiendo el labio.

–Lo siento mucho –repite en voz baja mientras se le llenan los ojos de lágrimas–. Nunca me lo perdonaré si ha pasado algo y yo podría haberlo evitado. Lo que cuenta Daisy del monstruo..., ¿cómo es posible que no lo viera?...

La voz se le rompe y Gislingham da un paso hacia ella.

–No podía saberlo solo por lo que pone aquí. Nadie habría caído en ello. Pero ha hecho lo correcto al traerlo. –La coge delicadamente por el codo–. Venga, vamos a pedirle una buena taza de té.

Mientras se alejan hacia el mostrador, le tiendo la historia a Quinn. Él le echa un vistazo y alza la vista para mirarme.

Sé exactamente lo que está pensando.

La princesa triste De Daisy Mason, 8 años

Había una vez una niña que vivía en una cabaña. Era ~~horrible~~ horrible. No sabía por qué tenía que vivir allí. Le ponía triste. Quería ir huir, pero una bruja malvada no la dejaba. La bruja malvada tenía un monstruo que parecía un cerdo. La niña quería escaparse y e intentaba ser valiente, pero cada vez que lo intentaba el monstruo entraba en su habitación y la sujetaba. Le hacía mucho daño. Luego la niña descubrió que en ~~realidad~~ realidad era una princesa. Pero solo podría irse y vivir en el castillo como una princesa de verdad si alguien

mataba a la bruja y al monstruo. Entonces llegó un príncipe con una ~~carroza~~ carroza roja y ella pensó que se la llevaría ~~Hevaría~~ con él. Pero él no quiso. Era malo. La niña lloró mucho. Nunca sería una princesa. No viviría feliz ni comería perdices.

Fin

* * *

De vuelta en mi despacho abro la ventana tanto como da de sí y me fumo un cigarrillo ahí de pie. Las lamas del estor veneciano están cubiertas por una gruesa capa de polvo. Siempre he odiado estas malditas cosas. Por un momento me planteo llamar a Alex, pero no sabría qué decirle. El silencio se ha convertido en una mentira fácil. Para los dos. Hay un padre y un hijo esperando en el cruce. Parece que van de camino a Christchurch Meadow: el niño lleva una bolsa de pan de molde para dar de comer a los patos. Con un poco de suerte, hasta verán algún cisne. Pienso en Jake, al que también le encantaban los cisnes, y me permito degustar una exigua ración de recuerdos de la pequeña provisión que mi corazón considera segura. Pienso en Daisy y en el padre que se convirtió en un monstruo. Y pienso en Leo. El niño solitario. El fantasma en su propia vida. Perdido en la ecuación. Porque ¿dónde, en todo lo que he oído hoy, estaba Leo?

* * *

Media hora después, Quinn se pasa por mi despacho.

—Everett acaba de llamar. Por lo visto, Sharon asegura que estaba confusa. Se había tomado dos somníferos y se sentía completamente desorientada. Y la verdad es que en ese vídeo se la ve bastante ida. La primera vez que lo vi pensé que estaba borracha. Se ha mostrado bastante irritada cuando Everett la ha presionado, pero al final ha accedido a que hablemos con su médico para confirmar que tenía una receta. También insiste en que

llamó a Leo antes de bajar la escalera, pero que nadie contestó, y que al ver la puerta de atrás abierta pensó que el niño ya había salido. Fue el vecino quien se percató de que Leo seguía arriba en su cuarto y entró a sacarlo. Dios, si ese hombre no hubiera estado ahí, ahora tendríamos a dos niños muertos, no a uno.

—Lo sé.

—Entonces, ¿nos la creemos?

Me vuelvo hacia la ventana y la cierro, y luego me doy de nuevo la vuelta hacia él.

—¿Crees que es posible que ella misma prendiera fuego a la casa?

Quinn abre los ojos de par en par.

—¿En serio?

—Piénsalo. Si hay alguien que se beneficie del incendio es ella. Ya nos ha entregado varias pruebas bastante graves contra Barry, y cualquier cosa que hubiera en la casa y que pudiera incriminarla ahora se ha volatilizado. Literalmente. Y eso incluye el coche, que, por lo que he podido averiguar, por lo general no metían en el garaje. Lo que significa que sin una confesión o una prueba en el cuerpo...

—Si conseguimos encontrarlo.

—... nos va a resultar tremendamente difícil que la condenen.

—Suponiendo que lo hiciera ella.

–Suponiendo, por supuesto, que lo hiciera ella. Pero si fue capaz de matar a Daisy, tal vez sea capaz de dejar a Leo en una casa en llamas. Piénsalo: podría salir impune de todo este desaguisado y empezar una nueva vida en otra parte. Aunque con el dinero del seguro como compañía.

Quinn lanza un silbido.

–Madre mía.

Alguien llama a la puerta. Una de las agentes de proximidad que se ha dejado el culo en la búsqueda.

Se la ve agotada.

–¿Sí?

–Los chicos que están de guardia en la casa me han pedido que recogiera esto de camino y se lo trajera, señor. Es el correo de los Mason. La mayoría son facturas y publicidad, pero hay algo que tiene que ver. Y antes de que me lo pregunte, no he sido yo la que lo ha abierto; el sobre debió de desprenderse durante el envío. Cuando lo he cogido, el contenido se ha caído y he visto lo que era.

El sobre acolchado mide unos quince por quince centímetros. Está dirigido a Sharon y lleva un matasellos de Carshalton. En el dorso dice que el remitente es la residencia Havenview. Y dentro hay un DVD. En cuanto lo veo, sé por qué me lo ha traído la agente de proximidad.

La miro.

–Buen trabajo..., lo siento, no sé cómo te llamas.

–Somer, señor. Erica Somer.

–Buen trabajo, Somer.

Me pongo en pie y estiro mi dolorida espalda.

–Me voy a casa un par de horas. Llamadme si los padres de Jamie se ponen en contacto con nosotros.

–Esa es otra, señor –dice Erica–. El sargento de guardia me ha pedido que se lo diga. Es la señora Northam. Me dejo caer de nuevo en la silla. –Por fin. Muy bien, tráemela. Somer adopta una expresión de incomodidad. –De hecho, quiere que vaya usted. A su casa. Lo siento. Si hubiera sido yo, le habría dicho que...

Le hago un gesto con la mano.

–No te preocupes –le digo con cansancio–. Me queda casi de camino.

* * *

1 de mayo de 2016, 14:39

79 días antes de la desaparición Barge Close, 5

Daisy está sentada en el columpio del fondo del jardín, balanceándose con desgana de un lado a otro. A su espalda queda el trozo de valla que sus padres no saben que está suelto. Ha salido a través de él hace unos minutos, levantando con cuidado el panel verdoso con ambas manos para no mancharse el vestido. Si alguien la hubiera visto, le habría dicho que quería ir a ver los patos del canal. Pero esa no era la verdadera razón. Y en cualquier caso nadie la ha visto. Ni su madre desde la cocina, ni la gente del camino. Nadie se ha dado cuenta. Nadie se da nunca cuenta.

Toma impulso con las piernas y empieza a moverse adelante y atrás, cada vez más alto, hacia el

cielo. Con cada vaivén, el soporte metálico se sale un poco del suelo donde su padre no lo ha sujetado con la firmeza suficiente. Su madre no para de quejarse al respecto y repite una y otra vez que habría esperado que un constructor pudiera arreglar algo tan sencillo como un columpio infantil. Daisy alza el rostro hacia el sol. Si cierra los ojos casi siente que está volando, planeando sobre las grandes nubes ondulantes que parecen bonitas montañas nevadas o castillos de cuento donde viven príncipes y princesas. Una vez fue en avión, pero hace mucho tiempo y no recuerda cómo fue. Ojalá pudiera. Ojalá pudiera mirar ahora hacia abajo y ver las casas y las calles y el canal, y su propia persona, muy pequeña y muy, muy, muy lejana.

En ese momento se oyen unos toquecitos en la ventana de la cocina. Unas uñas sobre el cristal. Tic, tic, tic.

Sharon abre la ventana.

–Daisy –la llama–, ¿cuántas veces te he dicho que no te columpies tan alto? Es peligroso, ya sabes en qué estado se encuentra esa cosa.

Sharon se queda de pie junto a la ventana hasta que Daisy reduce la altura del balanceo. En cuanto se para, se oye un repentino zumbido agudo, como el de un mosquito. Sharon no puede oírlo porque la frecuencia es demasiado alta. Pero Daisy sí. Mira a su madre hasta que esta cierra la ventana y desaparece de nuevo en la cocina, y luego se mete la mano en el bolsillo y saca un pequeño teléfono móvil rosa.

Hay un mensaje nuevo en la pantalla.

Me gusta tu vestido

Daisy mira a su alrededor con los ojos muy abiertos.

Siempre estoy aquí

Y luego:

No lo olvides

Daisy salta del columpio y regresa a la valla, por la que se escabulle con rapidez. Mira a uno y otro lado del camino. A las familias que pasean con sus perros y sus cochecitos, al grupo de adolescentes que fuman en el banco, al carrito de los helados y los coches aparcados al otro extremo del puente. Se mete el teléfono en el bolsillo y vuelve a cruzar el panel.

Está sonriendo.

* * *

Aparco en el camino de acceso semicircular de la casa de los Northam, junto a un Bentley y un Carrera rojo intenso. Igual que en Canal Manor, se trata de un edificio de nueva construcción que se hace pasar por uno heredado, aunque ahí termina el parecido. Porque aquí todo está construido a una escala infinitamente mayor. Una casa de imitación georgiana de tres pisos con paredes de estuco color crema que se alza en su propio terreno, con un invernadero de naranjos a un lado, un garaje independiente decorado para que parezca un establo, extensiones de césped esmeralda que

descienden hacia el río y un reluciente barco blanco y cromado amarrado a un embarcadero que se mece suavemente arriba y abajo. Es como encontrarse de pronto en un suplemento a color.

No me sorprende que quien me abre la puerta sea una criada con un vestido negro y un delantal; de hecho, lo único que me sorprende es que no hayan tirado la casa por la ventana y hayan contratado a un puñetero mayordomo.

La mujer me lleva a la descomunal sala, y Moira Northam se levanta de un sofá de piel blanca para saludarme. Lo primero que me viene a la cabeza es que Barry Mason tiene un prototipo de mujer. El pelo rubio, los tacones altos, las joyas, la forma de vestir más bien artificial. La única diferencia es que Sharon es diez años más joven y compra sus minifaldas con estampado animal en el Primark.

–Me he enterado de que Jamie ha vuelto a meterse en un lío –dice Moira al tiempo que me indica con un gesto que me siente.

Tiene un vaso grande de *gin-tonic* a su lado. No me ofrece uno.

–Creo que es algo más grave que un «lío», señora Northam.

Ella alza la mano en un gesto de despreocupación y las pulseras de oro tintinean.

–Pero, por lo que tengo entendido, en realidad no ha hecho nada, ¿no?

–Se ha estado relacionando con miembros de una familia involucrada en una red de agresores sexuales de East Oxford. Aún tenemos que establecer hasta qué punto podría estar implicado.

–Bueno, dudo que sean capaces de probar algo en contra de Jamie. Se le va toda la fuerza por la boca. Le gusta pavonearse, pero cuando toca mojarse, es bastante cobarde. Ha salido a su padre.

Puede que esta mujer parezca superficial, pero tiene bien calado a Barry Mason.

–¿Sabía que se estaba viendo con Daisy?

Ella arquea una ceja. Una ceja retocada con maquillaje.

–Querido inspector, ni siquiera sabía que había visto a Barry. No puede decirse que hayamos mantenido el contacto. Ahora nos movemos en círculos muy distintos. Barry paga la manutención de Jamie, por supuesto; mi abogado se ocupó de ello. Lo ingresa en una cuenta a mi nombre. En efectivo.

Miro a mi alrededor: los espejos, el enorme televisor de pantalla plana, las elegantes lámparas metálicas, las vistas del río. Así que aquí es adonde ha ido a parar el dinero de Barry. Directo a esta casa, mes tras mes, durante por lo menos los últimos diez años. Me pregunto qué pensará Sharon al respecto. Mientras, Moira me está mirando.

–Sé lo que está pensando, inspector, pero es una cuestión de principios. Barry me dejó y Jamie es su hijo. No puede esperar que Marcus le saque las castañas del fuego.

Sospecho que esa debe de ser también la opinión de Marcus, y, por segunda vez hoy, siento un leve atisbo de pena por Sharon Mason.

–Barry tiene los derechos de visita habituales en estos casos. Aunque nunca los ha ejercido.

Me muestro incrédulo.

–¿Nunca? ¿Cuántos años tenía Jamie cuando se separaron?

–Acababa de cumplir cuatro.

Así que Barry abandonó a un niño de cuatro años que hasta ese momento lo llamaba «papá». Un niño al que le había leído cuentos, al que había arropado en la cama, al que había subido a caballito, al que había empujado en el columpio.

Moira sigue mirándome.

–Para ser justa con mi más-que-reprovable exmarido, fue idea de Sharon –me cuenta–. Todo ese rollo de «un nuevo comienzo». Aunque una vez me topé con ella y con Barry; fue en el zoo de Londres, quién lo iba a decir.

–Lo sé. Jamie me lo ha contado. Reconoció a su padre.

Eso la deja fuera de juego por un momento.

–¿De verdad? Sinceramente, me deja atónita. No había visto a Barry en años.

–Le sorprendería, señora Northam, hasta qué punto se aferran los niños a esa clase de cosas.

Ella recupera de nuevo la compostura.

–Bueno, en cualquier caso, Jamie me había arrastrado hasta allí para ver el pabellón de las serpientes, qué espanto de niño, y como por arte de magia ahí estaba Sharon con su preciosa niña. Una situación de lo más violenta, ¿puede imaginárselo? Nos quedamos ahí de pie mirándonos durante unos cinco minutos, intentando pensar en algo que decir. Y entonces apareció Barry y ella se lo llevó deprisa y corriendo como si acabáramos de coger la lepra. Después de eso recibí una nota de Sharon, especificando (esa fue la palabra que utilizó) que Barry y ella no querían mantener ningún contacto y que eso era también lo mejor para los niños.

»Para ser sincera –continúa Moira–, creo que la verdadera razón para esa chorrada de comenzar de nuevo es que no quería que Barry se pasara por aquí, ni siquiera para ver a Jamie. Lo quería solo para ella. Por desgracia para Sharon, Barry es muy aficionado a compartir. Le gusta entregarse a sí mismo en cantidades generosas. No sé si me explico.

–¿Sabe cómo se conocieron?

–Oh, ella era su secretaria en esa época. ¿Esa empresa constructora de Barry? Yo también trabajaba allí, hasta que tuve a Jamie, momento en el cual la contrató a ella. Una tarde aparecí con el bebé en el cochecito y me encontré al bomboncito con unos tacones altos y una falda corta y unos pendientes del tamaño de un tapacubos. Le dije a Barry que sería una mujer muy guapa si no se esforzara tanto. Se suponía que en ese momento estaba prometida con alguien. Un mecánico; Terry o Darren o algo por el estilo, pero estaba claro que este no le iba a proporcionar el estilo de vida que ella buscaba, y creo que Barry se convirtió en su objetivo en cuanto le puso la vista encima. Estaba siempre que si Barry esto, que si Barry lo otro; la verdad es que nos reíamos bastante con eso. Pero al final debió de meterse en su cama, porque lo siguiente que me encuentro es que ella alega estar embarazada, y Barry se ve arrastrado por su, usted-ya-sabe-qué, directo al tribunal de familia. Aunque se lo hice pagar. Me refiero a la empresa. Lo había puesto todo a mi nombre por si alguna vez iba a la quiebra, y le obligué a comprármela al precio máximo de mercado. Tuvo que pedir un crédito descomunal.

Y con eso y la manutención del hijo, no me extraña que el dinero escasee. Tomo nota mentalmente y vuelvo a mirarla. Estoy seguro de que el bronceado es artificial. Sin duda, sus tetas lo son.

Hago un gesto abarcando la estancia.

–Diría que usted ha rehecho su vida con mucho éxito.

Ella se ríe con cierta timidez.

–Bueno, como marido, Marcus es mucho mejor de lo que Barry fue nunca. No está tan interesado en el sexo.

Se alisa la falda por encima de los mulsos, que quedan demasiado a la vista, y me dirige una

mirada con una pregunta sin pronunciar suspendida en el aire. Pero yo también tengo mi prototipo de mujer y, créanme, Maira Northam no se acerca ni de lejos.

Se mira la manicura y luego a mí.

–Además, Marcus ya tenía el hijo y el heredero requeridos, así que no tuve que arruinar mi figura teniendo más.

Sonríó. Parece lo que exige el comentario.

–Ha dicho que alegó.

–¿Disculpe?

–Hace un momento, acaba de decir que Sharon «alegó» que estaba embarazada. ¿No era así?

Abre la mano, y las pulseras vuelven a tintinear.

–¿Quién sabe? Es el truco más viejo del mundo, al fin y al cabo, y los hombres nunca parecen notar la diferencia. Por Dios, a estas alturas una pensaría que han aprendido a guardársela dentro de los pantalones. Lo único que sé es que nueve meses después no llegó ningún bebé. Y tuvieron que recurrir a la fecundación *in vitro* para tener a Daisy. Al menos eso fue lo que me contó alguien.

Y probablemente eso también les costó un buen pellizco.

–Y por lo que usted sabe, ¿Daisy no sabía que tenía un hermanastro? ¿No conocía la existencia de Jamie?

–No, a menos que Barry o Sharon se lo contaran, y creo que eso es altamente improbable. Por lo que respecta a Sharon, la vida de Barry anterior a ella ha sido..., ¿cuál es la palabra? *Censurada*, eso es; por completo. Hasta el punto de afirmar que no habían empezado a verse hasta después de que nosotros nos divorciáramos, lo que por supuesto es totalmente falso.

–¿Y Jamie sabía de la existencia de Daisy?

Ella se ruboriza, tan solo un poco, por debajo del bronceado.

–Le puedo asegurar que yo nunca se la mencioné. No tengo ni idea de cómo pudo averiguarlo. Me temo que tendrá que preguntárselo a él.

–Lo haré. También le preguntaré, otra vez, dónde estaba cuando Daisy desapareció. Porque hasta que podamos confirmar su paradero, me temo que no podemos eliminarlo de nuestras pesquisas.

Ella sonrío.

–Eso es exactamente de lo que quería hablarle. No sé por qué Jamie se muestra tan terco; quizá crea que una temporadita entre rejas hará maravillas con su reputación en las calles con esos socios malsanos que se ha buscado. En fin, el caso es que sé exactamente dónde estaba Jamie el martes por la tarde. Estaba conmigo.

–Eso es fácil de decir, señora Northam...

–Es muy posible. Pero resulta que tengo pruebas. La sobrina de Marcus se casa la semana que viene, y ese día estábamos en casa de mi horripilante cuñada para el ensayo. Incluso hay fotos, aunque Jamie no me dará las gracias por mostrárselas. No le gusta que lo vean con unos pantalones como Dios manda. No tengo ni idea de cómo voy a embutirlo dentro de un chaqué.

Saca su móvil, busca las fotos y me tiende el aparato. Me doy cuenta de pasada de hasta qué punto sus manos la delatan. El bótox le ha dejado la cara inexpresiva, pero en las manos se le notan las venas y las manchas de la edad. Coge un pañuelo de papel del bolso y veo que este

último es igual que el de Sharon. Aunque me apostaría lo que fuera a que, por lo que he visto de esta mujer, este es auténtico.

–Bien –dice al tiempo que me dedica la mejor de sus sonrisas–, ¿ahora pueden soltar a Jamie?

Le devuelvo el móvil y me pongo en pie.

–Antes tengo que hacerle unas preguntas más. Me imagino que querrá estar presente. Puedo llevarla, o bien puede reunirse conmigo en la comisaría. Y después de eso podremos dejarlo a su cargo. Esta misma noche estará en casa.

Ella echa un vistazo al reloj; más oro.

–Esta noche vienen los Anderson. Me es imposible cancelarlo; Nicholas Anderson es nuestro concejal local. ¿Tal vez pueda avisar a ese asistente social para que vaya de nuevo?

Como he dicho, Barry Mason tiene un prototipo de mujer.

* * *

Cuando por fin llego a casa, Alex ya se ha ido a la cama. El bote de somníferos está abierto en la mesilla de noche. Lo cojo –mecánicamente– para sopesarlo. Alex siempre ha sido la fuerte de los dos. O al menos eso es lo que yo había creído siempre. Recuerdo que mi padrino de boda la llamó «mi roca», y en el banquete todo el mundo sonrió y asintió al reconocer en el apelativo a la Alex que todos conocían. También lo era la Alex que yo conocía, por más que detestara el tópico. Hasta estos últimos meses no me había dado cuenta de lo espantosamente acertado que resulta. Porque las rocas no son flexibles, las rocas no ceden. La clase de fortaleza que tiene Alex, enfrentada a lo insoportable, se hace añicos. Es por eso por lo que compruebo sus somníferos. Y por lo que me aseguro de que nunca me vea hacerlo. No puedo dejar que crea que veo una conexión. No puedo dejar que crea que ella tiene la culpa. Ya se siente bastante responsable sin necesidad de ello.

En la planta baja, me sirvo una copa grande de Merlot y me llevo el DVD a la sala. En la imagen de la tapa se ve a Daisy. En una piscina, sonriendo a la cámara. Es un DVD que han mandado a su madre y, aunque solo sea por esa razón, debería ser completamente inocente. Pero yo solo puedo pensar en ese cuento escalofriante. Y en la tarjeta de felicitación. Mientras el aparato se carga, leo la nota que acompaña al disco.

*Residencia Havenview
Yeading Road
Carshalton
20 de julio de 2016*

Querida señora Mason:

Gracias por mandarnos su contribución para el «cofre del tesoro» de Sadie. Recopilar artículos que están asociados a un recuerdo especial, o que rememoran tiempos pasados, está demostrando ser un método muy eficaz para estimular a aquellos de nuestros residentes que padecen Alzheimer y ayudarlos a mantener una vinculación con su pasado.

Lamentablemente, me temo que este artículo en concreto no ha tenido tanto éxito como esperábamos. Le hemos mostrado el vídeo a Sadie y al principio apenas ha reaccionado, pero al llegar a la parte en la que aparece su hijita se ha alterado muchísimo y ha empezado a hablar de alguien llamado Jessica. Estaba tan conmovida que hemos decidido, muy a nuestro pesar, que el vídeo le hacía más mal que bien. Lo lamento mucho. Le devuelvo el DVD por si quiere utilizarlo con otro fin.

La saluda atentamente,

Monica Hapgood (directora del centro)

Así que Sharon Mason no les ha contado a los cuidadores de su madre que esta tenía dos hijas, no una.

Cojo el mando a distancia y le doy al play. La pantalla se pone azul y a continuación aparece un título: «A mamá, de Sharon, Barry, Leo y Daisy», y luego:

Capítulo uno: Boda de Sharon y Barry

No hay música de fondo, tan solo una empalagosa pieza instrumental de zampoña, que dejó sonar durante tres minutos antes de quitar el sonido. El vídeo comienza con una imagen de Barry vestido con un esmoquin y con una rosa roja en el ojal, y Sharon con un vestido de raso sin tirantes y muy ceñido, y una tiara con cristales de estrás, sujetando un ramo de rosas rojas. A continuación la cámara muestra a Sharon avanzando por el pasillo del salón de actos de un hotel. Hay unos treinta invitados y lazos rojos en el dorso del respaldo de las sillas. En la pared del fondo un cartel anuncia: FELICES NAVIDADES DE 2005, y hay guirnaldas de acebo y hiedra, y un árbol de Navidad. Gerald Wiley está mucho más corpulento que en la foto del periódico y acompaña a su hija con dificultad, respirando trabajosamente. Su cara tiene un tono violáceo. Sadie, en cambio, está más delgada y no se está quieta: manosea su bolso, su sombrero, su ramillete. Me pregunto si se hallaba ya en las primeras etapas de la demencia. Hay varias tomas de los votos y luego del banquete. Barry dando su discurso, los dos cortando el pastel. A Gerald Wiley se le ve en el fondo. No sonríe.

Capítulo dos: El primer cumpleaños de Leo Leo está sentado en una trona azul en una cocina; no es la de Barge Close. En una mano sujeta una cuchara de plástico amarillo con la que da golpes sobre la bandeja de la trona. Tiene una especie de puré en la barbilla. La cámara gira ciento ochenta grados y muestra a una embarazada Sharon que sostiene una tarta de cumpleaños con una vela. La tarta tiene forma de león. La deja delante de Leo mientras él la mira y tiende la mano hacia la vela. Ella se la agarra y la retira. Se la ve cansada. Alguien, me imagino que Barry, sopla la vela. Leo se echa a llorar.

Capítulo tres: Bautizo de Daisy

Hace un tiempo invernal. El grupo de personas que, incómodas, se hallan frente a la iglesia está apiñado para protegerse del viento. Se ve a Sharon sosteniendo en brazos a un bebé envuelto en un grueso arrullo. Sadie lleva el mismo abrigo que el día de la boda. Gerald se apoya en un bastón. Hay dos personas mayores más que, me imagino, serán los padres de Barry. Este coge de la mano a Leo. El niño lleva traje y corbata y el pelo alisado; está tirando de su padre y da la sensación de que grita. Sharon parece enfadada, pero cuando la cámara se centra en ella y el bebé, enseguida sonríe. Levanta la cabeza del bebé para que veamos a Daisy.

Capítulo cuatro: Vacaciones de verano y otro cumpleaños

Esta secuencia se grabó en algún lugar del extranjero. Quizás el Algarve o alguna parte de España. Se ve a Sharon en bikini y con zapatos de tacón alto, caminando arriba y abajo junto a una piscina de hotel, deteniéndose de vez en cuando y dejando caer la cadera como una reina de la

belleza. Tiene un tatuaje en la parte de atrás del tobillo izquierdo, y me lo quedo mirando al darme cuenta de que es una mariposa. En un momento dado se para de espaldas y mira por encima del hombro, guiña el ojo y lanza un beso a la cámara en plan Marilyn Monroe. Está en buena forma y da la sensación de que podría haberse dedicado a esto de manera profesional. Tiene la piel bronceada y sonríe. Está feliz. La imagen se corta y aparece Daisy, con un vestidito de flores y un sombrero cimbreado para protegerse del sol, y aplaude con unas manos regordetas. No tendrá más de dos años. Luego vemos a Barry con Daisy en la piscina. Él la sostiene por la cintura por encima de su cabeza y luego le hace el avión sobre el agua. La sube y la baja. La sube y la baja. La niña grita de placer. A continuación se ve a Sharon con un vestido de algodón blanco y unos pendientes de colgante, sentada en una tumbona abriendo regalos de cumpleaños. La toma termina con Daisy avanzando de manera inestable hacia la cámara con una sonrisa y sosteniendo un cartel en el que pone: TE QUIERO, MAMÁ.

Capítulo cinco: Navidad

Un plano de un árbol (artificial) con las lucecitas de colores encendidas. A juzgar por la tenue iluminación de la estancia, es la mañana de Navidad, muy temprano. La puerta se abre y entra Daisy. Debe de tener unos cuatro años y se parece desconcertantemente a Jessica. Me pregunto si fue en este momento cuando tuvieron que apagar el vídeo. Daisy lanza una mirada traviesa a la cámara, como si supiera que no tiene que dejar que se note que está allí. Luego ve la bici, apoyada en el caballete junto al árbol y cubierta de cintas rosas. En el siguiente plano se ve a los dos niños rodeados por montones de papel de regalo. Daisy habla a la cámara, y señala uno a uno los regalos que ha recibido, y explica lo que son. Leo está a un lado sin mirar al objetivo, abriendo, impávido, un regalo tras otro. Por el contenido queda claro que algunos no son para él. En el siguiente plano se ve la fachada de una pequeña casa semiadosada de los sesenta con una puerta de garaje azul demasiado pequeña para cualquier coche moderno. Primero se ve a Daisy montada en su bici nueva pedaleando hacia la cámara, y, después, a los dos niños en la nieve, con gorros de borla y manoplas, lanzándose bolas con Barry. Daisy tiene un aspecto inconcebiblemente adorable con un par de pequeñas botas Ugg. En un momento dado, Barry tumba a Leo sobre el suelo entre risas, y ambos ruedan juntos, pero Leo se lo quita de encima y corre hacia la cámara llorando. A continuación vemos a los dos niños dando vueltas y más vueltas alrededor de un muñeco de nieve; Daisy aplana meticulosamente la nieve para dejarla lisa mientras que, un par de metros detrás de ella, Leo cava agujeros con gran resolución con una pequeña pala roja.

Capítulo seis: Más vacaciones de verano Un pequeño jardín suburbano; es evidente que se trata de la misma casa. El césped está desgastado y pardusco. Detrás de la casa, más allá de la valla trasera, se distingue una especie de edificio industrial, tal vez el techo de una gasolinera. Aunque tal vez solo veo eso porque eso es lo que vi cada día durante los primeros quince años de mi vida. Las imágenes borrosas de los Mason son como una parodia de mi propio pasado.

Ahora se ve a Barry con un ceñido bañador Speedo negro que no deja nada a la imaginación, con el pecho hacia fuera y las manos en las caderas. Parece que se ha untado el cuerpo con aceite. Lo vemos levantando pesas y haciendo una pose para enseñar sus músculos. Se está riendo. Luego cambia el enfoque y vemos a Sharon vestida con un caftán holgado. Sostiene en la mano una bebida con una cañita y una sombrillita, y levanta el vaso en el aire, pero tiene un aire apático y

está claro que ha ganado mucho peso. A continuación, la cámara se desplaza hacia Gerald Wiley, que está sentado en la tumbona de al lado, muy tieso y vestido con chaqueta de punto, camisa y corbata, y luego hacia Daisy, sentada sobre la rodilla de su abuela. Se la ve incómoda, como si se sintiera fuera de lugar. Resulta extraño ver esa expresión en la cara de una niña tan pequeña. Y entonces la cámara gira hacia un lado y vemos a Leo en la piscina de plástico, chapoteando de una manera monótona y repetitiva que no parece reportarle ningún placer. Sharon se acerca a cogerlo y él se pone a gritar, y caigo en la cuenta de que no ha mirado directamente a la cámara ni una sola vez.

* * *

Enviado: Dom 24/07/2016,

10:35

Importancia: Alta

De: AlanChallow@ThamesValley.police.uk A: AdamFawley@ThamesValley.police.uk

Asunto: Caso n.º 372844 Mason, D

Le adjunto los resultados de los análisis forenses del Nissan Navara negro propiedad de Barry Mason. No ha sido posible examinar el coche de Sharon Mason, que ha sufrido daños de consideración debido al fuego.

En resumen:

El interior y el exterior de la camioneta *pick up* se examinaron en busca de sangre y otras pruebas físicas. No se encontró nada que no debiera estar ahí. No había rastros de sangre ni de ADN en la plataforma. Si la utilizaron para transportar un cuerpo, debieron de envolver meticulosamente los restos con un material impermeable. Dejo constancia de que el señor Mason tenía varios chalecos reflectantes y otras prendas similares de ropa de alta visibilidad para su uso en las obras, que en teoría podrían utilizarse para transportar un cuerpo, aunque definitivamente la chaqueta hallada en el coche no se utilizó para ello: en ella solo hay ADN de Barry Mason. También encontramos un casco protector y un par de botas de seguridad negras con la punta de acero, en las que igualmente tan solo hay ADN suyo. En la casa había más prendas reflectantes, pero los daños ocasionados por el fuego las invalidan como elementos probatorios.

El coche no mostraba señales de que lo hubieran lavado recientemente (de hecho, más bien al contrario). Hemos encontrado ADN de Barry, Sharon y Daisy Mason en los asientos, así como de otro varón, presumiblemente Leo Mason. Este último, en su mayor parte, en forma de uñas mordidas, cuyo tamaño coincide con el de unas manos de niño. Las muestras de los demás individuos consisten sobre todo en pelo y algo de piel, aunque había también secreciones vaginales de dos mujeres sin identificar, casi todas en la parte de atrás, así como restos de semen, identificado como el de Barry Mason.

Solo hemos realizado un descubrimiento inesperado. No hemos tomado muestras de ADN a Leo Mason, pero, basándonos en los fragmentos de uña, puedo afirmar de manera categórica que no está emparentado con el resto de la familia. Leo no es hijo biológico de los Mason.

* * *

–¿Por qué no nos contó que Leo no es hijo suyo?

Estoy de pie en el calabozo de Barry Mason. Es domingo por la mañana. Oigo las campanas de las facultades, cada una de las cuales suena a su hora aproximada. Y de hecho ese es el mejor botón de muestra del carácter de esta ciudad. Barry está tendido de espaldas en la cama con las rodillas dobladas. Necesita con urgencia una ducha. En cuanto a mí, lo que necesito con urgencia es que me disparen en la cabeza. Porque no puedo creer que haya tardado tanto en darme cuenta. Leo no se parece en nada a ninguno de los Mason, y, aunque no fuera por eso, las fechas deberían haberme saltado a los ojos: si los Mason se casaron en diciembre de 2005 y Leo tiene diez años, Sharon tendría que haber estado embarazada en la boda. Y está claro que no lo estaba.

Barry se incorpora y se pasa las manos por el pelo, y luego descuelga las piernas por el borde de la cama.

–No creía que fuera de su condenada incumbencia –dice al final. Pero sus ganas de luchar han desaparecido–. Es Daisy quien ha desaparecido, no él. –Se frota la nuca y alza la vista hacia mí–. ¿Debería hablar con usted sin mi abogada?

–No está relacionado con la acusación por pornografía. Aunque puede llamarla si quiere. Hemos conseguido una prórroga, por cierto; podemos retenerlo veinticuatro horas más antes de presentar cargos.

Me mira un momento, reflexionando, y luego lanza un suspiro.

–Vale, lo haremos a su manera.

–¿Por qué decidieron adoptar? Está claro que pueden tener hijos propios.

–En aquel momento no lo sabíamos. Escuche, la única razón por la que le pedí el divorcio a Moira fue porque Sharon estaba embarazada, pero luego perdió al niño y se quedó muy mal. El doctor nos dijo que era posible que no pudiéramos tener otro; según ellos, la única opción era la fecundación *in vitro*, aunque teníamos pocas probabilidades. Podríamos considerarnos afortunados si funcionaba. Así que decidimos adoptar.

–Pero se hicieron la *in vitro* de todos modos. Por si acaso.

–Así es.

–¿Qué edad tenía Leo cuando lo adoptaron?

–Unos seis meses.

–Tuvieron mucha suerte; hoy en día no hay muchos bebés disponibles.

Él aparta la mirada.

–¿Señor Mason?

–Si quiere saberlo, nos dijeron que era posible que tuviera... problemas. Pero cuando lo vimos nos pareció que estaba bien. Era un niño muy guapo. Sharon se quedó prendada de él al momento.

Y Sharon estaba desesperada por tener un hijo; desesperada por evitar que Barry cambiara de parecer y volviera con Moira. Y con su dinero. Y con su verdadero hijo.

–Y entonces Sharon se quedó embarazada después de todo.

–Apenas podíamos creerlo. No pudo suceder en peor momento. Fue solo unas semanas después de la adopción. Pero ya era demasiado tarde: no podíamos devolver a Leo.

No puedo creer que haya oído lo que acabo de oír.

–¿Qué clase de problemas?

–¿Cómo?

–Ha dicho que les contaron que Leo tenía problemas.

–Solo dijeron que era posible que los tuviera. Era demasiado pronto para estar seguros. También cabía la posibilidad de que estuviera perfectamente bien. Y lo estaba..., de bebé. Siempre fue muy tranquilo, nunca nos dio problemas. No como Daisy: era un infierno conseguir que se durmiera. Lloraba durante horas y eso nos volvía locos. Fue más adelante, tendría cuatro o cinco años, cuando Leo se volvió un poco..., ya sabe, raro.

–Y cuando les dijeron que era posible que tuviera problemas, ¿les explicaron por qué?

–Por lo visto, su madre cumplía condena en la cárcel y no podía cuidar de él como era debido. Tenía problemas con el alcohol, ya sabe cómo van estas cosas. Por eso lo habían puesto en adopción.

Respiro hondo. Todo cuadra. La dificultad para relacionarse, los cambios de humor. Y lo que vi con mis propios ojos hace tan solo dos días. La cuestión es si eso es *todo*. Si no hay nada más.

–¿Qué dice su médico?

Él resopla.

–Sharon nunca tiene tiempo para él; dice que lo único que hace Leo es meter las narices en todo. Por lo que a ella respecta, Leo tan solo tiene un pequeño retraso y el médico no puede demostrar otra cosa. Según dice, no es asunto de nadie cómo criamos a nuestros hijos.

Y eso también cuadra. Lo último que querría Sharon es que «ellos» pensaran que estaba criando a un niño que fuera menos-que-perfecto. O que se había visto obligada a recurrir a la adopción para tenerlo.

–Todos los problemas que ha tenido Leo en la escuela; las agresiones, el acoso...

Barry se exaspera.

–Lo único que tiene que hacer es aprender a defenderse, eso es todo; no ser tan gallina. Escuche, lo cierto es que no es tan grave. De verdad. La mayoría de días ni siquiera se nota. Es un buen niño. Dócil.

–Hasta hace poco.

–Bueno, sí.

–¿Sabe por qué? ¿Ocurrió algo que pudiera haber desencadenado ese comportamiento?

–Que me aspen si lo sé.

–¿Él sabe que es adoptado?

Niega con la cabeza.

–No, no se lo hemos contado.

Cuento hasta diez.

–¿No cree que se les está haciendo un poco tarde para contarle algo así? En algún momento lo averiguará, y cuanto mayor sea, peor será.

Si hay alguien que lo sabe soy yo. Mis padres nunca me han dicho que no soy su hijo biológico, pero yo lo he sabido y lo he llevado dentro durante cincuenta años. Lo descubrí cuando no era mucho mayor que Leo ahora, husmeando en el escritorio de mi padre, donde sabía que no debería haber estado. La curiosidad siempre mata al gato. Pero no fue por eso por lo que no se lo dije a mis padres; sabía de una manera instintiva, como les pasa a los niños, que era un tema que nunca podría plantearles, y a estas alturas todavía no lo he hecho.

Barry se encoge de hombros.

–No es cosa mía, colega. Y no vale la pena discutir con Sharon sobre ello. Créame.

Fuera del calabozo, golpeo la pared, frustrado, y me hago daño en la muñeca. Aún estoy sacudiendo la mano para aliviar el dolor cuando el teléfono empieza a sonar. Es Everett.

–Quería llamarle ayer por la noche –dice–, pero me pareció que era demasiado tarde. Escuche, he estado pensando en Leo. Y me he acordado de ese correo electrónico del médico en el que comentaba que Leo había ido a verle para «su revisión». Es raro que utilizara esa palabra, da la sensación de que las pasaba de manera regular. Eso no es normal, ¿no? Y el médico se mostró muy reservado: todo lo que decía al final de que necesitaría una autorización para proporcionar cualquier información sobre la familia... Creo que intentaba decirnos algo. Bajo el pretexto de hacer justo lo contrario.

Así que ella también ha atado cabos. Es lista, Everett. Llegará lejos.

–Esta mañana he recibido un correo electrónico de Challow –le digo–. Las pruebas halladas en el coche confirman que Leo es adoptado.

–Madre mía, ¿y no nos lo han dicho?

–No me hagas hablar. Por supuesto, no importaría si eso fuera todo. Pero no lo es.

Le cuento lo que Mason acaba de decirme.

–Mierda –dice. Y añade enseguida–: Ayer, mientras estaba sentada con Leo, me dijo que todo «era culpa suya», pero cuando le pregunté a qué se refería se cerró en banda. Y esta mañana, al salir de la ducha, me lo he encontrado debajo de la cama. Me ha dicho que había perdido algo y que había encendido una cerilla para ver mejor. La parte inferior del colchón ya había prendido. Es un milagro que no haya ardido todo el edificio. Según él, ha encontrado las cerillas en el cajón.

Esta vez me toca a mí.

–Mierda.

* * *

Página de Facebook Encontremos a Daisy

Mason Sigue sin haber noticias de Daisy, a pesar de la exhaustiva búsqueda que ha realizado la policía en la zona que rodea su casa. Esta ha interrogado a sus padres y han aparecido informaciones que aseguran que un adolescente del que no se sabe el nombre está «colaborando en la investigación». Si vives en la zona de Oxford y viste cualquier cosa sospechosa la tarde del martes 19 de julio, por favor, por favor, llama a la policía. Hay que preguntar por el inspector Adam Fawley en el número 01865 0966552. Este mensaje es especialmente importante si has estado de vacaciones y no has visto las noticias.

*A Jason Brown, Helen Finchley, Jenni Smale y 285
más les gusta esto*

COMENTARIOS DESTACADOS

Dora Brookes Acabamos de volver después de pasar unos días fuera y me acabo de enterar de la terrible noticia. No sé qué hacer. Esa tarde, la del 19, vi a un hombre meter algo en un contenedor de nuestra calle. Vivimos a unos ochocientos metros de la urbanización de Canal Manor. Sé que era el martes porque fue el día que nos marchamos. El tipo llevaba una de esas chaquetas amarillas reflectantes y un casco protector. Por aquí hay tantos edificios en obras que en ese momento no le di más importancia. Pero ahora me pregunto si podría estar

relacionado con la desaparición de Daisy. Acabo de ir a mirar, pero la casa está vacía y aún no hay nadie en la obra. Parece que ni siquiera han empezado a trabajar en ella, así que ¿por qué iba a haber un operario allí? ¿Qué pensáis? No pude ver lo que metía en el contenedor, así que igual no es nada. No quiero hacerle perder el tiempo a la policía. 24 de julio a las 16:04

Jeremy Walters Creo que deberías llamar ahora mismo a la policía. 24 de julio a las 16:16

Julie Ramsbotham Estoy de acuerdo; no te preocupes por molestar a la policía. Seguro que prefieren saberlo y así pueden ir a comprobarlo. 24 de julio a las 16:18

Dora Brookes Gracias a los dos. Es lo que haré. 24 de julio a las 16:19

* * *

Richard Donnelly vive en una gran casa adosada de los años treinta justo a las afueras de Wolvercote. De hecho, se parece mucho a la de los Rahija, aunque sin la miseria, las drogas y lo inhóspito del lugar. Al aparcar delante, lo veo sacando el equipaje del coche. Tiene el aspecto demacrado de un hombre que acaba de pasar dos semanas ininterrumpidas de tiempo de calidad dedicado a tres niños pequeños.

Al presentarme se pone en guardia de inmediato.

–Ya se lo dije, inspector; no puedo revelar nada en relación con la familia Mason sin la debida autorización.

–Lo sé, doctor Donnelly. No voy a pedirle que lo haga. Mi intención es contarle lo que ya sabemos, a ver si me puede proporcionar algunos antecedentes básicos. Tan solo información médica general, nada relacionado específicamente con los Mason.

Se lo piensa.

–Muy bien, puedo acceder a eso. ¿Por qué no entra? Le pediré a mi mujer que nos prepare un té. ¿Por qué resulta tan difícil encontrar un té medio decente en el extranjero?

–Es por la leche –le contesto, y me doy cuenta de que he sonado igual que Sharon Mason.

El jardín trasero necesita desesperadamente tanto que corten el césped como que lo rieguen, pero hay un banco bajo una pérgola que queda justo sobre Port Meadow. Distingo cuatro o cinco casas de colores pastel y varias manchas marrones dispersas. Están tan quietas, y en una composición tan perfecta, que apenas parecen reales. Pero entonces se oye el sonido de una cola de caballo al sacudirse, y la ilusión se desvanece. Una vez llevamos a Jake a ver esos caballos, después de que alguien del despacho de Alex contara que una de las yeguas había dado a luz a un potro. Debía de tener tan solo uno o dos días, y resbalaba y brincaba y agitaba su pequeña cola. Nos costó mucho despegar a Jake del animal.

–No tenía ni idea de que vivía tan cerca de Port Meadow.

–En invierno –dice Donnelly al tiempo que deja dos tazas de té sobre la mesa–, desde la habitación de mi hijo se ven los capiteles.

Espero a que sirva el té y luego empiezo.

–Hay dos cosas que sabemos ahora que no sabíamos cuando la agente Everett se puso en contacto con usted. La primera es que Leo Mason es adoptado. La segunda es que su madre biológica era alcohólica.

Aunque él no dice nada, por la expresión de su cara deduzco que esta información no lo coge

por sorpresa, pese a que a mí sí que me sorprendió.

–Así pues, doctor Donnelly, ¿qué puede contarme de los efectos a largo plazo del síndrome alcohólico fetal?

Se muestra escéptico.

–¿Desde un punto de vista meramente teórico?

–Meramente teórico.

Él deja la taza.

–No me diga que no lo ha buscado en Google.

–Claro que lo he hecho. Pero quiero oírlo con sus propias palabras.

–Muy bien. Esta es la versión oficial. Como probablemente ya habrá averiguado, los efectos en el niño pueden variar mucho, pero en la mayoría de los casos el denominador común es el daño neuronal. Este provoca dificultades de aprendizaje que van de las más leves a algunas graves. También existen complicaciones físicas; puede haber problemas hormonales y órganos como el hígado y los riñones pueden verse afectados. –Vacila–. Otro de los síntomas son molestias estomacales. No es muy habitual, aunque a veces pasa.

Nuka Echa Potas, pienso. Y también en lo despiadadamente sagaces que pueden ser los niños.

–El síntoma físico más habitual se encuentra aquí. –Se lleva la mano a la cara–. ¿Esa hendidura que tenemos entre la boca y la nariz? Se llama filtrum. Los niños con síndrome alcohólico fetal o SAF a menudo lo tienen poco desarrollado. Es bastante inconfundible, cuando sabes lo que buscas.

Es algo que noté en Leo casi la primera vez que lo vi. Pero no me percaté de la relevancia que tenía. No en ese momento.

–¿Se pueden hacer pruebas para detectarlo? Pruebas psicológicas, quiero decir.

–No, no existe una prueba cuyos resultados sean concluyentes. Y eso puede agravar el problema. El SAF a menudo se confunde con el autismo o el TDAH; les ocurre incluso a los médicos más experimentados, porque algunos rasgos de comportamiento son similares: estos niños pueden ser hiperactivos y tener una coordinación corporal deficiente. También tienen dificultades para mostrar empatía, así que a menudo les cuesta establecer relaciones y tratar con otras personas. Sobre todo en grupo.

–Así pues, esa clase de niños son blancos fáciles para el acoso.

–Lamentablemente, sí. Y por lo general no se manejan muy bien si llega a suceder. No se les da bien pensar en las consecuencias de sus actos, así que tienen tendencia a actuar de manera impulsiva, y eso puede empeorar una situación ya de por sí mala.

Como lanzarse contra el ojo de otro niño con un lápiz. Por ejemplo.

Donnelly lanza un suspiro.

–Estos niños necesitan una gran cantidad de apoyo. Un entorno estable en casa y especialistas cualificados que les ayuden a desarrollar las herramientas que necesitan para lidiar con sus problemas. En este asunto no existen atajos, inspector. Los padres de un niño con SAF se enfrentan a años de cuidados pacientes y concienzudos. Y esa puede ser una tarea pesada e ingrata.

–Pero ¿qué pasa si esos niños no reciben ayuda? ¿Y si los padres se niegan a reconocer el problema en sus dimensiones reales?

Me lanza una mirada y luego aparta la vista.

–En ocasiones puede pasar un tiempo antes de que los síntomas sean más acusados. En esas

circunstancias, es posible que los padres se muestren reacios a hacer valoraciones precipitadas; por lo general, a la gente no le gusta que etiqueten a sus hijos. En ese caso, yo haría un seguimiento estrecho del niño y recomendaría que lo derivaran a los servicios pediátricos comunitarios como y cuando lo creyera necesario. O si pensara que puede resultar de ayuda.

–¿Y los padres pueden negarse a acudir?

Se ruboriza.

–La mayoría de las personas quiere lo mejor para sus hijos.

Eso no es una respuesta, y él lo sabe.

–Pero ¿pueden negarse?

Asiente con la cabeza.

–Y entonces, ¿qué ocurre?

–Siempre hablando hipotéticamente, si yo me encontrara en dicha situación, continuaría haciendo un seguimiento del niño y me plantearía hablar con la enfermera de la escuela. También dedicaría mucho tiempo a explicar a los padres lo importante que es que su hijo reciba cuanto antes ayuda profesional de un especialista. Insistiría en que las consecuencias a largo plazo, en caso de no hacerlo, podrían ser catastróficas: adicción a las drogas, violencia, acoso sexual. Desde Estados Unidos llegan unas estadísticas aterradoras; como es habitual, allí están mucho más avanzados que nosotros en estos temas. Leí un informe en el que se estimaba que las posibilidades de que una persona con SAF acabe en la cárcel son diecinueve veces mayores que para el resto de la población.

Lo que no hace sino confirmar mis peores miedos.

Me levanto para marcharme, pero está claro que al doctor le ronda algo más por la cabeza.

–Inspector –dice, mirándome fijamente a los ojos–, los niños con SAF a menudo tienen una tolerancia al dolor inusualmente alta. Así que a veces, con algunos de ellos, lo que ocurre es que descargan toda esa rabia y frustración sobre sí mismos. Dicho de otro modo...

–Lo sé –digo–. Se autolesionan.

* * *

Quinn está apagando el ordenador cuando le pasan la llamada. Sujeta el auricular entre la cabeza y el hombro mientras cierra los programas, y escucha solo a medias. Hasta que de repente se yergue en la silla y agarra con fuerza el teléfono.

–Repítame eso. ¿Estás seguro?

Rebusca entre los papeles del escritorio hasta que encuentra un boli.

–¿Qué dirección es? El veintiuno de Loughton Road. Lo tengo. Llama a los forenses y diles que nos encontraremos allí. Sí. Ya sé que es domingo, joder.

Luego se levanta de la silla, coge su chaqueta y se marcha.

* * *

Mientras aparco frente a mi casa, el teléfono emite un pitido que indica que me ha entrado un correo electrónico. Abro el archivo, le echo un vistazo y llamo a Everett.

–¿Puedes llevar a Leo Mason a la sala de Kidlington mañana a las nueve de la mañana? Derek

Ross tendrá que estar presente en calidad de asistente social, así que llámalo también y organízalo todo. Dile que lo sentimos pero que no hay otra opción. En cuanto a Sharon, puede mirar las imágenes a través de la cámara si lo desea, pero no puede estar en la habitación. Y si quiere traer a un abogado, que lo haga, no le voy a poner peros. Aunque sí quiero que tú estés presente. Si Leo confía en alguien, es en ti.

Acabo de salir del coche cuando el teléfono vuelve a sonar. El pánico de la voz de la línea me impide entender las palabras.

–Más despacio. ¿Dónde está?, ¿en qué hospital? Vale, no te preocupes. Nosotros nos ocupamos de todo. Tú céntrate en Janet.

Cuelgo y me quedo ahí de pie un momento. Y al entrar en la sala al cabo de unos minutos, Alex alza la vista y me pregunta por qué lloro.

* * *

Cuando Quinn llega a Loughton Road ya se ha arremolinado una multitud. Un agente del equipo forense está desenrollando cinta azul y blanca y disponiéndola en la entrada del camino de acceso, y otros dos están extrayendo los objetos del contenedor uno a uno. Sillas viejas, rollos de alfombra podrida, básculas de baño rotas, placas de pladur machacadas. Parece que no importe lo pudiente que sea una zona: la gente sigue tirando sus mierdas en los contenedores de los demás. Uno de los agentes uniformados le señala a Quinn una mujer menuda de mediana edad con un vestido holgado y unos *leggings* negros que está de pie detrás de la cinta. Tiene el pelo recogido en un moño despeinado; es una de esas mujeres que se dejan el pelo largo pero nunca lo llevan suelto. Se la ve alterada y empieza a hablar antes incluso de que Quinn llegue a su lado.

–Ah, subinspector. Soy yo quien ha llamado. Ojalá me hubiera enterado antes de lo de Daisy... Me sabe fatal haber tardado tanto en ponerme en contacto con ustedes, pero en el *cottage* no tenemos televisor, y tampoco tengo internet en el móvil. Es tan caro..., y de todos modos con Exmoor no hay cobertura en ningún lado...

–La señorita Brookes, ¿verdad? –dice él al tiempo que saca su tableta–. Por lo que tengo entendido, vio usted a un hombre tirar algo al contenedor el martes por la tarde. ¿Se acuerda de cuándo fue exactamente?

–Oh, debían de ser más o menos las cinco. Queríamos salir más pronto porque el viaje es muy largo, pero tuve que ir a recoger algunas prendas en la tintorería y había cola, y con una cosa y otra...

«Madre mía –piensa Quinn–. ¿Se callará en algún momento?»

–Bien, el martes sobre las cinco. ¿Qué aspecto tenía ese hombre?

–Como le he dicho al otro agente, llevaba una de esas cosas amarillo fosforito...

–¿Ropa reflectante de protección?

–Sí, eso es. Una chaqueta y también un casco, y hasta una mascarilla; ya sabe, una de esas blancas que se ponen para lijar. El tipo que nos quitó el gotelé del techo del baño llevaba una igual. Debería haberme dado cuenta, ¿no?, de que era un poco raro; tendría que haberlos llamado antes. Estoy tan preocupada; ¿y si eso lo hubiera cambiado todo? No lo creerá usted, ¿no?

–¿Podría describirlo? ¿Altura, peso?

–Bueno, en realidad era normal. Estaba agachado detrás del contenedor, así que no pude verlo

muy bien.

–De acuerdo. ¿Recuerda algo sobre lo que metió el hombre en el contenedor? Cualquier cosa.

–Me temo que no me fijé, agente. *Phoebe*, nuestra chihuahua, estaba ladrando porque no le gusta nada ir en coche, y *Elsbeth* trataba de tranquilizarla, y un joven de lo más desagradable acababa de dedicarme un gesto grosero mientras volvía de la tintorería porque le di un bocinazo por cruzar la calle cuando mi semáforo estaba verde. No creo que sea justo, ¿no? Yo tenía todo el derecho a estar allí...

–¿El contenedor, señorita Brookes?

Reflexiona durante un momento.

–Bueno, lo único que puedo decir es que, fuera lo que fuese lo que tiró, lo sujetaba con facilidad en una mano, así que no pesaba mucho. Y estaba envuelto en algo. De eso estoy segura. Aunque no era una bolsa de plástico. La luz no se reflejaba. Sin duda recuerdo que me di cuenta de eso.

Y así, Quinn pasa de sentir un categórico desdén a una admiración reticente. Más aún cuando al cabo de unos minutos uno de los miembros del equipo forense lo llama y le muestra algo que ha sacado del contenedor. Algo lo bastante ligero como para sostenerlo con una mano y envuelto en papel de periódico.

* * *

Cuando llego al hospital John Rad casi ha anochecido. Me paso diez minutos dando vueltas con el coche para encontrar el ala correcta y diez más buscando sitio para aparcar. Dentro, los pasillos están desiertos, salvo por alguna que otra enfermera con aire cansado y las limpiadoras que empujan los carritos con mochos y cubos. En el segundo piso, una mujer con aspecto maternal que está en el mostrador me pregunta si soy un familiar.

–No, pero tengo esto.

Mira mi placa y luego a mí con aire desconfiado.

–¿Hay algún problema del que no estemos al corriente, inspector?

–No, en absoluto. El padre, el señor Gislingham, trabaja para mí. Solo quería ver cómo está Janet.

–Ah, entiendo –dice ella, más tranquila–. Bueno, me temo que tardaremos un poco en saberlo con certeza. Ha venido con intensos dolores abdominales y sangraba un poco, así que vamos a mantenerla ingresada.

–¿Podría perder el bebé?

–Esperemos que no –dice, aunque su expresión contradice sus palabras. A la edad de Janet, probablemente las perspectivas no son buenas–. Aún no lo sabemos. A estas alturas no podemos hacer mucho aparte de asegurarnos de que esté cómoda y confiar en que la naturaleza enderece su curso. ¿Quiere ver un momento al señor Gislingham? Ya que se ha tomado la molestia de venir hasta aquí...

Vacilo un instante. No he estado en una planta de maternidad desde que nació Jake. Tenemos un vídeo del momento del nacimiento: su carita tirante gritando en busca de su primera bocanada de aire, sus diminutas manos abriéndose y cerrándose, y esa mata de pelo oscuro que nunca se le

cayó aunque todos nos decían que lo haría. He escondido la cinta en el desván. Soy incapaz de aguantar la felicidad que refleja. Su insoportable fragilidad.

La enfermera me está mirando con cara de preocupación.

—¿Se encuentra bien?

—Lo siento; solo estoy cansado. La verdad es que no quiero molestarlos.

—La última vez que he mirado, su compañero estaba dormido en la silla. Pero vayamos a echar un vistazo rápido. Puede que se alegre de ver una cara amiga.

La sigo por el pasillo intentando no ver las cunas, a los aturdidos padres primerizos. Janet tiene una habitación para ella sola. Al mirar a través del panel de cristal de la puerta veo que las cortinas están corridas y a Janet, dormida, con una mano sobre su abultada barriga y la manta agarrada en la otra. Gislingham se encuentra en una silla a los pies de la cama, con la cabeza echada hacia atrás. Tiene un aspecto espantoso, con la cara gris y reducida a sombras.

—Mejor no lo despierto. No ayudaría en nada.

Ella me dedica una sonrisa amable.

—De acuerdo, inspector. —Me da un golpecito en el brazo—. Me aseguraré de decirle que ha estado aquí.

Ha escogido la profesión adecuada; es la clase de persona que uno querría tener cerca si estuviera a punto de tener un hijo. O si lo hubiera perdido.

* * *

16 de abril de 2016, 10:25

94 días antes de la desaparición

Calle comercial, Summertown, Oxford

Azeem Rahija está sentado en su coche frente al banco. Enfrente, en la misma calle, el Starbucks bulle de actividad con los compradores sabatinos. Desde donde está, Azeem ve a Jamie en una de las mesas. Tiene una taza frente a él y una bolsa de lona a sus pies. Está tamborileando sobre la mesa, y no deja de mirar hacia la puerta.

Azeem se enciende un cigarrillo y baja la ventanilla del coche. Al otro lado de la calle, un hombre empuja la puerta de la cafetería para entrar. Tiene cuarenta y tantos años. Lleva unos tejanos ceñidos y una chaqueta de cuero. Está hablando por el móvil y gesticula mucho. Dos mujeres sentadas a la mesa de la esquina le lanzan una mirada al pasar junto a ellas y él yergue un poco los hombros. Jamie lo observa fijamente hasta que acaba la llamada y se sienta tras colgar la chaqueta en el respaldo de la silla.

Azeem no tiene ni idea de qué dicen, pero es evidente que la conversación no va bien. El hombre no para de negar con la cabeza. Da la sensación de que Jamie le pregunta por qué. Luego hay un largo momento en que ninguno de los dos dice nada. El hombre se pone en pie y señala el vaso que hay frente a Jamie. Este niega con la cabeza. El otro se encoge de hombros, se da la vuelta y se dirige a la barra para sumarse a la cola de los que esperan para pedir. Por el camino se detiene a hablar con las mujeres de la mesa de la esquina.

Azeem ve a Jamie meter la mano en el bolsillo de la chaqueta del hombre y sacar el móvil. Echa un vistazo para asegurarse de que el tipo no lo mira, pero este está demasiado ocupado ligando con las mujeres. Entonces Jamie sonrío. No es una sonrisa agradable. Devuelve el

teléfono al lugar de donde lo ha sacado, y, cuando el hombre regresa al cabo de unos minutos, se levanta. El otro hace un intento somero para conseguir que vuelva a sentarse, pero Jamie se limite a sacudir su mano. Coge la bolsa y se abre paso entre las mesas hacia la salida. Se detiene un momento en la acera para encenderse un pitillo y, a continuación, se escabulle entre los coches hasta el otro lado de la calle. Azeem ve cómo el hombre del Starbucks se reclina en su silla y respira hondo antes de coger la cucharita del café. Su expresión de alivio resulta inconfundible.

Jamie da un golpecito en la ventanilla y Azeem se inclina y abre la puerta del coche.

–Maldito cabrón de mierda –dije Jamie con los dientes apretados, y lanza la bolsa al asiento de atrás.

–Ya te lo dije, tío. A los capullos como ese solo les importa su culo. –Azeem ve muchas series estadounidenses.

–Sí, ya –replica Jamie–. No me hace ninguna falta el jodido rollo de «ya te lo dije».

Azeem se encoge de hombros. Hace años que no ve a su padre.

Jamie da una honda calada a su cigarrillo y mira a Azeem.

–Aunque lo he pillado. Se la he jugado pero bien.

–¿Qué, lo dices por el teléfono?

Jamie esboza una sonrisita y entorna los ojos.

–Sí. El teléfono. El muy gilipollas ni siquiera tenía contraseña.

Los dos se echan a reír y luego Azeem pone el coche en marcha y se introduce en el tráfico haciendo chirriar las ruedas, pasando a centímetros del parachoques trasero del Nissan Navara negro aparcado delante de ellos. En el asiento de atrás hay un niño que los mira, luego dirige la vista hacia el hombre a través de la ventana del Starbucks.

Este se ha cambiado de sitio y está en la mesa de la esquina.

* * *

A la mañana siguiente, en el centro de coordinación no hay bromas ni risas; de hecho, no hay mucho de nada. La tranquila sala se queda completamente en silencio cuando ocupo mi lugar al frente. Probablemente crean que tengo malas noticias.

–Me imagino que muchos de vosotros ya sabéis que ayer llevaron a Janet Gislingham al hospital. Si me entero de algo, de lo que sea, os lo haré saber, pero debemos asumir que Gislingham no trabajará como mínimo durante unos días, así que tenemos que asegurarnos de cubrir su puesto. Quinn, encárgate tú de eso.

Quinn se levanta del borde del escritorio donde estaba apoyado.

–Jefe, también yo tengo que poner al día a todo el mundo acerca de lo que pasó anoche. Recibimos una llamada de una mujer que vio a un hombre con ropa reflectante tirando algo en un contenedor la tarde que desapareció Daisy. Le pareció sospechoso porque en la obra aún no han empezado los trabajos. El caso es que fuimos a comprobarlo y requisamos un paquete envuelto en papel de periódico. El *Guardian*, para ser más exactos. Del día anterior, el 18 de julio.

–¿Qué era?

–Un par de guantes anticorte extragrandes. Del tipo que utilizan los albañiles. Con las palmas de plástico gris y el dorso naranja fluorescente. Y me temo que también hay sangre en ellos. Así

como varias manchas de un color rojizo en el dorso que creo que son de otra cosa. Los forenses lo están analizando en este momento.

Echo un vistazo a la sala.

—Así que cuando empezábamos a creer que quizá Barry Mason no fuera el sospechoso que buscamos, vuelve a estar en los primeros puestos de la lista.

—Y hay otra complicación. —Esta vez es Everett quien habla—. Acabo de estar al teléfono con David Connor, Ya sabéis, el padre de Millie. Ha vuelto a hablar con ella y la niña le ha contado algo que no había contado antes. Sobre el día anterior a la fiesta. Las niñas se pasaron por casa de los Connor para probarse los disfraces. Por lo visto, Daisy le suplicó a Millie que no se lo contara a nadie.

—¿Algo relacionado con Daisy?

—No, jefe. Con Leo.

* * *

—¿Cómo te va?

Leo levanta la cabeza para mirarme y luego vuelve a agacharla. Lleva una camiseta de fútbol del Chelsea que le queda grande y unos pantalones cortos. Tiene arañazos en las rodillas que le bajan por una de las piernas. Derek Ross está sentado a su lado en el otro lado de la mesa y Sharon se encuentra en la sala adyacente, con su abogado, mirando a través de la cámara. Con un vestido sin mangas y un bolero blanco, parece que se ha pasado un momento por aquí de camino a una regata.

Everett desliza sobre la mesa una lata de Coca-Cola hacia el chico y sonrío.

—Por si tienes sed.

—Bien, Leo —empiezo—, me temo que tengo que hacerte varias preguntas y puede que alguna de ellas te disguste. Si es así, quiero que nos lo digas, ¿vale? ¿Lo entiendes?

Él asiente; está jugando con la anilla de la lata.

—¿Te acuerdas de los bomberos que fueron a tu casa para apagar el incendio?

Otro asentimiento.

—En esta clase de incendios, el jefe de bomberos tiene que hacer un informe para averiguar qué sucedió.

No hay ninguna reacción por su parte.

—Bueno, pues me acaban de mandar una copia de ese informe. ¿Quieres que te diga lo que pone?

Él no alza la vista, pero de repente la lata se hunde y la anilla se desprende.

—Pone que después de todo no creen que el cóctel molotov lo lanzaran desde el camino de sirga. Es lo que pensaron en un principio, pero ahora se han dado cuenta de que se habían equivocado. Por lo visto, lo saben por la forma en que se rompió la ventana. Se parece un poco a lo que hacen los policías que salen en las series de la tele. Que encuentran todos los trocitos de cristal y los vuelven a juntar.

—*CSI* —dice Leo sin levantar la cabeza—. La he visto. Y *Ley y orden*.

—Eso mismo. Es justo lo que quería decir. En fin, después de llevar a cabo esa habilidosa tarea, ahora los bomberos creen que el fuego se inició dentro de la casa. Y saben en qué habitación fue porque encontraron gasolina allí. No la había en ninguna otra parte. Solo en una habitación.

Silencio.

–¿Sabes dónde se inició el fuego, Leo?

Él se encoge de hombros, pero tiene las mejillas rojas.

–Fue en tu cuarto, ¿verdad?

Silencio. Derek Ross le dirige una mirada y luego me hace un gesto de asentimiento. Podemos continuar.

–¿Te acuerdas del día en que nos conocimos? –le pregunto al cabo–. Después de que Daisy desapareciera. Me contaste que te gustaron los fuegos artificiales que lanzaron en la fiesta. ¿Lo recuerdas?

Él asiente.

–¿Era eso lo que parecían, Leo? ¿Te despertó el ruido de fuera y al mirar por la ventana de tu cuarto viste estallar los cócteles molotov en el jardín y pensaste que eran fuegos artificiales?

Otro silencio.

–¿Quieres que te diga lo que yo creo que pasó? Creo que viste que uno no había explotado, y bajaste y lo recogiste y lo metiste en la casa, y te dejaste la puerta de atrás abierta. Creo que cogiste unas cerillas de la cocina y volviste arriba. Y creo que una vez allí prendiste la botella y así fue como se inició el fuego.

Ahora tiene la cara casi granate. Derek Ross se inclina hacia él y le pone una mano en el brazo con delicadeza.

–¿Estás bien, Leo?

–¿Puedes contarnos qué pasó después? –continúo–. ¿Oíste cómo tu madre te llamaba?

Su voz es un hilillo, tan débil que tengo que inclinarme hacia delante para entenderlo.

–Ella estaba abajo.

–¿Pero tú intentaste bajar? ¿Las llamas eran demasiado grandes?

Niega con la cabeza.

–¿No tenías miedo? ¿No te diste cuenta de que podías acabar herido?

Se encoge de hombros.

–No les habría importado. Solo les importaba Daisy. Yo no. Querían devolverme.

Noto que Everett me mira. Sabe tan bien como yo lo que tengo que hacer a continuación. Aunque me odie por hacerlo, aunque no pueda prever el daño que vaya a ocasionarle.

–Leo –le digo con delicadeza–, ¿sabes lo que significa la palabra «adoptado»?

Él asiente.

–Daisy me lo explicó. Me dijo que yo no era su hermano de verdad. Y que por eso nadie me quería.

Dos lagrimones asoman a sus ojos y le ruedan lentamente por las mejillas.

–No estuvo bien que te dijera eso. ¿Estabais discutiendo?

Él asiente.

–¿Fue el día que desapareció? ¿Fue entonces cuando te lo contó?

–No. Hace mucho tiempo. A medio trimestre.

Así que hace un par de meses. La época en la que Leo empezó a portarse mal. La época en que empezó a arremeter contra todos. No me extraña. Pobre chaval.

–¿Sabes cómo se enteró?

–Lo oyó. Mis padres no sabían que estaba allí. Lo hacía siempre. Sabía muchos secretos.

Le hago un gesto a Everett. Es su turno.

–Háblanos del día en que Daisy desapareció –le pide en voz baja.

Más lágrimas, que manan en silencio.

–Me enfadé con ella cuando se largó y me dejó con esos chicos. Le grité.

–¿Así que volvisteis a discutir? ¿Qué te dijo?

–Me dijo que tenía otro hermano. Uno de verdad. Dijo que papá tenía un hijo verdadero y que iba a verlo a él en vez de a mí y que ya no necesitaría uno adoptado.

–¿Eso te molestó?

Tiene la vista baja.

–Sabía que no les importaba.

Detecto la angustia en los ojos de Everett. Hay más dolor en esta habitación del que puede resistir un niño.

–¿Y qué pasó cuando llegaste a casa? –le pregunta Everett al final–. ¿Viste a Daisy?

Él me mira a la cara.

–Ya se lo dije. No quería verla. No sé lo que pasó. Tenía la música puesta.

–Leo –digo, esforzándome para que no me flaquee la voz–. Nos acabas de contar que estabas muy enfadado con ella. ¿Estás seguro de que no fuiste a su cuarto al llegar a casa? Todos entenderíamos que siguieras enfadado; te dijo cosas feas de verdad. Si alguien me las dijera a mí, yo estaría molesto. Y a veces, cuando nos enfadamos, alguien paga los platos rotos. ¿Estás seguro de que no fue eso lo que pasó con Daisy?

–No –contesta él–. Fue tal como les conté.

–Te enfadaste en la escuela, ¿verdad? Con uno de los niños que te acosaban. Intentaste clavarle un lápiz en el ojo.

Leo se encoge de hombros.

–Me estaba haciendo daño.

–¿Y pasó algo más el día antes de que Daisy desapareciera? ¿Mientras estabais en casa de los Connor, probándoos los disfraces de los otros?

Leo se ruboriza.

–No quise hacerlo.

–La señora Connor nos ha contado que pegaste a Daisy. Que te lanzaste sobre ella con una varita de mago.

–Era de brujo. Los magos son cosa de niños.

–Pero eso no es lo importante, ¿verdad, Leo? ¿Por qué quisiste pegarla?

–No paraba de decir cosas malas sobre mí. Todas las niñas se reían.

–Y... ¿volvió a pasar lo mismo en la fiesta? ¿Volvió a decir cosas malas sobre ti y tú volviste a enfadarte y le pegaste? ¿Es posible que se cayera y se diera un golpe en la cabeza? No pasa nada si fue eso lo que ocurrió. Lo entendería, y la agente Everett también. Y Derek.

Él niega con la cabeza.

–Y si a tu hermana le pasó algo así –prosigo–, estoy seguro de que tú lo sentirías mucho. Y te pondrías triste. Así que lo más natural sería que hubieras acudido a tu madre para contárselo. Estoy seguro de que ella querría ayudarte a arreglar las cosas. ¿Fue eso lo que pasó, Leo?

No quiero ni imaginarme lo que está sucediendo en este instante en la habitación de al lado. Pero no me importa.

Leo vuelve a negar con la cabeza.

–No es mi madre. Y Daisy no es mi hermana.

–Pero ¿te ayudó? ¿Te ayudó tu madre a arreglar las cosas después de que discutieras con Daisy?

–Ya se lo he dicho. No vi a Daisy. Ella estaba en su cuarto.

Everett y yo intercambiamos una mirada.

–Entonces todo sucedió tal como nos contaste desde un principio –digo–. Llegaste a casa y Daisy tenía la música puesta y nunca volviste a verla.

Él asiente.

–Tú estabas en tu cuarto, con tu propia música puesta.

Asiente de nuevo.

–Y llevabas los cascos.

Él vacila.

–Yo también tenía mi música puesta.

–¿La música y los cascos?

–Lo que sea. Los odio. Los odio a todos.

Y probablemente él tan solo quería sacarlo todo. Quién podría culparlo. Ahora está llorando mucho. A mares.

Extiendo los brazos, y, con delicadeza, con mucha delicadeza, le cojo las manos y le levanto las mangas demasiado largas. Las mangas demasiado largas que siempre lleva, incluso con este calor. Él no intenta detenerme.

Miro las líneas que le surcan la carne. Me imagino que comenzó poco después de descubrir que no tenía familia. El médico lo sabía y creo que la escuela también lo sospechaba. Pero ninguna de las personas que se suponía que tenían que quererlo y cuidarlo se dio cuenta de que algo iba mal. Pobre Leo. Pobre Jamie, joder. Pobres todos los niños abandonados y solitarios.

–Sé lo que es esto, Leo –digo en voz baja–. Una vez tuve un hijo pequeño que también lo hacía.

Noto que Everett se tensa a mi lado. No lo sabía. Nadie lo sabía. No se lo contamos a nadie.

–A mí me ponía muy triste y tardé mucho tiempo en entenderlo porque lo quería mucho, y pensaba que él lo sabía. Pero ahora lo entiendo y creo que sé por qué lo hacía. Hacerse esto duele menos que el resto del dolor, ¿verdad? Hace que te sientas un poco mejor. Aunque solo sea por un ratito.

Derek Ross extiende el brazo y se lo pasa por los hombros al pequeño, que no deja de sollozar.

–No pasa nada, Leo, no pasa nada. Lo solucionaremos. Lo solucionaremos todo.

En el pasillo, Sharon ya está esperando. Esperando y echando humo.

–¿Cómo se atreve? –dice al tiempo que se acerca demasiado a mí señalándome con una larga uña roja. Estas también son nuevas–. ¿Cómo coño se atreve a intentar meterme en todo esto? Si ese estúpido niño le hizo algo a Daisy, yo no sabía nada. Desde el principio no ha dejado de insinuar que soy una mala madre, ¿y de verdad ahora sugiere que ese niño mató a mi hija y que yo le ayudé a *arreglarlo*? ¿Que le ayudé a *encubrirlo*? ¿Qué derecho tiene? ¿Qué puñetero derecho tiene?...

–Señora Mason –empieza el abogado, alarmado–, lo cierto es que no creo...

–Si yo fuera usted –sisea ella, ignorándolo y acercando aún más su cara a la mía–, me lo

pensaría dos veces antes de ponerme a lanzar acusaciones contra otras personas sobre la forma en que crían a sus hijos. Al fin y al cabo, mi hija solo ha desaparecido. El suyo está *muerto*.

* * *

4 de abril de 2016, 22:09

106 días antes de la desaparición Barge Close, 5; sala de estar

Barry está mirando una serie policiaca estadounidense en la tele. En la mesa, a su lado, hay una lata de cerveza. De repente la puerta se abre con violencia y Sharon irrumpe en la sala. Tiene una chaqueta de cuero en una mano y un trozo de papel en la otra.

–¿Qué coño es esto?

Barry la mira, ve lo que tiene y coge su lata.

–Ah, eso.

–Sí. Eso.

Barry se encoge de hombros. La indiferencia quizás es un poco forzada.

–Solo es una niña pequeña que recorta fotos de revistas. A esa edad todos los niños lo hacen. No sabe lo que quiere decir.

–Ya no es tan pequeña; tiene ocho años.

–Ya te he dicho que no es nada.

Sharon tiene la cara roja de ira.

–Es *repugnante*, eso es lo que es. Ya sé que crees que soy corta, pero tengo ojos en la cara. He visto cómo la coges, cómo te la sientas en el regazo..., y ahora esto....

Barry deja la lata en la mesa.

–¿De verdad me estás diciendo que no puedo coger a mi propia hija?

–No de la manera en que lo haces.

–¿Y qué coño quieres decir con eso?

–Sabes exactamente lo que quiero decir. Veo las miradas que te lanza...

–Me mira como una niña mira a su maldito padre.

–... Y eso de hablar en susurros tapándoos la boca con la mano y la manera en que me miráis por encima del hombro...

–No puedo creer lo que estoy oyendo. ¿Cuántas veces más tenemos que repetir la historia de siempre? Nadie te mira por encima del hombro. Son imaginaciones tuyas.

–Sí, y tú eres el padre de la década –replica Sharon en tono sarcástico.

Barry se levanta.

–Al menos yo no tengo celos de mi propia hija.

Sharon lo mira boquiabierta.

–¿Cómo te atreves!

–Porque a eso se reduce todo, ¿no? Es lo mismo que te pasaba con Jessica.

–Ni se te ocurra meterla en esto. Es completamente distinto.

–Es *exactamente* lo mismo. No puedes soportar ser la segundona, ¿verdad? No ser el puto centro de atención todo el tiempo. Te pasó con Jessica y te está pasando ahora. Con tu propia hija,

joder. Cuando no está, no paras de presumir de ella, pero a ella nunca le dices nada agradable. Nunca le dices que algo le queda bien o que es guapa...

–De pequeña, mi madre nunca me dijo que era guapa.

–Ese no es el tema, me cago en todo. Que tu madre fuera una bruja no significa que tú también tengas que serlo.

–Daisy ya está bastante mimada sin necesidad de que yo aporte mi granito de arena. Tiene que aprender que no puede andar por la vida esperando que el mundo entero gire a su alrededor. No es una *princesita*, a pesar de lo que tú le digas cada hora de cada maldito día.

Barry se acerca a la chimenea y vuelve la cara hacia su mujer.

–¿Me estás diciendo que lo haces a propósito? ¿Que lo haces para darle una lección? –Menea la cabeza–. A veces me pregunto si de verdad la quieres.

Sharon levanta la barbilla.

–Tú ya le das amor de sobra. Yo solo equilibrio la balanza. Algún día me lo agradecerá.

–Dios. Después de todo lo que tuviste que pasar para tenerla, lo que ambos tuvimos que pasar, ahora me sales con estas. A veces tengo la sensación de que no te entiendo en absoluto, joder.

Sharon dice algo demasiado bajo para que se oiga. Se le sonroja la cara.

–¿Qué has dicho?

Ella se vuelve hacia él y levanta de nuevo la barbilla en un gesto desafiante.

–He dicho que es difícil querer a alguien que te desprecia.

Barry lanza un suspiro teatral.

–Daisy no te desprecia; hace lo imposible por complacerte. Lo hacemos todos. Es como si tuviéramos que andar de puntillas por la puta casa.

–Tú no sabes las cosas que dice. Cosas desagradables y maliciosas. No lo ves porque nunca lo hace cuando estás delante. Es demasiado lista para eso.

Barry apoya las manos en las caderas.

–¿Como qué?

–¿Qué quieres decir?

–Dices que no lo hace cuando yo estoy delante, así que dame un ejemplo. Algo que haya dicho.

Sharon abre la boca y vuelve a cerrarla. Al final dice:

–Me contó que la madre de Portia estaba organizando un grupo de lectura y que iban a comenzar con *Orgullo y prejuicio*, pero que ya le había dicho a Portia que a mí no me interesaría.

–Bueno, es así, ¿no? Detestas esas chorradas. No irías aunque te lo suplicaran de rodillas, así que ¿cuál es el problema?

–Fue la forma en que lo dijo. Como si a mí no pudiera interesarme porque soy demasiado corta para entender a Jane Austen.

–Estás sacando las cosas de quicio. Solo tiene ocho años, joder...

–Y otra vez me contó que la madre de Nanxi Chen era una experta en Roads o algo así, y que ella les había dicho que yo me presenté una vez a Miss South London.

–¿Y? ¿Qué hay de malo en eso? Está orgullosa de ti. Y Nanxi debió de quedarse impresionada; se lo tomaría como si hubieras sido la reina del baile o algo así. En Estados Unidos le dan mucha importancia.

Sharon lo mira con desdén.

–Realmente no lo pillas, ¿verdad? Seguro que Daisy hizo que pareciera una patética feria de

ganado con unas cabezas de chorlito inútiles paseándose en biquini.

Barry levanta las manos.

–Me rindo. De verdad. No creo que las niñas de ocho años piensen así. Tú eres su madre y eres guapa, ella alardea de ti y a ti lo único que se te ocurre es buscar una humillación inexistente.

–¿Cómo vas a saber tú lo que hace? Nunca estás aquí para verlo.

–Madre mía, ¿y te extraña?

Ella se acerca a él.

–Entonces, ¿lo admites? ¿Por eso siempre vuelves tarde? ¿Estás tonteando por ahí?

–Estoy en el puñetero gimnasio. O trabajando.

–Así que si llamo al gimnasio, eso es lo que me dirán, ¿no? ¿Que vas allí cuatro o cinco noches a la semana?

–Si de verdad quieres hacerlo, adelante, no te cortes. Pero antes pregúntate cómo se verá; ¿qué van a pensar? Que eres un ama de casa desesperada.

–Te has hartado de mí. Me estoy poniendo gorda y quieres cambiarme por una versión más joven. Una pelandusca escuálida con las tetas grandes. Me doy cuenta de cómo miras a esa clase de mujeres.

–Por el amor de Dios, otra vez no. ¿Por eso me registras las chaquetas? ¿Para buscar recibos? Bueno, pues no encontrarás ninguno. Y por última vez, para que lo sepas, *no* estás gorda.

–Uso tres tallas más que cuando nos casamos. Y después de tener a Daisy...

–No puedes culparme a mí de eso. Por Dios, Shaz...

–¡No me llames así!

Hay una pausa.

–Lo siento.

Él traga saliva y da un paso adelante.

–Escucha, sé que no estás..., que no estás tan delgada como antes. Pero ya sabes lo que opino de eso. No creo que el hecho de tener a Daisy tenga nada que ver. Te he dicho mil veces que vayas al médico. No comes nada y aun así...

Los ojos de Sharon se han llenado de lágrimas. Lágrimas de rabia.

–Y aun así estoy *gorda*. Eso es lo que quieres decir, ¿no?

–No, gorda no. Es solo que no estás como estabas...

–Antes de Daisy –dice ella, arrugando el papel en el puño–. Antes de tener a la maldita Daisy.

En ese momento se oye un ruido procedente de fuera de la sala, y Barry se da la vuelta.

–Dios santo, no será ella, ¿no? Ya sabes cómo es, siempre escuchando por el ojo de la cerradura.

Abre la puerta y ve a su hija desaparecer escaleras arriba.

Daisy se para en la esquina y se vuelve a mirarlo con la cara cubierta de lágrimas.

–La odio... ¡La *odio*! Ojalá se muriera para poder tener otra mamá..., una mamá que me quiera...

–Daisy, princesa –dice él, que empieza a subir las escaleras y tiende la mano hacia ella–. Claro que te queremos; somos tu mamá y tu papá.

–No quiero ser tu princesa; te odio, ¡déjame en paz!

Después se pierde de vista y se oye el portazo de la puerta de su cuarto.

* * *

–Bueno, ¿cómo van los análisis forenses?

Son las 11:30 y estamos de vuelta en la sala de coordinación de Saint Aldate. Incluida Everett, que le ha pedido a Mo Jones que ocupe su lugar en el hostal. Dice que tiene que llevar a su padre al médico después, de ahí que haya delegado en Mo, pero si estuviera harta de Sharon, lo entendería. Quinn cuelga su teléfono.

–Me acaban de pasar los resultados preliminares. No hay huellas dactilares en el periódico, pero la sangre de los guantes... definitivamente es de Daisy.

Respiro hondo. Así que, en efecto, está muerta. Ahora ya no cabe duda. Hace ya tiempo que lo sabía; creo que todos los sabíamos. Pero saberlo y encontrar pruebas al respecto no es lo mismo. Aunque lleves tanto tiempo como yo haciendo esto.

–También hay ADN de otra persona –prosigue Quinn en medio del silencio–. Está tanto por dentro como por fuera de los guantes, y pertenece a Barry Mason.

Un murmullo de éxito recorre la sala al oírlo. No de triunfo –cómo iba a serlo, dadas las circunstancias–, pero todos sabemos que no existe una razón justificada para que los guantes de ese hombre se encuentren en un contenedor cualquiera a un kilómetro y medio de su casa con restos de sangre de su hija.

–Y hay algo más –se apresura a añadir Quinn. Se trata de un descubrimiento importante; solo hay que ver la expresión de su cara para saberlo–. Los guantes están cubiertos con pedacitos de grava; grava y herbicida. Parecía una combinación extraña para alguien que tan solo hace ampliaciones de edificios, así que a un lumbreras se le ocurrió que valía la pena analizarlo y compararlo con el agregado que se utiliza para el balasto de las vías del tren. Y es *exactamente* el mismo. Y el herbicida también coincide con el que utiliza Network Rail. Es un material bastante resistente; no se puede comprar sin más en las tiendas de bricolaje B&Q.

La gente de la sala intercambia miradas y el volumen de los murmullos aumenta. Todos están pensando lo mismo: por aquí tan solo hay un lugar que coincida con todos estos datos, y se halla a menos de ochocientos metros de donde encontramos esos guantes.

–Vale –digo alzando la voz–. Quinn, ve al paso a nivel. Que los equipos de búsqueda se reúnan allí contigo.

–Ya han peinado esa zona una vez, jefe –empieza Baxter.

–Pues que vuelvan a peinarla. Porque, por lo que parece, hemos pasado algo por alto.

Fuera, en el pasillo, Anna Phillips se acerca a mí desde mi despacho agitando una hoja de papel.

–La he encontrado –dice con una sonrisa.

–¿Cómo?

Su sonrisa flaquea un poco.

–Pauline Pober. ¿Se acuerda? La mujer a la que citaban en ese artículo sobre los Wiley..., cuando murió Jessica.

–Ah, sí. ¿Dónde está?

–Vivita y coleando en un pueblo a apenas quince kilómetros de aquí. Increíble, ¿eh? He quedado que mañana por la mañana nos pasaremos a hablar con ella. Si le parece bien, me gustaría ir. Sé que soy una civil y demás, pero ya que la he localizado, la verdad es que me gustaría..., bueno, ver qué sale de todo esto.

No tengo valor para decirle que las prioridades han cambiado.

–Muy buen trabajo, Anna. Y me parece perfecto que vayas a verla. Aunque, eso sí, llévate a un agente; ya sabes, por el procedimiento y tal.

–Gareth..., el subinspector Quinn, va a asignar a alguien.

–Genial. Y no te olvides de contarme qué tiene que decir la señora Pober.

Debe de haber deducido algo de mi actitud distraída, porque un destello de duda le cruza el ceño.

–Vale –dice–. Lo haré.

* * *

Cuando Quinn llega al aparcamiento que hay junto al paso a nivel, el viento ha arreciado y amenaza lluvia. De pronto cae en la cuenta de la suerte que han tenido de que el tiempo haya sido seco desde que tiraron los guantes al contenedor; un chaparrón podría haber eliminado las pruebas. Al salir del coche, Erica Somer se acerca a él desde un coche patrulla aparcado un poco más adelante. Lleva el pelo recogido en una coleta, pero el viento lo agita contra su cara. Quinn la recuerda de la comisaría. Es una de las que trajo el DVD. Es guapa. Muy guapa, de hecho. Aunque el uniforme no le favorece. Se pregunta de pasada qué aspecto tendría con la clase de zapatos de tacón que lleva Anna Phillips.

La sigue por el aparcamiento hasta una zona vallada con paneles de seguridad metálicos. Está cubierto de carteles en los que se lee: OBRAS. PROHIBIDO ENTRAR.

Somer empuja la verja de entrada y tira de ella para cerrarla a su espalda con un potente sonido metálico.

–Le he pedido al encargado de las obras que viniera, subinspector. Está ahí, en la caseta de la oficina.

Es evidente que el hombre los ha estado vigilando, porque baja por los escalones en cuanto se acercan. Tiene orejas de jugador de rugby y lleva la cabeza rapada.

–¿Subinspector Quinn? –dice tendiendo una mano–. Martin Heston. Aquí su compañera me ha pedido el calendario del trabajo que hemos realizado durante las dos últimas semanas.

«Premio para Somer», piensa Quinn mientras Heston le entrega una hoja de cálculo.

–Como verá, hemos demolido el viejo puente peatonal y preparado un lecho nuevo para una de las vías.

–¿Y la mayor parte del trabajo se ha llevado a cabo por la noche?

–No puede ser de otra forma, compañero. No se puede hacer mientras circulan los trenes.

–¿Y qué pasa durante el día? ¿Hay alguien por aquí?

Heston hace un gesto con las manos.

–Cuando trabajamos por la noche, no. No tiene sentido pagar a la gente para que esté cruzada de brazos. A veces llega alguna entrega y en esas ocasiones sí que hay alguien en la obra, pero eso es todo.

–¿Y hay personal de seguridad?

–No hace falta, compañero. Todo el equipo está bajo llave y protegido con una valla de alambre de púas al otro lado de la vía. Tuvimos que traerlo en tren y esa es la única forma en que alguien podría sacarlo.

–Así pues, si alguien ajeno a la obra viniera aquí durante el día, ¿nadie tendría por qué verlo?

El hombre sopesa la pregunta.

–Supongo que alguien podría verlo desde el otro lado, aunque hay muchos árboles en medio. Cuando el paso elevado aún estaba abierto, había gente a todas horas cruzando hacia los huertos. Aparcaban aquí y se llevaban sus cosas, pero ahora tienen que dar un rodeo por Walton Well. Está...

–Ya sé dónde está.

Quinn mira a su alrededor. A unos metros de distancia hay una pila de equipo de jardinería oxidado. Carretillas, azadas, bolsas vacías de abono, palas medio oxidadas, macetas de terracota rotas.

Quinn desdobra el calendario.

–Veamos, ¿qué trabajos realizaron la noche del 19?

Heston levanta un pulgar.

–Acabamos de echar abajo la antigua pasarela y trabajamos en los cimientos de la nueva.

–Espere, ¿me está diciendo que han estado cavando hoyos enormes en una zona en la que cualquiera podía entrar sin más?

Heston se ofende.

–Tenga por seguro que seguimos las directrices de seguridad y salud laboral en todo momento; esta zona está totalmente acordonada.

Quinn mira hacia atrás, por donde han venido. Está vallado, sí, pero son tan solo paneles sueltos, y apostaría a que él podría forzar la entrada. Si tuviera que hacerlo. Si tuviera una razón lo bastante buena para hacerlo.

Se vuelve de nuevo hacia Heston.

–¿Me lo puede enseñar? ¿Lo que estaban haciendo exactamente?

Se dirigen hacia el nuevo puente peatonal, donde los pilares empiezan a elevarse del suelo.

–¿Los cimientos son muy profundos?

–El plan era que tuvieran tres metros –contesta Heston–, pero al empezar a excavar vimos que no paraban de llenarse de agua. Port Meadow es una llanura aluvial, así que ya sabíamos que tendríamos algunos problemas, pero fue mucho peor de lo que imaginábamos. Al final tuvimos que excavar unos seis metros.

–¿Eso es lo que estaban haciendo ese martes por la noche?

–Correcto.

–Y si hubiera habido algo en el fondo de ese agujero, algo tan pequeño como un niño, ¿cree que se habrían dado cuenta? ¿Incluso en la oscuridad?

Heston palidece. El hombre tiene nietas.

–Madre mía, ¿de verdad cree que alguien...? Aunque la respuesta es que sí; nos habríamos dado cuenta. Colocamos focos de arco voltaico y teníamos que bombear agua todo el rato para poder ver lo que había ahí abajo. Es imposible que a mis chicos se les pasara por alto algo así.

–Muy bien –dice Quinn doblando el calendario y devolviéndoselo–. Un paso adelante, dos atrás.

Pero Somer sigue mirando a Heston, que no le devuelve la mirada.

–Hay algo más, ¿verdad? –dice ella–. Algo que no tiene que ver con sus «chicos».

Heston se ruboriza.

–Es imposible... No entiendo cómo pudo pasar...

–¿Pero?

Él la mira un momento y luego señala más allá de los cimientos.

–Cuando derribamos la antigua pasarela apilamos aquí los escombros; aún pueden ver dónde estaba el montón. Hormigón, ladrillos, balasto..., todo el percal. En cualquier caso, el contratista se lo llevó todo esa misma noche; no está permitido hacerlo durante el día. Seguridad...

–... y salud laboral. Ya –dice Quinn–. ¿Y qué contratista era?

–Una empresa de Swindon. Mercers.

–A ver si lo he entendido bien –dice Quinn–. Esa tarde, la del 19, había aquí una pila de escombros. Pero por la noche esa empresa suya...

–No tiene nada que ver conmigo, compañero. No soy yo quien decide a quién se contrata.

–Vale, lo pillo. En cualquier caso, esa noche vinieron y se llevaron los escombros.

–Así es. Pero si lo que sugiere es que alguien podría haber enterrado algo en el montón y que el tipo que manejaba la grúa de carga y pinza no lo vio, se equivoca. Esto no es una película, joder; esas cosas no pasan.

–¿Qué hicieron exactamente con los escombros, señor? –pregunta Somer en voz baja.

Heston encorva un poco los hombros.

–Los metieron en el contenedor de reciclaje. Lo trituraron todo y lo convirtieron en gravilla; así no acaba en el vertedero.

Quinn lo mira y a continuación meneaba la cabeza, intentando borrar la imagen que le viene a la mente.

–Dios.

–Como les he dicho –se apresura a añadir Heston–, los tiros no van por ahí. Ni por asomo. Es imposible que pasara algo así.

–¿Aun a pesar de que estaba oscuro, y aun a pesar de que me juego lo que sea a que no estaban tan pendientes de los focos de arco voltaico para un simple trabajo de carga como ese?

–Ya se lo he dicho, eso no fue cosa de mis chicos. Tendrá que hablar con Mercers.

–Oh, lo haremos, señor Heston. Lo haremos.

Quinn se da la vuelta para marcharse, pero Somer da un paso hacia Heston.

–Entonces, ¿fue cuestión de suerte, o lo sabía?

–¿Cómo?

–Quienquiera que fuera, quienquiera que matase a Daisy, ¿fue solo cuestión de suerte que viniera el día que iban a recoger los escombros, o tenía alguna forma de saberlo?

Quinn se vuelve para mirar a Heston, que se encoge de hombros.

–Siempre que sabemos que va a haber más ruido del habitual repartimos folletos por toda la zona. Eso no evita las quejas, pero al menos no pueden alegar que no estaban informados.

–¿Y eso incluiría los trabajos de demolición?

–Por supuesto. Es una de las tareas más ruidosas. Los folletos se repartieron a finales de la semana pasada. En un radio de un kilómetro y medio de las obras.

–¿Eso abarca Canal Manor?

–¿Me toma el pelo? Recibimos más quejas de ellos que de nadie.

* * *

A las 13:00, Quinn me llama desde la obra para ponerme al día.

–Hemos comprobado la barrera de seguridad antes de marcharnos. Y yo estaba en lo cierto; en el extremo más alejado, donde han sujetado los paneles a la valla del aparcamiento, tan solo han utilizado bridas. Y es evidente que alguien entró por ahí: las han cortado todas. Nadie se percató porque toda esta zona está cubierta de zarzas y quien lo hizo volvió a colocar el panel en su sitio. Me apuesto mi hipoteca a que las manchas rojas que hemos encontrado en los guantes provienen de ahí. Tengo todo el puñetero traje cubierto de zumo de moras.

Sonrío. No debería, pero lo hago.

–Ahora mismo cojo el coche y voy para Swindon –dice Quinn–. No pinta bien, pero tengo que verlo con mis propios ojos.

–¿Quieres que el equipo forense se reúna contigo allí?

–Aún no, jefe. Vamos a esperar a ver si antes encuentran algo aquí.

–Vale, mandaré a Everett para sustituirte en el paso a nivel.

En ese momento pasa un tren que llena la línea de sonido blanco y la comunicación se interrumpe.

–¿Tiene noticias de Gislingham? –pregunta Quinn al cabo.

Lanzo un suspiro.

–Le he dejado un mensaje. Pero no, no hay noticias.

–Pobre tío. Espero que sea una buena señal.

Yo también lo espero, aunque en el fondo me temo que no es así.

* * *

*Interrogatorio a Barry Mason, realizado en la
comisaría de Saint Aldate, Oxford*

25 de julio de 2016, 13:06

Están presentes el inspector A. Fawley, el agente A. Baxter y la señorita E. Carwood (abogada)

AF: Para que quede registrado en la cinta, el señor Mason acaba de ser detenido como sospechoso del asesinato de su hija, Daisy Elizabeth Mason. Al señor Mason se le han leído sus derechos. Así pues, señor Mason, ¿estoy en lo cierto al suponer que alguien que se dedica a su trabajo dispone de una amplia gama de equipo de protección individual?

BM: Sí, ¿y qué?

AF: Hemos encontrado una chaqueta, un casco de protección y botas de seguridad en la parte trasera de su camioneta *pick up*, y había varias prendas parecidas en su casa.

BM: ¿Y?

AF: ¿Tiene también guantes de esa clase?

BM: Dos pares.

AF: ¿Podría describirlos?

BM: ¿Qué, ahora es usted consultor de seguridad?

AF: Deme el gusto, señor Mason.

BM: Tenía un par negro y otro naranja y gris. ¿Satisfecho?

AF: Tengo que informarle de que ayer encontramos un par de guantes naranjas y grises en un contenedor en Loughton Road.

BM: ¿Y?

AF: Los análisis realizados confirman de manera concluyente que usted había llevado esos guantes. ¿Sabe cómo acabaron allí, señor Mason?

BM: Ni puñetera idea. Ni siquiera recuerdo la última vez que los vi.

AF: Entonces, ¿no los tiró usted mismo a ese contenedor la tarde del martes 19 de julio?

BM: Claro que no. ¿A qué viene esto?

AF: ¿Y no intentó ocultar su identidad al hacerlo poniéndose otras prendas de ropa de protección individual?

BM: Esto es de locos. Ese fue el día de la fiesta; no tenía ni tiempo para eso, así que imagine para otra cosa. ¿Y para qué demonios me iba a tomar tantas molestias por un puñetero par de guantes?

AF: Porque se los puso para deshacerse del cuerpo de su hija, y así fue como acabaron cubiertos con su sangre.

BM: Espere un momento, ¿qué quiere decir? ¿Su sangre? ¿Me está diciendo que la han encontrado? ¿Por qué coño nadie me ha informado...?

EC: [interrumpe] ¿Es eso cierto, inspector? ¿Han encontrado a Daisy?

AF: Todavía no. Pero creemos que ya sabemos dónde se deshizo su cliente de su cuerpo. Porque los guantes que tiró en Loughton Road tienen restos de un tipo especial de agregado. Tan especial, de hecho, que él sabía que nos conduciría directamente al lugar donde la enterró.

BM: [se dirige a la señora Carwood] ¿Esto va en serio?

EC: ¿Puedo hablar un momento a solas con mi cliente?

AF: Tómese todo el tiempo que le haga falta. El interrogatorio termina a las 13:14.

* * *

En el paso a nivel, la llovizna arrecia y se convierte en un aguacero. Everett detiene el coche justo delante de la verja y se inclina hacia el asiento trasero para coger el chubasquero. Aunque hacia el norte el cielo sigue de un azul radiante, sobre su cabeza las nubes son tan oscuras como en noviembre, y el viento agita los árboles veraniegos. Por lo que parece, los equipos de búsqueda acaban de comenzar: un grupo está inspeccionando el montón de carretillas viejas y la chatarra de jardinería, mientras los otros buscan huellas en la franja que va de la verja de entrada al lugar

donde se encuentra el montón de escombros. Sin duda les ha tocado la china: la lluvia ya está convirtiendo la tierra en un lodazal anaranjado.

Everett sale del coche y se sube el cuello para protegerse del agua. Un tren se acerca a ellos procedente de la estación de Oxford; los pasajeros miran a través de las ventanas empañadas los coches de policía, el equipo forense con sus trajes blancos, todo el maldito circo. En uno de los vagones, un adolescente saca fotos con su móvil. Everett tan solo espera que Fawley se haya acordado de informar a la oficina de prensa.

En ese momento se oye un grito por encima del estrépito del tren. Para cuando Everett alcanza el lugar de donde procede, uno de los forenses está sacando con mucho cuidado algo de debajo de las ruedas oxidadas de una carretilla. Está tan mugriento que cuesta distinguir de qué se trata, pero entonces lo abre y todos lo ven. Dos mangas enmarañadas, botones brillantes, una especie de borla en el cuello.

—Es una rebeca de niña —dice Everett lentamente—. Daisy tenía una así. La llevaba encima de los hombros ese día, en las imágenes de la cámara de seguridad. La última vez que alguien la vio.

* * *

BBC Midlands Today

Lunes 25 de julio de 2016 / Actualizado por última vez a las 15:28

ÚLTIMA HORA: Detienen al padre en el caso
de la desaparición de Daisy Mason

Un comunicado de la división de investigación criminal de Thames Valley acaba de confirmar que han detenido a Barry Mason en relación con la desaparición de su hija. Daisy, de 8 años, fue vista por última vez hace una semana, y en los últimos días han crecido las especulaciones que señalan que un miembro de su familia podría estar implicado. Fuentes cercanas a la investigación afirman que Mason, de 46 años, será acusado de asesinato y de otro delito no relacionado con este, que se cree que sería de naturaleza sexual. Mañana por la mañana se emitirá un nuevo comunicado, en el que se proporcionarán detalles sobre los cargos que se presentan. Todavía no está claro si se ha encontrado el cuerpo de Daisy. Se cree que la familia de Mason permanece oculta tras un incendio provocado en su casa la semana pasada. Este se ha vinculado con la campaña de odio lanzada contra ellos en las redes sociales.

* * *

Richard Robertson @DrahcirNostrebor 15:46
Así que al final fue el padre; seguro que abusaba de ella, pobrecita #DaisyMason

Anne Merrivale @Annie_Merrivale_ 15:56
Todo este asunto de #DaisyMason es terrible. Espero que encierren al padre y lancen las llaves al mar #Justicia ParaDaisy 🙏🙏

Caroline Tollis @ForWhomtheTollis 15:57
@Annie_Merrivale_ ¿La policía ha dicho si han encontrado un cuerpo? No encuentro nada en internet #DaisyMason

Anne Merrivale @Annie_Merrivale_ 15:59

@ForWhomtheTollis Yo tampoco he visto nada. Por lo que he oído no necesitan forzosamente un cuerpo si consiguen pruebas de «presunción de muerte»

Caroline Tollis @ForWhomtheTollis 16:05
@Annie_Merrivale_ Entonces deben de tener alguna clase de prueba. Algo concluyente que el padre no pueda refutar #DaisyMason

Anne Merrivale @Annie_Merrivale_ 16:06
@ForWhomtheTollis Yo aún me pregunto si alguien pudo ofrecerse a llevarla a casa en coche. Alguien que ella conociera y que solo más tarde viera que no era de fiar...

Caroline Tollis @ForWhomtheTollis 16:07
@Annie_Merrivale_ Pero tendría que haber sido alguien con quien Daisy hubiera accedido a irse y no hay nadie que cuadre con ese perfil...

Caroline Tollis @ForWhomtheTollis 16:08 ...
Al menos que yo sepa, y si la policía tiene pruebas contra el padre, entonces es imposible que eso fuera lo que pasara, ¿no? @Annie_Merrivale_

Anne Merrivale @Annie_Merrivale_ 16:09
@ForWhomtheTollis Supongo que no. Y tampoco es que alguien pudiera haber puesto pruebas falsas o haberle tendido una trampa para incriminarlo. Nadie tiene motivos

Garry G @SwordsandSandals 16:11
#DaisyMason Ya lo dije yo, fue el padre. Puto pederasta

Scott Sullivan @SnapHappyWarrior 16:13
He oído el rumor de que al padre lo han trincado por posesión de porno infantil. Del duro. Dios sabe lo que le hizo a esa pobre niña #DaisyMason

Angela Betterton @AngelaGBetterton 16:17
En la escuela de Daisy están todos hechos polvo por la noticia. Era una niña muy alegre y todos la querían mucho. Habrá un funeral a comienzos del curso que viene #DaisyMason

Elspeth Morgan @ElspethMorgan959 16:17
Espero de corazón que alguien esté cuidando a Leo en medio de todo este caos. Quién sabe, igual también han abusado de él #DaisyMason 🙄

Lilian Chamberlain @LilianChamberlain 16:18
@ElspethMorgan959 Es desgarrador, qué historia más triste #JusticiaParaDaisy 🙄🙄🙄🙄

Jenny T @56565656Jennifer 16:20
@ElspethMorgan959 @LilianChamberlain Yo sigo diciendo que en esa foto no tenía pinta de que abusaran de ella... Se la ve tan alegre, como si esperara algo con ganas

Lilian Chamberlain @LilianChamberlain 16:22
@56565656Jennifer Ya te entiendo, pero a lo mejor era por la fiesta, ¿no? Así por un rato no tendría que pensar en ello... #JusticiaParaDaisy 🙄 @ElspethMorgan959

Jenny T @56565656Jennifer 16:24

@ElspethMorgan959 Supongo que sí. Es solo que no paro de darle vueltas, nada más @LilianChamberlain #DaisyMason 🌀🌀🌀

* * *

—¿Jefe? Estoy en Mercers.

Por el sonido parece que Quinn esté en un túnel de viento. Una ráfaga ahoga sus palabras, pero aun así detecto la derrota en su tono, y de fondo oigo el ruido de moler y triturar de maquinaria pesada.

—Me imagino que tienes malas noticias.

—Le he mandado una foto al móvil. ¿Le ha llegado?

Cojo el móvil y abro la foto. Un espacio amplio como una mina a cielo abierto, rodeado de inmensas dunas de escombros. Los camiones vuelcan su carga en medio de una densa nube de polvo blanco, y, en el centro, una enorme máquina amarilla machaca la ruina, que sale por una cinta convertida en algo que parece poco más que arena.

Me pongo otra vez el auricular en la oreja.

—Mierda. Ya veo a qué te refieres.

—Ni siquiera saben con exactitud dónde acabaron los escombros procedentes de Oxford. Y aunque lo supieran, Dios sabe cuántas toneladas de porquería han echado encima desde entonces. Decir que es como buscar una aguja en un pajar sería quedarse tan corto que da risa. Es una tarea completamente imposible, joder.

Quinn no suele decir tacos. Al menos cuando habla conmigo.

—Y a eso hay que sumar el hecho de que se niegan de plano a aceptar que puedan haber pasado por alto un cuerpo. Por muy pequeño que fuera, por más meticulosamente envuelto que estuviera. No bajan del burro.

—Pero no pueden demostrarlo.

Quinn lanza un suspiro.

—No, claro que no. Aunque nosotros tampoco. Así que la cuestión es: ¿cree que tenemos suficiente? ¿La Fiscalía de la Corona podrá presentar cargos aunque no tengamos el cuerpo?

—Ev acaba de llamar; por lo visto han encontrado algo en el paso a nivel. Y podría haber también otra cosa. Estoy esperando a que la Network Rail me devuelva la llamada.

Su voz se anima un poco.

—Ahora voy.

* * *

Veinte minutos más tarde me entra un correo electrónico. Descargo el vídeo adjunto y lo miro, y luego llamo al equipo del centro de coordinación y lo miramos juntos. Hay alivio, y hay consenso, y hay incluso una o dos lágrimas. Nadie choca las manos, nada de excesos, pero sí se percibe el orgullo de haber hecho un buen trabajo en equipo. Porque es así. Baxter se ofrece a dejarle un mensaje a Gislingham («localizar ese Ford Escort ha sido un pedazo de trabajo policial»), y en medio de todo esto recibo una llamada del comisario jefe preguntando cuándo podremos informar a la prensa.

* * *

Acaban de dar las tres cuando llega Emma Carwood y subimos a Mason de los calabozos. A pesar de que este hombre ha despertado mi antipatía desde que le puse la vista encima, una pequeña parte de mí siente lástima por él cuando el guardia lo trae. Parece que lo hayan vaciado por dentro. Que sus huesos hayan desaparecido y lo único que lo mantenga en pie sea la piel. Los aires de gallito se han esfumado. Toma asiento como si fuera un anciano.

–Señor Mason, este interrogatorio es la continuación del que se ha suspendido a las 13:14. Ahora son las 15:14 y pongo en marcha la grabadora. Están presentes el inspector Adam Fawley, el subinspector en funciones Gareth Quinn, el señor Barry Mason y la señorita Emma Carwood.

Pongo mi portátil sobre la mesa y le doy la vuelta para que quede de cara a Mason. Luego abro el vídeo y le doy al play. Él lo mira, se frota los ojos y vuelve a mirarlo.

–No lo pillo. ¿Para qué me enseña esto?

–Esto, señor Mason, es una grabación de la cámara de cabina de un tren de CrossCountry. Este tren en concreto salió de Banbury a las 16:36 del martes 19 de julio y llegó a Oxford a las 16:58. Como verá, a las 16:56 el tren comienza a reducir la velocidad al acercarse a la estación, y por un momento verá la zona que rodea el antiguo paso a nivel.

Mason hunde la cabeza en las manos y se clava las uñas en el cuero cabelludo. Luego levanta la vista hacia mí.

–No le sigo. Todo esto es una maldita y espantosa pesadilla. No tengo ni puta idea de qué va todo esto.

Pongo el vídeo a cámara lenta y vemos aparecer los huertos por la derecha y luego la maquinaria depositada junto a ellos. Entonces le doy a la pausa y señalo la pantalla.

–Ahí –digo.

A la izquierda de la vía se ve una figura con casco de protección, chaqueta de alta visibilidad y pantalones. Aunque le da la espalda a la cámara, está claro que empuja una carretilla por el aparcamiento hacia los nuevos cimientos y el montón de escombros que hay detrás. Por un brevísimo instante se ve el destello de un guante naranja, y luego el tren pasa de largo y la imagen desaparece.

Barry Mason sigue en babia.

–Todavía no lo pillo.

–Ese es usted, ¿no es así, señor Mason?

Me mira boquiabierto.

–Me está tomando el pelo... No, qué coño voy a ser yo.

–Tiene usted equipamiento de alta visibilidad como ese, ¿no?

–Sí, igual que miles de personas más. Eso no demuestra nada.

Emma Carwood interviene:

–¿En serio sostiene que mi cliente condujo hasta el paso a nivel, descargó el cuerpo de su hija en una carretilla al azar y luego se deshizo de él en ese montón de lo que sea, todo a plena luz del día, sin que ni una sola persona se percatara de nada?

–Creo que le sorprendería lo fácil que habría sido hacerlo, señorita Carwood. Los habitantes de la zona están tan acostumbrados a ver albañiles en la obra que lo más probable es que no le hubieran prestado ninguna atención.

–Y la carretilla en cuestión, ¿la tienen? ¿La han examinado?

–Nuestros forenses han recogido varias carretillas de la obra, y en este momento las están analizando. Así como otros dos objetos que creemos que están relacionados con el caso. Por supuesto, los mantendremos informados de todo lo que hallemos. ¿Puedo continuar?

Ella vacila y luego asiente. Me vuelvo hacia Mason.

–Bien, señor Mason. Como ya le hemos informado, hemos encontrado un par de guantes con su ADN y sangre de su hija. El mismo tipo de guantes que claramente lleva el hombre de la grabación. También hemos encontrado partículas de balasto en dichos guantes. ¿De verdad sigue afirmando que no es usted ese hombre?

–Sí, joder; a esa hora estaba muy lejos de allí. Se lo he dicho mil veces, di una vuelta en coche y luego me fui a casa. Eso es todo.

–No hemos encontrado nada que corrobore esa historia, señor Mason.

–Me importa una puta mierda, eso fue lo que pasó.

–Vale –digo–, supongamos que su historia es cierta. Explíqueme entonces cómo acabaron unos guantes con su ADN en un contenedor en Loughton Road.

–Es posible que me los dejara en alguna parte; cualquiera podría haberlos cogido.

–¿Cuándo fue la última vez que los vio? –pregunta Quinn.

–Ya se lo he dicho, no lo sé. No me acuerdo.

–Está bien –replico–, aceptemos eso también. Tan solo por seguir con su hipótesis. Siguiendo pregunta: ¿cómo acabó la sangre de su hija en ellos?

Traga saliva.

–No lo sé.

–¿No tiene ninguna explicación? Vamos, señor Mason, a un mentiroso consumado como usted... seguro que se le ocurre algo mejor que eso.

–No hay necesidad de ser sarcástico, inspector –dice Emma Carwood.

–Escuche –dice Mason con la voz rota–, ¿alguno de ustedes tiene hijos?

Abro la boca, pero de ella no sale ningún sonido.

–No –se apresura a contestar Quinn–. Aunque tampoco es relevante en este caso.

–Bueno, si los tuvieran –dice Mason–, sabrían que siempre se están haciendo arañazos: se caen, se hacen rasguños en las rodillas. A Daisy le sangra la nariz cada dos por tres y lo llena todo de sangre. Esos guantes estaban tirados por la casa; podrían haberse manchado de mil maneras.

–Diría que han analizado el coche de mi cliente, ¿no es cierto, inspector? –dice Emma Carwood–. Así como las prendas de alta visibilidad que tenía en la parte trasera. Por lo que sé, no han encontrado pruebas incriminatorias de ninguna clase. Ni fluidos ni ADN: nada.

Quinn y yo intercambiamos una mirada. Eso es algo que aún me mortifica. Que no dejara rastros en la camioneta. No me da la sensación de que Mason sea tan meticuloso. Aunque, como Quinn señaló con lucidez, todo el mundo es meticuloso cuando se juega tanto.

Lo intento por otro camino.

–¿Su hija ha estado alguna vez en el aparcamiento que hay junto al paso a nivel, señor Mason? ¿Tal vez para ir a dar un paseo a Port Meadow?

Él apoya los brazos en la mesa y deja caer la cabeza sobre ellos.

–No –dice con la voz apagada–. No, no, no, no, no.

Emma Carwood se inclina y le toca el hombro.

–¿Barry?

Entonces, de repente, él se incorpora. Tiene restos de lágrimas alrededor de los ojos, pero se seca la cara con la manga y se echa hacia atrás en la silla.

–Vuelva a enseñarme la maldita grabación –se apresura a decir, señalando la pantalla–. Vuelva a enseñármela.

–Vale –accedo, y desplazo el cursor tres minutos atrás y le doy al play.

–Póngala a cámara lenta –pide al cabo de un momento–. Ahí, póngala a cámara lenta.

Todos observamos fijamente la pantalla. La secuencia entera dura tan solo dos o tres segundos. Vemos cómo la figura con la carretilla da un par de pasos con la cabeza baja. Eso es todo.

Barry Mason se yergue, como un hombre que acabara de regresar de entre los muertos.

–Ese no soy yo, inspector. Y puedo demostrarlo. ¿Me oye? ¿Lo ha recogido su puta grabadora? Puedo demostrar que no soy yo.

* * *

Son las 17:45, y Quinn y yo estamos de pie detrás de Anna Phillips, que escribe en su teclado.

–¿Estás segura de que no es posible conseguir un primer plano mejor?, ¿verle la cara?

Ella niega con la cabeza sin apartar los ojos de la pantalla.

–Me temo que no. Lo he intentado, pero está todo el rato de espaldas.

–¿Maldita sea! –dice Quinn entre dientes–. Es todo lo que necesitamos, joder.

–Pero lo que ha dicho Mason... ¿Crees que tiene razón?

–Deme un segundo –dice ella, mirando la pantalla con el ceño fruncido–. Me he descargado una aplicación de fotogrametría; nunca he usado una, pero tengo la esperanza de que nos dé una respuesta, sea cual sea.

–¿Qué demonios es la foto-no-sé-qué, así para que nosotros lo entendamos?

–Crea modelos tridimensionales de fotos corrientes. La verdad es que es bastante impresionante; miren.

Tres clics y el fotograma de la cámara del tren se abre en tres dimensiones. Una réplica plástica de la realidad cuelga suspendida en un universo de un azul brillante, como uno de esos cortes transversales que salían en los libros de geografía. Veo a la persona con la carretilla, la vía del tren, los árboles, el extremo más alejado del aparcamiento, incluso los arbustos que crecen en la vía. Anna mueve el cursor por la pantalla y la imagen rota. Izquierda, derecha, ladeada hacia arriba, ladeada hacia abajo.

–Es lo bastante precisa como para darnos las medidas correctas –explica–. Alturas, distancias entre objetos, ese tipo de cosas. Si me dieran tiempo probablemente podría decirles incluso a qué velocidad iba el tren.

–Solo me hace falta saber si lo que ha dicho Mason es correcto.

Se inclina de nuevo sobre el teclado, y por toda la imagen aparecen puntos de coordenadas. Un clic más y la imagen en 3D desaparece dejando tan solo líneas entre los puntos y números en cada intersección. Anna se echa hacia atrás.

–Me temo que sí. Tal vez no al milímetro, pero sí. Es correcto.

* * *

A las 11:15 de la mañana siguiente, Anna Phillips aparca delante de la típica casa victoriana con dos habitaciones abajo y dos arriba, propiedad de Pauline Pober. En el jardín delantero hay malvarrosas y plantas de borraja sobre las que pululan las abejas. El agente Andrew Baxter se afloja la corbata y mira por la ventanilla del coche. La lluvia nocturna ha escampado y el sol ya pega con fuerza.

–Esto tiene todos los puntos para ser una pérdida de tiempo total –dice, malhumorado–. Ahora que hemos arrestado a Mason, ¿qué sentido tiene?

Anna apaga el motor.

–A juzgar por lo que vi ayer, puede que la detención de Mason no sea tan incontestable como habíamos pensado. Y, en cualquier caso, le dije a la señora Pober que vendríamos. Sería una grosería no presentarse.

Baxter masculla algo sobre ancianas y gatos que Anna decide no oír. Salen del coche y ella lo cierra con llave, y mientras suben por el camino de acceso alguien abre de un tirón la cortina en la casa de al lado. Anna creció en un pueblo como este; sabe lo cotilla que puede llegar a ser la gente.

Pero lejos de estar esperando a que llegaran, la señora Pober se toma sus tres buenos minutos para abrir la puerta. Tiene una mancha oscura en una mejilla y desprende un olor bastante desagradable e inconfundible.

–Lo siento mucho –dice con una gran sonrisa al tiempo que se limpia las manos en los pantalones mugrientos–. Los puñeteros desagües han vuelto a atascarse, así que he tenido que sacar las ramitas. Vamos a la parte de atrás. El aire es un poco mejor ahí fuera, no sé si me explico.

Anna reprime una sonrisa al ver la expresión de Baxter, y los dos la siguen a través de la casita hasta un jardín pequeño pero resplandeciente. Un pedazo de terreno con flores en los bordes que reclaman espacio a gritos. Lavanda, clemátides, campanitas, clavelinas, geranios azules.

–Antes de que Reggie muriera teníamos un jardín tres veces mayor que este –explica–. Esto es todo lo que puedo abarcar yo sola.

–Es precioso, señora Pober –dice Anna al tiempo que coge una silla.

–Oh, llámeme Pauline, por favor –contesta ella, apartando una avispa de un manotazo–. ¿Quieren beber algo? Tengo cerveza Stella fría en la nevera.

–Esto..., no, gracias; estamos de servicio –dice Baxter con voz de mártir.

–Bien, ¿en qué puedo ayudarles, agentes? Me dijo por teléfono que era sobre ese espantoso accidente en Lanzarote de hace tantos años, ¿verdad?

–Así es –dice Anna–. Nos preguntábamos si había algo que pudiera contarnos, cualquier cosa que no apareciera en la prensa.

Pauline se reclina en el respaldo y se pasa una mano por la frente.

–Bueno, fue hace muchísimo tiempo. No estoy segura de poder serles de mucha ayuda.

Anna mira a Baxter, que le deja bien claro que perseguir a esta ave silvestre en concreto es responsabilidad de ella, no de él.

«Muy bien –piensa ella–, de perdidos al río.»

–¿Coincidió en algún momento con los Wiley antes del accidente, Pauline?

–Me acuerdo de que iban en el mismo vuelo que nosotros. Para entonces, Reggie y yo ya habíamos viajado lo nuestro; sin embargo, se veía enseguida que ellos eran unos completos

novatos. Llevaban una bolsa enorme de sándwiches para comer en el avión y un termo, ¿puede creerlo? Por supuesto, esto fue mucho antes del 11-S. Era evidente que la señora Wiley se sentía muy inquieta ante el hecho de volar. Estaban sentados un par de filas detrás de nosotros y pude oírla durante todo el trayecto; no creo que le hablara a nadie en particular, solo parloteaba para aplacar los nervios.

—¿Qué me dice de las niñas, Sharon y Jessica?

Pauline sonrío.

—La pequeña Jessica era un amor. En cuanto se apagó la señal de abrocharse los cinturones se puso a corretear arriba y abajo por el pasillo, arrastrando un oso de peluche gigante. Se acercaba a la gente y les preguntaba cómo se llamaban. Era tremendamente dulce. Se veía que los padres la adoraban.

—¿Y Sharon?

Pauline respira hondo.

—Bueno, los catorce no son una edad fácil, ¿no es cierto? Empiezan los exámenes y la menstruación y todo eso.

La cara de Baxter es un poema.

—¿Y también se alojaron en el mismo hotel?

—Sí, los veíamos de vez en cuando, aunque para ser sincera nosotros habíamos ido a avistar pájaros, no por las playas. Reggie no soportaba estar quieto sin hacer nada. Yo le decía que tenía una abeja metida en el trasero.

Anna esboza una sonrisa.

—Conozco a unos cuantos tipos así. ¿De modo que en realidad no vieron mucho a los Wiley?

—Realmente, eran muy reservados. Me dio la impresión de que tampoco habían estado nunca en un hotel. Fue por pequeños detalles, como no saber que para desayunar había bufé libre y qué hacer con las propinas. Y tampoco vi a ninguno de los dos padres en bañador en toda la semana, ni siquiera en la arena; él llevaba pantalones y camisa y ella, un vestido de playa. La verdad es que resulta muy triste cuando lo pienso ahora. Era como si supieran que debían pasárselo bien pero no tuvieran la más mínima idea de cómo hacerlo.

—¿Qué sucedió ese día, el día del accidente?

—Eso sí que lo recuerdo; no es algo que una pueda olvidar, ¿no es cierto? El hotel había organizado una fiesta en la playa; lo hacía cada viernes. Juegos y helados para los niños, y luego una barbacoa para los adultos al atardecer. Todo muy agradable. Algunos niños jugaban con las barcas hinchables, y recuerdo que vi a Sharon y Jessica en una que llevaba un dibujo de un pulpo en el costado. Supongo que formaba parte de la temática de la celebración. En fin, el caso es que al cabo de un rato uno de los camareros jóvenes empezó a preguntar dónde estaban y resultó que hacía media hora que nadie las veía. Y entonces... Dios mío, se armó la gorda. La señora Wiley se puso a chillar y el señor Wiley empezó a gritar al personal, hasta que alguien dijo que le parecía haber visto la barca hinchable fuera de la zona de bañistas, y el señor Wiley se arrancó la camisa y se metió en el agua antes de que nadie pudiera detenerle.

Menea la cabeza ante los recuerdos.

—Muchos de los padres más jóvenes se lanzaron al agua tras él, y menos mal, porque al cabo de unos metros el hombre se quedó totalmente sin aliento. Alguien tuvo que ayudarlo a regresar.

Fueron dos camareros los que al final alcanzaron la barca, pero para entonces las dos niñas estaban ya en el agua. –Lanza un suspiro–. Me imagino que ya conocen el resto de la historia.

–¿Cómo estaban los Wiley después?

–¿Cómo se llaman esas cosas que no se mueren nunca? Zombis, eso es. Zombis. Tenían el aspecto de alguien a quien se le hubiera caído el mundo encima. En aquella época, las agencias de viajes no te ofrecían el mismo apoyo que hoy en día, así que los pobres se arrastraron por el hotel hasta que llegó el día de su vuelo de vuelta. Se presentaban a las horas de la comida, pero no comían nada. Se sentaban en el vestíbulo con la mirada perdida en el vacío. Daban mucha pena.

–¿Y Sharon?

–Oh, estaba muy afectada. Yo me encontraba en la playa cuando la trajeron de vuelta. Debía de haber tragado mucha agua porque vomitaba sin parar. Pero desde que volvió del hospital, creo que no vi que ninguno de los padres le dirigiera la palabra ni una sola vez. Excepto en una ocasión. En el hotel realizaban alguna actividad, he olvidado cuál, y me imagino que Sharon quiso participar, porque de pronto, en medio del desayuno, su padre se levantó y le dijo a voz en grito que mostrara algo de respeto, que todo era culpa suya y que ojalá fuera ella la que hubiera muerto en lugar de Jessica. Y luego lanzó la servilleta sobre la mesa y se marchó. Fue la última vez que los vi.

Lanza un suspiro.

–Pobrecita. Pobre, pobre chica. A menudo me pregunto cómo le habrán ido las cosas.

Se hace el silencio hasta que, de repente, Pauline se sienta en el borde de la silla y los mira con clara suspicacia.

–Por eso están aquí, ¿verdad? No me puedo creer que no me diera cuenta... Sharon... es el nombre de la mujer cuya hija ha desaparecido. Daisy..., ¿es ella, verdad? Por eso están aquí.

–Bueno –dice Anna, pero Pauline sigue hablando.

–No creen para nada que fuera un accidente, ¿verdad? Creen que ella mató a su hermana y que ahora ha matado a su pequeña...

–No sabemos nada con certeza, señora Pober –observa Baxter–. La investigación sigue abierta...

–Ya sé lo que significa eso, joven. Significa que creen que lo hizo pero no pueden demostrarlo. Y ahora quieren que yo incline la balanza hacia ella.

–Solo tenemos que reunir tanta información como podamos –señala Anna en voz baja.

La despedida es incómoda para los tres. En el escalón de entrada, Anna se vuelve para darle las gracias, pero la puerta ya se está cerrando.

–¿Señora Pober? ¿Puedo preguntarle una última cosa? No es sobre Sharon, se lo prometo.

La puerta se abre un poco, solo un poco.

–Ha dicho que la fiesta en la playa era temática. Algo relacionado con la decoración de la barca hinchable...

Pauline asiente, aunque ahora está en guardia.

–Se llamaba «El jardín del pulpo».

–¿Como la canción de los Beatles? Entonces, ¿había decoración de peces, conchas, caballitos de mar, cosas así?

–Sí, ese tipo de cosas. Y los niños más pequeños podían disfrazarse si querían.

–¿De verdad? –pregunta Anna dando un paso hacia ella–. ¿Disfraces, dice? ¿De qué iba vestida Jessica?

* * *

27 de julio de 1991

Hotel La Marina, Lanzarote

La niña se despierta pronto la primera mañana de las vacaciones. Todo el mundo sigue durmiendo. Se escabulle de la pequeña cama supletoria que comparte con su hermana y se apresura a vestirse, con cuidado de no despertar a sus padres. Su padre está tendido de espaldas, roncando, y la cara de su madre tiene una expresión irritada, incluso en sueños. Coge sus chanclas amarillas y cierra silenciosamente la puerta a su espalda. Por un momento vacila intentando recordar en qué dirección están las escaleras. También hay un ascensor, pero nunca ha cogido uno y le da miedo quedarse atascada dentro sola. Su madre les hizo subir tres tramos de escalera al llegar la noche anterior, resoplando y jadeando en cada descansillo.

Al llegar abajo, se encuentra la zona de recepción desierta. En el mostrador hay un cartel con un timbre para llamar en caso de emergencia, y en algún lugar un poco alejado se oye el ruido de la preparación de las mesas para el desayuno. Pero no es eso lo que busca la niña.

Las dos primeras puertas que trata de abrir están cerradas con llave, pero al fin consigue salir. Al fin es libre. Al llegar a la playa se quita las chanclas y camina descalza, al principio de manera vacilante pero luego más rápidamente, y echa a correr hacia el mar. El sol aún es nuevo, el aire aún es fresco, y el gran y precioso día es todo para ella. El inmenso cielo azul, las relucientes olas que lamen con su espuma la arena plana y húmeda. Hace años que no es tan feliz; desde que nació su hermana. Desde que todo cambió.

Cierra los ojos y alza el rostro hacia el sol, viendo el rojo por dentro de los párpados y sintiendo el calorcito en la piel. Al abrir los ojos de nuevo, divisa a una mujer que camina lentamente por la orilla. Va con una niña pequeña con un gorro flexible rosa y un vestidito de flores. La mujer la coge con cuidado de la mano mientras la pequeña salta sobre las olas, soltando grititos y salpicando. Cuando están lo bastante cerca para hablar, la mujer le dedica una sonrisa.

–Te has levantado pronto.

–Estaba demasiado emocionada para dormir. Nunca había estado en el extranjero.

La niña la mira casi sin aliento, como si intentara aspirar una bocanada de paraíso.

Al final la mujer vuelve a dejar delicadamente a la niña sobre la arena y ambas prosiguen su paseo. Ya casi están demasiado lejos para poder oírla cuando la niña la llama.

–¿Cómo se llama su hijita?

La mujer se vuelve y sonrío de nuevo, al tiempo que el viento se levanta por un momento y le atrapa el pelo, así como sus largos pendientes y el vestido de algodón blanco.

–Daisy –contesta–. Se llama Daisy.

* * *

–Así pues, señora Mason, ¿en su opinión su marido es el responsable de la muerte de su hija?

Sharon cierra y abre las manos sobre su regazo. Hoy no lleva bolso.

–Encontraron sus guantes en ese contenedor. Tenían restos de sangre de Daisy y del ADN de él.

Es el 9 de enero de 2017 en el tribunal número 2 de la Corona de Oxford. Fuera, el cielo está

oscuro y la lluvia repiquetea en la claraboya del techo. A pesar de que en la sala hace un frío gélido, la tribuna para el público está atestada: es la primera vez que Sharon Mason sube al estrado. Lleva un vestido liso azul marino con el cuello y los puños blancos. Probablemente no lo ha elegido ella.

El fiscal alza la vista de sus notas.

–De hecho, en un análisis posterior también se hallaron restos de su propio ADN, ¿no es así, señora Mason?

–Solo por fuera –le espeta ella–. Mi marido siempre los dejaba tirados por la casa y yo tenía que recogerlos. Nunca me los *puse*.

–Pero incluso si lo hubiera hecho, eso no implicaría necesariamente que hubiera ADN en el interior, ¿verdad, señora Mason? No si se hubiera puesto antes unos guantes de plástico. Unos de goma, digamos. Son muy fáciles de conseguir.

Ella levanta la barbilla.

–Yo no sé nada de eso.

–Como nos ha contado el inspector Fawley, durante su interrogatorio usted afirmó que fue su marido quien mató a Daisy y se deshizo de su cuerpo. Dijo que había abusado de ella y que debió de matarla en un arranque de ira o para evitar que revelara los abusos. ¿Es correcto?

Sharon no dice nada. Un murmullo recorre la tribuna del público y la gente intercambia miradas.

El fiscal hace una pausa y echa un vistazo a sus notas antes de alzar la cabeza.

–Bien, vamos a examinar las pruebas, ¿le parece? Prueba número dieciocho de la lista, señoría –dice, haciendo un gesto con la cabeza hacia la jueza.

–Gracias, señor Agnew.

Agnew se vuelve hacia el jurado.

–Como hemos oído, la policía utilizó un software especial de simulación para analizar las grabaciones tomadas por una cámara a bordo de un tren que pasó por el paso elevado de Oxford aproximadamente a las cinco de la tarde del día en que desapareció Daisy. Creo que en este momento podemos mostrárselo al jurado en la pantalla grande, ¿verdad?

Un ujier enciende la pantalla de un ordenador y aparece la imagen de un fotograma de un vídeo.

El fiscal coge un puntero electrónico y señala la pantalla con la luz roja.

–Me gustaría que se fijaran en lo que vemos aquí. La Corona defiende que esta carretilla contiene el cuerpo de Daisy Mason, un hecho que han confirmado forenses expertos al analizar las manchas de sangre descubiertas en una carretilla que estaba tirada en la obra. Permítanme que sea muy directo: la persona a la que están viendo es el asesino de Daisy.

Mira a su alrededor. El aire está cargado de electricidad.

–Por desgracia, la calidad del vídeo no nos permite obtener un primer plano más nítido. Sin embargo, me complace decir que la tecnología digital no nos ha dejado totalmente desamparados.

Pulsa de nuevo el mando a distancia y en la pantalla aparece la imagen de fotogrametría. Sobre el modelo se han añadido varias etiquetas: «Vía del tren», «Huertos», «Montón de escombros». El fiscal hace una pausa para permitir a todo el mundo procesar la información.

–Esta tecnología se ha utilizado con éxito tanto en investigaciones criminales como en procesos legales, y se ha demostrado que es fiable. Los descubrimientos que estoy a punto de mostrarles

también se han verificado de manera independiente llevando a cabo una reconstrucción física en la obra en cuestión, de la cual encontrarán detalles en sus carpetas de cartulina.

Un nuevo clic y el modelo se cubre de una red de líneas y números.

–Como pueden ver –continúa–, este software particular nos permite recrear en tres dimensiones una imagen fotográfica en dos dimensiones. Una especie de realidad virtual, si lo prefieren. Y dado que conocemos las dimensiones de algunos de esos objetos, como por ejemplo la valla, podemos utilizar el modelo para deducir la anchura, o el peso, de otros objetos, cuyas dimensiones *no* conocemos. Utilizando este software, la policía ha demostrado de manera concluyente que la persona que aparece aquí no mide más de un metro setenta. –Pasa la vista por el jurado–. Aproximadamente, un metro sesenta y siete.

El juzgado estalla. El juez pide silencio.

El fiscal se vuelve hacia Sharon.

–¿Cuánto mide su marido, señora Mason?

–Uno ochenta y ocho.

–Un metro y ochenta y ocho centímetros. En ese caso, le digo que es absolutamente imposible que la persona que se ve aquí sea su marido.

–No sé qué decirle. Tendrá que preguntárselo a él.

Agnew sonrío. Como un gato.

–¿Tal vez pueda decirnos cuánto mide usted, señora Mason?

Sharon lanza una mirada al jurado.

–Un metro sesenta y siete.

–Disculpe –dice el fiscal–. No la he oído bien.

–*Un metro sesenta y siete.*

–Así pues, *exactamente* la misma altura que la persona que aparece en esta imagen.

–Es una mera coincidencia.

–¿Lo es? –Vuelve a pasar el puntero por el fotograma–. ¿Podría describirme lo que ve aquí? ¿Qué tipo de calzado lleva la persona?

Sharon entorna los ojos.

–Parecen zapatillas para correr.

–Estoy de acuerdo. Unas zapatillas para correr azules. Un calzado un poco extraño para un trabajador de la construcción, ¿no le parece? Lo más normal sería que llevara botas de seguridad o algo parecido, ¿no?

–No tengo ni idea.

Agnew arquea una ceja.

–Por lo que tengo entendido –dice a continuación–, usted es corredora, ¿verdad, señora Mason?

–No soy corredora. Salgo a correr.

–Aun así, nos han contado que usted corría cada mañana, varios kilómetros.

Ella se encoge de hombros.

–Casi cada día.

–¿Y llevaba zapatillas de deporte?

–¿Qué iba a llevar si no?

–¿Y cuántos pares tiene?

Ahora se la ve nerviosa.

–Tengo un par viejo para el invierno, cuando la tierra está enfangada. Y otro par más nuevo.

–¿Y de qué color es el par más nuevo?

Una vacilación.

–Azul.

–¿El mismo color de estas que le mostramos aquí?

–Supongo que sí.

–¿Y tenemos que creer que eso también es una mera coincidencia?

Sharon le dedica una mirada ponzoñosa, pero no dice nada.

–El perito nos ha explicado, ¿no es así?, que las zapatillas de deporte que se encontraron en su casa tenían pequeños restos de balasto incrustados en la suela.

La abogada defensora se pone en pie.

–Señoría, ya se ha establecido, y hay testigos que lo han confirmado, que mi clienta iba a correr a Port Meadow y utilizaba el paso a nivel para llegar allí, antes de que lo cerraran. Así pues, la presencia de balasto en su calzado tiene una explicación perfectamente inocente.

Dirige una mirada al jurado para subrayar este hecho y luego toma asiento de nuevo.

El fiscal se quita las gafas.

–A pesar de la intervención de la señorita Kirby, yo afirmo, señora Mason, que la imagen que tenemos en la pantalla es una imagen de *usted*. Vestida con la ropa de alta visibilidad de su marido, con el pelo y el rostro ocultos, empujando una carretilla que contiene el cuerpo de su hija. Llevaba la ropa y los guantes de él, unos guantes que después tiró en un contenedor de Loughton Road. Pero sus botas eran del número cuarenta y cinco, así que le habría resultado imposible caminar con ellas, dado que usted usa un treinta y siete y medio. De ahí las zapatillas de deporte.

–No soy yo, ya se lo he dicho; yo no estuve allí.

–Entonces, ¿dónde estaba ese día a las cinco en punto? A la hora que muestra la imagen.

–En casa –dice ella, y cruza las manos–. Estaba en casa.

–Pero eso no es exactamente así, ¿verdad, señora Mason? Usted le contó a la policía que esa tarde dejó a sus hijos solos en casa y que se ausentó con su coche durante por lo menos cuarenta minutos. Y esto –señala con el puntero– fue exactamente a la misma hora que aparece en la grabación de la cámara.

–Fui a varias tiendas –replica ella con hosquedad–. A comprar mayonesa. Para la fiesta.

–Pero usted afirmó que no consiguió encontrarla, así que no hay un registro electrónico de dicha compra. Y nadie recuerda haberla visto en las tiendas a las que dijo que fue, ¿no es así?

–Eso no demuestra que no estuviera allí.

–Ni tampoco que sí estuviera, señora Mason. Por el contrario, la Corona sostiene que usted dedicó esos cuarenta minutos a conducir hasta el aparcamiento del paso a nivel y enterrar el cuerpo de su hija entre los escombros del viejo paso elevado. Unos escombros que usted sabía, ya que muy oportunamente le habían pasado un aviso por debajo de la puerta, que iban a recoger esa misma noche.

Pulsa el mando a distancia y en la pantalla aparece una imagen de Daisy. Está sonriendo y vestida con el disfraz de la fiesta. Una sonrisa encantadora a la que le faltan algunos dientes. Es de tres días antes de su desaparición. A continuación, el fiscal sostiene en alto una bolsa de plástico.

En la tribuna del público se oyen gritos ahogados y uno o dos de los miembros del jurado se llevan las manos a la boca.

–Prueba diecinueve, señoría. Los análisis de ADN han demostrado que este diente pertenece a Daisy Mason. Hemos oído antes que un equipo de búsqueda de la policía de Thames Valley lo encontró en la grava, cerca del montón de escombros. –Coge de nuevo el puntero y lo dirige a la pantalla. Aparece una etiqueta roja que señala el lugar del hallazgo. A continuación se vuelve hacia el jurado—. Estoy seguro, señoras y señores, de que Daisy esperaba dejar ese diente debajo de la almohada, como cualquier otra niña. Tal vez tengan ustedes hijos que hayan hecho lo mismo. Pero esta vez el Ratoncito Pérez no pasará a buscarlo, ¿verdad, señora Mason?

La abogada defensora se pone en pie.

–¿Realmente es necesario esto, señoría?

La jueza mira al fiscal por encima de las gafas.

–Continúe, señor Agnew.

Él inclina la cabeza.

–Bien, señora Mason, recapitulemos. Si fue su marido quien mató a su hija, tan solo existen dos posibilidades. O bien la mató después de llegar a casa a las cinco y media, o bien llegó más pronto, mientras estaba usted embarcada en su infructuosa búsqueda de mayonesa. Podemos eliminar la primera opción, sobre todo porque la hora no coincide con la prueba de vídeo. Y en cualquier caso, si la hubiera matado entonces, eso habría ocurrido mientras usted estaba en la casa y, por definición, tuvo que ayudarlo a encubrirlo al no denunciar el crimen a las autoridades. Me imagino que no fue usted su cómplice hasta tal extremo, señora Mason.

–No.

–Eso nos deja con los cuarenta minutos en los que estuvo usted ausente de la casa. Aproximadamente entre las 16:35 y las 17:15. Durante ese tiempo, su esposo tendría que haber vuelto a casa, descubrir que usted inesperadamente no se hallaba allí, aprovechar la oportunidad para matar a su hija, envolver su cuerpo con tanta diligencia como para no dejar ningún rastro en absoluto en su camioneta *pick up* y marcharse. Todo en cuarenta minutos. A continuación habría tenido que conducir hasta el aparcamiento, meter a Daisy en la carretilla, donde, de manera inexplicable, sí dejó pruebas forenses, y esconder su cuerpo entre el montón de escombros, antes de tirar los guantes en el contenedor, quitarse la ropa de alta visibilidad y regresar a casa a las 17:30. Es un buen tute. ¿Alguna vez ha pensado en presentarse a *Supermarket Sweep*?⁶

Se oyen unas risitas ahogadas en la tribuna, pero es evidente que a la jueza no le hace gracia. Agnew prosigue.

–Si no fuera porque esta historia tiene un fallo, ¿no es así, señora Mason? Porque la persona que enterró el cuerpo, a esa hora y en ese lugar, la persona que vemos en este vídeo... es imposible que fuera su marido.

Sharon evita su mirada. En sus mejillas hay dos manchas de color apagado, pero por lo demás su rostro está lívido.

–Entonces, ¿quién es, señora Mason?

–No lo sé, ya se lo he dicho.

–Yo afirmo que sabe exactamente quién es. Es usted, ¿verdad?

Ella alza la barbilla.

–No. No soy yo. ¿Cuántas veces más tengo que decirlo? *No soy yo*.

* * *

19 de julio de 2016, 17:18
El día de la desaparición
Loughton Road, Oxford

La mujer detiene el coche a un lado de la calle y apaga el motor. Hasta ahora todo ha ido bien. Las 16:58 era una hora ideal, y aunque nadie la haya visto desde el tren, está segura de que hoy en día hay cámaras en todas las cabinas del conductor. Y con la carretilla y lo que lleva puesto, sin duda será suficiente para la policía.

Ahora solo le queda ocuparse de los guantes. Y para eso necesita otro testigo. Una mujer de mediana edad, preferentemente. Una entrometida. De esas a las que no se les escapa nada. Es sorprendente lo difícil que resulta que reparen en ti, aunque lo intentes. La gente está muy ensimismada. Ocupada en sus propios asuntos.

Desenvuelve la hoja de periódico en su regazo y comprueba los guantes. Podría haberlos dejado en el paso, pero en un caso de asesinato a la policía hay que darle trabajo. Algo para resolver, como las piezas de un puzle, para que puedan reconstruirlas y creer que han hallado la respuesta. Porque, llegado el momento, no había otra manera.

El asesinato era la única opción.

Daisy tenía que morir.

* * *

—Así pues, señora Mason —dice Agnew—, sostiene usted que la persona de la grabación no es usted. Aunque sea exactamente de su misma altura. Aunque esta persona lleve unas zapatillas de deporte fácilmente reconocibles idénticas a las tuyas. Aunque esta persona vaya vestida con ropa de alta visibilidad igual que la que tiene su marido en casa. Todo eso es mucho más que meras coincidencias, señora Mason.

—Cualquiera puede agenciarse ropa como esa.

Agnew da un paso atrás y hace un gesto de sorpresa exagerado.

—¿Tengo que entender que está usted cambiando su versión, señora Mason? ¿Que ahora sugiere que fue otra persona quien mató a Daisy, no su marido?

—Bueno, tuvo que ser él, ¿no? —Su tono tiene ahora un deje de sarcasmo—. Si no fue él tuvo que ser otra persona. Sin duda, yo no fui. No es culpa mía.

—Ya veo. Y estoy de acuerdo en que no resulta especialmente difícil conseguir ropa protectora de alta visibilidad. Hoy en día puede comprarse casi cualquier cosa por internet con un relativo anonimato. Pero ¿cómo encaja eso con la cronología en este caso? Su hija desapareció en algún momento de la tarde del 19 de julio. Eso lo sabemos. Estas imágenes se grabaron poco antes de las cinco de esa tarde. Eso también lo sabemos. En consecuencia, la persona que vemos ya debía de tener a mano en ese momento la ropa de protección. Aparte de aquellos que trabajan en la industria de la construcción, hay pocas personas que se hallen en esa situación. Aparte de usted, claro.

La abogada defensora se levanta y la jueza le hace un gesto de asentimiento.

—Me anticipo a su objeción, señorita Kirby.

—Retiro el último comentario, señorita —dice Agnew—. Pero tengo una pregunta más para la

señora Mason. Si ahora dice al tribunal que quien se llevó a su hija fue un secuestrador desconocido, ¿por qué se tomó tantas molestias para incriminar a su marido?

Sharon se niega a mirarlo.

–Usted llevó dos objetos a la policía, ¿no es así?, con la intención expresa de sugerir que su marido abusaba de su hija y, en consecuencia, tenía un motivo para matarla. La tarjeta de felicitación incriminatoria, prueba número seis, que recuperó del cubo de la basura después de que su marido tratara de deshacerse de ella, y el disfraz de sirena que *asegura* que él había escondido en su armario, prueba número ocho.

–Es que lo escondió; estaba allí, fue donde lo encontré.

–¿Le contó también a la policía que hasta ese momento no tenía ni idea de que era posible que su hija sufriera abusos?

Silencio.

Agnew se pone de nuevo las gafas y pasa las hojas que tiene sobre la mesa.

–Esta afirmación entra en contradicción directa con lo que su marido ha testificado ya. Según él, usted lo acusó de tener alguna clase de fijación incestuosa con Daisy ya en abril de 2016, cuando se enfrentó a él por la tarjeta de cumpleaños. Y aun así no le pareció oportuno denunciar nada de esto a las autoridades competentes.

Una vez más, silencio. Sharon se agarra las manos con tanta fuerza que tiene los nudillos blancos.

–Fue por venganza, ¿verdad? –continúa Agnew–. Lisa y llanamente. Se enteró de que su marido había estado en una página de citas, que había conocido a otras mujeres más jóvenes y se había acostado con ellas, y vio su oportunidad de vengarse incriminándolo en la muerte de su hija. Le entregó a la policía material que lo señalaba como culpable y se puso su ropa de alta visibilidad para deshacerse del cuerpo de Daisy, de modo que si alguien la viera diera por sentado que la persona que veía no era una mujer, sino un hombre. No usted, sino su marido.

–No solo me engañaba con otras. También miraba porno. Porno infantil. –Se inclina hacia delante y señala a Agnew agitando el dedo en el aire–. *Está en la cárcel por ello.*

Agnew arquea una ceja.

–Ya, pero por entonces usted no sabía que lo hacía, ¿no? No lo supo hasta después de la desaparición de Daisy. Al menos eso fue lo que le contó a la policía.

–Tampoco sabía que estaba en esa página de citas –le espeta ella–. ¿Cómo podría haber sido una venganza si no lo sabía? No tengo telepatía. Ni siquiera sabía que tuviera ese teléfono.

–Pero sí sabía que llegaba constantemente tarde del trabajo. Sí sabía que le daba excusas cada vez más pobres para explicar esas ausencias. Y lo acusó, durante meses y con invariable regularidad, de tener una aventura. ¿Puede negar eso?

Sharon abre la boca y la vuelve a cerrar. Sus mejillas han adquirido un tono rojo muy intenso.

–Bien, vamos a repasarlo todo de nuevo, ¿le parece? –dice Agnew–. Solo para que nos quede clara la nueva versión que acaba de darnos. Según dice, está usted en casa preparando la fiesta cuando su hijo y su hija regresan de la escuela. Daisy a las 16:15; Leo a las 16:30. Daisy pone música en su cuarto. A través de Leo se entera de que han discutido por algo, pero no sube arriba a ver cómo está Daisy. Justo después de las 16:30 sale a buscar mayonesa y deja a los niños solos en casa. Vuelve a las 17:15, sin mayonesa. Una vez más, no sube a ver cómo está Daisy. O Leo, ya puestos. Su marido llega a las 17:30 y tampoco sube a ver a los niños. Los invitados a la fiesta

empiezan a llegar a las siete, y durante toda la tarde ve a la hija pequeña de unos vecinos correteando con un disfraz de margarita y no tiene *ni idea*, por utilizar su propia expresión, de que no es su hija.

Alguien grita un insulto desde la tribuna del público y la jueza alza la mirada con brusquedad.

–¡Silencio o desalojo la sala!

Agnew respira hondo.

–¿Exactamente cuándo, en medio de todo esto, nos está diciendo que desapareció su hija?

Sharon se encoge de hombros evitando su mirada.

–Debió de ser mientras yo estaba fuera.

–Entonces, ¿volvemos a los famosos cuarenta minutos? ¿Quiere que creamos que un pederasta desconocido, un intruso cualquiera, decidió elegir ese momento concreto para colarse en la casa?

–Es posible que Daisy lo conociera. Es posible que lo hubiera visto antes y lo dejara entrar. Usted no la conocía. Le gustaba guardar secretos. Le gustaba hacer cosas a mis espaldas.

Hay más murmullos desde la tribuna del público al oír eso, y el equipo de la defensa intercambia miradas de inquietud.

–Ya –dice Agnew, que se vuelve a mirar al jurado–. Los miembros del jurado podrían muy bien sorprenderse de que una madre diga tales cosas de su propia hija... Su hija muerta...

La señorita Kirby hace ademán de volverse a levantar, pero rápidamente Agnew se anticipa a ella.

–Retiro el último comentario, señoría. Pero ¿podría, si se me permite, preguntar a la acusada si puede citar un ejemplo concreto, cualquier ejemplo, de una posible duplicidad por parte de su hija?

–Bueno –contesta Sharon enseguida–, para empezar se estaba viendo con ese odioso hermanastro suyo. Yo no sabía nada de eso.

–¿Y espera que el jurado se lo crea?

–¿Me está llamando mentirosa? No lo sabíamos. *Yo* no lo sabía. Si lo hubiera sabido, habría acabado de una vez por todas con el asunto.

Era una trampa, y ha caído de pleno.

–Ya veo –dice Agnew tras una pausa prolongada–. ¿Tiene usted la costumbre, señora Mason, de *acabar de una vez por todas* con las cosas que no le gustan?

Esta vez es la jueza quien interviene.

–El jurado no tendrá en cuenta este último comentario. Continúe, por favor, señor Agnew.

Agnew consulta sus notas.

–Supiera usted o no que Daisy se veía con su hermanastro, no fue Jamie Northam quien se presentó en la casa ese día, ¿no es así, señora Mason? Porque sabemos a ciencia cierta que estaba a treinta kilómetros de distancia en el ensayo de una boda en Goring. ¿Está diciendo que Daisy se veía también con otra persona?, ¿que mantenía encuentros secretos con alguien más? ¿De verdad le parece creíble teniendo en cuenta que era una niña de ocho años que no disponía de teléfono móvil ni de acceso a un ordenador? Y aun en el caso de que dicha persona existiera, ¿no se habría percatado Leo si alguien hubiera llamado a la puerta esa tarde o se hubiera colado en la casa?

Sharon le lanza una mirada; a estas alturas su ira está peligrosamente cerca de aflorar.

–Tenía los cascos puestos.

Pero Agnew no se da por vencido; ha hecho los deberes.

–Aun así, sin duda se habría dado cuenta, ¿no? Sin duda se lo habría contado en cuanto usted volvió. Al fin y al cabo –añade sosteniéndole la mirada y pronunciando intencionadamente cada palabra– es usted su madre, él es su hijo...

Es la gota que colma el vaso.

–¡Ese condenado niño no es hijo mío! –Las palabras le salen antes de que pueda pensarlas–. Y en cuanto a que oyera o hiciera algo, debe de estar tomándome el pelo. *Hay algo en él que no está bien*. Siempre ha sido así. Prendió fuego a nuestra puñetera casa, por el amor de Dios. Si alguien tiene la culpa es la estúpida de su madre, *no yo*.

Kirby se levanta de nuevo para objetar, y la gente de la tribuna del público grita y señala. Pasan casi cinco minutos antes de que se restablezca el orden. Y durante todo ese rato Sharon permanece sentada con los hombros temblorosos.

–Así pues, se ciñe usted a su relato –prosigue Agnew–. Que no vio a Daisy desde que llegó a casa. No habló con ella y no la vio.

Ella se ruboriza, pero no dice nada.

–En ese caso, ¿cómo explica esto? –Coge otra bolsa de plástico de la mesa que tiene enfrente y la levanta–. Prueba número nueve, señoría. Una pequeña rebeca de algodón encontrada bajo el montón de carretillas del aparcamiento. Una rebeca que, como sabemos, se ha identificado como la que llevaba Daisy el día de su desaparición.

Vuelve a pulsar el mando a distancia y en la pantalla aparecen las imágenes de la cámara de seguridad de la puerta de la escuela. En el juzgado se oyen más gritos ahogados: la policía no la había hecho públicas con anterioridad. Nadie ha visto esta grabación. Agnew deja que la miren. Que vean a Daisy viva, a Daisy riendo, a Daisy a pleno sol. Y luego congela la imagen.

–Esta es la última vez que se vio a Daisy Mason. Lleva la rebeca atada por encima de los hombros y, como pueden ver, la prenda está totalmente limpia. Ambas mangas son visibles y no hay ninguna marca.

Vuelve a levantar la bolsa de pruebas.

–Entiendo que al jurado le costará percibirlo entre el barro y la suciedad, pero los análisis han demostrado que hay manchas de sangre en la manga izquierda de la rebeca. Dicha sangre no es de Daisy, sino de otra persona. Y esa persona, señora Mason, es usted.

Hace una pausa y espera a que la información cale en los presentes.

–Así que tal vez pueda explicarnos, señora Mason, cómo acabó *su sangre* en esta chaqueta, dado que esta no estaba ahí a las 15:49, cuando su hija salió de la escuela. ¿Sigue afirmando que no vio a Daisy en ningún momento después de que ella volviera a casa ese día?

Sharon tenía que saber que este momento llegaría y aun así no tiene nada que ofrecer. Ninguna historia que resista el mínimo escrutinio.

–Me corté –dice al final–. Había cristales en el suelo de la cocina.

–Ah, el famoso bote de mayonesa. Pero de nuevo eso no explica cómo acabó su sangre en esta rebeca. ¿Puede usted aclarárnoslo, señora Mason?

–Encontré la rebeca en las escaleras, después de oír llegar a Daisy. Cuando fui a llamarla. Así que la cogí y la dejé en el colgador del recibidor. Estaba ordenando la casa. Para la fiesta. De haberme dado cuenta de que la mano aún me sangraba, hubiera echado la rebeca en el cubo de la ropa sucia.

–Entonces, ¿cuándo se dio cuenta de que la rebeca había desaparecido?

Ahora sí que lo mira y alza la barbilla.

–Cuando Leo llegó a casa. Me imaginé que Daisy había bajado y la había cogido.

–¿Y nunca se lo explicó a la policía? ¿Ni una sola vez, a lo largo de todas esas horas de interrogatorio antes de que la detuvieran?

–No creí que fuera importante.

La sala permanece en silencio. Nadie la cree. Pero es la única explicación que tiene Sharon.

Hay una pausa muy, muy larga.

* * *

19 de julio de 2016, 16:09

El día de la desaparición

Barge Close, 5; cocina

Sabe que él le ha mentado. Se lo ha notado en la voz, en los ruidos que se oían por la línea. Resonaban, así que es imposible que estuviera al aire libre en una obra: estaba en una habitación. En una habitación con más gente. A estas alturas ya tiene callo para captar este tipo de cosas. Las pistas que acompañan a sus mentiras.

Deja el teléfono con cuidado y mira el suelo de la cocina. La mayonesa se está cuajando en una masa grumosa y pegajosa. Hay cristales por todas partes, pequeñas esquirlas que crujen bajo sus pies. Cuando cinco minutos más tarde se abre la puerta principal, Sharon está a cuatro patas sobre el suelo, recogiendo los pedazos con un trozo de papel de cocina.

–¿Daisy? ¿Eres tú?

Sharon se pone en pie y alcanza un trapo. Tiene sangre en las manos.

–¿Daisy! ¿Me has oído? ¡Ven aquí ahora mismo!

Al final Daisy aparece, arrastrando la mochila por el suelo. Sharon aprieta los labios; tiene las mejillas rojas por la cólera.

–Has sido tú, ¿verdad? –pregunta señalando el amasijo del suelo–. Has sido la última que ha estado en la cocina esta mañana. Tienes que haber sido tú.

Daisy se encoge de hombros.

–Solo es mayonesa.

Sharon da un paso hacia ella.

–Llevo todo el día fuera comprando cosas para la fiesta y ahora tengo que volver a salir porque no te has molestado en contarme lo que habías hecho. Y, además, ¿qué hacías con el bote? Nadie toma mayonesa para desayunar. ¿O es otra de esas cosas que hacen tus amigas pijas? ¿Otra cosa que nosotros somos demasiado *cortos* para entender?

Daisy abre la boca, pero se lo piensa mejor. Se queda mirando la mayonesa y luego mira a su madre. Levanta la barbilla en un gesto de desafío. Madre e hija nunca se han parecido tanto.

–Te crees que eres demasiado buena para nosotros, ¿verdad? –dice Sharon acercándose a Daisy–. No pienses que no sé por qué la puñetera Portia y la puñetera Nanxi Chen no vienen esta noche. Te avergüenzas de nosotros, ¿verdad? Nos miras por encima del hombro como una mocosa, a tu propia familia, como esas enanas pretenciosas. Cómo te atreves... Cómo te atreves...

Daisy se da la vuelta para marcharse, pero Sharon se lanza hacia delante y la agarra por el

hombro, tirando de la rebeca.

–No me des la espalda, jovencita. Soy tu madre, así que muestra algo de respeto.

Daisy se deshace del agarrón de su madre y ambas se quedan ahí de pie un instante, mirándose la una a la otra.

–La señorita Madigan –empieza Daisy lentamente, con los labios lívidos– nos dijo que el respeto hay que ganárselo. La gente te respeta por las cosas que haces. Tú nunca has hecho nada. Y ya no eres ni *guapa*. Por eso papá se está buscando a otra. Va a encontrar a una nueva mujer y yo voy a tener una mamá nueva.

Ocurre antes de que Sharon sepa siquiera lo que hace. La mano alzada, la bofetada punzante, la marca de un rojo vibrante en la cara de la niña. Por un momento, Sharon se tambalea, horrorizada. No solo por lo que acaba de hacer, sino también por la expresión que ve en el rostro de su hija. Una expresión fría, dura, triunfal.

–No eres mi madre –susurra Daisy–. Ya no. Preferiría morirme antes que ser como tú.

Luego da media vuelta, recoge la mochila de la escuela y se aleja.

–¿Daisy? ¡Daisy! ¡Vuelve aquí ahora mismo!

En el piso de arriba se oye un portazo y después, música. Pum, pum, pum, a través de los delgados tabiques.

Sharon se dirige al fregadero y se llena un vaso de agua con la mano temblorosa, y al volverse se encuentra a Leo ahí, mirándola.

–Tienes sangre –dice el niño.

* * *

Cuando Agnew prosigue, lo hace con delicadeza y se muestra casi amable.

–Hay otra versión de lo que sucedió ese día, ¿verdad, señora Mason?

Sharon vuelve la cara hacia un lado.

–Durante los meses previos a la muerte de su hija, usted se acabó convenciendo de que su marido tenía una aventura. Los celos y las sospechas se volvieron tan absorbentes, tan peligrosamente obsesivos, que usted perdió su capacidad para pensar de manera racional. Cada mujer a la que miraba su marido, cada mujer que le dedicaba una sonrisa, alimentaba su terrible convicción. Incluso empezó a ver a *su propia hija* como una rival potencial, alguien que le robaba el amor y la atención que usted creía merecer por derecho.

Sharon agacha la cabeza. Está llorando. Lágrimas secas de infelicidad, de autocompasión.

–Y entonces, esa tarde, todo alcanza un punto crítico. Su marido la llama para decirle que llegará más tarde de lo que le había prometido, dejándola con todo el trabajo de preparación de la fiesta. No solo eso: usted está convencida de que no está con un cliente, como él asegura, sino con otra mujer. Quién sabe, quizás oye de fondo una voz femenina o el sonido de un bar. Sea lo que sea, basta para ponerla al límite. Ya no puede aguantarlo más. En este estado mental de amargura, cólera y resentimiento sube a la habitación de su hija. ¿Y qué se encuentra? La encuentra a ella, vestida aún con el uniforme escolar, con su bonita rebeca rosa sobre los hombros, a punto de probarse un disfraz. Un disfraz totalmente distinto del que usted le ha comprado y que tan caro le ha costado, y se da cuenta de que lo ha regalado a alguien sin pensárselo dos veces. ¿Qué le dijo

Daisy, señora Mason? ¿Que su padre la querría aún más vestida de sirena? ¿Le dijo que él pensaba que ella era más guapa que usted?

Sharon levanta de golpe la cabeza. «No –articula con la boca–. No. Las cosas no fueron así.»

Pero él no ha terminado.

–Para otra persona, para cualquier otra madre, dicha situación sería tan baladí que no le daría más importancia. Pero para usted no es así. Para usted, supone el desencadenante de una repentina furia que tendrá consecuencias atroces e irreparables. Porque ese disfraz le trae a la memoria con una horrorosa intensidad a otra niña que le robaba la atención que usted creía merecer. Otra niña cuyo padre la quería más que a usted. Una niña que era la viva imagen de Daisy. Jessica, su hermana.

–Señoría –grita Kirby, levantándose como un resorte–. Eso no es más que un juicio de valor..

–Jessica –prosigue Agnew alzando la voz–, que murió a los dos años en un accidente que nadie pudo explicar. Que murió estando a solas con *usted*. Que murió cuando se suponía que usted la estaba vigilando. ¿Es esta otra de sus coincidencias, señora Mason, o lo cierto es que ambas niñas murieron a manos de usted?

Sharon niega con la cabeza. Ahora sus lágrimas son de furia. De furia e incredulidad, implacables.

–¿Qué llevaba puesto su hermana cuando murió, señora Mason? –Se inclina hacia delante–. ¿Qué llevaba puesto, señora Mason?

* * *

Página de Facebook

Encontremos a Daisy Mason

Solo queríamos dar la gracias a todos los que han mostrado su apoyo a la campaña #JusticiaParaDaisy. Resulta difícil de creer que su propia madre pueda ser la responsable de un crimen tan espantoso, pero ahora que se ha dictado sentencia, por lo menos es posible pasar página. Queremos dar nuestro más sincero pésame a Leo, que tendrá que vivir con las consecuencias del maltrato de los Mason durante el resto de su vida. Dentro de una semana más o menos cerraremos esta página, pero podéis seguir escribiendo en el libro de condolencias que hay en internet.

A Jean Murray, Frank Lester, Lorraine Nicholas y 811 más les gusta esto

COMENTARIOS DESTACADOS

Nicola Anderson He oído que a Leo lo han llevado a un hogar de acogida. Es inconcebible que se quede con su padre, ni siquiera cuando él salga de la cárcel. 1 de febrero a las 10:22

Liz Kingston Espero que ahora que hay una sentencia, por fin Daisy pueda descansar en paz y no tengamos que ver más esas estúpidas historias de gente que asegura que la ha visto. La semana pasada leí a tres personas en Twitter que decían haberla visto.

1 de febrero a las 10:23

Polly Maguire Yo también he visto a algunas. Una estaba convencida de que la había visto en los muelles de Liverpool, y al final resultó que era una niña pelirroja con el pelo corto. Otra aseguró que la había visto en Dubái y otra en algún lugar del Lejano Oriente. La verdad es que la gente a veces es muy inconsciente. Todos esos rumores que se difunden no ayudan en nada al pobre Leo.

1 de febrero a las 10:24

Abigail Ward Estoy de acuerdo, y solo quería decir que el mejor homenaje que se le puede hacer a Daisy es donar dinero a la Sociedad Nacional para la Prevención de la Crueldad contra los Niños. Tenemos que acabar con la violencia contra los niños. Puedes hacer donaciones aquí.

1 de febrero a las 10:26

Will Haines Me parece muy buena idea, o también se puede hacer una donación a una organización benéfica de ayuda a niños con SAF. He trabajado con niños así y necesitan muchísimo apoyo. Si es cierto que Leo lo padece, tan solo espero que reciba todo el amor que le hace falta.

1 de febrero a las 10:34

Encontremos a Daisy Mason Son unas propuestas geniales: una gran forma de rendir tributo a dos niños dulces e inocentes.

1 de febrero a las 10:56

Judy Bray La semana pasada pasé con el tren por el paso a nivel y había montones y montones de flores. La gente había dejado macetas con margaritas. Fue muy conmovedor. Algunas personas de mi vagón lloraron y todo.

1 de febrero a las 10:59

* * *

Dos días después de la sentencia, disfrutamos de un día de sol inesperado. Un día nítido cuajado de escarcha, hermoso de una forma que los días de contornos suavizados del verano nunca podrán alcanzar. Las volutas blancas de los cirros surcan un cielo infinito de un azul imposible. Me compro un sándwich y doy un paseo hasta el parque infantil. Hay un puñado de niños corriendo tras una pelota y una pareja de ancianos sentada en actitud amable en un banco del extremo más alejado. Es curioso cómo al envejecer los hombres parecen mujeres y las mujeres, hombres. Como si la diferencia de género se diluyera y perdiera incluso su relevancia a medida que nos acercamos a nuestro final compartido. No oigo acercarse a Everett hasta que la tengo a mi lado. Me tiende un café.

—¿Le importa que me siente?

La verdad es que sí, pero sonrío y digo:

—Claro que no. Siéntate.

Toma asiento encorvada para protegerse del frío, con las manos enguantadas alrededor de su vaso de café.

—Gislingham acaba de llamarme —dice—. Esperan poder llevar a Billy a casa muy pronto. Los médicos están muy satisfechos con su evolución.

—Qué buena noticia. Le escribiré algo.

Se hace el silencio.

—¿De verdad cree que lo hizo ella? —pregunta Everett al cabo.

Ya estamos.

—Sí —contesto—. Lo creo.

—¿No piensa que la condenaron por las razones equivocadas? Quiero decir, ¿porque la gente la odiaba, y por Twitter y todos esos insultos, más que por las pruebas?

Me encojo de hombros.

–No hay forma de saberlo. Lo único que importa es que logramos el resultado deseado, fuera como fuese. Pero no creo que hubiera ningún fallo en las pruebas. Hicimos un buen trabajo; *tú* hiciste un buen trabajo.

Me mira un instante y luego aparta la mirada y la dirige al parque. Un par de gaviotas se lanzan en picado sobre la zona de juegos y uno de los niños se echa a llorar.

–Hay una cosa que no consigo quitarme de la cabeza.

Le doy un sorbo al café y exhalo una vaharada de aire caliente y dulce.

–¿El qué?

–Los guantes. Los que tiró en el contenedor. Estaban envueltos en unas páginas del *Guardian*.

–¿Y? ¿Qué pasa con eso?

–Cuando la interrogamos, no paraba de repetir: «Nosotros no leemos el *Guardian*, leemos el *Daily Mail*». No hubo manera de bajarla del burro.

Sonrío, aunque no con malicia. Lo que dice implica que tiene conciencia, y eso es algo que vale la pena alimentar en este trabajo.

–No creo que signifique nada, Everett. Podría haber encontrado un ejemplar, o haberlo comprado. Es posible incluso que ya estuviera en el contenedor. En estos casos siempre quedan cabos sueltos y pueden acabar volviéndote loco si lo permites. Así que no dejes que eso te preocupe. Atrapamos a la persona correcta. Y, en cualquier caso, ¿quién más podría haberlo hecho?

Ella me mira un momento y luego baja la vista.

–Supongo que tiene razón.

Permanecemos un rato sentados en silencio y luego ella se levanta y me dedica una sonrisa.

–Gracias, jefe.

Se dirige de vuelta a la estación, lentamente al principio, aunque mientras la miro acelera el paso. Para cuando alcanza la escalera vuelve a ser ella misma, enérgica y serena y objetiva.

En cuanto a mí, me pongo en pie con rigidez, voy hasta mi coche y conduzco hacia la carretera de circunvalación. Ocho kilómetros después de dejarla atrás, giro por Kidlington High Street y aparco frente a una casita de piedra amarilla. Hay jardineras con campanillas de invierno a ambos lados de la puerta y perros de juguete de colores vivos esparcidos por el patio delantero. La mujer que me abre la puerta tiene unos cuarenta y tantos años. Lleva un jersey de Aran holgado y unos pantalones de chándal, y sujeta un trapo en una mano. De fondo oigo una canción pop de los ochenta que suena en la radio. Al verme sonrío de oreja a oreja.

–Inspector, qué agradable sorpresa. No tenía ni idea de que iba a venir.

–Lo siento, Jean, pasaba por aquí y he pensado...

Pero ella ya me hace señas para que entre.

–No se quede ahí fuera con este frío. ¿Ha venido a ver a Gary?

–No es una visita oficial; solo quería ver cómo estaba. Y por favor, llámeme Adam.

Ella vuelve a sonreír.

–Es muy amable por interesarse, Adam. Gary ha bajado al parque a jugar al fútbol con *Phil*. Aunque sospecho que el perro cree que lo han hecho por él.

Se seca las manos con el trapo.

–Deme un segundo y pondré agua a hervir para el té. Volverán en un minuto y *Phil* seguro que

está sin aliento. –Sonríe una vez más–. Hemos arreglado la habitación de Gary desde la última vez que estuvo usted aquí; puede echarle un vistazo si quiere.

Desaparece en la cocina y por un momento me quedo ahí de pie antes de dar unos pasos y empujar la puerta. Hay pósteres de jugadores de fútbol en las paredes, calcetines desparejados debajo de la cama, una colcha del Chelsea FC, una Xbox y una pila de juegos. Desorden. Un desorden alegre, normal y corriente.

La puerta se abre del todo cuando Jean la empuja con el pie. Lleva dos tazas de té en las manos.
–¿Qué le parece? –dice tendiéndome una.

–Creo que han hecho un trabajo estupendo –contesto–. Y no me refiero a la decoración. Todo esto... es justo lo que necesita. Normalidad. Estabilidad.

Ella se sienta en la cama y alisa la colcha con la mano.

–No ha sido difícil, Adam. Lo único que le hacía falta era sentirse querido.

–¿Qué tal le va en la escuela nueva?

–Bien. El doctor Donnelly y yo pasamos mucho tiempo con su tutora antes de que empezara las clases, discutiéndolo todo. Aún se está adaptando, pero con un poco de suerte estoy segura de que todo va a ir bien.

–¿Y él se alegró de recuperar su nombre original?

Ella esboza una sonrisa.

–Creo que el hecho de que haya un Gary en el equipo de Chelsea ha ayudado. Pero sí, creo que dejar atrás el «Leo» es lo mejor que podría haberle pasado. En todos los sentidos. Así puede comenzar de cero.

Sopla su té y yo me acerco a la ventana y miro hacia el jardín trasero. Hay una portería en el extremo más alejado y un par de balones sobre la hierba embarrada. Y en el alféizar, un platito de porcelana azul. De esos en los que se dejan las llaves o las monedas sueltas. Pero en este tan solo hay una cosa. Algo plateado que destella bajo la luz. Parece una especie de amuleto, algo que colgarías en una cadena o en una pulsera de dijes. No parece una cosa típica de chicos. Lo cojo y le lanzo una mirada interrogativa a Jean.

–Se lo regaló su hermana –explica ella–. Ah, eso me recuerda una cosa. Gary quiere mandarle un correo electrónico a esa agente suya tan amable, ¿Everett? Para pedirle disculpas por causarle tantos problemas en el hostel. Eso que tiene en las manos... es lo que él buscaba cuando sucedió todo. Es lo que creía que había perdido.

–¿De veras? –Vuelvo a mirarlo y le doy la vuelta sobre la mano. Tiene la forma de un ramo de flores, o de hojas, que cuelgan del revés. Como el muérdago en Navidad–. Debe de significar mucho para él.

Ella asiente.

–Es una especie de amuleto. Para mantener alejadas las cosas malas. La profesora de Daisy se lo dio a ella y luego Daisy se lo regaló a Gary. Aunque igualmente es un poco raro.

–¿Por qué lo dice?

Le da un sorbo al té.

–La verdad es que Gary no quiere hablar de ello y yo no lo he presionado, pero tengo la impresión de que Daisy se lo regaló ese día, el día que desapareció. Cada vez que lo pienso me da un escalofrío. Sé que parece una locura al decirlo en voz alta, pero es casi como si ella lo supiera. Aunque qué iba a saber, pobrecita.

En ese momento se oye el ruido de las llaves en la cerradura de la puerta, y de repente la casa se llena de un clamor de voces y el caos de un perro cubierto de barro.

–Jean, Jean, ¡he metido tres penaltis! –grita el niño mientras entra con gran estrépito en la habitación, con un golden retriever que brinca entre sus pies–. Uno después de otro: ¡pam, pam, pam!

En ese momento se interrumpe, al darse cuenta de que Jean no está sola. Sus mejillas están sonrosadas por el frío y lleva el pelo más corto que la última vez que lo vi. Ya no tiene flequillo bajo el que esconderse, aunque no le hace falta: me mira directamente a los ojos. Está claro que se sorprende, porque no esperaba verme, pero eso es todo. No hay ni rastro de miedo; ya no.

–Hola, Gary –lo saludo–. Me he pasado a ver cómo estabas. Jean dice que te va muy bien. Me alegro mucho de saberlo.

Se agacha un momento a acariciar al sonriente perro detrás de las orejas.

–Aquí se está bien –dice mirándome de nuevo. Y no se me ocurren cuatro palabras que pudieran decir más. No solo sobre el pasado, sino también sobre el futuro.

–¿Tres penaltis? –continúo–. No está nada mal. Sigue así y serás tan bueno como ese jugador que te gusta tanto... ¿Cómo se llama? Él también lanza los penaltis, ¿verdad?

Él sonríe y en ese momento caigo en la cuenta, con una pequeña punzada de remordimiento, de que es la primera vez que le veo hacerlo.

–Hazard –dice.

Al volver al coche, me quedo un momento sentado, pensando. En Gary, al que se le ha ofrecido una segunda oportunidad, y en Daisy, a la que no. Y en la segunda oportunidad que yo nunca tuve y que daría todo lo que poseo por tener.

Mañana hará justo un año. Un año exacto. De ese día. Había estado lloviendo durante lo que parecían semanas; las nubes no daban tregua. Llegué a casa pronto, porque queríamos hablar con Jake y yo no quería hacerlo con prisas. No quería que él se fuera a la cama dándole vueltas en la cabeza. Al día siguiente teníamos hora con el psicólogo infantil. Alex se había opuesto con todas sus fuerzas, alegando que nuestra doctora cabecera sabía lo que se hacía y que hacía semanas que Jake no se autolesionaba. Que nuestro hijo no era un «caso» que yo pudiera resolver con el cerebro y que era probable que, si en ese momento le dábamos más importancia al asunto, tan solo empeoraríamos las cosas. Pero yo lo forcé.

Yo lo forcé.

Recuerdo que entré los cubos de basura, maldiciendo a los basureros por dejarlos tirados en el camino de entrada. Recuerdo que lancé las llaves sobre la mesada de la cocina y cogí el correo, mientras preguntaba dónde estaba Jake.

–Arriba –dijo Alex, que estaba poniendo el lavavajillas–. Tocando música. Dile que cenamos dentro de media hora.

–¿Y luego hablaremos con él?

–Y luego hablaremos con él.

En las noches malas, me arrastro a cuatro patas por esos escalones, consciente de que una horrible catástrofe se cierne sobre mí y que solo la velocidad puede evitarla, pero soy incapaz de

moverme más rápido que un peso muerto en el agua. La puerta entreabierta. El cielo que se oscurece. El brillo de la pantalla del ordenador. La silla vacía. Esos espantosos y preciosos minutos en los que me quedo ahí de pie, sin saber nada. Por última vez, sin saber nada. Y luego me doy la vuelta, suponiendo que debe de estar en el baño, en mi estudio...

Colgado.

Ahí.

El cinturón de la bata medio hundido en su cuello...

Las ronchas rojas en su piel...

Esos ojos...

Y no puedo salvarlo. No puedo bajarlo. No puedo hacer que el aire entre en sus pulmones. No puedo llegar cinco minutos antes. Porque eso fue lo que tardó. Cinco minutos. Es lo que nos dijeron.

Los malditos cubos de basura.

Mi niño.

Mi querido, querido niño perdido.

Epílogo

17 de agosto de 2016, 10:12

29 días después de la desaparición

El ferry hace sonar la bocina a medida que acelera y abandona los muelles de Liverpool en dirección al mar de Irlanda. Las gaviotas bajan en picado y se elevan por encima del barco, graznando en círculos. A pesar de que hace sol, en la cubierta mirador sopla un aire cortante. Kate Madigan está de pie frente a la barandilla, mirando las nubes, los demás barcos, a la gente del puerto que se hace cada vez más pequeña a medida que el barco se aleja. Algunos saludan con la mano. No a ella, lo sabe —la gente siempre saluda a los barcos—, pero de todos modos contribuye a la sensación de final. A la sensación de que toda una existencia se aleja con el agua, un reluciente metro tras otro.

Porque ya no hay marcha atrás. Ni ahora ni nunca. Respira hondo con júbilo y alivio y siente cómo el aire luminoso desborda sus pulmones como un purificador del alma. Todavía no puede creer que se haya salido con la suya. Después de tantas semanas de mentiras, de ocultación, tendida por la noche en la cama con el corazón desbocado, esperando que aporrearán la puerta. Incluso hoy, las manos le temblaban mientras conducía hacia la terminal del ferry esperando ver cómo, por fin, la policía las encontraba. Les cerraba la vía de escape, les negaba su preciada nueva vida. Pero no había nada. Ni ese simpático inspectorcillo, ni esa mujer con el pelo sin brillo y la mirada inteligente y siempre alerta, con sus preguntas que casi dan en el clavo. Nada. Tan solo un empleado de P&O que ha revisado sus billetes y las ha dejado pasar con una sonrisa.

Lo han conseguido. Después de los riesgos que ha asumido; la planificación, la cautela, la previsión de todos los detalles mortalmente traicioneros, ha valido la pena. Y sí, otras personas han pagado el precio, pero por lo que a ella respecta tienen ni más ni menos lo que se merecen. Una madre que escatimaba su amor y un padre que lo pervertía. ¿Quién puede decir cuál de los dos ocasionó más daño? ¿Cuál merecía un castigo mayor? Su abuela siempre decía que Dios se asegura de que tus pecados siempre te alcancen, y tal vez en este caso haya sido así. Los vídeos en el teléfono del padre, la sangre en la rebeca: no podía haber previsto ninguna de las dos cosas, pero ambas han sido demoledoras. Así que ya sea por intervención divina o por la suya propia, se ha hecho justicia. El padre atrapado en un lodazal que él mismo se ha buscado y la madre en una trampa que la ha apresado sin posibilidad de escape al tiempo que liberaba a su hija. Y al final eso era lo único que importaba: no a quién condenaban, sino el hecho del asesinato en sí, que creyeran en él. Porque con eso dejarían de buscar. Y en cuanto al niño..., bueno, se ha informado. Con discreción, para no llamar la atención. Pero de nuevo, en su condición de profesora de su hermana, resultaba natural que quisiera saber. Y así era; quería saber, quería estar segura. Y le han dicho que el niño está bien. Más que bien, en realidad. Todo el mundo coincide en que es lo mejor que podría haberle pasado. Porque ahora también él tiene lo que se merece: una segunda oportunidad. La misma segunda oportunidad milagrosa, improbable y capaz de cambiarte la vida de la que ella disfruta ahora.

–¡Mamá! ¡Mamá!

Se vuelve y ve a una niña que corre hacia ella con la cara iluminada por la alegría. Kate se agacha, la acoge entre sus brazos y la mece con ternura mientras siente su cálido aliento sobre la mejilla.

–¿Me quieres, mamá? –susurra la niña, y Kate se aparta y la mira.

–Claro que te quiero, cariño. Te quiero muchísimo.

–¿Tanto como querías a tu otra niñita? –Hay un leve temblor de inquietud en su voz.

–Sí, cariño –dice Kate en voz baja–. Os quiero igual a las dos. Durante un tiempo, después de que se muriera, tuve el corazón roto, porque ella estaba muy enferma y no pude salvarla. Por más que hiciera, por más que me esforzara. Pero a ti sí que puedo salvarte. Nadie volverá a hacerte daño –añade, y acaricia los suaves rizos rojos de la niña, que ahora se parecen mucho a los suyos–. Porque ahora soy tu madre.

–Nadie más me creyó –susurra la niña–. Nadie excepto tú.

A Kate se le llenan los ojos de lágrimas.

–Lo sé, cariño. Me pone muy triste que no tuvieras a nadie más con quien hablar, a nadie que te quisiera como te mereces. Pero ahora todo ha acabado. Has sido muy valiente, y muy lista. Cogiendo esos guantes, guardando el diente que se te cayó... A mí nunca se me habría ocurrido.

Vuelve a coger a la niña en brazos y la abraza con más fuerza.

–Te prometo que nunca te encontrarán. Nunca te dejaré. No lo olvides, ¿vale?

Nota cómo la niña asiente con la cabeza.

–Muy bien –dice secándose los ojos y cogiendo la mano de la niña–, ¿qué te parece si nos despedimos para siempre de Inglaterra?

Ambas se acercan a la barandilla, bajo la luz del sol. La niña tiene los ojos abiertos de par en par por la emoción; señala, ríe, saluda al ferry que pasa lentamente por su lado en sentido contrario.

En la misma cubierta, a unos metros, una anciana está sentada en su silla de ruedas con las rodillas cubiertas por una manta. Le dedica a la niña una mirada bondadosa.

–Te lo estás pasando bien, ¿eh?

La niña la mira y asiente enérgicamente, y Kate sonrío.

–Vamos a Galway –dice en tono jovial–. He conseguido un trabajo allí. Sabrina lleva meses esperando este viaje en ferry.

–¿Sabrina? –dice la mujer–. Es un nombre precioso, vaya que sí. Y también tiene un significado muy bonito. Siempre digo que es bueno tener un nombre que signifique algo. ¿Tu madre te ha dicho lo que quiere decir?

La niña vuelve a asentir.

–Me encanta. Es como un secreto. Me gustan los secretos.

Y entonces sonrío. Una sonrisa encantadora a la que le faltan algunos dientes.

Agradecimientos

Oxford debe de ser una de las ciudades del mundo que más se ha trasladado a la ficción, así que no es difícil imaginar la inquietud que experimenté al atreverme a sumar una novela más a las muchas, sobre todo novelas negras, escritas sobre el lugar en el que tengo la suerte de vivir. Espero que el Oxford de *¿Quién se llevó a Daisy Mason?* les resulte realista a todos los que lo conocen, y sin duda mis lectores encontrarán en el mapa de la ciudad muchas de las calles y edificios que aparecen en el libro, aunque vale la pena señalar que numerosas calles secundarias y otras ubicaciones concretas son de cosecha propia. Y, por supuesto, cualquier parecido con la gente real que vive aquí es pura coincidencia. Los nombres de usuario de Twitter se han creado con dieciséis caracteres o más para evitar cualquier identificación accidental con una cuenta individual real. Si hay alguna similitud con nombres de usuario reales, no es intencionada.

Unas palabras de agradecimiento a las personas que han contribuido a la existencia de este libro. Primero a mi increíble agente, Anna Power, y a mi encantadora editora en Viking, Katy Loftus, así como a mi correctora, Karen Whitlock, que tiene un ojo de lince. Gracias a mi marido, Simon, por decirme «¿Por qué no escribes una novela negra?» en esa playa del Caribe. Y a mi querido amigo Stephen por ser, como siempre, uno de mis primeros lectores.

En cuanto a los profesionales, me gustaría dar las gracias al inspector Andy Thompson, de la policía de Thames Valley, por sus observaciones y consejos, que me han sido de una enorme ayuda, y a Joey Giddings, mi propio y erudito «CSI». He aprendido un montón de los dos, y *¿Quién se llevó a Daisy Mason?* es un libro mucho mejor gracias a ello.

También me gustaría dar las gracias a Nicholas Syfret (consejero de la reina), que ha sido una mina de información en lo referente a procedimientos judiciales y los aspectos legales de la historia.

Asimismo, todo mi agradecimiento al profesor David Hills por su ayuda con los aspectos técnicos de las obras de ingeniería, y al doctor Oli Rahman por responder a mis preguntas médicas tan pacientemente (espero que me perdone el juego de palabras). No hace falta decir que, si sigue habiendo algún error en el libro, es responsabilidad mía y no de las personas que han tenido la amabilidad de ayudarme.

PRÓXIMAMENTE EN LIBRERÍAS
LA NUEVA ENTREGA DEL
INSPECTOR ADAM FAWLEY

Prólogo

La niña abre los ojos en medio de una oscuridad tan cerrada que parece que los tuviera vendados. El aire es denso, estanco y húmedo, como si hiciera mucho que nadie lo respirara.

Sus demás sentidos se despiertan de golpe. El rezumante silencio, el frío, el olor. A moho y otra cosa que aún no logra distinguir, algo animal y pestilente. Mueve los dedos y nota grava y humedad bajo los tejanos. Poco a poco empieza a recordar: cómo ha llegado ahí, por qué ha ocurrido esto.

¿Cómo ha podido ser tan tonta?

Sofoca una oleada ácida de pánico e intenta sentarse, pero el movimiento es demasiado para ella. Se llena los pulmones de aire y lanza un grito, que resuena contra las paredes. Grita y grita y grita hasta que le escuece la garganta.

Pero nadie viene. Porque nadie puede oírla.

Vuelve a cerrar los ojos y nota cómo unas cálidas lágrimas de rabia le ruedan por la cara. Está rígida de indignación y de recriminaciones, y es consciente de poco más hasta que, llena de terror, percibe cómo las primeras patitas empiezan a desplazarse sobre su piel.

Alguien dijo, ¿no es cierto?, que abril es el mes más cruel. Bien, quienquiera que fuera, no era detective. La crueldad puede sobrevenir en cualquier momento; lo sé porque lo he visto. Pero, de algún modo, el frío y la oscuridad suavizan su filo. La luz del sol y el canto de los pájaros y el azul del cielo pueden resultar brutales en este trabajo. Tal vez se deba al contraste que generan. Muerte y esperanza.

Esta historia comienza con esperanza. Uno de mayo: el primer día de primavera, de la primavera de verdad. Y quien haya estado alguna vez en Oxford lo sabrá; aquí las cosas son o todo o nada: cuando llueve la piedra adquiere un color de meado, pero bajo la luz del sol, cuando las facultades parecen haber sido talladas con nubes, no hay un lugar más hermoso en la tierra. Y eso que yo tan solo soy un viejo y cínico poli.

En cuanto a la celebración del May Morning..., bien, es cuando la ciudad es más ella misma, de un modo excéntrico y desafiante. Lo pagano y lo cristiano se mezclan con algo de locura, y en muchos momentos resulta difícil determinar cuál es cuál. Los chicos del coro cantan bajo el sol en lo alto de una torre. Las bandas de zanfoña animan el ambiente en las caravanas de hamburguesas abiertas toda la noche. Los pubs abren a las seis de la mañana y la mitad de la población estudiantil aún sigue borracha de la noche anterior. Hasta los ciudadanos sobrios del norte de Oxford se presentan *en masse* con flores en el pelo (aunque parezca una broma, no lo es). El año pasado había allí unas veinticinco mil personas. Una de ellas era un tipo vestido de árbol. No resulta difícil hacerse una idea del ambiente.

Así que, de una manera u otra, es un día señalado en el calendario policial. Pero es un chollo para los agentes uniformados, no una piedra en el zapato. El hecho de que la jornada comience tan temprano puede resultar matador, pero por lo general no suele haber problemas, y nos agasajan con café y bocadillos de beicon. O al menos así fue la última vez que estuve allí. Pero eso era cuando aún llevaba uniforme. Antes de convertirme en detective, antes de llegar a ser inspector.

En cambio, este año es distinto. Este año, lo que resulta matador no es tan solo que comience tan pronto.

* * *

Mark Sexton llega a la casa casi una hora tarde. A esa hora de la mañana, las carreteras deberían haber estado despejadas, pero en la M-40 había un gran atasco que llegaba hasta Banbury Road. Y cuando Sexton gira por Frampton Road se encuentra un camión de la construcción que le cierra el paso. Sexton suelta una maldición, pone la marcha atrás en el Cayenne y sale de espaldas chirriando. Luego abre la puerta y baja a la calzada, y por muy poco no pisa un vómito que hay sobre el asfalto. Mira hacia el suelo con disgusto y comprueba sus zapatos. ¿Qué le pasa a esta condenada ciudad esta mañana? Cierra el coche con llave, sube por el camino hasta la entrada de la casa y se mete las manos en los bolsillos buscando las llaves. Por lo menos ya han quitado los andamios. La venta ha tardado en materializarse mucho más de lo esperado, pero para navidades debería estar todo acabado, si tienen suerte. Perdió una subasta para hacerse con una vivienda en el extremo más alejado de Woodstock Road y tuvo que subir la oferta para conseguir esta, pero para cuando haya acabado, será una puñetera mina de oro. Puede que el resto del mercado inmobiliario esté haciendo aguas, pero en lo que respecta a los chinos y los rusos, en esta ciudad los precios parecen no bajar nunca. A solo una hora de Londres y con una escuela privada de élite para los niños a tan solo tres calles. A su mujer no le gustaba la idea de una vivienda semiadossada, pero él le dijo que la mirara: es condenadamente grande. Una casa victoriana auténtica, con cuatro pisos y un sótano que él tiene pensado reformar para transformarlo en una bodega de vinos con todos los lujos y una sala de cine casera (aunque a su mujer todavía no se lo ha contado). Y en la casa de al lado solo vive un viejo bobo que a estas alturas ya no dará muchas fiestas nocturnas, ¿no? Y sí, su jardín está un poco destartado, pero siempre pueden poner una pérgola. El diseñador de jardines les habló de una especie de seto hecho con árboles. Mil libras cada uno, pero lo cubren todo al instante. Aunque ni siquiera eso resolverá el problema de la parte delantera. Echa un vistazo al Cortina que se oxida sostenido sobre ladrillos delante del número 33 y las tres bicicletas encadenadas a un árbol, el montón de palés podridos y los sacos de plástico negro de los que caen latas de cerveza vacías sobre la acera. Ya estaban ahí la última vez que vino, hace dos semanas. Le pasó una nota al viejo por debajo de la puerta en la que le pedía que las retirara. Es evidente que no lo ha hecho.

La puerta se abre. Es Tim Knight, su arquitecto, con un rollo de planos en la mano. Sonríe de oreja a oreja y le indica con señas a su cliente que entre.

—Señor Sexton, me alegro de volver a verlo. Creo que le van a encantar los progresos que hemos hecho.

—Más le vale —dice Sexton con marcada ironía—. Esta mañana no puede ir a peor.

—Empecemos por la planta de arriba.

Los dos hombres suben por la escalera mientras sus pasos retumban sobre la madera desnuda. Arriba, la radio local suena a todo trapo y hay operarios en casi todas las habitaciones. Dos yeseros en el último piso, un fontanero en el baño del dormitorio principal y un especialista en restauración de ventanas que está ocupado con los marcos. Uno o dos de los trabajadores lanzan

una mirada a Sexton, pero él no establece contacto visual con ellos. Ha sacado la tableta y está anotando todas y cada una de las tareas que se han realizado y preguntando respecto a la mayoría.

Terminan en la ampliación de la parte trasera, donde han derribado el viejo cobertizo de ladrillo y están construyendo un inmenso espacio de cristal y metal de doble altura. Más allá de los árboles que bajan por la pendiente del fondo del jardín, se ve la elegancia georgiana de Crescent Square. Ojalá Sexton hubiera podido permitirse una de esas casas, pero, bueno, el mercado ha subido un cinco por ciento desde que compró la suya, así que no se queja. Le pide al arquitecto que revisen juntos los planos para la cocina («Madre mía, sesenta mil libras no dan para mucho, ¿eh? Ni siquiera incluyen un puñetero lavavajillas»), y luego se da la vuelta y busca la puerta de la escalera de la bodega.

Knight adopta una expresión de cierto desasosiego.

—Oh, ahora iba con eso. Ha habido algunos problemillas con la bodega.

Sexton entorna los ojos.

—¿A qué se refiere con «problemillas»?

—Trevor me llamó ayer. Por lo visto se han topado con ciertas dificultades en la pared medianera. Es posible que necesitemos un acuerdo legal antes de poder solucionarlo; cualquier cosa que hagamos afectará al vecino de al lado.

Sexton hace una mueca.

—Joder, no nos podemos permitir que los malditos abogados se metan en esto. ¿Qué clase de problemas es?

—Empezaron a sacar el yeso para poder tirar el nuevo cableado, pero parte de la mampostería estaba en bastante mal estado. Dios sabe cuánto hacía que la señora Pardew no bajaba ahí.

—Vieja bruja —masculla Sexton, comentario que Knight prefiere ignorar. Este trabajo es muy lucrativo.

—En fin —dice—, me temo que uno de los muchachos tardó demasiado en darse cuenta de a qué nos enfrentábamos. Aunque no hay de qué preocuparse, mañana vendrá el ingeniero de estructuras...

Pero Sexton ya está pasando.

—Joder, quiero verlo con mis propios ojos.

La bombilla de las escaleras parpadea lúgubremente mientras ambos hombres bajan. Todo el lugar apesta a humedad.

—Tenga cuidado con dónde pisa —le advierte Knight—. Algunos de los escalones no son seguros. Podría romperse el cuello ahí abajo en medio de la oscuridad.

—¿Tiene una linterna? —le grita Sexton, que se ha adelantado unos metros—. No veo una puñetera mierda.

Knight le tiende una y Sexton la enciende. Enseguida se da cuenta de cuál es el problema. La pintura se ha levantado en lo que queda del viejo yeso amarilleado y, debajo, la mayoría de los ladrillos se están desmenuzando debido a un moho seco y gris. Hay una grieta del tamaño de su dedo que va del suelo al techo y que antes no estaba ahí.

—Dios, ¿vamos a tener que apuntalar toda la puñetera casa? ¿Cómo es posible que al perito se le pasara por alto?

Knight adopta un aire de disculpa.

—La señora Pardew tenía aparatos a lo largo de toda esa pared. Al perito le habría resultado

imposible comprobar lo que había detrás.

–Y más concretamente, ¿cómo es que nadie supervisaba al gilipollas ese que se ha dedicado a sacar trozos de mi puta pared?...

Coge una de las herramientas de construcción del suelo y se pone a golpear los ladrillos. El arquitecto retrocede.

–En serio, yo no haría eso...

Un ladrillo se cae y luego otro, y a continuación un trozo entero de la mampostería se desliza y cae a sus pies levantando una nube de polvo. Esta vez los zapatos de Sexton no se libran del estropicio, aunque él ni se da cuenta. Está mirando el muro con la boca abierta,

Hay un agujero de unos cinco centímetros de ancho. Y en el resplandor de detrás se ve una cara.

* * *

En la comisaría de Saint Aldate, el subinspector Gareth Quinn se está tomando el segundo café y la tercera ración de tostadas, con su corbata cara echada hacia atrás por encima del hombro para que no se manche con las migas. La corbata cara a juego con el traje caro y el aura general de ser demasiado elegante para lo que uno espera de un poli normal y corriente. Elegante y listo, para ser exactos. El resto de la oficina de la división de investigación criminal está medio vacío; hasta ahora solo han llegado Chris Gislingham y Verity Everett. En este momento, el equipo no tiene entre manos ningún caso importante y el inspector Fawley estará fuera todo el día en una conferencia, así que pueden darse el lujo de comenzar tarde la jornada y dedicarse después a la siempre atractiva perspectiva de ponerse al día con el papeleo.

Por un momento, unas motas de polvo brillan bajo el sol que se cuela por las persianas, se oye el ruido del pasar de páginas del periódico de Quinn y flota en el aire el olor a café. Y entonces suena el teléfono. Son las 9:17.

Quinn alarga la mano y lo coge.

–División de investigación criminal –dice, y luego suelta–: Mierda. ¿Estás seguro?

Gislingham y Everett alzan la vista. Gislingham, a quien siempre lo describen con palabras como «robusto» y «sólido», y no solo por el flotador que le está saliendo alrededor de la barriga. Gislingham, quien, a diferencia de Quinn, no ha llegado a ser subinspector y, teniendo en cuenta su edad, nunca lo será. Aunque no hay que juzgarlo por eso. Todo equipo de investigación criminal necesita un Gislingham, y si uno se estuviera ahogando, él sería la persona que querría que estuviera al otro extremo de la cuerda. En cuanto a Everett, es otra persona a la que más vale no juzgar por las apariencias: puede que tenga el aspecto que debía de tener Miss Marple a los treinta y cinco años, pero es igual de implacable que esta. O como dice siempre Gislingham, sin duda Ev fue una detective privada en otra vida.

Quinn sigue hablando por teléfono.

–Vale. No, ya nos encargamos. Dile a los agentes uniformados que se reúnan con nosotros allí y asegúrate de que traigan por lo menos a una mujer.

Gislingham ya está cogiendo la chaqueta. Quinn cuelga el teléfono y le da un último mordisco a la tostada mientras se pone en pie.

–Era de la centralita. Alguien ha llamado desde Frampton Road; dicen que hay una niña en el

sótano de la casa de al lado.

1. *Mad* puede significar tanto «enfadado» como «loco». (*N. de la T.*)
2. Juego de palabras intraducible: *bug* («bicho») también significa «micrófono oculto» en inglés. (*N. de la T.*)
3. *Comfy*, en inglés, significa «cómodo, confortable». (*N. de la T.*)
4. The Sealed Knot es una asociación histórica y caritativa inglesa, dedicada a la recreación, con actores disfrazados, de batallas y eventos relacionados con la guerra civil inglesa. (*N. de la T.*)
5. En inglés, *ivy thief* («ladrón de hiedra») suena de forma muy parecida a IVF (*in vitro fertilization*, «fecundación *in vitro*»). De ahí el malentendido. (*N. de la T.*)
6. *Supermarket Sweep* fue un programa de televisión estadounidense que combinaba un concurso de pruebas ordinario con una carrera en directo y cronometrada por un supermercado. (*N. de la T.*)

Título de la edición original: Close to Home

Edición en formato digital: marzo de 2020

© 2018, Cara Hunter

© 2020, de la traducción: Begoña Prat Rojo

Créditos de la cubierta: © Arcangel Images / Duró Studio

© de esta edición, Antonio Vallardi Editore S.U.r.l., Milán. Duomo ediciones es un sello de Antonio Vallardi Editore., 2012

Todos los derechos reservados

Duomo ediciones es un sello de Antonio Vallardi Editore
Calle de la Torre, 28, bajos, 1ª, Barcelona 08006 (España)
www.duomoediciones.com

ISBN: 978-84-17761-97-4

Conversión a formato digital: Newcomlab, S.L.L.

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico, telepático o electrónico –incluyendo las fotocopias y la difusión a través de internet– y la distribución de ejemplares de este libro mediante alquiler o préstamos públicos